

ALFONSO COST & JUAN B. ROLDÁN

El ORO de *los* **DIOSES**



ALMUZARA

PREFACIO

—La hambre, dolencias, guerra y victoria que tuvieron los españoles por defender sus personas y pueblos—

«Probó la tierra los españoles con muchas maneras de dolencias, de las cuales dos fueron perpetuas: bubas, que hasta entonces no sabían qué mal era, y mudanza de su color en amarillo, que parecían azafranados. Esta color piensan que les vino de comer culebras, lagartijas y otras muchas cosas malas y no acostumbradas, y las comieron por no tener otro. Y aun de los indios murieron más de cincuenta mil por hambre; ca no sembraron maíz, pensando que se irían los españoles no habiendo qué comer, porque luego conocieron su daño y perdición, como los vieron fortificados en la Isabela y en la fortaleza de Santo Tomé de Cibao. Desde aquella fortaleza salían a tomar vitualla y arrebatában mujeres, que les pegaron las bubas. Los ciguaios, que así se llaman los de aquella tierra, cercaron la fortaleza por vengar la injuria de sus mujeres e hijos, creyendo mataros, como había hecho la gente de Goacanagari a los del capitán Arana. Retiráronse del cerco, un mes después que lo pusieron, por venir al socorro Cristóbal Colón. Salió a ellos Alonso de Hojeda, que fue alcaide allí tras mosén Margarites, y mató muchos de ellos. Envió luego Colón al mismo Hojeda a tratar de paz con el cacique Coanabo, cuya era aquella tierra. El cual negoció tan bien, que lo trajo a la fortaleza, aunque estaban con él muchos embajadores de otros caciques ofreciéndole gente y bastimento para matar y echar de la isla los españoles. Cristóbal Colón lo tomó preso, porque había muerto más de veinte cristianos. Como fue preso Coanabo, juntó un su hermano cinco mil hombres, los más de ellos flecheros, para librarlo. Salióle al camino Alonso de Hojeda con cien españoles y algunos caballos que le dio Colón; y aunque venían en gentil concierto y peleó como valiente capitán, lo desbarató y prendió con muchos flecheros. Por esta victoria fueron españoles temidos y servidos en aquella provincia. Algunos dicen que la guerra que Hojeda tuvo con Coanabo fue estando ausente Cristóbal Colón y presente Bartolomé, su hermano...»

Historia General de las Indias
Francisco López de Gómara, 1552

El reducido grupo de soldados se detuvo junto al acantilado. El mar bullía a sus pies extrañamente embravecido, golpeando con insólita violencia el muro una y otra vez. Sus miradas, sin excepción alguna, se clavaron en lo más profundo del precipicio. No les resultó difícil comprender que una caída desde allí arriba era el equivalente a que la mano huesuda de la muerte firmase el fin de sus días, porque lo que no terminase el impacto contra las afiladas aristas del despeñadero, lo haría la brutal acometida de las olas.

—¡A qué estáis esperando! —se escuchó la ruda voz del alférez Ercilla dirigiendo la maniobra desde lo alto del único montículo a salvo del azote de las aguas.

Los hombres, en número de trece, dejaron atrás sus armas, se despojaron de sus yelmos y corazas, y tomando por parejas las recias cajas de madera selladas con brea que habían transportado hasta cerca de allí con la ayuda de varias chalupas, se aventuraron con toda la precaución de la que fueron capaces por la estrecha pasarela natural de no más de un metro de ancho que desembocaba en el angosto acceso a una gruta.

—No puedo entender qué demonios hacemos cargando con estos ataúdes de Satanás por este maldito camino de cabras —protestó a media voz uno de los soldados.

—¡Silencio, Ayala! —fue reconvenido rápidamente por el cabo de la escuadra—. No nos pagan para que entendamos, y menos aún para que pensemos.

—Yo creo que es la viruela —murmuró otro de los militares—, he oído decir que solamente en cuatro días han caído más de diez colonos en La Isabela.

—¡Las bubas, son las bubas! —aseguró otro más, elevando el tono de sus palabras—. Comienzan con la fiebre y solo terminan cuando te meten en el agujero, y eso es lo que nos ha tocado hacer a nosotros: deshacernos de los despojos de estos desgraciados; a saber cuántos de ellos van en cada caja.

—¡Callad y terminad con vuestro trabajo! —volvió a gritar Ercilla sin apartar su mirada de aquel puñado de infelices, escogidos, según las órdenes recibidas, de entre la más baja escoria de la hueste militar.

En ese momento un poderoso manotazo del mar restalló contra la pared del acantilado arrastrando en su retirada a uno de los hombres. Nadie pudo hacer nada para impedir que el desafortunado se precipitase aparatosamente contra el rompedero, salvo mascullar el inicio de una torpe oración.

—¡Por todos los santos del cielo! —exclamó esta vez el cabo sin poder dejar de escudriñar las olas intentando descubrir entre la erizada espuma el cuerpo del soldado abatido.

—¡Cabo! —volvió a intervenir el alférez desde arriba, mientras intentaba dominar a su inquieto caballo—, recojan inmediatamente esa caja y llévenla junto a las otras al interior de la gruta; en cuanto estén todas dentro esperen órdenes allí mismo.

Los hombres, una vez recompuestos, fueron alcanzando lentamente la abertura que daba acceso al interior de la caverna natural, que había sido usada tiempo atrás por los indios caribes para celebrar sangrientas ceremonias antropófagas destinadas a aplacar la ira de las desaforadas tormentas marítimas que ellos conocían como *hurakanes*.

El alférez desmontó y se asomó al precipicio para cerciorarse de que todos los hombres habían alcanzado el objetivo antes de rendir las oportunas novedades a su superior.

* * *

—Ilustrísima, la primera parte de la misión está cumplida —informó después de bajar con su caballo por el lado opuesto al mar.

El Gobernador de la isla, hierático sobre su cabalgadura, insinuó una cáustica sonrisa mientras miraba cómo las rápidas nubes de tormenta evolucionaban sobre la imprecisa línea del horizonte.

—Muy bien, alférez —dijo con serenidad—, ahora ordene a los hombres que apilen las cajas con cuidado en la zona más recóndita de la gruta, junto a la pared tallada con figuras humanas.

Ercilla dudó un momento sin entender cómo el Gobernador conocía tan bien el interior de aquel infame agujero en el vientre del acantilado.

—¿A qué está esperando? —intervino de nuevo clavando su mirada en los ojos del militar—, no es preciso que acceda por la rampa, utilice el respiradero que encontrará horadado junto a aquel montículo de rocas.

El joven oficial de la Marina de Guerra Española alzó la vista, localizó el lugar señalado y espoleó a su caballo para que subiese de nuevo al promontorio.

Bartolomé Colón supo que era el momento de comenzar a finiquitar aquel desagradable asunto y llevó su mano enguantada hasta tocar la empuñadura del pistolete cebado que llevaba en el cinto.

—¡Ercilla, una cosa más! —volvió a requerir la atención del alférez.

El sonido de la detonación del arma de fuego se mezcló con el fragor decreciente de la tempestad, pero ya era tarde para que los apagados sentidos del alférez Ercilla tomaran conciencia de ello.

Ahora no había tiempo que perder: eliminado el oficial, el siguiente paso consistía en provocar una avalancha de rocas que cegase definitivamente la entrada a aquella caverna por el camino del acantilado. Las veinte libras de pólvora que había transportado consigo desde el campamento, tal como había calculado, resultarían suficientes para realizar su cometido con éxito.

Golpeados por los cascotes y el terror, los pocos hombres que habían sobrevivido a la terrible explosión dirigieron sus miradas y gritos al único hilo de luz del exterior que penetraba en la gruta por el alto respiradero abierto a más de diez metros sobre sus cabezas.

* * *

El Gobernador de la Isla de la Española, Bartolomé Colón, mientras subía a la cima del acantilado para finalizar su tarea, contempló cómo la retirada definitiva de las nubes de tormenta había facilitado que la luz del crepúsculo tiñese de rojo todo el paisaje que abarcaba su vista.

No pudo evitar que le allegasen los recuerdos de su infancia vivida en Cerdeña junto a su joven padre Cristóbal, y a sus abuelos Salvador Piccolomini de Sena e Isabella Alagón de Arborea, y se dijo que sin duda alguna aquellos habían sido los únicos años apacibles de toda su vida.

El designio marineramente que navegaba por las venas de todos los Terra Rubra, descendientes de la estirpe Malaspina, había hecho que desde muy temprana edad se propusiera abandonar los fértiles campos que rodeaban al castillo familiar de Sanluri, para acompañar a su padre en su particular búsqueda del Velloccino de Oro, que no era otra que la de aprovechar la reconocida esfericidad de la Tierra para trazar una nueva ruta a las lejanas Indias. Sin embargo las circunstancias no habían tardado en separar sus caminos, postergando indefinidamente en el

tiempo su sueño juvenil de bautizar con el nombre de sus abuelos las primeras *terras ignotas* que fuesen capaces de descubrir.

* * *

Bartolomé Colón bajó de su cabalgadura con cierta dificultad. Pensó que su larga estancia en aquellas inhóspitas latitudes había comenzado a mermar su condición física, y a sus casi cuarenta años ya podía empezar a considerarse en el declive de su frenética existencia.

El día anterior había recibido la carta en la que se le anunciaba que debía abandonar Jaragua por orden del Almirante e ir a reunirse con él en Santo Domingo, para rendir cuentas urgentemente ante el juez pesquisador enviado por los Reyes Católicos. Recordó aquella otra misiva recibida siete años antes, cuando se encontraba trabajando como cartógrafo al servicio de la Reina Ana de Francia, en la que Cristóbal le comunicaba el descubrimiento de las ansiadas nuevas tierras, y le pedía que se reuniese con él en Barcelona para gestionar con premura su incorporación a la empresa con plenos derechos. Bartolomé quiso ver en aquella carta, más allá de las palabras de su progenitor, el deseo de expiar parte de la culpa que lo atormentaba desde que la familia decidiese ocultar la verdad de su bastarda condición.

Todo parecía haber sucedido en un rápido pestañear de ojos; sin embargo, y esto era lo que nunca había logrado olvidar, habían pasado ya más de veinte años desde que el rey Juan II de Aragón, padre del Rey Fernando, arrebatase a su familia, los Piccolomini de Sena, todos sus bienes y derechos nobiliarios acusándolos de un delito de Lesa Majestad, amparándose en una burda provocación a la que contestaron militarmente sus tíos abuelos Leonardo Alagón y Juan de Sena Piccolomini.

Aquella, que ellos consideraban ilegítima afrenta a su familia por parte del Reino de Aragón, además de ensuciar la heráldica de su estirpe con una deshonrosa *brisura* que invertía las áncoras del blasón familiar, les obligaba, basándose en el delito de felonía, a entregar todas sus heredades y privilegios a la Corona Aragonesa.

Bartolomé Colón comprendió que no había bastado con pactar con los monarcas la concesión de los derechos exclusivos de la empresa para el Reino de Castilla, y se convenció de que había llegado el momento de enderezar lo torcido, o, quizás, de retorcer definitivamente lo que nunca debió llegar a torcerse.

El contenido de aquellos seis cajones, en contra de la opinión de su padre el Almirante, se convertiría en el justo pago por la nueva afrenta que, sin duda, estaban a punto de soportar; sería el seguro para iniciar una nueva andadura lejos del intrigante mundo que les había arrebatado de antemano la gloria por sus hazañas.

Bartolomé Colón, bautizado como Bartholomeo Piccolomini de Terra Rubra, desenvainó su puñal y, tras colocar una piedra plana de buen tamaño cegando el lucernario y las vidas de los únicos hombres que conocían aquel secreto emplazamiento, trazó unas palabras escuchadas en boca de los indios Taínos: *Rahu Ris Ke'* (hijos de la tierra roja).

Cuando el Gobernador se decidió a abandonar aquel lugar, desde ese momento maldito para siempre, los gritos de los soldados ya se habían apagado hacía largo rato, puede que al tiempo que sus esperanzas de salir con vida de allí.

Capítulo 1

El profesor de matemáticas cambió de postura varias veces sobre la dura silla del despacho de dirección, intentando mantener sus cuidadas maneras ante la sorprendida mirada azul de la directora del instituto.

Lucía le observó en silencio, detenidamente, como para intentar reconocer en él los rasgos del que fuera mucho tiempo atrás su querido y admirado primer maestro de inglés.

Por aquel entonces ella era una niña de poco más de diez años, mientras Julián, el espigado e inteligente Julián Pérez Fox, comenzaba a despedirse de su adolescencia dejando tras de sí una amplia estela de admiración provocada por sus sorprendentes éxitos académicos, nada usuales en chicos de su edad.

Y es que él, siempre bajo la atenta mirada materna, había convertido su existencia en un reto constante en busca de un crecimiento personal cimentado en una más que sobresaliente formación educativa. A tanto llegó su inclinación al estudio, que a partir de cierto día ya no pudo vivir sin el poderoso estímulo que le ofrecía dominar las disciplinas más complejas.

El tiempo pasaba veloz entonces, pero Julián, férreo en su empeño, no tardó en recolectar el producto de su siembra, y con apenas veinticinco años recién cumplidos ya había obtenido su doctorado en Ciencias Exactas por la Universidad de Granada, y justo cuatro meses después conseguía uno de los primeros puestos en las duras y multitudinarias oposiciones a docente de secundaria.

Pero Julián Pérez Fox no era solo un sobrealimentado ratón de biblioteca, y mostraba, engastado en sus genes como una piedra preciosa, el sello inconfundible del hombre de acción, por lo que pronto decidió que la vida laxa de docente que lo mantenía prisionero en una capital de provincias, huérfano de retos y emociones, no era para él.

Así pues, impulsado por su incontenible pasión por las más sofisticadas aritméticas y por el *number crunching*, quiso atender la succulenta llamada de las altas esferas macroeconómicas del planeta, y una mañana de septiembre, con apenas treinta años cumplidos, Julián Pérez Fox se propuso escalar la cúspide financiera del mundo para sentarse en ella con una sonrisa de satisfacción en los labios, y su vista clavada más allá de todos los horizontes posibles.

Y así fue como se convirtió en J. P. Fox, el zorro de las finanzas; el visionario gurú independiente llegado del otro lado del Atlántico, que parecía hacer subir las nerviosas líneas de los índices bursátiles con tan solo fijar su vista en ellas.

Fueron años en los que vivió a pleno rendimiento, atrapado por un frenesí orgiástico constante que pedía a diario su desaforada ración de excesos.

Pero aquel delirio, como todo en la vida, tenía grabada a fuego una fecha de caducidad sin que él llegase siquiera a sospecharlo.

* * *

Lucía no terminaba de asimilar las palabras de despedida que acababa de escuchar de labios del profesor de matemáticas. Durante cinco años había gozado de la cercanía de Julián, justo desde el momento en que éste decidió volver a Granada para rehacer su vida, huyendo de las represalias por el escandaloso crack financiero de la Banca *Lommant Associated*, en la que había apuntalado buena parte del capital de los fondos de inversión que gestionaba.

La joven directora del Instituto García Lorca, no podía apartar de él su mirada ni su pensamiento, obeso de recuerdos, intentando adivinar qué era lo que estaba pasando por su cabeza para obrar de esa forma tan precipitada.

Julián, mientras esperaba la reacción de la directora, dirigió su mirada a la amplia ventana del despacho a la vez que, de forma instintiva, buscaba en un bolsillo interior de su americana su inseparable pitillera plateada adquirida tiempo atrás en la casa Bergdorf de la Fifth Avenue, decorada con un grabado del *Spirit of Saint Louis*, el viejo biplano con el que Lindbergh había cruzado por primera vez el Atlántico.

—¡Mírame a la cara, Julián! —le interpeló Lucía golpeando con su índice el tablero de la mesa—, no me ignores como si todavía fuese una aburrida niña. Y, por favor, no creo que éste sea el mejor momento para ponerte a fumar.

Julián levantó los ojos hacia ella y mantuvo durante unos segundos su vista clavada en las claras pupilas de Lucía.

—¿Qué te ocurre? —contestó con cierto aire irreverente—, ¿ya no dejas a tu viejo maestro de inglés ni fumarse un cigarrillo?

Lucía no dijo nada. Intentó defender su postura forzando un silencio incómodo, pero conocía demasiado bien a Julián y no tardó en ceder. Finalmente modificó su rictus, se dejó caer hacia atrás en su mullido sillón, y con un gesto de desánimo se inhibió del asunto.

El sonido peculiar del robusto encendedor rasgó el silencio, que de repente había tomado una densidad casi gelatinosa entre los cuerpos de los dos amigos enfrentados.

La primera bocanada de humo producida por la profunda inhalación del Moods llenó la estancia del aroma dulzón, como a vainilla, que tantas y tan buenas sensaciones secretas despertaba en el ánimo de Lucía.

Julián, con un gesto que hubiese firmado el mismísimo Bogart, guardó el encendedor dentro de la pitillera, la dejó sobre la mesa e intentó posicionarse nuevamente en la silla buscando una comodidad que a esas alturas ya consideraba imposible, mientras comprobaba de forma disimulada el estado de la venda que cubría la herida de su cuello.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Lucía por pura inercia.

—Sí, claro, ¿por qué me voy a encontrar mal? —contestó él, no de muy buena gana—, un accidente doméstico lo tiene cualquiera.

—La verdad, Julián, no te imagino atravesando con la cabeza el cristal de la ventana de tu

dormitorio —replicó, poniendo en entredicho la vaga explicación que le había ofrecido días atrás para justificar su herida.

—Pues ya ves, será que con la edad me estoy volviendo algo miope. Hay que rendirse ante la evidencia: ya no soy el mismo que te daba clases particulares de inglés con la música de los Beatles de fondo, ¿recuerdas? Han pasado ya... ¿cuánto?, ¿veinte años? —preguntó Julián espaciando las palabras intencionadamente.

Pero en ese momento Lucía acababa de desaparecer de allí, y se encontraba lejos, muy lejos; quizás en ese espacio que la memoria acota para los mejores recuerdos, transportada por el dulce olor del cigarro y puede que, incluso, por la vibración atemporal de los arpegios del *Yesterday* o de *Michelle* o de *Let it be*, que, como viejos galeones invictos, continuaban varados en la playa en calma de su niñez.

—¿Lucía? ¡Lucía! —llamó Julián su atención.

—No tienes remedio —le increpó ella sacudiéndose de la mente los vahos del pasado—. A tu edad ya deberías saber que las cosas no se hacen así, y menos ahora, cuando te había propuesto para que ocupases la jefatura del Departamento de Matemáticas para el próximo curso. ¿Es que no te das cuenta de que no puedes marcharte de esta manera? ¿Y los chicos? —intensificó su protesta—, ¿qué me dices de los chicos? Ellos, menos que nadie, merecen lo que les vas a hacer.

—Sí, la verdad es que por ellos sí que lo siento —admitió bajando la mirada—. Pero me conoces y sabes que cuando tengo algo decidido no hay marcha atrás. Míralo por el lado bueno: ya no tendrás que pelearte más con el pusilánime de Javier Torres por mi culpa. Ofrécele el puesto a él, seguro que no le hará ascos.

—Déjate de tonterías, Julián —protestó Lucía airada mientras abandonaba su sitio al otro lado de la mesa—. Además, me debes una: ¿no recuerdas cuando solicité en la Delegación que te destinaran a este instituto saltándome el protocolo? Parece que ya se te ha olvidado que salvé tu bonito trasero cuando no tenías adonde ir.

—No, no se me ha olvidado, pero...

—¿Pero qué?! —interrumpió Lucía a punto de perder los nervios.

—No te pongas así, es que no sabía que mi trasero te pareciese bonito —bromeó Julián.

Lucía, irascible, se detuvo en seco y con un rápido movimiento le quitó el cigarrillo de los labios; no tardó en llevárselo a la boca en un acto puramente mecánico. Consciente de que aquella ligera humedad cálida del filtro procedía de la boca del primer hombre que le había robado sus horas de sueño, usó los siguientes segundos en paladear con el punto más secreto de su lengua el contorno del cigarro oculto por sus labios.

—Y otra cosa —insistió mientras lanzaba una delgada hebra de humo al aire—: estoy segura de que este instituto ha llegado a importarte. ¿Por qué si no has trabajado tanto con los alumnos más conflictivos?

—Lucía, tú sabes bien que siempre te agradeceré que me echases una mano en el peor momento de mi vida. Y respecto a los chicos... ya sabes cómo son. Me olvidarán antes de que termine el curso.

Lucía devolvió el cigarrillo a Julián y regresó a su lugar lentamente, deslizando sus largas y cuidadas uñas sobre el tablero de la fría mesa, mientras intentaba imaginar cómo sería la vida en el instituto de ahora en adelante sin la vigorosa presencia del querido y admirado profesor de matemáticas.

—Venga, Lucía —dijo levantándose del asiento después de dejar su casi extinto cigarro sobre un cenicero en cuyo fondo se enredaban sobre sí mismos varios clips de colores—. Por favor, no quisiera irme de aquí sin tu aprobación, y sobre todo sin verte sonreír una vez más.

Lucía se giró, levantó su mirada temblorosa hacia él y le abrazó con fuerza.

—Tengo miedo por lo que te pueda pasar —le confesó—. Te conozco demasiado para saber que algo no va bien.

—No te preocupes por mí. Te aseguro que todo está bien, pero tengo que marcharme, ya me conoces. ¿Recuerdas aquella canción que tanto te gustaba de pequeña? Ya sabes, la del sol...

Lucía guardó silencio un segundo.

—Claro: *I'll follow the sun*. Cómo voy a olvidarla —contestó insinuando una amarga sonrisa.

—Pues yo soy así, siempre he de estar en movimiento siguiendo al sol, y llevo tanto tiempo bajo este paisaje nublado que ya es el momento de abrir las alas de nuevo.

Las agujas del reloj que dominaba la pared opuesta a la mesa se habían parado a las tres menos diez. Lucía se prometió no volverlo a poner en marcha jamás, para recordar siempre aquel abrazo que acababa de recibir con los ojos cerrados.

—¿Sabes? Te vamos a echar mucho de menos —dijo la joven directora finalmente.

—Yo también a vosotros. Y sobre todo a ti, puedes estar segura.

Lucía forzó un rictus que pretendía ser una sonrisa.

—Pues que sepas que si te vas, el equipo de este instituto ya no será nunca más el vencedor en las olimpiadas de matemáticas —dijo en un desesperado intento de arañar un puñado de segundos que demorasen la acometida final de su tristeza.

Julián, esta vez, sí sonrió como solo él sabía hacerlo, y sus grandes ojos grises perforaron el alma de ella con una desconcertante facilidad. Luego, sin atreverse a besarla, la soltó de las manos, dio unos pasos hacia atrás, tomó su pitillera de la mesa, y con ella en la mano traspasó la puerta cerrándola tras de sí.

* * *

Desde la ventana del despacho de la segunda planta del instituto, Lucía le vio cruzar el ancho patio pausadamente, bajo las acacias desnudas. Caminaba como quien se va despojando de sus prendas desgastadas antes de zambullirse en el cauce de un caudaloso río una fría mañana de invierno. A la altura de la cancela se detuvo, y tras interrogar su reloj de pulsera durante más tiempo del necesario, aún se tomó un tiempo extra para encenderse un nuevo cigarrillo.

En el instante en que sonó el timbre que anunciaba el fin de la jornada escolar, el ex profesor de matemáticas del García Lorca lanzó una bocanada de humo blanco al aire de la sobremesa y, caminando lentamente, desapareció sin mirar atrás.

Capítulo 2

Julián Pérez Fox se llevó de nuevo la mano al cuello. Las molestas punzadas de la herida provocada durante su violento encontronazo la noche del viernes anterior con aquellos desconocidos, le recordaron que debía ser precavido en extremo.

No eran salteadores habituales, de eso no le cabía duda alguna. Y no precisamente por el hecho de mostrar sus cabezas concienzudamente rapadas como los miembros de algunas tribus urbanas, sino por ir ataviados con aquellos insólitos ropajes, por usar extrañas armas blancas grabadas con símbolos esotéricos y, sobre todo, por comunicarse entre sí mediante una jerga completamente ininteligible, en nada parecida a ninguno de los múltiples idiomas que él dominaba.

En un principio creyó estar ante dos descerebrados jugadores de rol, intentando llenar su aburrimiento mental de la noche del viernes con sus esquizoides juegos, pero ahora, por alguna razón, no podía dejar de conectar mentalmente el asalto con los recientes hechos acaecidos en la librería de Luis Martínez de Saq.

Su instinto de supervivencia le advertía que aquellos tipos podían volver cuando menos lo esperase, por lo que consideraba primordial para salvaguardar su integridad física estar atento a cualquier movimiento que se produjese a su alrededor. El más mínimo detalle podía delatar su proximidad y sabía que en ese tipo de situaciones la anticipación podía resultar decisiva para evitar un trágico desenlace.

Por suerte él siempre había sido un hombre de recursos, y conocía el efecto que produce un buen puntapié en las costillas, o en un lateral de la rodilla, y la noche del viernes la combinación de ambas «sofisticadas» técnicas barriobajeras, unidas a la valentía demostrada por Anna al defenderse aguijoneando con sus tacones los pies de los malhechores, y golpeando con decisión donde más duele a un hombre, habían dado un excelente resultado poniéndolos en rápida fuga.

No obstante Julián era consciente de que aquellos tipos eran realmente peligrosos y que iban a por todas, porque si el corte superficial que había recibido en el cuello hubiese ahondado apenas un par de milímetros más —tal como le señaló el médico de urgencias del Virgen de las Nieves—, posiblemente ya estaría en el Cementerio Municipal empezando a pudrirse a dos metros bajo tierra.

Su raciocinio, ahora más que nunca, exigía cordura: tomar un taxi y apartarse de las calles casi desiertas durante las horas de la sobremesa; pero Julián Pérez Fox, llevado por el ánimo que le

aportaba su recién recuperada libertad, finalmente no quiso someterse a los dictados de la prudencia para que ésta no terminase metamorfoseada en miedo, y se decidió a realizar a pie el largo camino que le llevaría de vuelta a casa.

Miró su reloj; a pesar de lo avanzado de la hora aún no tenía hambre y necesitaba meditar para terminar de convencerse de que estaba en el camino correcto.

Sí, meditar. Entretener los cuarenta minutos largos del paseo intentando recordar todo lo que le había sucedido desde que se cruzó en su vida el inquietante Luis Martínez de Saq; o, quién sabe, quizás hubiese sido él quien se había cruzado en la vida del viejo librero de la Calle Imprenta.

* * *

Todo comenzó unos meses antes, a principio de verano. Puede que el profesor de matemáticas hubiese pasado más de un centenar de veces por la zona de la Catedral a lo largo de su vida, sin haber reparado nunca en el pequeño establecimiento de venta de libros de viejo situado justo al final de aquella calle sin salida. Pero esa tarde equivocó su ruta habitual, y detenido frente al escaparate de la añosa y sorprendente librería, se sintió hipnotizado por el atractivo aspecto de varios volúmenes ultrajados impenitentemente por el paso demoledor del tiempo.

Un libro concreto, fatigado hasta casi el desahucio, llamó su atención: *Nuevo tratado de aritmética*. México. Imprenta de J. J. Terrazas e Hijos, 1897.

Julián no se lo pensó dos veces: era lo que andaba buscando para entretener sus momentos de ocio canicular, y decidido a su adquisición, siempre que estuviese dentro de sus posibilidades, penetró en el estrecho zaguán de la librería. Hubo de emplearse más de lo esperado para desplazar la pesada puerta de madera y cristal que le impedía acceder al interior. Al cabo de unos segundos de forcejeo, el sonido delator de la campanilla de bronce colgada en el dintel anunció su presencia.

—Buenas tardes.

Saludó con moderación a un par de personas que, ajenos, fisgoneaban entre las sobrecargadas estanterías. Apenas obtuvo de ellos como respuesta un descortés murmullo sin sentido.

En ese instante, uno de los clientes del anquilosado negocio pareció desistir de su búsqueda en aquella cantera de sabiduría aletargada, se dio media vuelta y abandonó el local sin decir adiós. El otro personaje que pululaba en la semipenumbra, ataviado con una bata doméstica de grandes cuadros de colores terrizos, y zapatillas de andar por casa a juego, se acercó a Julián.

—Perdone, joven —le abordó sin previo aviso—, ¿sería tan amable de alcanzarme un libro? Está demasiado alto para mí...

Julián sonrió, quizás porque el aspecto del desconocido —sobre todo sus tímidas lentes circulares casi flotando sobre su poblado bigote níveo—, le recordó a un singular personaje escapado de un cuento decimonónico italiano.

—Por supuesto —contestó solícito—. Dígame cuál es.

El anciano lanzó una mirada escrutadora a la persona que, inclinada sobre el mostrador, parecía repasar una larga lista de nombres, quizás títulos de libros anotados en varios papeles desordenados. Luego, apartándose un poco del campo de visión del dependiente, indicó a Julián una balda concreta situada en lo más alto del anaquel principal.

—¿Ve ese libro de pastas rojas?

—Sí.

—Pues ése es el que necesito. Si me hace el favor, joven.

Julián, a pesar de su uno ochenta y cinco, aún tuvo que esforzarse un poco para conseguir hacerse con el pesado volumen.

Antes de dejar el libro sobre las manos artríticas del anciano del batín, Julián echó un rápido vistazo al título: *Souvenirs de Grenade et de l'Alhambra par Girault de Pranngey*.

—¡Oh, es fantástico! —exclamó el anciano—, sin embargo... hum, ¡vaya!, está editado en París después del 1800. No me sirve.

Julián no entendió el motivo del rechazo, y así se lo hizo saber al anciano con un gesto explícito.

—Siento haberle molestado para nada —se excusó éste—, necesito libros anteriores a esa fecha. Siento interés por grabados que muestren el interior de la Alhambra antes de las restauraciones de mediados del siglo diecinueve. Me temo que ahora va a tener que dejarlo de nuevo donde estaba. Perdóneme, por favor.

Julián continuaba sin comprender por qué el anciano abusaba de la generosidad de un desconocido estando tan cerca la persona que debía atenderle. Miró a través de los escasos huecos de los estantes y comprobó que el librero continuaba ajeno a los requerimientos de su negocio.

—Perdóneme, pero creo que... —dijo Julián al anciano intentando exponer su punto de vista ante la situación.

—Claudio...

—¿Perdón?

—Claudio, que me llamo Claudio Hierbabuena, para servirle.

—¿Hierbabuena? Curioso apellido, don... Claudio —contestó Julián divertido ante tan inesperado personaje.

—Sí, pero la verdad es que no es mi apellido verdadero. Me llaman así en el barrio por mi afición a las plantas. ¿Ve ese balcón de ahí enfrente? Esa es mi casa.

Julián hizo ademán de asomarse por pura cortesía y descubrió algo parecido a una sucursal del mismísimo Generalife macizando unas rejas de la primera planta del edificio de enfrente.

—Me encantan las plantas, y no lo puedo remediar. Si supiera usted lo fresquito que estoy ahí en verano contemplando las láminas de mis libros y con mi botijico cerquita. También tengo dos canarios que me alegran los días ¿sabe? Macho y hembra, la parejita.

—Sí, sí, puedo imaginármelo —dijo Julián comenzando a sospechar algún funcionamiento singular en la mente del viejo don Claudio.

—Y no crea que son solo las láminas de la Alhambra lo que contemplo desde mi balcón —volvió éste a la carga guiñándole un ojo.

En ese momento el señor Hierbabuena agarró a Julián por el codo y lo apartó aún más del campo visual del librero que había levantado su mirada de los papeles intuyendo que algo no iba bien tras el anaquel de los libros de historia.

—Mire usted, caballero: en esta librería pasan cosas muy raras —dijo el viejo llevándose un dedo a los labios.

Julián no se atrevió a preguntar por la índole de los hechos que Claudio Hierbabuena

consideraba como «cosas raras».

—Muy a menudo viene gente extraña. Muy extraña, ojo, no *jipis* de esos que tienen el pelo como una fregona, no. Gente que habla en otros idiomas, francés, ruso, alemán. Sí, alemán sobre todo. Bien vestidos... demasiado bien vestidos. Con maletines, cuatro o cinco maletines.

—Bueno, Granada es una ciudad turística, no es extraño que... —se atrevió Julián a intervenir.

—Pero vienen en coches, coches grandes que no pueden dar la vuelta en la calle y tienen que salir marcha atrás. Y traen mucha gente a su alrededor, como si fuesen guardaespaldas. Vienen al caer la tarde, el librero se encierra por dentro con ellos, y después de un buen rato se marchan como han venido. Y eso no es todo: un día al librero se le olvidó cerrar los postigos de la ventana, y vi cómo abría una puerta disimulada detrás del mostrador y bajaba con varios de esos tipos por unas escaleras secretas.

—¡Oh, vaya! ¿Y desde cuándo pasa eso? —dijo Julián simulando interés por la historia.

—Desde hace mucho. Yo llevo en esa casa viviendo casi cincuenta años, desde que vine a Granada y me casé con mi Adelita, que Dios la tenga en su gloria. Y su padre, al padre del librero me refiero, no al de Adelita que era mi señor suegro: un hombre cabal oiga. El padre, el padre del librero era lo mismo de huraño y escurridizo que el hijo. Yo ya se lo he dicho a mi yerno que es policía ¿sabe?, que investigue que aquí hay tomate, se lo aseguro.

En ese momento el sonido de unos pasos acercándose sobre el carcomido parquet de la librería hizo que se descompusiera la expresión del señor Claudio.

—¿Qué ocurre aquí? —intervino, ofuscado, el librero—. ¿Le están molestando, caballero? —preguntó volviéndose hacia Julián.

—No, no se preocupe; este señor sólo me ha pedido que le alcance un libro de un estante alto, nada más.

—¿Sólo un libro? —preguntó, perspicaz, el empleado.

El anciano comprendió que ya estaba tardando demasiado en desaparecer de la escena.

—Bueno, yo me marchó que ese libro no es el que estaba buscando, y además, tengo que regar mis plantas. Pobrecitas.

Julián Pérez Fox y el librero no perdieron de vista a Claudio Hierbabuena hasta que éste, a pesar de que el cinturón del batín se le enredó varias veces entre sus piernas amenazando con hacerlo caer, consiguió alcanzar el portal de su casa.

—Siento que ese pobre chalado le haya molestado, a saber qué historias le habrá contado.

—No, nada malo no se preocupe, solo lo de su interés por la Alhambra y por las plantas olorosas. Bueno, y de sus canarios. Dos, dice que tiene macho y hembra, la parejita.

—Sí, ya. Bien, ¿y en qué puedo ayudarle? —evitó el librero cualquier comentario.

—¡Ah, sí!, ya se me había olvidado. Quisiera preguntar el precio del tratado de aritmética que tiene usted en el escaparate.

—Ajá, permítame que le diga que tiene usted muy buen ojo. Ese tratado es único en su género, apenas quedarán más de cinco ejemplares como ese en todo el mundo. Acompañeme.

—¿Cinco ejemplares? ¡Vaya!, entonces debe ser muy caro. No sé yo —reconvino Julián su actitud—, ahora me siento mal por haberle molestado porque no creo que su precio pueda estar al alcance de un humilde profesor de matemáticas.

—¿Matemáticas? —exclamó el librero girándose repentinamente.

—Sí, trabajo como profesor de matemáticas en el García Lorca.

—¡Ah! Apasionante. Las Matemáticas, el Álgebra, la Geometría, la Criptología... son disciplinas que siempre me han fascinado. Casi podríamos decir que es una adicción, más que una tradición, que pasa de padres a hijos en la larga herencia de los Martínez de Saq.

—¿Martínez de Saq?

—Sí. ¡Oh!, disculpe, no me he presentado: Luis Martínez de Saq, para servirle.

Julián sonrió. Por fin parecía que empezaba a normalizarse aquella tarde tan disparatada; a continuación estrechó la mano del ufano librero.

—Julián Pérez Fox —se limitó a decir.

—¿Pérez Fox? ¿Es compuesto? —preguntó el librero.

—No, Pérez por mi padre y Fox por mi madre, que es inglesa.

—¡Ah! Excelente, excelente. Tener una madre inglesa siempre es garantía de cosmopolitismo, ¿no le parece?

Julián necesitó unos segundos para asimilar lo que había querido decirle aquel hombre menudo y de porte distinguido. Quizás demasiado distinguido para estar detrás de un mostrador aguantando las exigencias de una clientela posiblemente tan impertinente como la que acababa de conocer.

—Bien, perdone mi repentina curiosidad y permítame una pregunta —dijo el librero—: ¿desde cuándo le interesan las matemáticas? Porque para serle sincero, siempre he considerado que el mejor alimento para el músculo cerebral son los retos matemáticos; tanto que he llegado a elaborar la hipótesis de que si una persona dedica su vida en pleno a resolver complejos sistemas aritméticos, puede llegar a comprender cosas que le son vedadas al resto de los mortales.

—Eso no es solo una pregunta —advirtió Julián contento con despertar definitivamente del sueño de la razón—, es casi una declaración de intenciones. No obstante le diré que no soy ajeno al tema, me doctoré en Ciencias Exactas con veinticinco años y pienso que...

—¡Oh! —le interrumpió el librero impresionado, poniendo una mano sobre su pecho—, ¿con solo veinticinco años?

—Sí —sonrió satisfecho—, sobresaliente *cum laude* —añadió con una irreprimible y abierta sonrisa.

—Vaya, vaya, vaya. He de confesarle que esto sí que no me lo esperaba —dijo Luis acariciándose nervioso la barbilla—. Todo un doctor en matemáticas... y además, sobresaliente *cum laude*, y con veinticinco años. Y si... —dejó el librero el inicio de una frase en el aire—. Por favor, le importaría acompañarme a la trastienda un momento, quisiera enseñarle una cosa. Será solo un instante, no quiero robarle su tiempo.

Julián siguió de cerca los pasos sigilosos de aquel hombre hasta entrar en una sala contigua, no demasiado grande, que se mostró saturada de antiquísimas ediciones de libros de muy diferentes temáticas.

—Bienvenido al *Sancta Sanctorum* de nuestro humilde negocio familiar —le dijo a Julián, volviéndose hacia él con las manos juntas casi en actitud orante, mientras inclinaba hacia él su monda cabeza—. Aquí guardamos nuestros tesoros bibliográficos hasta que son catalogados y tasados. Después consideramos la conveniencia de su puesta en venta al público.

Julián no supo encontrar explicación al hecho de que Saq hubiese permitido a un completo desconocido acceder a un lugar como aquél, y su sorpresa era mayor aún después de que le hubiese confesado la precariedad de sus recursos económicos.

El impresionado profesor de matemáticas miró a su alrededor. Resultaba evidente que el precio de cualquiera de aquellos volúmenes podía superar su nómina anual con creces.

En ese momento, el librero, sin apartar su mirada expectante del rostro del profesor, levantó su mano y le señaló un gastado cuadro colgado en el único hueco vacío de toda la estancia.

Julián se acercó; la morosa luz titubeante de una bombilla desnuda, posiblemente con sus días contados, resultaba insuficiente para la tarea de reconocimiento que el enigmático librero le había encomendado. Los dedos de Julián se pasearon suavemente sobre la lámina de cuero enmarcada.

—Esto es un cordobán, ¿verdad?

—Sí, y muy antiguo, se lo puedo asegurar. Pero, ¿puede reconocer el símbolo que hay inciso en él? —preguntó el librero.

—Pues parece una figura pentacular compleja... pero, déjeme ver, este círculo atravesado en vertical por una «I» latina se parece mucho a una letra griega... «Phi».

—Exacto, es un pentáculo con la letra *Phi* en su interior.

La mente de Julián se aceleró al reconocer detrás de aquel antiquísimo símbolo una referencia a la legendaria Escuela Pitagórica, y así se lo hizo saber a Martínez de Saq.

—¡Ya veo que no me ha mentido! —exclamó gozoso el librero—, es usted quien realmente dice ser.

Julián se tensó al escuchar esas palabras.

—¿Y por qué iba a mentirle? —protestó tan indignado como confuso.

—Perdóneme, pero hoy en día uno no se puede fiar de nadie —se excusó el librero—. No me lo tome a mal. Venga, por favor, acompañeme fuera.

Julián, ciertamente incómodo por la reacción del librero, caminó tras sus pasos como hacía apenas unos minutos, pero esta vez a la inversa, en dirección a la parte posterior del escaparate. Una vez allí el dueño de la librería apartó con cuidado una celosía plegable de madera para acceder a los libros expuestos.

—Tome, esto es para usted en señal de desagravio por haberme mostrado tan suspicaz —dijo poniendo en sus manos el tratado de aritmética por el que se había interesado minutos antes.

—Pero... señor Martínez... no puedo aceptar algo así.

—No, nada, nada. Si lo rechaza lo tomaré como una afrenta entre *mathematikoi*. Y, por favor, creo que ya deberíamos tutearnos, ¿no le parece, doctor?

El profesor de matemáticas, sobrepasado por la generosidad del librero, solo pudo afirmar con la cabeza sin poder apartar su vista del libro. Una etiqueta impresa voló de entre sus páginas y cayó al suelo.

Julián se agachó a recogerla. No se había equivocado en cuanto al elevado precio de aquel magnífico ejemplar.

* * *

Ese fue el primero de los encuentros con Luis Martínez de Saq, al que sucedieron un buen número más, siempre al caer la tarde, cuando la vida parecía detenerse en los alrededores y el ya de por sí escaso flujo de clientes de la librería se volvía prácticamente nulo.

Los dos amigos entretenían sus horas dialogando relajados sobre Euclides, de cuyo tratado *Los Elementos* Luis poseía una magnífica copia anterior al año 1500. Sobre *La Aritmética* de

Diofanto de Alejandría, sobre Fibonacci, sobre Fermat y su famoso *Último Teorema*...

Cubem autem in duos cubos, aut quadratoquadratorum in duos quadratosquadratos, et generaliter nullam in infinitum ultra quadratum potestatem in duos ejusdem nominis dividere: cujus rei demonstrationem mirabilem sane detexi. Hanc marginis exigitas non caparet.

Pero una tarde de finales de verano, cuando ya los lazos de amistad entre los dos matemáticos se habían vuelto gordianamente sólidos, Luis Martínez de Saq, usando un lenguaje profundamente mesiánico, desconocido en él hasta ese momento, anunció a Julián que quería hacerle partícipe de algo muy importante.

Luis inició su relato, y desde ese instante comenzaron a pasar las horas con celeridad de minutos en la trastienda de la vieja librería. Mientras tanto, al raciocinio científico de Julián Pérez Fox le resultaba cada vez más difícil encontrar un hueco en el que dar cabida a la fascinante historia que estaba escuchando de los temblorosos labios del sorprendente Martínez de Saq. Éste, consciente de la magnitud de su secreto, no escatimaba esfuerzos para hacerle comprender a su amigo todos los detalles de la increíble historia narrada. Y así, plenamente convencido de lo que estaba haciendo, Luis fue obviando el juramento de silencio que su padre le había impuesto cuando alcanzó la edad oportuna para acceder a aquel vetado conocimiento familiar.

Esa calurosa tarde, Luis mostró a Julián las pruebas que testimoniaban todo lo contado, y una vez estuvo seguro de que su amigo había asimilado hasta el más minúsculo de los detalles, le confesó el motivo que le había llevado a desvelarle —según las palabras del propio Luis—, el secreto mejor guardado desde el descubrimiento de América.

* * *

—Querido amigo Julián, debo anunciarte algo muy importante —dijo Luis, intentando sobreponerse a la afonía que le provocaba la emoción—: tengo cáncer.

Julián, visiblemente sorprendido, se revolvió en su asiento sin capacidad para reaccionar.

—Los médicos ya han puesto fecha a mi último viaje: apenas me queda un año de vida, por lo que no conoceré un nuevo verano. Sé que sufriré mucho antes de marcharme de este mundo, y he decidido que debo desprenderme de parte de ese sufrimiento deshaciéndome de esta pesada carga que mi familia lleva tanto tiempo soportando, y que si no transmito a la persona indicada se perderá para siempre.

Julián hizo un esfuerzo y consiguió despegarse de la mecedora en la que tanto conocimiento había compartido con su amigo durante los últimos meses; se situó en cuclillas junto a él, para evitar que se levantase.

—Pero debes luchar, Luis. Por suerte la palabra cáncer ya no es sinónimo de muerte. Hay muchas probabilidades, si no de curación completa, sí de control de la enfermedad, y...

—No, Julián. Siento decirte que mi mal, si no ocurre un milagro, y a estas alturas ya no creo en ellos, terminará llevándome con los míos en el plazo previsto. Ya ves lo que son las cosas. ¡Quién iba a decir que yo sería el último de los Martínez de Saq!

Julián bajó los ojos y volvió a su sitio, preguntándose cuál sería la mejor forma de llenar los últimos meses de la vida de su buen amigo.

—Luis... —dijo Julián con sus pensamientos fijos en una dirección.

—Dime, amigo mío.

—Me has hablado de un código cifrado hace quinientos años cuyos intentos de resolución han ocupado gran parte de tu vida, así como de la de tus antepasados. Estoy pensando que, si quieres, puedes contar conmigo para ayudarte a resolverlo.

Luis levantó su vista emocionado.

—¿De verdad harías eso por mí?

—Por supuesto. Emplearé mi tiempo y mis recursos si con eso podemos arrojar algo de luz sobre ese asunto, aunque debo confesarte que la criptografía nunca ha estado entre mis preferencias.

—No te preocupes —dijo Luis—, la criptografía no deja de ser un cálculo más o menos complejo de probabilidades y...

En ese momento, como en un chispazo, Julián recordó a Anna, su bellísima amiga americana experta en Álgebra, y supo que podía aportarles una inestimable ayuda.

Le habló a Luis de ella, de sus avances en teoría de números e implementación de técnicas computacionales nuevas en su área. Luis, verdaderamente interesado con la historia y el trabajo de Anna en una disciplina tan desconocida para él, no puso impedimento alguno a que Julián la invitase a participar en aquel difícil reto que había resistido al paso de cinco siglos.

Julián se felicitó por su idea. Nunca había considerado a Anna como a una amiga más, por lo que si finalmente ella aceptaba el reto, iba a contar con la oportunidad de pasar muchas horas junto a ella.

Sí, junto a su hermosa y querida Anna.

Capítulo 3

Sí, ella era hermosa, muy hermosa, inteligente... y norteamericana, circunstancia que en los ambientes universitarios de medio mundo actuaba siempre como una brillante línea más en el currículum de un profesor foráneo.

Anna había llegado a Granada procedente de la ucla, la Universidad de California en Los Ángeles, para cubrir una plaza de profesor visitante en el Departamento de Álgebra, vacante desde hacía mucho tiempo.

Julián la había conocido un año antes, sirviéndole de cicerone durante su primer día en la ciudad, atendiendo a la petición del Director del Departamento, su buen amigo Óscar Saldaña.

«Esta vez no te voy a dar ni las gracias por hacerme este favor», le había dicho Óscar ampulosamente a un Julián sorprendido por el inusual comentario en boca de una persona que llevaba la buena educación como un distintivo más de su escrupuloso carácter.

«Sí, no me mires así, que vas a ser tú quien me agradezca la oportunidad que te estoy brindando de conocer a semejante bellezón».

Julián supo que Óscar no había exagerado nada cuando pudo contemplar a Anna acercándose a él desde los soportales de la Facultad de Ciencias, como arropada por la tibieza de aquella mañana de septiembre.

—Hola, soy Anna. ¿Eres tú Julián? —le había preguntado, y sin esperar respuesta, adelantó su cara para recibir los dos besos de cortesía preceptivos.

Julián sintió una leve punzada en su estómago y un sutil cosquilleo en la mejilla al ser rozado por su largo pelo rojizo, con olor a mariposas, evocador de latitudes altas y lejanas, pergeñadas de rocas musgosas entre las que corrían y saltaban bravos arroyos de agua recién descongelada.

Toda aquella mañana estuvo Julián tentado de hacer un recuento, más o menos aproximado, de las mujeres que habían obrado en él, si no el milagro de un presunto amor, sí un sentimiento supletorio de, quizás, cariño intenso.

Fueron muchas, aunque tal vez no fue ninguna si tenía en cuenta la facilidad con la que conseguía olvidarlas después de un corto número de meses —a veces solo semanas o días—, compartiendo con ellas sus escasos momentos equívocamente íntimos.

Anna le había impactado nada más verla, y en un primer momento se dijo que no iba a desaprovechar la oportunidad de intentar seducirla empleando de nuevo las estrategias que tan buenos resultados le habían aportado en sus pasadas andanzas norteamericanas. Sin embargo

ahora, bien era cierto, no iba a contar con la ayuda de sus carísimos trajes hechos a medida, ni de sus corbatas de seda italiana, ni de su apartamento en el Upper West Side con vistas al Central Park. Ni siquiera poseía ya su Jaguar XK, compañero de escapadas a toda velocidad por la Gran Manzana, buscando una salida cuando las cosas comenzaron a ponerse realmente feas.

Los recuerdos volvieron a rechinar en su memoria: hacía cinco años que tuvo que dejar atrás aquella vida hipotecada, para que sus acreedores se pelearan por los despojos de lo que había sido su brillante aventura americana. Ahora, después de rechazar por quincuagésima vez la ayuda de su madre, vivía con lo puesto, con sus trajes de rebajas de grandes almacenes, y con una bicicleta colgada en el cuarto de contadores del viejo edificio donde pudo alquilar un apartamento sin vistas al pasado.

Por suerte, o quizás por justicia, la vida a veces cura nuestras vanidades de forma insospechada, y Julián, empeñado en subsistir en la contemplación del más riguroso de los ascetismos, había comenzado a sentirse una persona digna, entregado por completo a su trabajo con aquel grupo de chicos del García Lorca predesahuciados por el resto de la sociedad, y ocupando sus escasas horas de ocio resolviendo complejos retos aritméticos incluidos en las publicaciones específicas que conseguía sacar de la biblioteca universitaria.

«Despierta Julián, eso ya se acabó», se dijo finalmente, desestimando con verdadera tristeza intentar algo con la bella Anna.

* * *

—Siento que te haya tocado a ti perder el tiempo conmigo; no llevo muy bien mi adaptación a las nuevas ciudades —se disculpó ella tras recorrer la ciudad antigua, mientras almorzaban en el Huerto de Juan Ranas unas excelentes croquetas de perdiz y un cuscús de verduras, con la rotunda imagen de la Alhambra sirviéndoles de fondo como el más magnífico de los trampantojos.

—Tampoco te he advertido de que soy vegetariana —confesó la bella profesora a Julián llevándose una croqueta a la boca—, pero estos bocados son *as good as gold*. ¿Cómo decís aquí?, ¿exquisitos...?

—Sí, deben serlo, porque ¡uff!... —contestó Julián sin pensarlo, al consultar en la carta el precio del plato de croquetas.

—No, ¡stop!, ¡one moment, please! —reaccionó Anna agitando sus manos a la vez—. Pago yo. No puedo permitir que además de robar tu tiempo te cueste tu dinero.

—Bueno, ya veremos cuando llegue el amigo Ranas con la multa.

—¿Qué multa? —preguntó ella sobresaltada, separando de sus labios rojos una copa de un no menos rojo Ribera del Duero.

—Jajaja. Perdona, mujer, es una forma de llamar a la dolorosa...

—¿Dolorosa? Dolorosa es una virgen de Semana Santa, ¿no? —volvió a preguntar la americana desconcertada.

—No, nooo. Bueno, sí, hay una imagen que se llama así. La cuenta, me refiero a la cuenta: *the bill*, ya sabes. Pero, oye, si quieres hablamos en tu idioma, soy bilingüe por parte de madre.

—¡Oh! *I see. Sorry*. Perdona, Julián, pero debo esforzarme, es una de las cosas que me han traído aquí; si no lo hago nunca alcanzaré un buen nivel de español.

—Bien, como prefieras, pero por lo que veo lo dominas a la perfección.

—¡Oh! Gracias, pero soy consciente de que no es tanto como dices. Aún me queda mucho por aprender.

* * *

La tarde transcurrió deliciosamente entre las risas provocadas por las bromas de Julián, y sus particulares explicaciones sobre la historia de la ciudad, empeñado en tratar a los personajes ilustres que jalonan el pasado granadino, como si fuesen amigos suyos de toda la vida. Así que Federico García Lorca pasó a ser su compadre Fede; Fernando el Católico, el tito Nando Matamoros; y su esposa, la tita Isa. Pero no se atrevió a bromear con el ilustre Fray Leopoldo. No. Con él no, porque si había algo en Granada más respetable, incluso que la propia religión que profesaba, era la figura del querido Fray Leopoldo de Alpanseire, como así lo demostraba el pequeño recuerdo del beato que Julián siempre llevaba en su cartera a pesar de su reconocido y contumaz laicismo.

Las horas pasaron rápidas y el tiempo se agotó sin que se dieran cuenta. El resplandor de la tarde había llenado de sombras la falda del monte de la Sabika, dejando las calles desdibujadas y desiertas, solo insinuadas por los blancos puntos de luz eléctrica.

—¿Tienes prisa por recogerte esta noche? —preguntó Julián a Anna, antes de proponerle un paseo bajo la luz de la luna del Albaicín, con la intención de que el perfume de los jazmines les condujese finalmente a la tetería de su viejo amigo Mohamed Bouhaf.

Ella aceptó encantada.

* * *

El paseo y la posterior velada en el cómodo local del marroquí ofrecieron a los dos profesores la posibilidad de contarse sus vidas con detenimiento. Así, Julián supo que Anna había nacido en Riverdale, un pueblecito cercano a Hanford, en el estado de California, y crecido en un hogar desestructurado desde que su padre, viajante de comercio, decidió salir un día por la puerta y no volver jamás.

Con doce años Anna tuvo que convertirse en el pilar principal de la familia, porque su madre encontró trabajo a tiempo completo en una fábrica de hilaturas situada a cuarenta kilómetros de su pueblo, y no le quedó más remedio que desatender las labores propias del hogar. Así, de la noche a la mañana, cambió por completo la vida de la que hasta ese momento había sido la reina de la casa, y Anna, como una nueva Cenicienta, tuvo que hacerse cargo de sus dos hermanos pequeños y de todos los quehaceres domésticos para cubrir las largas ausencias de su madre, confiando en que sus carencias no llegasen a oídos de los agentes de Asuntos Sociales.

Anna, serena, se excusó por dejar un vacío en la historia de su ingrata infancia, y Julián, para intentar mitigar en algo la tristeza que comenzó a flotar en el ambiente, se decidió a contar los detalles más pintorescos del pasado de su familia.

—¿Sabes, Anna? Mi madre es rica, muy rica...

Anna levantó su mirada incrédula hacia Julián.

—Es cierto, no te engaño —se apresuró a confirmar éste—, y todo se lo debe a mi abuelo: un humilde carpintero de Braintree.

—¿Braintree? ¿Dónde está Braintree? —preguntó extrañada.

—Cerca de Colchester... al sureste de Cambridge, *in England*.

—Ah, ok. Continúa, por favor.

—Pues sí, mi abuelo Thomas tenía una carpintería pequeña en Braintree con la que apenas podía pagar a sus proveedores y mantener a mi abuela y a mi madre de forma medianamente decorosa. Los muebles que fabricaba con sus propias manos eran auténticas obras de arte, pero tenía un problema; era tan perfeccionista que tardaba demasiado en terminarlos, así que sus clientes se desesperaban tanto que cuando los recibían alargaban los pagos indefinidamente como represalia. Pero un día mi abuelo Thomas, que de tonto no tenía un pelo, decidió que ya estaba bien de trabajar para gente que no sabía valorar lo que tanto esfuerzo le costaba crear, y dio un vuelco a su negocio. Ya no compró más maderas de nogal o de roble, ni caros barnices, ni adornos de bronce, sino maderas prensadas y herrajes prefabricados. Colgó sus gubias y sus cinceles, y los cambió por destornilladores y taladros industriales.

»Al poco ideó su primer mueble funcional, fabricó las piezas por separado y lo metió todo dentro de un paquete con un puñado de tornillos y un manual de instrucciones para su montaje.

»Te puedes imaginar el resto. Comenzaron a llover los pedidos de los grandes centros comerciales, y la pequeña carpintería se convirtió en una saneada industria de muebles prefabricados.

—Entonces... si tu madre es rica... ¿tú? —se resistió Anna a terminar la pregunta.

—Nooo, jajajaja. Yo no soy rico, ella sí. Aunque te confieso que si a la riqueza a la que te refieres no es a la económica, sí que ahora soy rico. Mucho más que antes, cuando trabajaba en Wall Street.

—¿En Wall Street? ¿Has trabajado en la jungla de las finanzas? —preguntó Anna con los ojos muy abiertos.

—¡Oh yeah!

* * *

A esas alturas, Anna ya estaba completamente entusiasmada por la historia y el encanto que demostraba Julián al contarla.

—Pues eso no es todo —dijo Julián llevándose el vaso de té a los labios—. Un día te contaré cómo conoció mi madre, la distinguida ricachona de la Gran Bretaña a mi padre, un humilde horticultor del Santo Reino de Jaén.

—Julián... —intervino Anna algo desconcertada—, escuchándote da la impresión de que no soportas mucho a tu madre.

—Bueno, ella siempre ha intentado controlar mi vida a golpe de Visa Platino, y yo, la verdad, nunca he querido aceptar limosnas de nadie.

Julián pasó de puntillas por su etapa neoyorquina y solo se extendió algo más de lo habitual en él al explicar a Anna sus progresos aplicando el lado divertido de las matemáticas en la educación de los alumnos más conflictivos del García Lorca.

—Es magnífico lo que estás haciendo con esos chicos, te felicito —le dijo finalmente Anna, con una sonrisa y una tenue caída de párpados incluida.

* * *

Julián acompañó a Anna a la residencia de profesores de la universidad. El reloj marcaba las dos de la madrugada. Tardaron bastante más de lo necesario en despedirse en la entrada del recinto.

El ilusionado profesor de matemáticas no pudo contener una pertinaz sonrisa que le acompañó hasta que, ya en su apartamento, se dejó caer feliz y agotado sobre la cama.

Debía mantenerse firme en su decisión de no intentar nada con Anna, era demasiado para él — se dijo—, sin embargo, por alguna razón a la que decidió no poner nombre, le pareció que su camisa, sus manos, todo a su alrededor había comenzado a oler a mariposas.

Capítulo 4

El paseo a casa desde el instituto había dado para más de lo que Julián esperaba. Por suerte no había encontrado señal de los matones en todo el trayecto, y consiguió reunir un poco de la seguridad que había perdido de golpe el día del asalto.

Saludó sin demasiada vehemencia a un par de vecinos con los que se encontró en las escaleras. Una vez en su planta sacó las llaves de su bolsa de bandolera, se acercó a la puerta y al ir a introducirla en la cerradura descubrió, sobresaltado, que había sido forzada.

Todos sus temores se mostraron ante él en ese instante; sintió una oleada de calor subir por su espina dorsal hasta la nuca.

Al pronto no supo discernir lo que resultaba prudente hacer, si llamar a la policía urgentemente o entrar sin más dilación, amparándose en el factor sorpresa, para enfrentarse a los asaltantes.

Se decidió a dejar que pasasen unos segundos, con la espalda apoyada contra la pared del descansillo, controlando su respiración e intentando advertir algún sonido que proviniese del interior de su apartamento.

—¡Oiga, perdone! —se sobresaltó al escuchar la voz de alguien que subía por las escaleras a media carrera.

El corazón de Julián Pérez Fox bombeó de pronto toda la sangre que su cuerpo reclamó desde los puntos más insospechados de su anatomía.

—¿Qué le ocurre? ¿Le pasa algo? —le preguntó aquel tipo que sin ningún comedimiento había hecho estallar sus ritmos cardíacos.

Julián se acercó a él llevándose un dedo a los labios.

—Silencio, creo que hay ladrones dentro de mi casa.

El recién llegado no se anduvo por las ramas, le apartó hacia un lado, se desabotonó la arrugada gabardina y sacó un revólver plateado de debajo de la axila.

—Pssst —le pidió silencio a Julián—, no se asuste, soy policía.

Julián, sorprendido por su relativa «suerte», miró a su alrededor para hacerse con algún objeto que le sirviese como arma. Como no encontró nada, se limitó a empuñar su afilada pluma estilográfica —con el capuchón quitado, eso sí—, como si fuese una modesta arma blanca, y se dispuso a cubrirle las espaldas al providencial agente de seguridad del Estado.

En la entradita no había nada extraño: el espejo, el paragüero, un recuerdo de un pueblo de la

costa de Almería donde nunca había estado, pero que servía para colgar llaves, el azulejito de «Dios bendiga cada rincón de esta casa» que le dejaron los dueños como equipamiento extra, y una pequeña banqueta forrada con eskay rojo que hacía las veces de descalzadora.

Julián guardó la estilográfica y cogió un paraguas viejo con buena punta metálica del paraguero.

—No haga ruido, por favor —pidió el policía susurrando.

Echaron un rápido vistazo a la cocina. Tampoco había nadie allí, por lo que se internaron en el breve pasillo hasta desembocar en el salón.

No se escuchaba sonido alguno en la casa, todo parecía en calma y el arriesgado agente pidió a Julián que encendiese la luz antes de enfundar su arma reglamentaria.

El resplandor eléctrico mostró el desbarajuste que habían dejado los asaltantes tras de sí, provocando en el ánimo de Julián una honda sensación de impotencia.

—¡Oh, vaya! Creo que va a necesitar bastante tiempo para poner todo esto en orden —dijo el policía con una colilla casi extinta colgando de su labio inferior.

—¡Serán hijos de puta! —exclamó Julián sintiendo pisoteada su más sagrada intimidad.

—¿Tiene alguna idea de quién ha podido hacer esto? —le preguntó el presunto policía.

Julián le miró con cara de pocos amigos...

—¡Oh!, perdone —dijo el tipo mostrándole una placa que brillaba más que el sol bajo la luz de la bombilla de bajo consumo—. Sarmiento, soy el inspector José Sarmiento, Pepe para los amigos... a ver, deme la mano.

Julián, sobrepasado por la situación, se limitó a levantar su mano como un autómeta.

—Sé como se siente —dijo el inspector—. Es jodido llegar a casa y encontrarse con que unos malamadres han estado revolviendo tus cosas. Los hay que hasta se te mean o cagan en la cama y no te das cuenta hasta que te echas un rato a descansar.

Julián, espantado, se dirigió a la carrera a su cuarto y palpó el edredón nórdico que acababa de adquirir unos días antes en un hipermercado de la ciudad. Por suerte estaba seco y no se apreciaba coprolito alguno en las cercanías.

El inspector entró tras él con su perenne cigarrillo en los labios.

—Parece que se han limitado a revolver el salón. ¿Tiene usted idea de qué andaban buscando? Julián reaccionó.

—Perdone, inspector... ¿Sarmiento ha dicho?

—Pepe, llámeme Pepe. Ya nos hemos dado la mano, así que somos amigos.

—Bien, como quiera, inspector Pepe. Agradezco su ayuda, por supuesto, pero tengo una duda: ¿qué es lo que le ha traído hasta aquí?

—¡Ah, sí! Perdona, esta cabeza mía... —dijo sacando una libretita de muelle de uno de los bolsillos de su gabardina—. Usted es Julián Pérez, ¿verdad?

—Pérez Fox, sí.

—¿Foz?

—No, Fox.

—¿Con equis al final o con jota?

—Equis.

—Pues me lo han puesto con jota. Sin problema, lo cambio, equis. Eso, equis...

El inspector sonrió mientras terminaba de apuntar en su libreta.

—Perdone, perdone, es que acabo de recordar que tengo que echar la quiniela. Pero vamos a lo que estamos. Hace dos días, la noche del sábado si no me equivoco, estuvo usted en Urgencias del hospital Virgen de las Nieves con un feo corte en el cuello. ¿Cierto?

—Sí, su información es correcta.

—Bien, según el parte que nos ha llegado de la Policía Local, sufrió usted el asalto de dos tipos cuando paseaba en compañía de una señorita extranjera por el callejón de los Hechiceros. ¿Cierto?

—Sí, cierto.

—Usted comentó al medico que le practicó la cura que sus asaltantes, en número de dos, vestían de manera extraña y tenían la cabeza rapada. ¿Cierto?

—Pues sí, así es.

—Bien, iré al grano. Últimamente hemos estado siguiéndole los pasos a una peligrosa banda de *skin heads* que han estado molestando a la ciudadanía de los alrededores del Sacromonte. ¿Le importaría a usted participar en una rueda de reconocimiento? Ya sabe, se sitúa detrás de un cristal y nos dice si hay algún detenido que le resulte familiar.

—¿*Skin heads* en el Sacromonte? —exclamó Julián sorprendido—. No, inspector, creo que se confunde, mis asaltantes no han sido skin...

—Y eso, ¿cómo lo sabe? —preguntó Sarmiento guiñando un ojo, perspicaz.

—Pues por sus ropajes, su forma de hablar... y además, iban casi descalzos.

—¿Descalzos? —preguntó el comisario abriendo los ojos más de lo normal.

—Sí, casi descalzos, con unas sandalias muy ligeras a lo sumo. Curioso, ¿no? Los skin suelen llevar botas militares.

—Sí que las llevan, sí. Pero a ver, que estoy un poco perdido. Dice que iban vestidos de forma extraña. ¿Me puede ampliar algo más sobre ese dato?

—Pues... llevaban una especie de hábitos grotescos...

—¿Hábitos?

—Sí, hábitos como de monje antiguo.

—¡No me joda!

—No es mi intención.

El singularísimo inspector Pepe Sarmiento agachó su cabeza, cruzó sus manos en la espalda y comenzó a pasear por la habitación.

—Parece que esto se pone interesante. Déjeme que rebobine. Usted y su compañera americana, de nombre, a ver que consulte mis apuntes... sí, Anna Elisabeth O'Sullivan, fueron asaltados la noche del viernes trece de noviembre de 2009 a las dos de la madrugada, en el callejón de los Hechiceros, a la altura del número dieciocho por dos desconocidos con la cabeza rapada, que lucían hábitos monacales y actuaban descalzos...

—Sí, pero hay un detalle más —interrumpió Julián.

—Le escucho —apremió Sarmiento mojando la punta de su lápiz con la lengua.

—Llevaban un gran cuchillo y brazaletes metálicos.

—¿Qué? ¿Brazaletes? Pero cómo brazaletes, ¿como los de las mujeres?, ¿bisutería fina o algo así?

—No, no. Brazaletes como de hierro de buen tamaño, como si fuesen grilletes pero sin cadenas.

—Total, que a ustedes les asaltaron dos personajes escapados de La Guerra de las Galaxias pero con navajas en vez de espadas láser y una buena dosis de mala leche, ¿es eso?

—Bueno —dudó Julián un segundo—, visto así, pues sí. Pero... oiga, comisario, ¿se está burlando? Le recuerdo que esto es muy serio; hace unos días casi me degüellan y hoy mismo han intentado desvalijarme el apartamento.

El inspector guardó su libretita.

—Hum, ¿usted fuma? —preguntó a Julián mirando la colilla que acababa de despegarse de su labio inferior.

—Pues... sí que fumo. Pero, ¿qué tiene que ver con esto?

—No, nada, que si puede darme un cigarro, que yo si no tengo algo en la boca no puedo pensar y me acabo de quedar sin tabaco. Bueno, para serle sincero ya llevo dos días dándole vueltas a esta colilla...

Julián alargó su pitillera abierta.

—Hum, bonita pitillera; debe ser cara, ¿no?

—Sí, sí que lo es.

—¿La lleva usted siempre consigo?

—Sí, desde que la compré.

—¿Y estos cigarrillos tan simpáticos?

—Moods. Son como puritos con filtro.

—Sí, ya veo. ¿Sabe una cosa?, me extraña que aún conserve su valiosa pitillera después del asalto de la otra noche, ¿no le parece?

Julián se quedó callado unos segundos intentando descubrir si detrás de las palabras del comisario había alguna intencionalidad inculpatoria.

—¿Sabe lo que creo? —volvió a la carga el ínclito Sarmiento—. Que no eran delincuentes comunes los que les asaltaron. Seguro que iban buscando lo mismo que los que han formado este desbarajuste; muy posiblemente han sido los mismos tipos.

»¿A ver?, Julián Pérez Fox con equis. ¿Tiene alguna idea de lo que podían andar buscando los caballeros Jedi por el callejón de los Hechiceros la pasada madrugada del viernes al sábado, y hoy mismo en su domicilio?

Julián dudó si romper el pacto de silencio al que había llegado con su amigo Luis Martínez de Saq a propósito de la resolución del primero de los enigmas cifrados.

—¿Qué es lo que no me ha contado, Julián Pérez Fox? —preguntó Sarmiento sospechando del silencio de su interrogado—. Mire, joven, vamos a hacer una cosa. Esta tarde a las veinte cero cero le espero en comisaría, tiene tiempo de sobra para poner en orden todo este desbarajuste, mire a ver si echa de menos alguna cosa, y aclare sus pensamientos. No me falte. Hasta entonces, que pase buena tarde.

Julián miraba al curioso inspector acercándose a las escaleras que debían devolverlo al mundo exterior, reprochándose, quizás, haber contado más de la cuenta sobre el aspecto de sus asaltantes.

—¡Oiga! —se giró Sarmiento cuando ya había bajado un par de escalones—, están buenos estos puritos, saben como a vainilla. ¿Cómo me ha dicho que se llaman?

—Moods.

—¡Ah!, sí, Muds.

—No, con doble «o».

—Sí, sí, doble «o», que son ingleses. Me lo apunto: comprar Moods. ¡Ah!, y que no se me pase echar la quiniela.

* * *

En ese instante, a varios miles de kilómetros al norte de allí, sonó el timbre de un teléfono que no tardó en ser atendido.

—¡Hallo!, soy Schlafend.

—Has tardado demasiado en llamar —contestó una voz grave al otro lado de la línea—, incluso podría interpretarse esta demora como que no pensabas hacerlo.

—Sabéis perfectamente que lo haría en cuanto fuese el momento oportuno.

—¿Y bien?

—Necesito que dejéis el campo libre.

—¿A qué te refieres?

—A que llaméis a los perros.

—Tienes que darnos garantías.

—¿Garantías? ¿A mí me pedís garantías?

—No soy yo quien te las pide, es el Consejo.

—Pues haz valer tu voz ante el Consejo. No quiero a los perros merodeando a mi alrededor hasta que el secreto no sea completamente descifrado.

—Hablas con una seguridad asombrosa, creo que incluso peligrosa. ¿Tan seguro estás de que lo conseguirás?

—Sí, completamente seguro.

—¿Qué te hace estarlo?

—Esta vez, como sin duda ya sabéis, contamos con una ayuda fuera de lo común, ya han dado muestras de ello, pero debéis dejarlos trabajar sin amedrentarlos, aunque creo que ya es demasiado tarde para eso.

—Llevamos quinientos años de retraso, así que no digas que ahora es demasiado tarde para nada.

—Retira a los perros, Großmeister, esta vez estoy seguro de conseguirlo.

—Si es así, Schlafend, trasladaré al Consejo tu petición, pero, *bitte*, no vuelvas a llamar perros a los Zuhörer Bruder, ellos hacen lo que se les ordena.

—No, no los llamaré perros, pero lleváoslos de aquí. Si vuelven a aparecer me encargaré personalmente de mandarlos a los reinos de Perséfone, y de que las pistas se pierdan para siempre.

—No serás capaz...

—Ponedme a prueba...

Capítulo 5

Luis Martínez de Saq estaba a punto de alcanzar la mayoría de edad cuando conoció el asombroso secreto que su familia guardaba celosamente desde tiempos demasiado remotos como para poder situarlos con precisión en un calendario.

Su padre, Álvaro Martínez de Saq, había sido durante toda su vida un hombre entregado al estudio, a sus particulares creencias, y a la dura disciplina que le había impuesto el hecho de haber quedado viudo en el momento del nacimiento de Luis, a la postre su único hijo.

La ya por entonces antigua librería de la calle Imprenta había brindado a muchas generaciones de Martínez de Saq, al propio Álvaro —y éste confiaba que en adelante a su hijo Luis—, una forma de vida ciertamente cómoda, segura, a salvo de los vaivenes continuos de la historia, y en especial de las cicatrices que el convulso siglo XX había dejado atrás. Guerras, intrigas, represalias, hambrunas... todo parecía haber pasado por la puerta del negocio de los Martínez de Saq, como asomándose por las estrechas ventanillas de los vagones de un tren que, arrastrados por la frenética locomotora del tiempo, terminaban perdiéndose en el horizonte de los días sin atreverse a importunarles.

—Hijo, ya ha llegado el momento del relevo —le había anunciado aquella mañana Álvaro a Luis—. Hoy debo comenzar a prepararte para que seas el continuador de las tradiciones de nuestra larga saga familiar.

—Pero padre, aún le queda a usted mucho por hacer —había contestado el trémulo hijo a su progenitor, temeroso, quizás, de tener que enfrentarse prematuramente con su futuro.

—Puede que tengas razón, pero la costumbre y nuestras creencias exigen que cada uno de los nacidos bajo el Signo Pentacular no alcance su primer ciclo vital sin conocer la gran causa que nos mueve hacia la suprema perfección.

Álvaro se hizo acompañar por su desconcertado hijo hasta la cámara oculta tras el panel frontal de la librería, y tras accionar el mecanismo de apertura, bajaron aquellas escaleras que habían permanecido ajenas a su conocimiento hasta ese instante.

Una vez en el sótano, Álvaro Martínez de Saq explicó a su hijo la vida de Pitágoras de Samos, el gran creador de La Hermandad a la que su familia pertenecía desde la noche de los tiempos.

—Pitágoras fue, y de alguna forma, sigue siendo —predicó Álvaro a Luis—, el verdadero Mesías de la única religión que existe: La Ciencia.

»Debes saber, hijo mío, que El Maestro nació en el año 572 antes de la Era Cristiana, en la

isla griega que le dio su apellido, y que siendo muy joven viajó por Mesopotamia y Egipto, hasta que volvió a Samos con diecinueve años, justo el día en que se completaba su primer ciclo vital, edad que marca, como es tu caso, la iniciación como miembro por derecho de sangre de la milenaria Hermandad Pitagórica.

Luis, con los ojos muy abiertos, no podía comprender en toda su extensión lo que su padre, ataviado tan extrañamente, intentaba explicarle en aquella especie de santuario subterráneo, frío y húmedo.

—Sí, hijo, sé que en este momento tu limitada comprensión está luchando dentro de tu cerebro contra las densas brumas con las que la ignorancia intenta ocultar lo que nosotros conocemos como Realidad Absoluta, pero te prometo que conseguirás, al fin, disiparlas. En breve harás un viaje a un lugar recóndito de las tierras del Norte. Allí conocerás nuestras bases, nuestros principios y los objetivos que ha perseguido La Hermandad durante más de dos mil quinientos años de labios de los miembros del Gran Consejo.

* * *

Julián Pérez Fox y Anna Elisabeth O'Sullivan se miraron. No podían creer lo que su amigo Luis les estaba contando.

—Sí, comprendo vuestro desconcierto, y tengo preparadas las pruebas que demuestran la veracidad de lo que os digo.

El librero, con un gesto de su mano, pidió que le acompañasen tras el mostrador.

Julián se detuvo en seco al recordar algo.

—Perdona, Luis —dijo volviéndose hacia la puerta—, pero si vas a hacer lo que creo, deberías cerrar las contraventanas antes de seguir adelante.

Luis se detuvo al escuchar la recomendación de su amigo, y tras un segundo de reflexión comprendió que la tarde que le conoció, su molesto vecino del otro lado de la calle ya le habría puesto al corriente de la existencia de la puerta oculta tras los paneles de madera de la pared.

Tampoco temía que pudiese llegar a perjudicarlo una verdad vertida por la boca de un viejo loco, pero se convenció de que debería tomar algunas precauciones de ahora en adelante.

No hacía frío, pero al bajar por las estrechas escaleras hacia la penumbra gris de la cámara subterránea, Julián experimentó una desagradable sensación de malestar que le hizo tiritar. El olor a cerrado le mareaba, y sintió como si una leve lámina de polvo en suspensión hubiese logrado traspasar la frontera de su boca para ir a posarse sobre su reseco paladar.

Cuando ya llevaba descendidos algunos pasos, se volvió, atento siempre a su invitada en aquel juego misterioso y excitante, para asegurarse de que Anna bajaba por las escaleras con la suficiente garantía.

Una vez abajo, Luis, sin decir nada, encendió una a una las mechas de una gran lámpara, posiblemente ceremonial, que parecía estar fabricada con huesos de animales y una fina piel que hacía las veces de pantalla. En ese instante Julián recordó, estremecido, haber leído alguna vez la existencia de lámparas hechas por los nazis con restos de osamentas de judíos asesinados y con los trozos de su piel que habían sido marcados con los números que los identificaban en los campos de exterminio del III Reich. Sin duda —quiso convencerse Julián—, se trataba de un pernicioso conocimiento que tarde o temprano debía condenar al olvido.

A la luz de las bujías, Luis avanzó hacia un gran arcón situado en uno de los extremos de la estrecha pero larga sala, y extrajo varios objetos de diferente índole.

—Ésta clámide es la que se usaba en las ceremonias de grado de La Hermandad —dijo a sus invitados sin volverse—, y éste es el birrete que nos recuerda que el Gran Orden, como hacedor de todo, y Pitágoras de Samos como su Mesías, están por encima de los mortales.

Las miradas se cruzaban una y otra vez entre los tres oficiantes de aquella particular ceremonia presuntamente espuria, tejiendo por momentos un manto de incredulidad que rápidamente quedaba deshecho por las pruebas palpables que Luis iba mostrando con contenida solemnidad.

—Pero Luis —se atrevió Julián a romper el silencio casi sepulcral de la escena—, entonces, si es cierta la existencia de La Hermandad Pitagórica, ¿tú formas parte de ella?

—No, amigo mío —no tardó Luis en responder—, yo nunca he confiado en los hombres que necesitan reunirse en sectas para encontrar respuestas a cosas que son tan naturales como el aire que nos rodea. Aquel viaje que me anticipó mi padre, nunca llegué a realizarlo. Me negué con todas mis fuerzas a formar parte de semejante parodia.

—Entonces... perdóname, Luis, pero aunque tú no formes parte de La Hermandad, ¿sabes si realmente sigue existiendo de algún modo?

Luis dejó de buscar objetos en el viejo baúl, y se irguió para contestar a su buen amigo.

—Confío, queridos Anna y Julián, que ya no quedará nadie que intente mantener en pie semejantes quimeras. La Hermandad Pitagórica existió realmente en la antigüedad, eso es un hecho histórico documentado. Seguro que ya conocéis a grandes rasgos la historia de Pitágoras, y sabréis que después de ser desterrado por el tirano Polícrates, se estableció en Crotona en el año 525 antes de la Era Cristiana, donde terminó de desarrollarse La Hermandad. Unas revueltas posteriores forzaron la salida de sus seguidores, que terminaron estableciéndose en Tarento. A los que continuaron practicando las ideas originales se les conoció como Neopitagóricos, y se unieron a los Neoplatónicos para intentar contrarrestar el crecimiento desmesurado del Cristianismo. Pero después de aquello no se tiene noticia de una posible expansión más allá de la Península Itálica. No obstante, mi padre continuó en su empeño de que me incorporase al grupo que él consideraba heredero de aquella antigua tradición, y a tanto llegó su obcecación que decidí, un par de años más tarde, huir de casa.

—¿Te marchaste? ¿Dejaste a tu padre solo? —preguntó Anna llevada por una inercia puramente emocional.

—Sí, lo hice. Y sólo volví cuando juró que respetaría mi decisión hasta las últimas consecuencias.

—Entonces, Luis —intervino Julián sin poder quitarse de la cabeza la posibilidad de una lámpara hecha con huesos humanos—, todo esto que nos rodea puede considerarse como una singular puesta en escena. Un simple atrezzo, ¿no es cierto?

—Es posible. Tengo que reconocer que nunca llegué a creer a mi padre completamente, pero... —interrumpió Luis su frase.

—¿Pero...? —dijo Julián.

—Acompañadme, quiero enseñaros algo.

Luis se acercó a un antiquísimo bargueño fabricado en maderas nobles, decorado con diferentes escenas, posiblemente pertenecientes a una liturgia desconocida. Al poco de rebuscar

en su interior, extrajo un grueso libro envuelto en una tela de fieltro roja, que mostró un aspecto de conservación realmente excelente.

—Es el *Corpus Hermeticum* de Hermes Trismegisto, traducido para Cosme de Médici por Marsilio Ficino en 1463. Este ejemplar es uno de los tres impresos en 1471. Fue adquirido en Florencia por un antepasado mío, Martín de Loxa, en el año 1490, por encargo de Abu Abd Allah Muhammad.

—¿Boabdil? —interrumpió Julián.

—Sí, Boabdil. Pero como resulta evidente nunca llegó a su destino. Se quedó aquí hasta que otro antepasado mío lo usó para ocultar el gran secreto del que os he hablado.

—Pero... Martín de Loxa, tu antepasado... —preguntó Anna confundida—, ¿no se apellidaba Martínez de Saq?

—No, querida, en España, en aquellos tiempos, se conocía a los individuos por su nombre de pila y un apodo que indicaba su procedencia o su profesión, por lo que a veces se daba el curioso caso de que los integrantes de una misma familia podían ostentar apellidos diferentes, lo que acarrearba el consiguiente caos administrativo. Esto cambió en 1501, cuando el Cardenal Cisneros instituyó la obligatoriedad de que todas las familias usasen el mismo apellido, quedando fijado en ese momento el nombre del cabeza de familia. Así, mi familia paso a llamarse Martínez por Martín...

—¿Y de Saq? —no tardó Julián en preguntar—, porque Martínez de Saq es compuesto, ¿verdad?

—Sí, es compuesto, en mi familia solo usamos los segundos apellidos para temas burocráticos. De Saq se adhirió al primer apellido porque ya por entonces vivíamos en esta calle sin salida, y aquí y en muchos lugares, a este tipo de calles se les ha conocido siempre como «fondo de saco», o... «cul de sac» en catalán —sonrió Luis anticipándose a la posible broma subsiguiente.

—¡Ah, entiendo! Tu familia es la de los hijos de Martín, el del «culo» de saco, ¿no es cierto? —dijo Julián divertido, trazando unas comillas imaginarias en el aire con los dedos mientras guiñaba un ojo a Luis.

Todos rieron de buena gana deshaciendo los restos de la solemnidad que los había rodeado hacía unos minutos. Anna, entusiasmada con los pormenores de la historia, pidió a Luis un receso para tomar un poco de aire del exterior y analizar todo lo expuesto por el librero hasta el momento.

—Sí, perdonad a este viejo —dijo Luis, volviendo a guardar el incunable en el mueble—. A veces no sé controlarme. Por favor, subamos arriba y démonos un respiro con un café por delante, ¿os parece?

* * *

—Debéis saber —dijo Luis una vez instalados en la trastienda—, que la historia ha tratado demasiado bien a un personaje principal en este asunto: don Cristóbal Colón. Entre otros motivos porque existe una gran cantidad de documentación sobre sus actos que está mayormente escrita por él mismo.

—¿Cristóbal Colón? —preguntó Anna—. ¿También era pitagórico el descubridor de América?

—Es posible, no nos olvidemos de su procedencia italiana —sonrió Luis, inclinándose para endulzar su café con un par de cucharadas de miel, mientras repasaba mentalmente las múltiples controversias históricas sobre el origen del Almirante—. Pero consideraciones aparte, debéis saber que de su hermano Bartolomé es de donde parte el principio de todo este largo enredo.

—¿Puedo fumar? —preguntó Julián, llevándose los dedos al lugar donde guardaba su pitillera.

Luis miró a Anna que no manifestó oposición alguna, tras lo cual, el librero le invitó a hacerlo con un gesto.

* * *

—A finales del s. XV, Cristóbal Colón y sus hermanos, Bartolomé y Diego Colón, gobernaban la Isla de la Española imponiendo una administración que no satisfacía a los colonos españoles. Así que en 1494, dos años después del descubrimiento, aquellos pioneros comandados por Bernal Díaz de Pisa, Contador de la Hacienda de Castilla que se había embarcado en el segundo viaje de Colón con la intención de fiscalizar las cuentas del Reino en las tierras conquistadas, se levantaron en armas contra la autoridad del Almirante y de sus hermanos, entendiendo que se estaban cometiendo agravios contra los intereses de la Corona Española y contra los propios colonos.

»Cristóbal Colón logró sofocar aquella primera revuelta; sin embargo, los ánimos, lejos de aplacarse, propiciaron la deserción del jefe de la Fortaleza de Santo Tomás, Pedro de Margarit, que con un puñado de hombres se adentró en las tierras de los indígenas para sacar provecho propio, sin atender a las exigencias reales que disponían que se tuviese a aquellos nativos en la misma consideración que a un súbdito castellano.

»Margarit, posiblemente para justificar su sedición, una vez de vuelta a España actuó como informador ante los Reyes Católicos delatando los presuntos desmanes que estaban llevando a cabo los tres hermanos Colón amparados en sus cargos, a los que acusó de tratar despóticamente a los colonos, de esclavizar a los nativos y de atesorar ingentes cantidades de oro y perlas en su propio beneficio. El resultado de aquellas imputaciones no se hizo esperar, y Cristóbal Colón fue llamado inmediatamente a testificar ante los Soberanos.

»Pero el tiempo avanzaba y en La Española crecía el descontento después de más de un año sin recibir víveres, por lo que no tardó en producirse una nueva rebelión. Esta vez el alzamiento fue dirigido por Francisco Roldán, Alcalde Mayor de La Isabela, que sospechando que el Almirante podía haber sido ajusticiado debido a las acusaciones vertidas por Margarit, se granjeó el apoyo de prácticamente la totalidad de los integrantes de la Colonia Española y el de los nativos con la promesa de eximirles de impuestos, y destituyeron a Bartolomé Colón que había quedado desempeñando el cargo de Gobernador en ausencia del Almirante.

»Cristóbal Colón, al volver a la isla con su honestidad seriamente perjudicada, fue incapaz de someter a los rebeldes, por lo que, obligado por Roldán, hubo de firmar las Capitulaciones de Azua en 1498, mediante las cuales reconocía el derecho de los colonos a buscar oro en su propio beneficio, el de poder volver a España cuando se les antojase, y el de explotar el trabajo de los indios pudiendo llegar a tener a nativas como esposas. Aquellos hechos fueron decisivos para que los Reyes de España le destituyeran definitivamente, y decidieran enviar a Francisco de Bobadilla para restituir el orden en La Española.

»Bobadilla arribó a la isla el 23 de agosto de 1500, atracando en Santo Domingo con quinientos hombres, dos carabelas y catorce indios que habían sido llevados previamente a España por Colón.

»No tardó en disponerse para llevar a cabo su primera orden: la del apresamiento del Almirante y sus hermanos, pero en la Capital solo encontraron a Diego Colón, mientras que Bartolomé Colón, según se informó a Bobadilla, se encontraba combatiendo otro de los levantamientos en la zona de Jaragua, a la vez que el Almirante hacía lo propio en la Vega Real.

»Una vez localizado e informado de la Disposición Real, Cristóbal Colón se negó a abandonar su cargo, por lo que Bobadilla tuvo que emplear medidas drásticas para reducirlo.

»Apresado el Almirante, éste fue obligado a escribir una carta de su puño y letra para requerir la presencia inmediata de Bartolomé.

»Así, los tres hermanos Colón, una vez reunidos, fueron embarcados hacia España cargados de grilletes en octubre de 1500, ocho años después de haber puesto por primera vez su pie en tierra americana.

»A partir de entonces corrió la voz de que la enorme riqueza atesorada por los Colón durante aquellos años, muy posiblemente en exacta equivalencia con la enviada a España, nunca fue encontrada, y cundió la sospecha de que Bartolomé, usando sus conocimientos adquiridos como cartógrafo a las órdenes de la Reina Ana de Francia, ocultó el tesoro en un lugar específico de la isla de muy difícil acceso.

»A la vista del testamento del Almirante, se puede llegar a pensar que la existencia de ese tesoro no es solo una leyenda, y que esa fue la forma que tuvo de resarcirse por tener que sufragar él mismo gran parte de los gastos que le ocasionó el descubrimiento de América, dada la cicatería demostrada por los Reyes Católicos para con el proyecto, y la voracidad posterior de la Hacienda del Reino de Castilla.

El Rey é la Reina nuestros Señores, quando yo les serví con las Indias; digo serví, que parece que yo por la voluntad de Dios nuestro Señor se las di, como cosa que era mía, puédolo decir, porque importuné á SS. AA. por ellas, las cuales eran ignotas é abscondido el camino á quantos se fabló dellas, é para las ir á descubrir allende de poner el aviso y mi persona, SS. AA. no gastaron ni quisieron gastar para ello, salvo un cuento de maravedís, é á mi fue necesario de gastar el resto...

* * *

—La cuestión que nos ocupa —dijo Luis Martínez de Saq incorporándose un poco en su sillón para servir más café—, no es otra que la de descifrar la clave que nos puede llevar a conocer el emplazamiento del tesoro que ocultó Bartolomé Colón antes de ser apresado por Francisco de Bobadilla.

Julián, que ya conocía la esencia del secreto, miró a Anna y la descubrió completamente desconcertada, sin atreverse a decir ni una palabra. Sin embargo las declaraciones de Luis, las pruebas, las evidencias... todo lo mostrado por el enigmático librero, había sido tan contundente, encajaba con tal perfección que finalmente no resultó extraña a los dos profesores la posibilidad de acometer la búsqueda con ciertas garantías.

—Pero, Luis ¿por qué fue precisamente tu familia la que se vio involucrada en todo esto? — preguntó Julián algo que llevaba tiempo pensando.

Luis pidió ayuda para levantarse y Anna, dada su cercanía, le ofreció solícita su brazo para que se apoyase. Una vez en pie, carraspeó un poco, se acercó al viejo cordobán colgado en la pared que mostraba el antiquísimo emblema de los Pitagóricos, puso sus dedos sobre él y se quedó mirándolo fijamente mientras terminaba de narrar la sorprendente historia del tesoro de La Española.

—El 17 de diciembre de 1500, los hermanos Colón, después de sufrir prisión desde que arribaran a España, fueron llevados ante los Reyes Católicos en la Alhambra. Cuentan que el Almirante, con su moral hundida por el rumbo que habían tomado los acontecimientos, se echó a llorar como un niño a los pies de la Reina, hasta que ésta se apiadó de él, pero Bartolomé con el torso semidesnudo, mostrando las decenas de cicatrices recibidas a lo largo de su vida militar, no lloró ni se humilló ante ellos. Se mantuvo sereno a pesar de las circunstancias, y orgulloso como un buen miembro de La Hermandad Pitagórica, les reprochó a los Soberanos que había perdido seis años de su vida sufriendo peligros y penalidades en el Nuevo Mundo, y se quejó de que «ahora que estaba todo hecho, era vejado y deshonrado», y solicitó que se le pagasen los sueldos que se le adeudaban desde que entró al servicio de la Corona, y le dejasen partir en paz. Solo eso pidió después de tanto como había aportado al Reino de Castilla, sin embargo los Reyes Católicos nunca atendieron a sus reclamaciones y se limitaron a dejarlo partir sin cargos.

»Una vez recuperada la libertad, Bartolomé Colón, consciente de lo difícil que le iba a resultar volver a La Española, y posiblemente llevado por un justificado ánimo de represalia, contactó con el miembro más preeminente de La Hermandad Pitagórica en la ciudad; o sea, con mi antepasado Martín de Loxa, y le comunicó su intención de entregar para la Gran Causa las claves que facilitarían, llegado el momento, la recuperación de aquel portentoso tesoro.

Anna y Julián se miraron. La profunda expectación del momento contenía su respiración y aceleraba sus latidos.

—Este libro —continuó Luis consciente de su ansiedad, mientras posaba su mano sobre el *Corpus Hermeticum*— es el que encargó el rey Boabdil a mi antepasado con el fin de obsequiar a los Reyes Católicos en agradecimiento por su liberación tras la batalla de Martín González. Pero como todo el mundo sabe, las cosas se complicaron para el último rey nazarí de Granada, y nunca llegó a manos de los Soberanos. Paradójicamente, con el paso del tiempo, terminó siendo el escondite perfecto de una de las pistas para recuperar el tesoro que les fue escamoteado por los hermanos Colón.

»Y es que la historia, amigos míos, está plagada de sorpresas.

Capítulo 6

—Por favor, pase y siéntese —pidió el inspector Sarmiento a Julián nada más entrar en su despacho.

—Bien, usted dirá, señor inspector —dijo éste tras acomodarse.

—Antes de nada, señor Pérez Fox, quiero preguntarle si ha echado en falta algo en su domicilio.

—Sí —mintió decidido—. Han desaparecido un reproductor de DVD, una mini cadena y un plato.

El inspector, extrañado, se quedó mirándolo fijamente durante unos segundos; luego se levantó despacio de su sillón giratorio y llevándose una mano a la barbilla se acercó hasta el lugar que ocupaba Julián.

—¿Un plato? Supongo que no será un plato de la vajilla, ¿no? —comentó sarcástico.

—No, no, perdone inspector. Me refiero a un plato giradiscos, ya sabe. Se ve que estos cacos son aficionados a la música —se atrevió Julián con un comentario.

—Hum, ya veo, sí; unos cacos muy musicales. Y a ver, ¿no ha echado de menos nada más? No sé, joyas, dinero, tarjetas de crédito...

—Pues, ahora que lo dice —dijo Julián mientras se daba cuenta de la inconsistencia de su mentira—, tampoco creo haber visto mi alfiler de corbata de oro.

—¡Ah! ¿Ve? Eso ya es otra cosa... —exclamó Sarmiento animadamente—. Un alfiler de corbata, ¡vaya, vaya!, y de oro nada menos.

—Sí, y con el emblema del colegio profesional...

—Bien, tomaré nota. Supongo que querrá interponer la denuncia correspondiente, ¿no es así? —preguntó Sarmiento volviendo a su sitio y tomando su libreta de gusanillo.

—Sí, sí, por supuesto.

—Veamos, un DVD ¿marca? —dejó la pregunta en el aire.

—¿Marca? —dudó Julián al que la pregunta había pillado completamente desprevenido—. Pues, marca... sí: Dalton.

—¿Dalton? —repitió Sarmiento—. ¿Como los malos que aparecen en los cómics de Lucky Luke?

—Sí, exacto...

—Y la mini cadena, ¿de qué marca es la mini cadena...? ¿Capitán Trueno?

Julián no supo qué decir ante el sarcasmo del inspector. Resultaba evidente que su burda estrategia para ocultar la verdad no estaba dando ningún resultado positivo, sino todo lo contrario.

Sarmiento, con gesto cansado, guardó su libreta, se echó hacia atrás y dejó que su asiento le meciera un par de veces mientras tamborileaba con sus dedos en los brazos del cómodo sillón.

—Vamos a hacer una cosa, amigo Julián —dijo al poco—, permítame que le llame así. Verá, le hemos preparado una rueda de reconocimiento; vamos a pasar dentro para no tener que dar explicaciones luego al comisario jefe Esparza, me dice si reconoce a alguno de los pelones que le hemos traído, y como sé que no va a identificar a nadie volvemos aquí a ver si ya ha decidido contarme la verdad de este asunto, ¿le parece?

—¡Pero, oiga! —insinuó Julián una protesta.

—No, no diga nada, amigo mío. Luego, luego tendremos tiempo para charlar largo y tendido.

El inspector Pepe Sarmiento pidió a Julián que le esperase en una sala desnuda de decoración, en la que solo ejercía como mobiliario una pequeña mesita blanca colocada bajo una gran ventana de cristal, desde la que se observaba una sala más grande con una larga tarima de madera adosada a la pared opuesta. Unas delgadas líneas horizontales negras, que le parecieron un soberbio pentagrama, unían de alguna forma las pálidas paredes laterales.

—Bien, atento, señor Pérez Fox, van a empezar a desfilar —dijo Sarmiento en cuanto entró en la sala, apagando rápidamente la luz del fluorescente.

Julián, inquieto, observó uno a uno a los individuos que comenzaron a ocupar lugares frente a él, colocando sus cabezas ante las líneas, como si fuesen ineficaces grafos musicales, intentando amplificar la fiereza que se desprendía de sus desafiantes gestos.

Conocía bien esas expresiones, esos desplantes a una vida lateral que nunca había contado con ellos. En ese instante experimentó la desagradable sensación de estar asistiendo a un encuentro con el futuro de algunos de sus chicos del García Lorca, y se le hizo un nudo en la garganta.

Sin que pudiese evitarlo visualizó a los más conflictivos, los que habían recibido los azotes más dolorosos de sus respectivas realidades, y recordó durante unos minutos, sumergido en un abisal silencio de sonidos, no así de emociones, las caras de los que ya se habían ido para siempre, sin siquiera haber cumplido las dos décadas de existencia, cabalgando sobre el caballo brutal y desalmado de la droga.

—¿Se encuentra bien?, ¿le traigo un poco de agua? —preguntó el perspicaz inspector al observar algo extraño en la expresión de Julián.

El profesor evitó que sus ojos se cruzasen con los del policía y levantó su mano para indicarle con un gesto que todo estaba bien.

El inspector tenía razón. Julián Pérez Fox fue incapaz de identificar a nadie aquella tarde en la comisaría de la Plaza de los Campos, y tampoco podría haberlo hecho aunque sus verdaderos asaltantes hubiesen estado entre aquellos pobres desahuciados, vestidos con sus burdos ropajes y gritándole a la cara en la extraña jerga que usaron aquella noche: *¡gebensiemirdasgeheimnis!*, *¡gebensiemirdasgeheimnis!*, *¡gebensiemirdasgeheimnis!*

No, Julián sabía que algo no funcionaba bien. Podía admitir, aunque le costase, que el encontronazo con aquellos extravagantes personajes justo después de haber resuelto la primera parte del secreto cifrado, podía haberse debido a una inoportuna casualidad. Pero no podía olvidar que acababan de entrar en su casa, lo habían revuelto todo, y sin embargo no se habían llevado nada. Absolutamente nada.

—¿Qué le ocurre, amigo Julián? Me ha parecido verle algo... «conmocionado» ahí dentro — preguntó Sarmiento nada más salir—. Si quiere hablarme de algo, de lo que sea, aquí me tiene, no desaproveche la ocasión.

Sí, Julián necesitaba sacarse de dentro la rabia y la impotencia que había experimentado hacía unos segundos, y se decidió por hablar al policía de sus esfuerzos con sus alumnos. Chicos que algún día, quizás no demasiado lejano, posiblemente estuviesen formando parte de una rueda de reconocimiento como esa, si nadie ponía remedio antes. Le habló largamente de sus clases con ellos, de los retos a los que le gustaba someterlos, de cómo les hacía crecerse ante problemas matemáticos arduos.

Sarmiento, el Inspector Jefe José Sarmiento Molina, escuchó con atención durante diez o quince minutos. Al principio tuvo que superar un extraño sentimiento de negación ante lo que estaba contándole aquel tipo que hacía ya un buen rato había intentado engañarle de la forma más absurda que había visto nunca. A él, a un inspector de narcóticos con más de quince años de experiencia a sus espaldas. Sin embargo, resultaba evidente que su primera impresión no había sido la correcta, y tuvo que admitir que por una vez en su vida, se había equivocado. El inspector Pepe Sarmiento, acomodado en su mullido sillón giratorio, tras su desordenada mesa del acristalado despacho de la aburrida comisaría de la Plaza de los Campos, al final de la cuesta Aixa, se sintió desarmado ante unas palabras tan sinceras como las que acababa de escuchar de aquel humilde profesor de instituto, y comprobó con extrañeza como su actitud hacia él se había moderado notablemente.

—Debo felicitarle por su trabajo con esos chicos —dijo finalmente—. Si todos los educadores pensarán como usted es muy posible que en un futuro los policías tuviésemos que dedicarnos a otra cosa. Pero, ahora que lo pienso, si usted es profesor, entonces puedo entender lo de sus repetidas visitas a cierta librería de la calle Imprenta.

Julián, no tardó en reaccionar sobresaltado ante esas palabras.

—Perdone, inspector, pero ¿cómo sabe usted lo de esa librería?

—No se preocupe, Julián. No hay nada malo en ir todas las tardes a la misma hora acompañado de una hermosa pelirroja a una vieja librería. Es por mi suegro. ¿Sabe?, el pobre se aburre, y como se pasa la vida en el balcón con sus canarios, pues ve cosas raras donde no las hay.

—¿Claudio Hierbabuena es su suegro? —exclamó Julián sorprendido.

—¡Ah!, ¿le conoce? Sí, es mi suegro, qué le vamos a hacer. El caso es que una tarde que fui con mi mujer a su casa de visita, les vi entrar a usted y a la señorita pelirroja, y ya empezó otra vez con sus manías: que si el librero es un tipo muy raro, que si viene gente extraña con maletines... cosas de viejos, ya sabe. Pero bueno, no podemos tomarlo a mal porque tarde o temprano a todos nos tocará llegar a esas edades. Por cierto, esa joven, la pelirroja, no es de aquí, ¿verdad?

—¿Quién? ¿Anna? Es americana... investigadora de Teoría de Números.

—¡Coño! —exclamó sobresaltado el inspector—, ¿investigadora de números? ¿Qué investiga... el uno, el dos y el tres...?

—¿Qué? No, hombre, no. La Teoría de Números es una rama del Álgebra. Anna es una doctora de la Universidad de los Ángeles que está aquí desarrollando programas informáticos para crear aplicaciones en Teoría de Números.

—Hum, Teoría de Números, parece interesante —dijo Sarmiento casi susurrando—. Por cierto, ¿eso de la Teoría de Números sirve para invertir en Bolsa y hacerse rico?

—Pues... la verdad es que es complejo de explicar —contestó Julián, incómodo al recordar su pasado.

—Bueno, amigo Julián, no se preocupe. Ya se puede marchar, que es tarde y tendrá que hacer muchas cosas. Por cierto, he comprado Muds, ¿le apetece uno?

* * *

Luis Martínez de Saq abrió el *Corpus Hermeticum* ante las expectantes miradas de Julián y Anna. Seguidamente tomó un afilado escalpelo de un cajón del artístico bargueño, y con su ayuda desencajó una delgada pieza de madera oculta en el interior de la gruesa pasta de la portada. No tardaron en tener ante sí un papel amarillento, plegado sobre sí mismo varias veces, que no excedía del tamaño de una cuartilla. Una vez desplegado minuciosamente por las concienzudas manos de Luis, y expuesto bajo la intensa luz de un flexo, descubrieron que contenía el trazado de una extraña retícula maciza de letras.

—Bien, amigos míos, aquí lo tenéis —dijo Luis Martínez de Saq, mostrando con mal disimulado orgullo la prueba que otorgaba incuestionable veracidad a todo lo que había contado a Anna y a Julián.

—Hum, vaya, este documento parece realmente antiguo —dijo Julián inclinándose sobre el ajado papel.

—Lo es, data de la segunda mitad del siglo XVI.

—Pues parece un texto cifrado.

—Magnífico, Julián, observo que dominas el tema.

—En cierta medida, ya sabes —admitió Julián levantando su mirada sonriente del documento —, aunque la criptografía no forme parte directa de mi campo de estudio todo lo que suponga un desafío para el intelecto me motiva, y si es antiguo, tanto mejor.

Capítulo 7

A comienzos del mes de septiembre de 1580, el anciano Mateo Martínez de Saq pasaba largas horas sentado cómodamente en la trastienda del negocio familiar, ajeno ya a los intensos avatares de la convulsa Corte del Rey Felipe II, contemplando el devenir de la vida al otro lado de la sobria celosía de madera que ocultaba el interior de la librería a los ojos de los viandantes.

Por suerte para él todo parecía haber quedado ya atrás, atrapado en la pegajosa tela de araña del pasado. Atrás los inacabables enfrentamientos para mantener unido al Imperio, atrás las guerras de religión, incluso ya habían quedado atrás, relegadas al más infame de los recuerdos, las oscuras intrigas internas que culminaron con el asesinato de Juan de Escobedo a manos del Secretario Real Antonio Pérez dos años antes, que tan en jaque habían tenido a toda la Corte. En definitiva, toda la pesada carga que el Monarca había tenido que soportar desde que en 1544 su padre, el Emperador Carlos I de España y V de Alemania, comenzara a prepararle para las labores propias de un gobernante a la temprana edad de dieciséis años, y de las que el propio Mateo, como algo más que su consejero personal, había tenido que sobrellevar su parte correspondiente desde el día en el que el Emperador, en sus habitaciones privadas y sin ningún tipo de ceremonia, cediese a su hijo la Corona de los Reinos Hispánicos.

Curiosamente la figura del Monarca al que con el paso del tiempo apodaron «El Prudente», pasó a constituir en sí una singular dicotomía histórica. Por una parte sus muchos enemigos se esforzaron concienzudamente en presentarlo como un Rey déspota y totalitario, cuando la realidad era bien distinta, porque Felipe II, a la sazón Duque de Milán, Rey de Nápoles, Soberano de los Países Bajos, Conde de Borgoña, Rey de España, Sicilia y las Indias, no tuvo en ningún momento la capacidad suficiente para ejercer su soberanía con igual prestancia en todos y cada uno de los territorios que, de una u otra forma, le tocó regentar.

Por esa razón los Países Bajos siempre habían actuado como un estado totalmente independiente, y más teniendo en cuenta que ya en 1566 comenzaron a existir serias diferencias entre la Corona y los nobles neerlandeses, diferencias que fueron en aumento a causa del crecimiento del calvinismo, llegando a propiciar, en abril de 1572, la toma del puerto flamenco de Brill por los Mendigos del Mar, dando así comienzo a la fase más importante de la Rebelión de los Países Bajos.

A esas alturas, el poder en algunos territorios del Imperio estaba enteramente en manos de terceros. En el caso concreto de los Países Bajos, el Rey confiaba en que Francia estuviese de su

parte, pero el país vecino había puesto sus intereses en aquellos territorios ganados al mar, y la nobleza francesa no tardó en prestar su apoyo a los rebeldes. Así, no resultó extraño que el monarca recibiera con alivio la eliminación de gran cantidad de protestantes franceses en la masacre de San Bartolomé en agosto de ese mismo año de 1572.

Pero no todo era negativo para Felipe II, y afortunadamente para Mateo Martínez de Saq, en octubre de 1571, la Flota Aliada compuesta principalmente por un contingente hispano italiano, había terminado con la amenaza del Imperio Otomano, consiguiendo la famosa victoria en la Batalla de Lepanto, en la que el riguroso trabajo de encriptación de mensajes de los cifradores a las órdenes de Mateo había tenido mucho que ver.

Mateo, después de quince años al servicio de la Corona, ya estaba cansado de todo aquello y creyó haber encontrado el momento oportuno para obtener de su Rey la licencia total de su servicio antes de que éste marchase a instalarse definitivamente en el, aún inacabado, Palacio de San Lorenzo del Escorial.

El Rey, finalmente, atendió a la petición de Mateo, agradeció por escrito sus inestimables servicios a la Corona, marcó una sustanciosa renta vitalicia de treinta mil maravedís, y le dejó partir hacia su añorada tierra granadina.

* * *

Eran malos tiempos para la política —pensó Mateo Martínez de Saq aquella tibia mañana de otoño—, pero eso a él ya poco le importaba, porque allí, sentado en su cómoda mecedora, fumando su inseparable pipa de caña, solo pensaba en una cosa: proteger de forma adecuada las pistas para recuperar, en beneficio de La Hermandad Pitagórica, el ya legendario tesoro del Almirante Colón, oculto desde finales del siglo anterior en algún lugar de la Isla de La Española.

—¿Cuándo volverá tu padre de las Indias, Gonzalo? —preguntó Mateo a su nieto después de carraspear un poco para aclararse la voz.

—Abuelo, creo que si todo marcha bien la semana que viene estará de vuelta en Granada —contestó el chico mientras acercaba una escalera a uno de los nuevos anaqueles de la librería, con la intención de ir ocupándolo con los libros que acababan de adquirir a un viajante procedente de Venecia.

A Mateo le rondaba algo por la cabeza desde hacía días, y observando el continuo trajín de su espigado nieto, supo que había llegado el momento oportuno.

—Gonzalo, hijo, ¿cuántos años tienes ahora?

El chico se giró, extrañado.

—Abuelo, tengo dieciocho, ya sabes que hasta final de año no cumplo los diecinueve. ¡Y que seas tú quien me pregunte eso, que eres la memoria viva de la familia! —reprendió a su abuelo de forma cariñosa.

—Sí, bien, bien, ya sé —masculló para sus adentros el viejo Mateo—. El final del primer ciclo se acerca.

Gonzalo lo miró de soslayo, extrañado al escuchar aquellas palabras, pero decidió seguir en su empeño de acomodar el *Summa de Arithmetica* de Luca Pacioli en el estante más alto de los libros de matemáticas, para que ninguno de sus escasos clientes tuviese la tentación de sacarlo de su lugar sin su consentimiento.

—Nunca entenderé a tu padre —dijo Mateo al poco, sin apartar la mirada de su nieto—. No sé cómo puede preferir comerciar con especias y telas, que al fin y al cabo son cosas insustanciales, y no con lo que ha sido el negocio de los Martínez de Saq desde los tiempos de mi abuelo Martín de Loxa.

Mi padre, tu bisabuelo Rodrigo —continuó Mateo dirigiéndose al muchacho—, bien que supo inculcarme el amor por el conocimiento, por las Ciencias, por las Artes... aunque tengo que reconocer, querido Gonzalo, que tu padre es así por mi culpa, porque no estuve a su lado cuando más me necesitaba.

El chico terminó de colocar el pesado volumen, descendió hasta la altura de Mateo y de espaldas a él, con un cuaderno en la mano, comenzó a anotar los títulos de los nuevos libros.

—No es culpa tuya, abuelo. La vida se presenta de formas diferentes, y a ti te tocó ser Consejero del Rey por lo que tenías que pasar largas temporadas fuera de casa. ¿Sabes lo que pienso?: que no está tan mal que las tradiciones familiares se tomen de vez en cuando un descanso generacional. Estoy seguro de que si mi padre me hubiese impuesto ser librero me habría negado con todas las fuerzas. Sin embargo, ya ves, ahora no me imagino haciendo otra cosa.

Mateo sonrió ampliamente al escuchar aquellas palabras, recordando los tiempos en que su sangre joven se calentaba casi hasta la ebullición cuando su padre intentaba imponerle sus criterios, sin otorgar al hijo el sano ejercicio de cometer equivocaciones como base imprescindible de la experiencia.

—Tienes razón, Gonzalo —no tardó Mateo en reconocer—. Debo confesarte que muchas veces descubro en ti rasgos de una madurez desacostumbrada en los chicos de tu edad.

—Es que ya soy un hombre, abuelo —afirmó Gonzalo girándose un poco—. Y no puedes quejarte. ¿Ves?, yo, como tú, amo la Ciencia, adoro la Geometría, la Arquitectura me apasiona... y te confieso una cosa: quisiera que para mi cumpleaños me llevaras a conocer el Palacio del Escorial. He escuchado comentarios que afirman que es, junto a las Pirámides del lejano Egipto, la mayor construcción que ha concebido el hombre.

Mateo sonrió, se levantó y abrazó a su nieto, completamente seguro de que, por esta vez, se iba a garantizar la continuidad de la tradición familiar.

* * *

Aquella misma tarde, nada más caer el sol, Mateo pidió a su nieto que cerrase la puerta de la librería antes de tiempo.

—¿Qué ocurre, abuelo? —preguntó extrañado.

—Ven, sígueme. Ha llegado el momento de que conozcas el secreto de la familia.

Gonzalo, confundido, acompañó a su abuelo hasta detrás del estrecho mostrador que marcaba la zona reservada de la librería. Una vez allí Mateo tanteó la pared, hasta que con la ayuda de un afilado estilete, extrajo de su lugar un lama de madera dejando al descubierto una gruesa argolla de hierro, aparentemente anclada en la pared. Mateo tiró de ella con decisión y el resultado no se hizo esperar. Un panel de madera de medio metro de ancho por dos de alto se desencajó de la pared unos centímetros.

Mateo pidió a su sorprendido nieto que abriese la puerta por completo, y al hacerlo una vaharada de viento enmohecido les dio noticia del largo tiempo que llevaba sellada.

Una vez abajo, en la oscura cámara, y superado el primer desconcierto del joven Gonzalo, Mateo Martínez de Saq encendió las velas de dos candelabros ceremoniales y se atavió con unos singulares ropajes, rescatados de un artístico arcón. Después, anunció a su nieto con voz limpia y solemne, que pertenecía a la generación más joven de una de las familias más respetadas, por antiguas y leales, de la antiquísima Fraternidad que el sabio Pitágoras de Samos fundó en la Antigua Grecia, y que como tal, le asistía su *Jus Sanguinis* o Derecho de Sangre para ingresar en la selectiva Hermandad.

Mateo llevaba décadas sin poner un pie allí, y sobreexcitado por los recuerdos, recorrió con la mirada, y a veces con sus dedos, todos los rincones del viejo santuario familiar mientras hablaba a su nieto de la fundación de La Hermandad, de las constantes persecuciones que sufrieron sus miembros, de huidas, de masacres, de la aparición de nuevos dioses y nuevos mesías, y de la decisión que hubieron de tomar, después del brutal avance y consolidación del cristianismo, de recurrir al más absoluto de los secretos para poder garantizar su supervivencia.

—Entonces, abuelo, ¿desde cuándo pertenece nuestra familia a La Hermandad Pitagórica? — se interesó vivamente Gonzalo.

—No se sabe con certeza, aunque yo tengo mis ideas al respecto. Como sabes, nuestros antepasados provienen de la ciudad de Loja; justamente allí es donde, en el año 755, residió el primer Omeya que pisó la Península Ibérica, Abderrahmán I, *el emigrado*. Ya conoces las estrechas conexiones que siempre han existido entre los hombres de ciencia musulmanes y los antiguos sabios griegos y latinos, por lo que no me extrañaría que en el nutrido séquito del que llegara a fundar en la ciudad musulmana de Córdoba el primer Emirato de al-Ándalus, viajase alguna persona, un científico probablemente, vinculado de alguna forma a La Hermandad Pitagórica.

—Ah, entiendo —dijo Gonzalo—, el resto resulta fácil de imaginar.

—Sí, incluso he llegado a pensar que es posible que ese mismo personaje que arribó a las costas granadinas, fuese quien iniciara la saga de los Martínez de Saq a este lado del mar.

Gonzalo dudó un instante.

—Entonces, ¿de verdad crees que nuestro linaje puede provenir de aquellos primeros musulmanes que llegaron a la Península?

—Es muy posible —admitió Mateo sin disimular su orgullo.

* * *

La tarde dio paso a los preludios de la noche, y ésta a la plácida madrugada; sin embargo, allí abajo, en la estrecha sala tenuemente iluminada por una docena de velas blancas, parecía haberse detenido el tiempo, conjurado por las palabras del anciano Mateo Martínez de Saq.

Allí tuvo noticia Gonzalo del primer viaje en solitario de su abuelo, cuando apenas acababa de cumplir los diecinueve años, para presentarse ante el Gran Maestre de La Hermandad Pitagórica. Entonces la Cúpula de La Hermandad se encontraba en Italia, subsistiendo en el más absoluto de los secretos para no ser atrapados por los peligrosos tentáculos de La Inquisición Romana.

Mateo tomó asiento en un amplio sillón fraileroy contó a Gonzalo cómo, una vez fue reconocido por el Consejo de La Hermandad, recorrió toda la Península Itálica atraído por el

fascinante espíritu renacentista, aprovechando la protección que le otorgaban las redes secretas tejidas por familias adeptas a La Hermandad en cada una de las ciudades en las que recalaba.

Así conoció en Florencia a *Tartaglia*, sobrenombre de Niccolò Fontana, ilustre pitagórico procedente de Brescia, que fue el primer matemático capaz de despejar la incógnita de la ecuación de tercer grado, y quien reveló su método a otro famoso matemático renacentista, también miembro de La Hermandad, Gerolamo Cardano, que lo hizo público en 1545 en su tratado *Ars Magna*, por lo que indebidamente se pasó a conocer a esta resolución como «*Fórmula de Cardano*».

No obstante, Mateo confió a su nieto lo que había escuchado de boca del propio Niccolò Fontana, a quien se resistía a llamar por su mote: que el verdadero mérito del descubrimiento debía recaer en otro matemático boloñés anterior a ellos, Scipione del Ferro, fallecido en 1526, cinco años antes de la llegada de Mateo a la Península Itálica.

—Entonces, abuelo... —interrumpió Gonzalo los recuerdos de su abuelo—, ¿en Italia fue donde aprendiste a cifrar textos?

—Sí, hijo —admitió Mateo—, y la culpa la tuvo mi buen amigo Giovan Battista Bellaso, al que conocí mientras estaba al servicio del Cardenal Rodolfo Pío de Carpi. Debes saber que en aquel tiempo el cifrado de documentos estaba considerado como un verdadero arte, y disfrutaba de una gran admiración en todos los tribunales italianos, principalmente en los de la Curia Romana.

—Y cuando volviste a España entraste a trabajar al servicio del Rey como cifrador, ¿no es así? —preguntó el chico completamente embelesado por todo lo que estaba descubriendo.

—No, aún me quedaba mucho por delante antes de que nuestro rey Felipe se interesase por mi trabajo. Pero esa historia te la contaré otro día. Ahora quiero enseñarte los rudimentos del arte de cifras.

—¿Qué?, pero... ¿cómo me vas a enseñar en un momento lo que tú tardaste años en aprender?

—No, no te preocupes —calmó el abuelo a su nieto—. Te enseñaré las bases de un tipo determinado de cifrado y después lo usaremos para encriptar las pistas que indican dónde está oculto un fabuloso tesoro...

—¿Pero, abuelo! —protestó Gonzalo una vez más al escuchar aquellas palabras—, ¿estás de broma? Te advierto que me estás contando tantas cosas increíbles que voy a empezar a creer que estás jugando conmigo.

Mateo sonrió complacido, y habló al joven Gonzalo del tesoro de los Hermanos Colón oculto en la Isla de La Española, y de su idea de dividir en tres partes la información que confió a su abuelo el propio Bartolomé Colón, que resultaba imprescindible para localizarlo. Una vez cifradas esconderían las pistas en tres libros diferentes, que distribuirían entre igual número de familias de la ciudad que pertenecieran a La Hermandad, de modo tal que quien resolviese la primera pista tendría acceso al nombre de la familia depositaria de la segunda, y así sucesivamente.

—¡Ah!, entiendo —admitió Gonzalo sorprendido por la aparente eficacia del plan—. Entonces, para conocer el resultado completo se deben ir resolviendo las pistas por orden, ¿no es cierto?

—¡Exacto! Así el secreto se protege a sí mismo y solo podrá ser descifrado de forma consecutiva partiendo desde la primera clave, que es la que quedará en poder de nuestra familia

—anunció Mateo, y dejó que sus ojos vivarachos, solo iluminados por el resplandor de las velas, se detuviesen un buen rato en los del chico, tan abiertos y refulgentes como las vidrieras de una catedral.

* * *

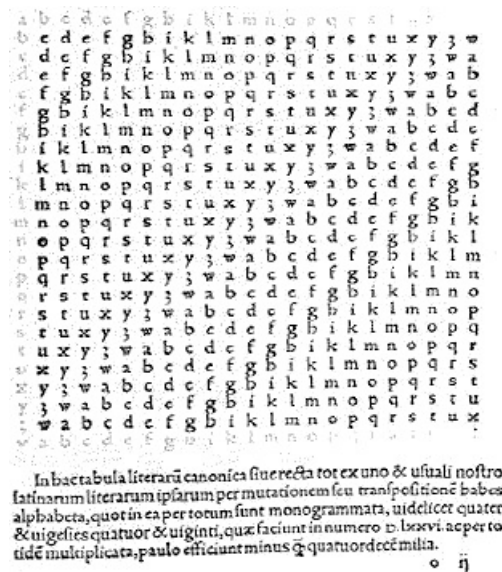
Mateo Martínez de Saq se incorporó en su sillón lo suficiente como para extraer de su faltriquera una llave de hierro; luego se la entregó a su nieto indicándole un viejo bargueño adosado a una de las paredes de la cámara.

—Gonzalo, esta llave abre las puertas de aquel mueble. Dentro encontrarás dos libros: El *Corpus Hermeticum* de Hermes Trismegistus y el *Polygraphiae libri sex*, de Johannes Trithemius. Deja el Corpus en su lugar, en él está oculta la información de la que te he hablado, y empecemos a trabajar con el *Polygraphiae*.

Al cabo de un momento, Mateo, sopesando el grueso tratado, tuvo que admitir que sus fuerzas ya no eran las mismas que poseía la primera vez que tuvo ese libro en las manos.

—¿Sabes, hijo?, este valiosísimo ejemplar pertenece a la primera edición de esta obra. Fue hecha por Johannes Haselberg en 1518. En él se explica el proceso de encriptado de textos por el sistema de la *tabula recta* que consiste en una serie de alfabetos desplazados una letra entre ellos.

Gonzalo tomó el libro ofrecido por su abuelo, y lo abrió al azar intentando controlar la emoción que le embargaba por momentos. Nada más hacerlo un muro de números y cifras se mostró ante él, inundándole el entendimiento.



Gonzalo pasó sus nerviosos dedos por el texto impreso a pie de página y tradujo lo siguiente:

«Sobre esta tabla regular las carreras de letras se colocan, por permutación o por transposición, el alfabeto usual de nuestras letras latinas; o entonces, se coloca en esta tabla todos los monogramas, de veinticuatro en veinticuatro, lo que totaliza un número de quinientos

setenta y seis y, multiplicando por otro tanto (veinticuatro) da un resultado de poco menos de catorce mil.»

Después levantó su vista, y no le hizo falta decir nada para expresar a su abuelo su completo desconcierto. Sin embargo, Mateo, pleno de satisfacción, posó una mano sobre su cabeza al reconocerse en él cincuenta años atrás, y una lágrima delatora amenazó con resbalar por los surcos de su ajada piel.

—No te preocupes ahora, hijo, ya verás que es más fácil de lo que parece —anunció Mateo—. Te voy a enseñar a utilizar la tabula recta del modo que explica Trithemius.

* * *

Hasta bien entrada la madrugada Mateo aleccionó a su nieto sobre el antiguo arte de la criptografía, llevándolo desde el sistema de la *Escítala* utilizado en la antigua Esparta hasta León Battista Alberti, pasando antes por el mismísimo Julio César.

—Perdona, abuelo —interrumpió Gonzalo la clase magistral de Mateo en un determinado momento—. Estoy dando vueltas al sistema de la tabula recta y hay algo que no entiendo...

—Tú dirás —se dispuso Mateo a satisfacer la duda de su nieto.

—Si cada letra del mensaje original se cifra con otra letra correspondiente de una fila desplazada un lugar, cualquier mensaje se puede descifrar siguiendo el proceso a la inversa, ¿no es cierto?

—Exacto. Por eso, para mejorar la robustez del cifrado hay que usar una clave.

—¿Una clave? —inquirió verdaderamente interesado.

—Sí, consiste en escribir en dos líneas de texto, la frase a cifrar y la clave, repetida esta última tantas veces como haga falta para hacer las líneas igual de largas. Por ejemplo, si la frase a cifrar es *alea iacta est* y la clave es *gladius* habría que colocarlas de este modo.

A	L	E	A		I	A	C	T	A		E	S	T
G	L	A	D		I	U	S	G	L		A	D	I

—Por tanto, para cifrar la primera letra de la frase que es una A, utilizamos la fila de la tabula recta que comienza por la letra G, que es la primera letra de la clave. Y así sucesivamente. La única información que han de compartir los secretarios de cifra es la clave, y además cuenta con la ventaja de ser fácil de cambiar si fuese necesario.

—¿Hay forma de averiguar el mensaje cifrado sin la clave? —preguntó Gonzalo.

Mateo dudó un momento.

—La verdad es que se han dado casos en que se ha usado una clave demasiado corta y evidente y hay quien ha conseguido adivinarla, pero si se utiliza una clave larga y compleja, la cifra es completamente segura.

—¿Cómo encriptaremos las pistas del tesoro?

—Utilizaremos la tabula recta, pero debemos tener en cuenta un detalle muy importante: la clave debe ser muy larga y contar con la garantía de poder mantenerse inalterable con el paso de los años. No podemos usar un texto literario, ni evangélico como he hecho en algunas ocasiones, porque si pasa demasiado tiempo puede variar su estructura e incluso sus palabras, circunstancia que haría imposible su posterior descifrado.

—Entiendo, debe ser una clave que permanezca inalterable con el paso del tiempo; pero me surge una duda: ¿cómo daremos a conocer la clave a quien intente descifrarla?

—Pues... —dudó también Mateo Martínez de Saq, con su mirada fija en el antiguo cordobán inciso con la letra *Phi* inscrita en el Pentagrama Pitagórico, y recordó que aquel emblema ya se encontraba allí cincuenta años atrás.

—¡Ya sé! —exclamó el joven sacando a su abuelo de su ostracismo—, ¡con una adivinanza!

El abuelo miró a su nieto y comenzó a crecer en su mente la sensación de que acababa de escuchar una idea brillante por su extrema simpleza. Luego sonrió ampliamente, y acercándose a Gonzalo lo abrazó como quizás nunca había podido abrazar a su propio hijo.

—Sí —confirmó Mateo—. Con una adivinanza que solo pueda resolver un verdadero pitagórico.

Capítulo 8

—Efectivamente, queridos amigos, esto que veis aquí es una tabula recta, pero existe un problema: desconozco la clave para el descifrado. Llevo años, ¡décadas! —enfaticó Luis Martínez de Saq apretando su puño derecho—, probando mil fórmulas diferentes para descifrar, pero tengo que reconocer que me ha resultado completamente imposible.

Julián, después de una intensa inspección del viejo código cifrado, levantó su mirada con un matiz de desconcierto, quizás temor, tiñéndole el gesto. El temor que le provocaba no ser capaz de resolver aquel complejo galimatías.

Lo volvió a mirar con cierto recelo y no tuvo más remedio que admitir que aquello no tenía nada que ver con los sofisticados cálculos aritméticos ni las enmarañadas fórmulas algebraicas que a él tanto le apasionaba resolver. Reconoció que esta vez —si finalmente se decidía a intentarlo—, ni siquiera iba a poder contar con la ayuda de su desarrollada intuición, porque estaba frente a un enigma planteado hacía siglos por personas con modos de pensamiento muy diferentes a los de la actualidad.

—Dejadme ver un momento —pidió Anna adelantándose a los dos hombres, que permanecían hieráticos, como sendas estatuas de cera.

Luis y Julián dieron un paso atrás y aguardaron en silencio y sin demasiada esperanza el veredicto de la joven profesora.

—Luis, creo que has mencionado que existe una... ¿adivinanza? —preguntó Anna al cabo de un par de minutos contemplando la tabula.

—Sí —confirmó Luis—. Está escrita por su parte posterior, pero la conozco de memoria.

Anna levantó su mirada del viejo papel y la detuvo, expectante, en los ojos de Luis.

—«*Omnes homines magis id quam honorem aut scientiam persequuntur, sed solum ille, qui iustam universalem rationem intellegit, responsum accipiet*».

—Un momento, un momento por favor, Luis —pidió Anna buscando algo entre sus cosas.

Después de apuntar en una sofisticada agenda electrónica lo que había escuchado, pidió a Luis que tradujese aquellas palabras.

—Pues es más o menos así: «todos los hombres persiguen esto más que al honor o a la sabiduría, pero solo aquel que comprende la justa razón universal, recibirá la respuesta». Esta es la traducción creo que más acertada de todas las que he hecho, aunque bien es cierto que puede no ser la única.

A partir de ese momento todos se miraron de forma alternativa con aquellas palabras latinas rebotando en sus paredes intercraneales. Las frases trémulas destinadas a ofrecer la exégesis de lo escuchado comenzaron a saltar de boca en boca, atropellándose unas sobre otras, intentando imaginar previamente lo que podía haber pasado por la cabeza de la persona, o personas que escribieron aquel texto hermético.

Luis, consciente de los innumerables reveses que había sufrido a lo largo de tantos años de trabajo, desestimaba una tras otra las débiles propuestas de sus dos amigos.

—Creo que no debemos precipitarnos —advirtió Julián después de un buen rato sin obtener resultados, mientras se erguía para desentumecer los músculos de su espalda—. No podemos pretender descubrir en un instante la respuesta a algo que nuestro amigo Luis lleva tanto tiempo analizando.

—Tienes razón, Julián —admitió Anna levantando su vista del viejo papel que mostraba una retícula minuciosamente trazada con tinta encarnada—. Me llevaré estos versos escritos, y una fotografía de la tabula. Los analizaré frase por frase buscando sus connotaciones con las creencias ancestrales de La Hermandad Pitagórica. Por suerte, en el departamento contamos con potentísimas computadoras que pueden arrojar alguna luz sobre esto. Comenzaré por realizar una *concept cloud*.

—¿Una nube de conceptos? —preguntó Julián vivamente interesado.

—Sí, es una especie de acumulación de palabras que se proponen a un sistema de inteligencia artificial para que encuentre todas las conexiones posibles entre ellas. Estoy segura de que os asombrarían los resultados que se pueden obtener trabajando de esa forma.

—¡Extraordinario! —exclamó Luis antes de guardar el criptograma en su habitáculo—. Debo admitir que con vuestra ayuda alimento esperanzas renovadas de conseguir resolver el enigma.

De vuelta a la planta principal de la librería, Luis buscó el momento adecuado para dirigirse a Julián en voz baja.

—A partir de ahora debéis tener mucho cuidado.

—¿Cuidado? —preguntó Julián en el mismo tono de voz—, ¿cuidado por qué?

—No, no te preocupes, amigo, no creo que pase nada, pero uno no debe nunca fiarse. Existe un hecho probado y es que La Hermandad existió, y no reparaban en nada a la hora de conseguir lo que se proponían.

—Pero, Luis, dijiste que ya habían desaparecido.

—Eso nunca se sabe, amigo Julián —interrumpió el viejo librero—. Nunca se sabe, te lo aseguro.

Dicho esto, Luis avanzó con sorprendente ligereza sobre la tarima de madera y se acercó a la puerta. Abrió de par en par las contraventanas, y haciendo un gesto con sus ojos clavados en un balcón de la casa de enfrente, indicó a Julián la dirección de sus sospechas.

* * *

La fresca mañana de finales de septiembre de 1580 anunciaba que las altas cumbres del antiguo monte Sulayr no tardarían en blanquearse completamente; mientras tanto Mateo Martínez de Saq, acompañado de su nieto Gonzalo, emprendía el camino hacia un lugar determinado de la costa granadina.

Al pasar por la Puerta del Carmen, el carruaje que los transportaba tuvo que detenerse un momento para dar paso a un nutrido número de personas y carretas.

—¿Qué ocurre, abuelo? —preguntó Gonzalo, inquieto por el bullicio del exterior.

—Hoy hay romería —anunció Mateo desapasionadamente—. La gente ha madrugado para subir con sus bueyes al Cerro de los Ángeles.

Gonzalo, con un grueso tratado de astronomía sobre sus rodillas que le impedía moverse con soltura, desechó la idea de asomarse a las estrechas ventanillas del coche de caballos.

Mateo cerró la cortinilla de fieltro que cubría su ventana para que el sol no le molestase, y se acomodó como pudo sobre los duros asientos.

—¿Conoces la leyenda del Cerro del Aceituno? —preguntó el abuelo a su nieto mientras se ponían de nuevo en movimiento.

—¿El Cerro del Aceituno? Pues no. Creo que no.

—Ahora ese lugar se conoce con otro nombre —advirtió Mateo—. Cuenta una leyenda de la época nazarí que en el Cerro del Aceituno, que también se conocía como Cerro de los Diablos, existía un olivo que a finales de septiembre era capaz de realizar todo el proceso de nacimiento y maduración de sus frutos en un único día. Desde entonces la gente comenzó a festejar el prodigio junto a una torre que se levantaba allí. Después de la conquista de la ciudad por los Reyes Católicos, ese lugar pasó a llamarse Cerro de los Ángeles y la fiesta pagana se convirtió en una romería cristiana en honor a San Miguel. A veces, querido Gonzalo, las religiones solapan sus milagros y sus santos, muchas más veces de las que suponemos.

* * *

En cuanto la ciudad fue quedando atrás, las historias contadas por Mateo a su nieto comenzaron a sucederse unas tras otras como las constantes curvas del camino, y solo se vieron interrumpidas al llegar a Dúrcal, donde aprovecharon para otorgarse un merecido descanso y un abundante almuerzo.

Bien entrada la tarde, las pesadas ruedas del carruaje que transportaba a los dos Martínez de Saq, repiquetearon sobre el irregular empedrado de las calles principales de Motril, hasta que se detuvieron ante la luz mortecina de una lámpara de aceite que alumbraba débilmente la entrada de una posada del puerto. Allí el cochero preguntó por la casa de los Méndez de Naharro, y después de recibir las indicaciones oportunas por parte de un lugareño, y pagarlas con una moneda, siguieron camino adelante durante un buen trecho más.

—Esta noche nos hospedaremos en la casa de mi buen amigo Nuño Méndez de Naharro —anunció Mateo a su nieto—. Es un castellano viejo que vino a Motril procedente de Madrid, hace más de quince años, atraído por el floreciente comercio de exportación de caña de azúcar. Vive junto a la iglesia Mayor de la Encarnación en un cómodo palacete. Cenaremos con él y su familia, le haremos partícipe de nuestras intenciones, luego descansaremos toda la noche y mañana temprano volveremos a Granada.

—Muy bien, abuelo, como tú digas —dijo Gonzalo intentando disimular con su mano un largo bostezo.

Al poco el carruaje se detuvo definitivamente, y el cochero anunció a Mateo que ya habían llegado a su destino.

* * *

—¡Amigo Mateo! ¡Viejo bribón! —exclamó ampulosamente un caballero ricamente ataviado que salió a recibir a los viajeros.

—¡Nuño!, ¡tunante! —contestó Mateo sin comedimiento alguno al poner un pie en tierra—. Tú siempre con tus bromas. Pero deja que te vea, por tu aspecto se diría que tienes hecho un pacto con el mismísimo diablo.

—¡Psssst! —lo silenció el caballero Nuño llevándose un dedo a los labios—. No digas eso ni en broma, que la Santa tiene oídos hasta en las piedras. Pero ven, pasemos dentro.

Mateo se giró antes de atender a la invitación de su amigo.

—Espera un momento, antes de nada quiero presentarte a mi nieto.

—¡Caramba! —exclamó el caballero Nuño al observar la espigada talla de Gonzalo, que sobrepasaba la suya con creces—. Sí señor, es tan apuesto como su abuelo en sus tiempos mozos, ya lo creo.

—Gonzalo Martínez de Saq a su servicio —dijo el joven inclinándose levemente.

—No, hijo, no. Conmigo no debes observar más reverencia que con un familiar cercano. Supongo que tu abuelo te habrá contado nuestras correrías estudiantiles por el Madrid prohibido, ¿no?

—Pues... —dudó Gonzalo si contestar—, algo me ha dicho mientras veníamos para acá.

—En ese caso espero que haya sido benévolo con mi persona —rió ampliamente Nuño, y retumbaron sus carcajadas en el amplio pórtico mudéjar de la casa.

—Pasemos, pasemos dentro, por supuesto que con tu permiso, amigo Nuño, que parece que la brisa marina traspasase la piel hasta los huesos —dijo oportunamente Mateo frotándose las manos, para evitar seguir adelante con aquel tema de conversación.

—Sí, los huesos, eso es lo que somos, dos arrugados y tristes sacos de huesos —manifestó con evidente sorna el insigne don Nuño.

Una vez acomodadas las caballerías en los establos y los huéspedes en sus aposentos, el anfitrión otorgó a los recién llegados el tiempo necesario para que se diesen un merecido baño y cambiasen sus ropas de viaje por otras más adecuadas.

Al cabo de una hora, Mateo Martínez de Saq y su nieto se reunieron con toda la familia de los Méndez de Naharro en el salón de la casa. El anfitrión no tardó en dar orden a los criados para que comenzasen a servir una sabrosa cena a base de marisco, que consiguió hacer olvidar a Mateo y a Gonzalo las calamidades del largo viaje desde Granada.

La velada, por suerte, no se alargó de forma excesiva, en contra de lo que hubiese deseado el dueño de la casa, empeñado en sacar a relucir durante toda la comida las aventuras más disparatadas que había compartido con su amigo Mateo, muchos años atrás, en la capital del Reino.

Una vez que fueron consumidos los postres y la populosa familia de Nuño se retiró a sus aposentos, Mateo pidió a su nieto que fuese a por el valioso tratado de astronomía que habían traído desde Granada.

—¡Oh!, Mateo, esto sí que es un magnífico regalo —exclamó Nuño en cuanto tuvo el tratado en sus manos—. Nada más y nada menos que una copia del *Almagesto* de Claudio Ptolomeo. Esto me demuestra, una vez más, que nadie como tú me conoce tan bien.

—Sí, Nuño, soy consciente de tu pasión por la astronomía, solo comparable a la que sientes por las bellas mujeres —sonrió Mateo abiertamente, aupado por los vahos del vino servido durante la cena.

—Pssst, calla, bellaco, que «la santa» escucha —interrumpió don Nuño.

—¿La Inquisición?, ¿qué tiene que ver ahora la Inquisición con nosotros? —preguntó Mateo confundido.

—Nooo, la otra: mi santa esposa. No sé a cual de las dos santas he de temerle más, te lo aseguro.

Los dos viejos amigos rieron de muy buena gana, y el propio Gonzalo no pudo retener su risa. Pero de repente el mayor de los Martínez de Saq cambió el tono de la conversación.

—No obstante, amigo Nuño, siento decirte que el libro no es un regalo —llamó Mateo la atención de su amigo—, es un depósito de La Hermandad que debes custodiar durante un tiempo...

—¿Un depósito de La Hermandad? —preguntó Nuño extrañado.

—Sí, amigo, y debes tenerlo siempre dispuesto para ser entregado a la persona que venga a requerírtelo.

Nuño miró el libro. Era precisamente el ejemplar que necesitaba para completar su nutrida biblioteca.

—¿Y durante cuánto tiempo he de guardarlo?

—Puede, amigo mío —dijo Mateo reclinándose sobre un cómodo capitoné con una copa de licor en la mano—, que más del que nos queda de vida a ti y a mí, por lo que te pido que, llegado el momento, lo des en heredad al miembro de tu familia que consideres más indicado para custodiarlo.

—Perdóname, Mateo, pero no entiendo nada de lo que dices.

—Es sencillo —volvió a intervenir Mateo—: este libro es propiedad de La Hermandad Pitagórica, y debe estar siempre en disposición de ser entregado a un hermano que se identifique como tal.

—Pero, Mateo —intervino Nuño, mientras admiraba las ilustraciones del valioso tratado—, ¿cómo podré reconocer al escogido para traspasarle el libro?

Mateo se irguió sorprendido por la pregunta de su amigo, mientras se percataba de que ese detalle, verdaderamente importante, se le había pasado por alto.

Gonzalo miró a su abuelo y supo el motivo de su desconcierto, por lo que se atrevió a intervenir.

—¿Puedo interrumpir un momento? —preguntó el chico.

—Por supuesto —contestó Mateo levantando su mirada hacia él deseando conocer lo que tenía que decir.

—Una palabra —dijo el joven, seguro de sí mismo—. Podemos determinar que se identifique con una palabra que solo conozca el guardián del libro y el hermano designado para recogerlo.

Mateo dudó un momento, se llevó la mano izquierda a la barbilla, y no tardó en reconocer que la idea aportada por Gonzalo acababa de sacarle de un apuro.

—Entonces... —volvió a intervenir el caballero Nuño—, ¿qué palabra ha de ser referida por el destinatario final del libro?

—Pues creo que el honor de escoger la palabra secreta se lo ha ganado nuestro joven postulante pitagórico, ¿no crees, Nuño? —dijo Mateo satisfecho.

Nuño admitió de buen grado la idea.

El joven Martínez de Saq sintió las miradas de los dos honorables ancianos clavadas en él, mientras buscaba la forma de quedar a la altura que exigían las circunstancias.

Durante el prolongado trayecto que habían tenido que realizar hasta alcanzar la orilla del Mediterráneo, había tenido tiempo más que de sobra de hojear varias veces las hermosas láminas del tratado astronómico.

—Creo que debe ser alguna palabra o grupo de palabras que tengan que ver con la astronomía, ¿no creéis? —preguntó humildemente.

—Por supuesto —contestó su abuelo.

—Entonces, ¿por qué no usamos el nombre original del libro? —propuso Gonzalo.

Los dos ancianos se miraron e insinuaron al unísono un gesto de aprobación. Después, Nuño Méndez de Naharro, abrió el libro por su primera página donde descubrió el *Ex libris* de La Hermandad, luego pasó su mano por el granoso papel donde estaba escrito el nombre del tratado, y lo leyó en voz alta lentamente, sin ocultar su alto grado de satisfacción por la importante misión encomendada.

—Bien, pues que las palabras claves sean: *Syntaxis mathematica*.

Capítulo 9

—¿Estás segura de que un ordenador puede encontrar la respuesta que buscamos? —preguntó Julián a Anna en cuanto salieron de la tienda de libros de los Martínez de Saq. Anna dudó un momento.

Antes de que se produjese una respuesta a su pregunta, Julián fijó la mirada en el rostro de una persona que le resultó familiar, avanzando hacia ellos por la misma acera de la calle.

—Ven, vamos a cruzar al otro lado —pidió Julián a Anna, recordando las insinuaciones de Luis—, no tengo ganas de cruzarme con ese tipo.

Anna miró al venerable anciano que venía en su dirección, y no entendió por qué Julián intentaba evitarlo.

—Pues tú no querrás verlo pero él a ti parece que sí —advirtió Anna—. Está cruzando a este lado de la calle.

Julián susurró algo, pero apenas había terminado de hacerlo, la voz del inefable Claudio Hierbabuena rompió el rumoroso silencio urbano, saludando efusivamente a la pareja.

—¡Buenas tardes joven, y la compañía!

—¡Oh! ¡Vaya! —exclamó Julián fingiendo sorpresa—, ¡don Claudio Hierbabuena!

El señor Hierbabuena, don Claudio, se adelantó a saludar a Anna tomando brevemente su mano e insinuando un beso.

—Esto... Anna, te presento a don Claudio —dijo Julián casi al punto del bochorno.

—¡Ah!, veo que recuerda mi nombre, joven, lo cual me agrada mucho. Pero nada de don, solo Claudio, Claudio Hierbabuena para servirle, señorita.

—¿Hierba buena? —preguntó Anna sorprendida.

—Sí, es un apodo muy vegetal, de una planta muy apreciada en cuestiones culinarias.

—¡Ah, sí! —exclamó Anna— es como la menta, ¿verdad? Entonces su nombre es... ¿Claudio Mint?

—Como usted quiera, señorita Anna. Puede llamarme como desee. Por cierto, joven —se volvió hacia Julián—, yo sí que no recuerdo su nombre...

—Cierto —exclamó Julián al cabo de unos segundos de reflexión—. Y creo que no lo recuerda porque no lo conoce.

—¡Ah! ¿No? —preguntó don Claudio haciéndose el despistado.

—Me temo que no —confirmó Julián—. El día que nos conocimos nos interrumpió Luis...

—¡Ah! Sí, ahora lo recuerdo, ¡Luis! Sí, sí, y por lo que veo han entablado ustedes muy buena amistad desde aquél día... ¿no? Parece que se ha aficionado a venir casi todas las tardes por aquí. Pues tenga cuidado que hay amistades... y amistades —dejó el anciano la frase en el aire.

Julián miró a Anna dudando si dedicarle a Claudio Hierbabuena un severo correctivo verbal por su impertinencia, pero el anciano, temiendo la salida de tono de su interlocutor, reaccionó a tiempo.

—¡Oh!, ¡oh! Pero, perdóneme, yo no soy quién para cuestionarle, faltaría más...

—¡Efectivamente! —dijo Julián subiendo varios puntos el tono de voz.

—Encantada de conocerle señor Claudio —atajó Anna mirando de reojo a Julián, para evitar que se caldearan los ánimos más de la cuenta.

—No me malinterprete, Julián —intentó una excusa don Claudio—, es que ya sabe: uno, con la edad se vuelve medio majareta. Todo el día en el balcón...

—Sí, sí, ya sé, con sus dos canarios... y por lo que veo también tiene un perrito —dijo Julián sarcástico.

—Sí, se llama Pipo. Saluda Pipo —dijo don Claudio tirando de la correa del minúsculo can que le acompañaba—. Bien, perdóneme, veo que no es buen momento. Supongo que una pareja joven como ustedes tendrán mejores cosas que hacer que perder su tiempo con un viejo chismoso.

—Exacto, tenemos mucho que hacer... —contestó Julián pasando por alto cualquier mínima cortesía.

—Por favor, don Claudio, no diga usted eso —intervino Anna abochornada por la contestación de Julián.

—Nada, nada, sé cuando estorbo. Ya me marchó que Pipo ha terminado de hacer sus cositas. Si no fuera por él yo ni saldría a la calle, ya sabéis: reuma. Pero no, cómo lo vais a saber, sois jóvenes, guapos... y altos, muy altos.

Julián a punto de perder los nervios alargó su mano al anciano y se despidió con un sólido apretón sin pronunciar palabra alguna.

Una vez Claudio Hierbabuena se había perdido por el umbral de su casa, Anna, molesta por la actitud de Julián hacia el anciano, endureció su expresión, y así la mantuvo durante un buen rato.

* * *

El crepúsculo se abatía magnífico sobre la ciudad. La Alhambra, dueña y señora de todos los *sky lines* de la Granada real y de la onírica, brillaba con especial intensidad y Julián, consciente de que su mala actuación con el anciano había herido la sensibilidad de Anna, supo que debía hacer algo para reconciliarse con ella. Quiso invitarla a cenar en casa de Mohamed Bouhaf, pero ella, de forma inesperada, alegó una prisa que a Julián pareció ficticia, paró un taxi, subió en él, se despidió con una mirada fugaz, y se perdió en una dirección desconocida.

Julián, ensombrecido, se encendió un Moods pausadamente mientras intentaba culpar a Claudio Hierbabuena de la huida de Anna. Le dio una larga calada, y mirando al final de la calle por la que había desaparecido el taxi que se la había robado, se retrotrajo a la tarde del día en que se hundió aparatosamente su sueño americano. Aquella fatídica tarde del comienzo de su apocalipsis, en la que cargó su coche de combustible y de derrotas y huyó del distrito financiero de Manhattan, atravesando a toda velocidad por el puente de Brooklyn, hasta Hempstead, y desde

allí hasta Southampton, destrozando los neumáticos de su flamante Jaguar deportivo. Más de cien kilómetros de conducción suicida, derrapando en cada curva, ignorando los avisos del control automático de velocidad de su coche, mientras mascaba la vana ilusión de dejar a sus fantasmas sentados bajo las luces rojas de los semáforos. Ochenta minutos reprimiendo sus ganas de pisar el freno cuando llegase al final de todas las carreteras, allá lejos en el recóndito faro de Montauk.

Llegar allí, sí —se repetía mentalmente—, hasta aquella lejanísima rotonda al final de todo, y atravesarla a ciento cincuenta millas por hora y no frenar, y dejarse arrastrar por la misma velocidad que había impregnado a su vida, hasta terminar roto, desmembrado, desmaterializado en el fondo del abismo acuoso del Atlántico insondable.

Pero ahora estaba en Granada, no había autopistas como aquellas y tampoco tenía coche. Podía emborracharse —se dijo—, gastar sus escasos ahorros en una prostituta de altos vuelos que se pareciese a Anna, para apaciguar la tormenta de desolación que estaba descargando sobre él en ese momento, y disfrutar del engaño de estar haciéndole el amor a su cada vez más deseada amiga en la carne de una profesional del placer.

El Moods se había consumido y Julián, cargando con el peso de sus peores recuerdos, emprendió, vencido, su largo camino de vuelta a casa, mientras escuchaba la campana de un reloj solitario anunciando las doce de la noche.

* * *

Había pasado una larguísima semana cargada de horas laxas y áridas por la falta de noticias de Anna.

Unos minutos antes de terminar una de sus clases en el instituto, sonaron unos breves golpes sobre el cristal de la puerta del aula.

—Puedes salir un momento, por favor —pidió Lucía a Julián, con la puerta a medio abrir.

El profesor de matemáticas, después de otorgar un momento de receso a sus alumnos, fue a reunirse con la directora en el pasillo.

—Dime, Lucía ¿qué ocurre? —preguntó extrañado por la interrupción.

—Han llamado por teléfono preguntando por ti.

—¿Sí? ¿Ha dicho quién era?

—Pues por la voz parecía una mujer extranjera, creo que joven. Pero creo que no he entendido su nombre... ¿O'Sullivan puede ser?

—Sí, Anna O'Sullivan... —dijo Julián con su corazón comenzando a desbocarse.

—¿Anna? —preguntó Lucía extrañada, sin atreverse a formular la pregunta que tenía en mente.

—Sí es una profesora norteamericana de la Universidad, hace tiempo que la conozco ¿nunca te he hablado de ella?... ¿qué te ha dicho? —preguntó Julián sin dar tiempo de reacción a Lucía.

—Que te llamará a la hora del descanso. Por su tono parecía que se trataba de algo importante, por eso he venido a interrumpirte en contra de las normas del Centro. Si quieres llamarla ahora te puedo sustituir en el aula...

Julián dudó un momento mientras interrogaba su reloj de pulsera.

—No, mejor termino la clase y espero a que me vuelva a llamar. Gracias Lucía.

Julián dio la espalda a la directora y se introdujo de nuevo en el aula batiendo palmas para evitar que el revuelo originado durante su corta ausencia fuese a más.

* * *

Julián no pudo aguantar más, y a la hora del descanso fue él quien llamó a Anna desde el teléfono de la secretaría.

—¡Julián, Julián, creo que lo tengo! —se escuchó la voz alborozada de Anna al otro lado del auricular.

—¿Lo tienes?, pero ¿estás segura? —preguntó intentando moderar su entusiasmo para no llamar la atención más de la cuenta.

—Sí, y no ha sido tan complicado —admitió la joven profesora—. He implementado un código que me ha facilitado bastante el trabajo. ¿Puedes quedar con Luis para que lo visitemos esta tarde?

—Pues... sí. Claro que sí. En cuanto terminemos de hablar le llamo. Si es cierto lo que dices, creo que esta tarde va a recibir la sorpresa más grande de su vida.

* * *

—¿Quiere usted alguna cosa? —preguntó Luis ácidamente al tedioso don Claudio Hierbabuena, minutos antes de la hora fijada para recibir a sus amigos.

—¡Láminas! Quiero libros con láminas de la Alhambra...

—¡Pero, por favor! —exclamó Luis Martínez de Saq reprimiendo un exabrupto—, y sobre todo que sean anteriores al siglo dieciocho, ¿no es eso? ¡Pues no, no tengo! Así que si no le importa, acompáñeme a la salida que es la hora de cerrar.

—Pero ¿cómo que es la hora de cerrar? —protestó Hierbabuena—. ¡Oiga!, que es temprano...

—Mire, caballero —intentó moderarse Luis—, esta librería se rige por el horario que le convenga al librero, así que si no le importa...

—¡Ah!, entiendo, está usted esperando visita...

—Perdone, pero eso no es de su incumbencia. Y otra cosa, que no se le ocurra más entrar aquí con ese perro.

En ese momento el minúsculo perro de don Claudio amagaba, pata en alto, con «humedecer» el estante bajo del anaquel de los libros de filosofía presocrática.

—Ven, Pipo —dijo el anciano dando un tironcito de la correa del animal, a lo que éste contestó con un corto ladrido—. Vámonos, que aquí no saben tratar a los clientes. Y que sepa usted que ya no le volveré a comprar ningún libro jamás de los jamases.

—Sí, ya, como el que me compró en el setenta y ocho ¿verdad? —ironizó Luis.

Don Claudio Hierbabuena tomó a Pipo en brazos y con gesto altivo abrió la puerta de la calle.

—Sí, en el setenta y ocho —dijo volviéndose airado—, y mis buenas pesetas que me costó. Desde entonces no han tenido aquí ni un libro decente. Que lo sepa.

Y dejó que la pesada puerta se cerrase tras él con un fuerte golpe que hizo que se descolgasen las contraventanas.

* * *

Anna y Julián no tardaron en aparecer. Ella portaba una mochila con un ordenador portátil. Luis, apenas acabó de colocar las contraventanas en su lugar, les invitó a pasar dentro, y tras un

breve intercambio de saludos en la antesala bajaron a la cámara subterránea.

—Anna, ¿necesitas el libro... la tabula original...? No sé, pídemelo lo que te haga falta —preguntó Luis embargado por la emoción del momento.

—No, Luis, todo está en este ordenador —dijo Anna—. Solo necesito un enchufe, tengo el portátil algo bajo de batería.

Luis pidió a Julián que subiese a la trastienda a por una alargadera porque allí abajo no había instalación eléctrica. Al cabo de unos minutos, la pantalla del ordenador comenzó a mostrar una serie de cuadros azules y letras blancas parpadeantes que indicaban que el proceso de encendido ya se había iniciado.

—Por favor, Luis —pidió Anna—, ¿podrías acercar el cuadro con el símbolo de La Hermandad Pitagórica?

Luis dudó un momento.

—¿El cordobán? ¿El cordobán con el pentagrama pitagórico? —preguntó intentando adivinar qué papel podía desempeñar aquel viejo fetiche familiar en la resolución del enigma de la tabula recta.

Anna le confirmó que en el arcaico símbolo estaba escondida la clave para descifrar la tabula.

—¿Recordáis la adivinanza de los versos latinos? —preguntó Anna a sus expectantes compañeros—. «*Omnes homines magis id quam honorem aut scientiam persequuntur, sed solum ille, qui iustam universalem rationem intellegit, responsum accipiet*». Todos los hombres persiguen esto más que al honor o a la sabiduría, pero solo aquel que comprende la justa razón universal recibirá la respuesta. Pues bien, observad las opciones ofrecidas por el programa que he diseñado a diferentes preguntas.

Anna, mientras tecleaba en su portátil, explicó a Julián y a Luis que había introducido un amplio patrón con conceptos que tuviesen que ver con las enseñanzas de Pitágoras de Samos, y no se había prescindido de ninguna de las disciplinas practicadas por él y sus seguidores a lo largo del tiempo. Había tardado varios días en encontrar las preguntas que, propuestas al patrón, le aportasen resultados positivos, pero una vez obtenidos solo tuvo que combinarlos entre sí para conseguir la clave que descifraría el texto cifrado.

—Mirad —llamó la atención con su índice señalando un cuadro de diálogo intermitente—, observad la respuesta del ordenador a esta pregunta:

¿Qué persiguen los pitagóricos?:

Respuesta: El conocimiento.

—Mirad ahora.

¿Qué persiguen los hombres más que el honor o el conocimiento?:

Respuesta: La riqueza.

Palabras que definan riqueza: posesiones, joyas, oro...

—¡Oro! —exclamó Anna sobresaltando a sus compañeros—. ¿Veis? Esa es la clave: el oro.

Luis miró a Julián desconcertado. Buscaban una clave presumiblemente muy larga, tan larga quizás como el propio mensaje encriptado, y el librero no tardó en exponer sus dudas.

—Pero Anna, «oro» son solo tres letras —advirtió a la entusiasmada profesora, que en ese instante ordenaba otra serie de palabras centelleantes en la pantalla de su portátil.

—Mirad aquí —dijo obviando el comentario de Luis—: «*iustam universalem rationem*» es el

equivalente a «proporción». ¿Comprendéis?: oro y proporción...

En ese instante, Luis cambió el gesto y se tambaleó dejando caer el viejo cordobán al suelo.

—¿Te encuentras bien? —se apresuró Julián a socorrerlo.

—¿Cómo he podido ser tan necio todos estos años! —exclamó apesadumbrado—, creo que estoy empezando a comprender a dónde quiere llevarnos Anna.

—Perdonadme, pero no entiendo nada —confesó Julián mientras recogía el cuadro del suelo y ayudaba a Luis a tomar asiento en una silla cercana.

Anna miró sesgadamente a los dos y sonrió.

—Observad ahora esto —les pidió mientras tecleaba varias palabras a velocidad de vértigo sobre el teclado: *Gold, Ratio, Pythagoras*.

En apenas una fracción de segundo la pantalla del portátil se llenó completamente de frases:

«In mathematics and the arts, two quantities are in the golden ratio if the ratio of the sum of the quantities to the larger quantity is equal to the ratio of the larger quantity to the smaller one. The golden ratio is an irrational mathematical constant, approximately 1.6180339887...»

—¿No puedo creerlo...! —exclamó Julián—, ¿la clave es Phi?, ¿un número irracional?

—Sí, es la clave perfecta —confirmó Anna sonriendo mientras le miraba de soslayo sin dejar de teclear.

Luis no pudo despegar su mirada de aquella sucesión de números, sintiéndose el criptógrafo más incompetente del planeta Tierra.

—Tengo que admitir que fue muy intuitivo el cifrador de este mensaje —dijo Anna imaginando el sentido de los pensamientos del anciano librero—, se adelantó varios siglos a su tiempo porque buena parte de la criptografía moderna sí que se basa en las propiedades matemáticas de los números, sobre todo en las de los números primos.

—¿Qué propiedades son esas? —preguntó Luis abandonando momentáneamente su interna letanía de reproches.

—Bien sabes que responder esa pregunta llevaría media vida —admitió Anna mientras se incorporaba—. No sé cómo explicarlo en pocas palabras... es la propia naturaleza de estos números irracionales. No hay manera de expresarlos como cociente de números enteros; como ya sabéis los números enteros son el 1, 2... y sus negativos además del cero. Los que se pueden expresar como cociente de números enteros se llaman racionales, pero hay otra clase de números, los irracionales, los buenos para este tipo de criptografía.

—¿Y qué tienen esos números que los hacen tan buenos para la criptografía? —preguntó de nuevo Luis, aún algo receloso.

—Pues... la serie de decimales necesaria para escribirlos es infinita y no sigue ningún patrón, entre otras cosas.

—Seguro que hay un matemático detrás de esta clave —sugirió Julián.

—Puedes estar seguro de ello —dijo Anna volviéndose hacia él—. Conozco a bastantes compañeros en la Universidad de Los Ángeles rompiéndose la cabeza a diario con estos temas. Cuando les cuente lo que hemos descubierto les va a costar creerlo, os lo aseguro.

Capítulo 10

—¿O sea, que se trataba de la Proporción Áurea? —preguntó Julián tras leer detenidamente en el portátil de Anna el artículo que les había ofrecido el buscador de Internet.

Con la boca entreabierta y la vista clavada en la pantalla, el último de los Martínez de Saq era incapaz de no reprocharse, una y otra vez, lo ciego que había estado durante tantos y tantos años para no darse cuenta de la solución a un acertijo tan evidente.

—¿Has probado a desencriptar el texto, Anna? —preguntó Luis titubeando, mientras se pasaba un pañuelo por la frente.

—Sí, solo he tenido que sustituir las cifras del Número de Oro por su letra correspondiente del alfabeto en tres bucles: el uno puede ser la A o la K, el seis la F, el ocho la H, y así sucesivamente. Jugando con varios alfabetos consecutivos y colocando las letras en la tabula he conseguido tres resultados completamente coherentes...

—¿Tres resultados? —volvió a preguntar Luis clavando su mirada en la de Anna—. ¿Qué dicen esos resultados?

—Sí, Luis —dijo Anna—, el primero es un apellido compuesto: Méndez de Naharro, y el segundo una frase latina de dos palabras.

—¿Cuál es esa frase? —intervino Luis rápidamente.

—Lo tengo aquí apuntado —dijo Anna, buscando su agenda electrónica—: *Syntaxis Mathematica*.

En ese momento Luis guardó silencio.

Anna y Julián lo miraron fijamente esperando una reacción, puede que confiando que aquellas dos palabras no fuesen una nueva adivinanza que les volviese a poner a prueba.

—Es el nombre original, en latín, de un tratado de astronomía, el *Almagesto* de Ptolomeo —dijo pasados un par de minutos—. Los árabes lo tradujeron a su idioma en el s. IX y le cambiaron el nombre por *al-Majisti*, que combina griego y árabe y significa algo así como «el más grande».

—¿Un libro! —exclamó Anna—. Entonces todo cobra sentido, tenemos el nombre de una persona y el título de un libro.

—Sí, Anna, es fantástico; tenemos una dirección a seguir y el nombre del libro a buscar —intervino Julián—, solo nos falta conocer el tercer resultado que has obtenido.

—El tercer dato hace alusión a unos mapas... —hizo Anna una pausa para buscar de nuevo información. Después de hacer algunas investigaciones por mi cuenta, he descubierto que es el

nombre de un código trazado por Bartolomé Colón en 1506 durante una estancia en Roma basándose en mapas anteriores del propio Almirante, pero este dato, que al principio me entusiasmó, me ha llenado de desconsuelo porque he verificado que esos documentos se perdieron alrededor de 1513.

Luis, atento siempre a todo lo que iba desarrollándose a su alrededor, volvió a tomar las riendas de la situación.

—Por favor, Julián, necesitamos consultar un libro concreto que tengo arriba, en el anaquel de Historia.

—Pues dime su título y subo raudo y veloz a buscarlo.

—Debe estar... —Luis dudó un momento—, sí, en el cuarto estante sobre la mitad de la balda. *La Historia General de España* de Juan de Mariana... creo que los tres mapas a los que se refiere el texto cifrado pueden ser los que copió el veneciano Alessandro Zorzi en 1506. Puede que no esté todo perdido, aunque quizás, si mal no recuerdo, os toque viajar a Florencia.

—¿Viajar a Florencia? —preguntó sorprendido Julián deteniendo su ascenso por la escalera que le llevaba a la librería—. ¿Pero cómo que nos toca viajar a Florencia?, a ver Luis, explícate.

—Yo no puedo ir, amigos míos —anunció el librero con evidente pesar—, dentro de dos días comienzo con mis sesiones de quimioterapia y me temo que no voy a estar para muchos viajes. Si estáis dispuestos a llegar al final de todo esto, os puedo proporcionar los medios y el dinero necesario. Si los planos de los que habla el texto son los que componen el Código Zorzi, creo que no va a haber más remedio que ir a la biblioteca florentina donde se custodian para comprobarlo. Yo, mientras tanto, veré a dónde nos conduce la primera pista: el nombre de Méndez de Naharro.

* * *

Nada más salir a la calle, un inesperado escalofrío asaltó a Anna y a Julián al mismo tiempo. Se miraron, sonrieron, y, como poseídos por un *dejavú* compartido, supieron lo que estaba pensando el otro de la situación creada.

«No sé si pedirte perdón por lo que pasó el otro día», dijo uno de los dos —no importa quién—, y decidieron, sin decir nada más, olvidar el mal momento vivido la última vez que estuvieron juntos, precisamente en esa misma calle, y a una hora casi idéntica.

Quisieron creer que estaban recibiendo una segunda oportunidad del destino, quizás para reconducir lo que aquella noche se descarriló de forma tan absurda.

Julián, después de avanzar un corto trecho de calle junto a Anna, se decidió a romper el silencio.

—¿Te llevo la mochila?, el ordenador debe pesar lo suyo.

—No, no te preocupes —contestó ella con una sonrisa—, ya estoy acostumbrada, he recorrido media Europa con él a la espalda.

Julián intentó imaginarla con su alborotado pelo suelto e incendiado por la luz del sol, pertrechada con sus cómodas sandalias de cuero, caminando por las calles empedradas de Roma o de París, buscando las pistas que le indicasen el sendero que debía llevarla en línea recta hacia su futuro.

—¿Te apetece que cenemos algo antes de recogernos? —preguntó Julián casi seguro de que recibiría la respuesta que deseaba.

Anna consultó su reloj el tiempo suficiente para que el fantasma de una negativa se abriese hueco en la esperanza de él.

—¿A dónde iremos? —preguntó ella indecisa—, prefiero que sea un sitio barato...

—No te preocupes por eso —intervino rápidamente Julián—, si te gusta la tetería de mi amigo Bouhaf podemos cenar allí, no hace falta ir más lejos.

—Sí. Me gusta esa tetería y tu amigo Bouhaf. Ese ambiente hace que me sienta en otro tiempo, lleno de magia. Tengo que confesarte que desde que me llevaste allí la primera vez, comencé a interesarme por los cuentos de Washington Irving.

—¡Genial! Pues creo que hoy precisamente tiene a una bailarina del vientre para amenizar la velada, así que solo nos va a faltar el genio de la lámpara para sentirnos como en un cuento de las *Mil y Una Noches*.

En veinte minutos más, la pareja, con sus invisibles lazos emocionales reconstituidos, alcanzaron la parte alta de la cuesta donde Mohamed Bouhaf había instalado su negocio diez años antes.

Apenas poner un pie en el umbral se apreciaba que aquella era una noche especial; la clientela había aumentado atraída por el bello espectáculo de la danza y la música oriental.

—¡Mis queridos amigos, Anna y Julián! —exclamó Mohamed en cuanto los vio entrar en el local—, qué alegría volver a veros. ¿Os he dicho que hacéis una pareja muy bonita? ¡Oh, oh! —se llevó los dedos a los labios—, pero no me hagáis mucho caso, a veces se me escapan los pensamientos por esta boca mía que no sabe guardar secretos. Pero, pasad, pasad dentro ¿queréis una mesa cerca de bailarina?, o... —guiñó suspicaz el marroquí.

—No, no te preocupes, ésta está bien —dijo Julián señalando la primera mesa que encontraron vacía.

Anna no estaba demasiado convencida con la elección de Julián, e inspeccionó visualmente su alrededor.

—¿Y aquélla? ¿Está reservada? —preguntó señalando a un acogedor rincón en semi penumbra al fondo del local.

—¡Ah, sí!, aquélla. Buena elección; normalmente la tengo reservada para los amigos, y como vosotros cumplís con el único requisito para ocuparla, vuestra es. Acompañadme.

El pícaro Mohamed se adelantó a la pareja, carta en mano, y aprovechó el momento en el que estuvo a la altura del costado de Julián para golpearle sutilmente con el codo. Julián no quiso darse por aludido.

—¿Qué os traigo para abrir boca? —preguntó Mohamed nada más acomodar a sus amigos.

—Pues... ¿qué nos recomiendas?

—Hoy he preparado unas *fatayer jeben*, unas empanadas de queso y miel que están para chuparse los dedos.

Julián miró a Anna buscando su conformidad.

—Suena muy bien, seguro que están tan deliciosas como su nombre.

—¡Vale!, pues os traigo una ración y os dejo la carta.

—Genial, Mohamed, muchas gracias, *shokran gazillan*.

—Gracias a vosotros...

La música comenzó a sonar con cierta intensidad anunciando el comienzo del espectáculo. Anna se alegró íntimamente de haber escogido aquella mesa apartada de los demás. Luego buscó

un lugar seguro tras su silla y dejó con cuidado la bolsa en la que transportaba el ordenador.

Julián estaba nervioso, quizás demasiado nervioso para un hombre como él, que había litigado en decenas de situaciones como aquella a lo largo de su vida, y repasó en apenas unos segundos lo que durante años había considerado como el catálogo de sus mayores conquistas: mujeres de cinco estrellas, entre las que sobresalían un par de modelos, alguna actriz secundaria, e incluso una alta ejecutiva escandinava: Olga Swenson, con la que había alcanzado la cota más alta de sus climas sexuales, hasta que descubrió que «coleccionaba» las últimas novedades en drogas de diseño, y amantes de ambos sexos como si fuesen objetos desechables.

Pero ahora, ¿qué le ocurría? No se atrevía a iniciar ninguna conversación, a decir apenas nada, casi ni a respirar; se descubrió a sí mismo desorientado, sin saber qué hacer, con sus manos descansando sobre el pulcro mantel de hilo y acompañando con sus dedos el ritmo cadente de la pegadiza música marroquí.

Anna, con sus codos apoyados sobre la mesa y las manos apuntalando su cara sonrosada, le miró sin que él se diese cuenta.

—¿Conoces Marruecos? —preguntó con una leve sonrisa.

—No, la verdad es que no he estado nunca.

—Yo tampoco, pero es un país al que tengo que ir algún día. Es tan... luminoso, tan exótico, ¿no crees?

—Sí, debe ser tan hermoso como sus mujeres —dijo Julián sin pensar, observando los sensuales movimientos de cadera de la danzarina que se acababa de incorporar al espectáculo.

Anna guardó silencio. Julián recapacitó sobre la conveniencia de lo que había dicho. Miró de soslayo a su compañera, algo preocupado, y descubrió cómo había comenzado a querer, quizás más de lo oportuno, a la poseedora de aquellos ojos tan verdes.

—Anna —llamó él la atención de ella atendiendo a un inesperado impulso.

La bella profesora, como si conociera el objeto del delicado requerimiento, giró despacio su rostro hacia él, y sin pronunciar palabra le obsequió con una leve sonrisa no menos sugerente que todo el cuerpo de la danzarina que en ese momento hacía las delicias de los comensales.

¿Hablar?, no, Julián no podía hablar; y lo cierto es que no lo necesitó para confesar con su mirada sus sentimientos hacia la profesora. A esas alturas él ya no era dueño en absoluto de ninguno de sus actos. Primero rozó con sus dedos la nacarada mano de ella sobre la mesa. Luego la escaló trémulamente hasta sentir en su palma el cálido dorso de la piel femenina.

Ella intensificó la sonrisa, giró su mano sobre sí misma y estrechó la de Julián con firmeza entrelazando los dedos y obsequiando a su corazón con una diástole de felicidad. En ese instante ninguno de los dos pudieron reprimir una risa nerviosa, a pesar de no ser aquella la primera vez en sus respectivas vidas, que el deseo salvaba la gruesa muralla que, a veces, levantan las cicatrices de los amores insatisfechos.

La blanca odalisca, engalanada de abalorios, danzaba como la llama de una vela tiritando ante el aliento de un adolescente precipitado, mientras Anna y Julián, Julián y Anna, probaban con contenida avidez el sabor del amor ofrecido por los labios impacientes del deseo.

Mohamed Bouhaf tuvo que anunciarles, por dos veces, que ya tenían ante ellos el plato solicitado, pero sin intentarlo una tercera se alejó sonriendo, satisfecho por haber proporcionado el escenario oportuno para el nacimiento de aquel amor, quizás ya largamente anunciado.

* * *

—Mañana es sábado, ¿tienes algo que hacer? —preguntó Julián a Anna en cuanto salieron a la calle, después de alargar la madrugada más de lo habitual en ellos.

—No tenía pensado nada especial, es decir, nada hasta antes de...

Julián sonrió ampliamente, y la atrajo hacia su pecho para abrazarla con renovada intensidad.

—¿Quieres pasar la noche en mi casa?, en la residencia de profesores no creo que esté muy bien visto que lleves hombres a dormir, ¿no?

—Sí, vayamos a tu casa, me apetece mucho estar contigo esta noche —confesó ella antes de volver a besarle efusivamente en los labios.

A Julián se le hizo insufrible la idea de prorrogar más un momento que llevaba tanto tiempo esperando, y se decidió a atravesar por el oscuro callejón de los Hechiceros para alcanzar lo antes posible la parada de taxis más cercana.

Ya hacía unos minutos que el reloj había anunciado las dos de la madrugada, y si Julián hubiese atendido a la llamada de la precaución, no se habrían internado en aquella estrecha cuesta mal empedrada y llena de socavones, apenas iluminada por dos desvencijadas farolas que emitían un molesto zumbido metálico.

—Nunca he pasado por esta calle —confesó Anna agarrándose fuertemente del codo de Julián —, es muy *dismal*... No sé cómo decís aquí.

—Lo es, pero no te preocupes. Esta es una ciudad tranquila y vas acompañada por un maestro de las artes marciales —bromeó Julián sacando pecho—. Mis puños están inscritos en la Dirección General de la Policía como armas mortíferas.

—¿Es cierto eso? —preguntó Anna deteniendo su paso un momento.

En ese instante el gesto de Julián, con su mirada clavada en la penumbra del fondo del callejón, se tensó tanto que Anna giró su cabeza para comprobar qué era lo que pasaba.

Apenas bañado por una luz amarilla y cenital, pudo ver, en la parte más alta de la calle, una hierática figura humana extrañamente ataviada.

—No te preocupes —calmó Julián a Anna atrayéndola un poco más hacia sí—, no creo que haya peligro pero vamos a dar la vuelta por donde hemos venido, es mejor ser precavidos.

Tras apenas girarse, la pareja, unida estrechamente en un abrazo amplificado por el temor, notaron cómo sus dudas sobre la peligrosidad de la situación se hicieron realidad al comprobar que otro tipo, igualmente vestido que el primero, se acercaba a ellos en actitud amenazante, blandiendo en su mano izquierda algo parecido a un gran machete.

Julián sin pronunciar palabra alguna, empujó a Anna hasta que está quedó apartada de la calle, recogida bajo el escaso umbral de un arco cegado fuertemente con ladrillos.

—Ten cuidado, Julián —fue lo único que le dio tiempo a decir antes de que los dos tipos, moviéndose al unísono, se lanzasen sobre él.

Para sorpresa de Anna, Julián, con una inesperada agilidad felina se tiró al suelo y rodó unos metros sobre el grueso pavimento hasta alejarse de sus atacantes.

Una vez ganada cierta distancia, se levantó de un salto y aprovechando la confusión que su actuación había provocado, lanzó una fuerte patada dirigida directamente contra los riñones de uno de los tipos, que no tardó en caer al suelo desequilibrado por el potente impacto.

Mientras tanto el encapuchado que portaba el arma se deshizo de su capucha mostrando a

Julián su cabeza concienzudamente rapada, y se plantó ante él en actitud de atacarle de un momento a otro.

—¡Anna, huye ahora! —gritó Julián adoptando una posición defensiva ante el posible intento de apuñalamiento, pero su grito rebotó estérilmente en los defenestrados muros de las casas abandonadas de la calle, sin que Anna, apresada ya por el malhechor que había caído al suelo segundos antes, pudiese hacer nada para deshacerse de él.

Julián, enfurecido por la situación, no esperó a que aquel tipo vestido con un absurdo hábito de monje tomase la iniciativa del ataque, y sin que éste pudiese hacer nada para protegerse, le asestó otra fortísima patada en el pecho. Pero el agresor era muy robusto, tanto o más que Julián, y pudo mantenerse erguido lo suficiente como para lanzarle una peligrosa cuchillada al cuello.

Mientras tanto, Anna, inmovilizada por la espalda con una llave de Judo, se percató de una inesperada singularidad de los dos personajes: sorprendentemente no iban apenas calzados, y pensado y hecho, golpeó con los tacones de sus zapatos y toda la fuerza de la que fue capaz sobre los pies desnudos de su atacante hasta que este gritó algo en un extraño idioma.

La reacción no se hizo esperar, y aquel monje del diablo no pudo mantener ni un segundo más la fuerte presa sobre su víctima, momento en el que ésta aprovechó para girarse y propinarle un severo rodillazo en los genitales.

Los atacantes, desconcertados ante la fuerte resistencia y el sonido de una sirena de policía cercana, se incorporaron como pudieron, y sin volverse atrás emprendieron su retirada calle arriba.

Anna se acercó corriendo hacia Julián, y con un pañuelo que sacó de su mochila taponó la herida de su cuello.

* * *

La ansiada primera noche de amor entre Anna Elisabeth O'Sullivan y Julián Pérez Fox, había quedado muy lejos de suponer en sus vidas lo que ellos hubieran deseado.

Aquella madrugada, después de una larga espera en el hall del módulo de urgencias, vieron aparecer el sol del nuevo día por detrás del edificio principal del Hospital Virgen de las Nieves.

El médico que cosió la herida a Julián le dijo que había tenido suerte. Mucha suerte.

Capítulo 11

La mañana del domingo siguiente había amanecido oscura, absolutamente desapacible y el anciano librero pidió a Julián que le acompañase a la planta superior de la casa donde tenía habilitada su vivienda. Una vez arriba, el anfitrión se empeñó en encender una chimenea que ocupaba el espacio central del frío salón, que se mostraba tan atestado de libros como la planta baja, mientras indicaba a su invitado que se sentase cerca del hogar.

—Te confieso que no esperaba que fueseis capaces de descifrar el texto —admitió Luis—, me he llevado una gran sorpresa, tengo que admitirlo. Pero, Julián, te he hecho venir porque tengo que decirte una cosa, y es que pienso que es completamente absurdo seguir adelante con este asunto.

Julián se adelantó en el sillón que ocupaba como si un resorte le hubiese empujado por la espalda.

—Pero, Luis, ¿te he escuchado bien?, ¿dejarlo has dicho? ¿Es por lo que ha pasado? ¿Acaso crees que La Hermandad Pitagórica puede estar detrás de todo esto? —preguntó Julián llevándose una mano a la herida del cuello para intentar calmar la punzada de dolor que acababa de sufrir.

Luis Martínez de Saq dudó un momento.

—Para ser sincero tengo que decirte que no lo creo —le contestó, sereno, al cabo de unos segundos—. Si realmente queda vivo alguno de los últimos miembros de La Hermandad, estará inactivo. Esa gente cuando pierde el amparo de la colectividad, se va diluyendo poco a poco hasta desaparecer.

—Pero, Luis —intervino Julián después de recapacitar brevemente—, ¿cómo puedes saber que han desaparecido totalmente si fueron tan poderosos? Yo creo que los fanatismos son como la mala hierba, siempre están ahí, al acecho, y solo tiene que rozarles un minúsculo rayo de sol para regenerarse.

Luis, circunspecto, evitó pronunciarse.

En ese momento, el librero, una vez prendida la leña, se irguió despacio, con evidente dificultad, y pidió a Julián que le acercase un grueso libro abierto que había sobre una mesa.

Luego, con el tomo enciclopédico por delante, le señaló con su índice unas láminas que mostraban lo que parecían ser unos antiquísimos mapas.

—Mira, ¿ves esto de aquí? —señaló Luis—, es el *Códice Zorzi*. El resultado de la primera cifra nos ha dirigido hacia estos mapas que trazó Bartolomé Colón, posiblemente inspirados en otros más antiguos de su hermano el Almirante que están perdidos en la noche de los tiempos,

como ya advirtió Anna. Solo se conserva esta copia hecha por el veneciano Alessandro Zorzi en el año 1522, y está custodiada en una biblioteca florentina como ya os anticipé.

»Es muy posible que las dos pistas que nos faltan también nos dirijan en esta dirección, por lo que pienso que los planos originales pueden contener alguna indicación sobre el paradero del oro, eso no lo pongo en duda, pero, la verdad, éstos que ves, al ser una mera interpretación de los extraviados, no creo que nos sirvan de gran cosa.

»Aparte de esto —continuó hablando Luis después de cerrar el libro—, debemos ser realistas: ¿qué posibilidades tenemos de recuperar un tesoro que lleva cinco siglos en paradero desconocido?

Julián, sorprendido por la actitud derrotista de Luis, se dio cuenta de que se había hecho muchas ilusiones de seguir adelante con aquel asunto, quizás demasiadas, y más aún desde que comenzó su idilio con la bella Anna, ilusiones que estaban comenzando a tambalearse como un rascacielos de naipes en una tarde de viento.

—Luis, pues yo creo que no debemos rendirnos —intervino Julián, después de recapacitar unos minutos—. Éstas que aparecen en la enciclopedia no son más que fotografías que seguro no tienen nada que ver con los planos originales de la biblioteca. Estos planos, como tú dices, pueden no contener la clave final que buscamos, o tal vez sí, o puede que la clave sea otra. Además, si eso falla, contamos con la pista de los Méndez de Naharro, y con el nombre del siguiente libro: el *Almagesto*, que puede ser el escondite de la segunda pista. Y es más, y por si te quedan dudas, no sé si te has parado a pensar que independientemente de los beneficios económicos que pueda aportar el hallazgo del tesoro, tenemos que atender al valor histórico que sin duda tiene un descubrimiento semejante. En verdad, Luis, pienso que no debemos rendirnos cuando hemos conseguido atrapar la punta del hilo de donde tirar para deshacer esta enmarañada madeja.

Luis se detuvo ante Julián con su mano en la barbilla, y le observó durante unos segundos.

—¿Te apetece un brandy...? ¿Un whisky tal vez? —preguntó al cabo de unos segundos, quizás para otorgarse el tiempo necesario para recapacitar sobre las entusiastas palabras que acababa de escuchar.

Ante el silencio dubitativo de Julián, el anciano tomó dos copas y sirvió un generoso chorro de brandy en cada una de ellas. Luego se la alargó a su joven amigo que en ese momento ojeaba el tomo enciclopédico con aparente interés.

—Gracias, Julián —dijo Luis en cuanto se pudo acomodar definitivamente ante la chimenea con su copa en la mano.

—¿Gracias?, ¿por qué?

—Porque me recuerdas a mí con tu edad. Nada se me resistía. Era valeroso, capaz, incluso por amor fui capaz una vez de enfrentarme a todo un ejército. Pero ahora, en plena vejez y con esta maldita enfermedad que me va a llevar a la tumba, todo se me vuelve en contra. Me cuesta levantarme por las mañanas, abrir la tienda, ordenar mis libros...

—Pues no debes dejarte vencer —interrumpió Julián impetuoso—, si quieres Anna y yo seremos tus piernas y tus manos en esto. Iremos a Florencia a investigar y con lo que descubramos continuaremos adelante hasta dónde seamos capaces de llegar.

Luis sonrió. Parecía como si aquella determinación del profesor de matemáticas, le devolviese gran parte de su antigua energía. Luego dejó su copa sobre la mesa, se levantó, se

excusó para abandonar el salón un momento, y a los cinco minutos volvió a la habitación con un cheque en la mano.

—Toma, Julián, aquí tenéis el dinero suficiente para un par de billetes de avión con destino Italia y para los gastos que sin duda surgirán.

Julián, extrañado por el rápido giro que habían tomado las circunstancias, miró la exagerada cifra que Luis había escrito en el cheque.

—No, no, un momento, Luis, treinta mil euros es demasiado dinero para un viaje como este...

—Espera, amigo —le interrumpió Luis poniéndole una mano sobre el hombro—, ese dinero no es solo para que viajéis a Florencia, no. Si comenzamos esta aventura, tendremos que llevarla hasta el final, y supongo que sabes dónde está ese final ¿verdad?

Julián apartó su vista de la mirada de Luis, y la dirigió hacia el interior oscuro de su copa, mientras hacía girar al licor para que se humedecieran las paredes internas del vidrio buscando la concentración necesaria para aclarar el tropel de imágenes que acababan de anegar su cerebro.

Luego, despertando de su ausencia momentánea, levantó su mirada y la volvió a cruzar con la del viejo librero.

—Tendremos que ir a la isla de La Española, ¿no es cierto?

Luis, con una sonrisa beatífica en sus labios, movió su cabeza afirmativamente.

—Sí, amigo mío, si empezáis con esto estoy seguro de que seréis capaces de llevarlo a buen término, por lo que tendréis que viajar hasta la República Dominicana. Mientras tanto yo realizaré el trabajo de gabinete que me corresponde. Tengo que indagar en el Registro Civil y en el Archivo Histórico de Granada para encontrar los datos que nos lleven a localizar a los descendientes de los Méndez de Naharro. Espero poder ofreceros resultados cuando volváis de Italia.

Capítulo 12

Julián comenzaba a recuperar el poderoso pulso vital que había marcado gran parte de su existencia, gracias al nuevo amor que sentía por Anna y al excitante reto que le suponía su apasionante ocupación como cazador de tesoros a tiempo completo.

Parecía como si la vida, después de haberle sometido a cinco años de controlada expiación, se decidiera, por fin, a devolverle parte de lo que le había quitado de la forma más brutal. Por eso, Julián Pérez Fox no quiso reconsiderar su decisión de dejar vacante la plaza de profesor de matemáticas que ocupaba en el Federico García Lorca.

Por su parte, Anna, como si de un ave acostumbrada a volar en cuanto los vientos le resultasen propicios se tratara, tampoco tardó en decidirse a seguir adelante con la emocionante aventura que el destino le había ofrecido, y dejó en *stand by* —como a ella le gustaba decir—, su absorbente proyecto científico, que le robaba tantas horas de sol, tantas de sueño y, en definitiva, tantas y tantas horas de vida.

El inspector Sarmiento, después de la rueda de reconocimiento en la comisaría de la Plaza de los Campos, había aconsejado a Julián, «por pura precaución», que le tuviese informado de todos sus movimientos hasta que se resolviera el asunto de la agresión y del asalto a su domicilio.

Pero Julián no estaba por la labor de seguirle el juego al desgastado policía, y ni pasó por su cabeza anunciarle su marcha llamando al número de teléfono que figuraba al pie de la tarjeta de visita que éste le había dejado sobre la mesa el día del interrogatorio.

A partir de ese momento la pareja disfrutó de tres días sabáticos en el apartamento de él, que emplearon en conocerse con la profundidad que únicamente alcanzan los amantes. Tres días que volaron raudos sobre el calendario, como terminó haciéndolo el CRJ-900 sobre la Meseta Castellana con destino Barajas, donde enlazaron con el vuelo que les llevó directamente al Amerigo Vespucci; y de allí, en un reluciente taxi decorado con imágenes de dibujos animados conducido por una divertida taxista, al Hotel Lucchesi, donde se alojarían el tiempo que necesitasen para acceder e inspeccionar adecuadamente los documentos que componían el enigmático Códice Zorzi.

* * *

—*Buongiorno, abbiamo una stanza riservata* —anunció Julián a la recepcionista en un más

que aceptable italiano.

—*Buongiorno, signore. Mi può dire il nome.*

—Fox, Julián Pérez Fox —contestó adelantándole su carné de identidad.

La mujer inspeccionó el documento, tecleó en su ordenador, confirmó la reserva y con una sonrisa tan instantánea como un buen café soluble, adelantó a Julián un formulario en blanco y una tarjeta magnética.

—*Sì, la stanza è la 329, terzo piano a destra. Benvenuti all'hotel.*

—*Grazie mille* —contestó Julián guardándose el formulario, y tomando la tarjeta-llave de su habitación.

En cuanto dejaron atrás la recepción, Anna confesó a Julián la sorpresa que le había provocado comprobar su buena capacidad para los idiomas, a lo que él, durante el corto trasiego vertical hasta la tercera planta, le explicó, entre bromas locuaces, que había sido víctima propiciatoria de la obcecación de su madre para que aprendiese cuantas más lenguas mejor, convencida de que una persona solo es válida en un país en el que sabe comunicarse correctamente.

Julián se extendió, divertido, a propósito de la delirante obsesión materna por dar a su único hijo una educación «digna de un triunfador»; obsesión tras la que él siempre había sospechado que se escondía un intento de anulación de la figura paterna, demasiado bucólica y rural para los refinados gustos de su voluble y falsamente aristocrática madre.

La narración quedó interrumpida al alcanzar la habitación marcada con el 329. Anna felicitó a Julián sin poder ocultar la tristeza que le provocaba no haber tenido unos padres con el tiempo necesario o la capacidad para preocuparse lo más mínimo por su educación ni la de sus hermanos, mientras imágenes de su infancia que creyó aprisionadas en un recodo de la memoria volvían, confusas, a su cabeza.

Julián ya comenzaba a conocer a Anna lo suficiente como para adivinar sus pensamientos aunque intentase parapetarlos tras sus silencios. Recordó las carencias que ella había tenido que soportar en su juventud, y decidió no hablar más de su pasado.

En cuanto accedieron a la amplia *suite* que Luis había reservado para ellos, Julián recorrió las gruesas cortinas y se recreó en la contemplación de la hermosa perspectiva, donde algunas construcciones de piedra franca, tan parecida a la de la Alhambra, punteaban un fresco paisaje verde de sombra y agua.

Anna, en un intento de calmar su inoportuna tristeza, se acercó por detrás a él y le abrazó por la cintura. Julián sonrió al paisaje.

—¿Sabes una cosa, Anna? —preguntó de forma retórica, y esperó unos segundos, sin obtener de ella nada más allá de algo parecido al ronroneo de una gata.

—Creo que cuando me decidí por la rama financiera de las matemáticas me equivoqué.

—¿Sí? ¿Y eso? —preguntó ella besándole en el cuello, sin deshacer su abrazo.

—No lo sé con exactitud, pero es algo que siento por dentro cuando contemplo la serenidad que transmiten algunas construcciones.

—¿Serenidad?

—Sí, Anna. Con el tiempo me he dado cuenta de que las ciencias exactas se pueden usar en muchos campos distintos y pueden convertirse en algo más que números. Cuando se orientan hacia la arquitectura, se funden con el arte, se acrisolan, dejan de ser frías y cerebrales y te permiten

crear, hacer amables las ciudades y cómoda la vida a los hombres...

—Creo que ese es un pensamiento muy «pitagórico», ¿no crees? —contestó Anna con toda la intención.

—Es muy posible, incluso esas construcciones que vemos desde aquí pueden estar trazadas según la Proporción Áurea, ¿no te parece?

—¿Te hubiese gustado ser arquitecto entonces? —preguntó ella.

Julián, después de un breve silencio imbuido por la contemplación de la robustez de los edificios de la otra orilla del Arno, se giró hacia ella.

—Sí, ahora estoy seguro —le contestó—. El único aliciente que tuve en mi vida de broker era ganar cada vez más y más dinero. Y gané tanto que llegó un momento en el que te aseguro que se le pierde todo el interés al lujo, y cuando pasa eso, ¡ay!, nada en el mundo puede calmar el enorme hueco que te va creciendo por dentro. Sin embargo, ¿ves? —levantó Julián su mano en dirección a las construcciones—, con la arquitectura creas edificios, palacios, puentes, ciudades enteras, sabiendo que algún día, quizás, una pareja enamorada como nosotros contemplará tu obra desde la ventana de un hotel, y alguno de los dos, incluso comentará a su amante que hubiese querido ser arquitecto. ¿No te resulta sobrecogedor?

—Te comprendo —dijo Anna, aflojando un poco su abrazo—, aunque yo nunca he llegado a experimentar esa sensación. Te aseguro que mis huecos interiores han sido provocados por circunstancias muy diferentes a las tuyas, y por supuesto nunca por exceso de dinero, sino todo lo contrario.

Anna terminó por dejar libre a su amante, convencida de que le iba a resultar mucho más difícil de lo que pensaba apartar aquellos ingratos recuerdos de su infancia de la mente, y volvió dentro con la intención de deshacer el equipaje. Julián la siguió, y ahora fue él quien la tomó por la cintura, la atrajo hacia sí, y la apretó con fuerza.

—*¿Che succede alla donna più bella del mondo?* —le preguntó al oído en un prolongado susurro.

Ella dejó su maleta, ya abierta, sobre la cama. Se giró sobre sí misma y le sonrió, puede que más con los labios que con el ánimo, antes de dejarse abatir sobre la amplia cama de matrimonio para abandonarse a las caricias de las ávidas manos de su amante y a las del tibio sol de la Toscana, que jugaba a proyectar los destellos del río, como si de imágenes de una linterna mágica se tratasen, entre los finos visillos que cubrían las elegantes ventanas neoclásicas del hotel.

Ella cerró los ojos, inspiró profundamente y una lágrima, que atribuyó a su presunta felicidad, empapó los labios de él.

No era salada. Julián conocía bien los pormenores del llanto, y le desconcertó descubrir que el sabor de la solitaria lágrima que Anna acababa de dejar correr hasta su boca, estaba matizado por un leve tono dulzón, como si estuviese edulcorada con una sorprendente mixtura de miel y, quizás, alguna fruta desconocida y olorosa.

Hicieron el amor lentamente, más allá del orgasmo, rodeados por sus ropas verdes, azules, rojas... revueltas y calientes como si fuesen portadoras, de alguna forma, de los efluvios del aire de Granada y de Los Ángeles y de New York City, y puede que hasta de un bosque cerrado de hadas y duendes en el mismo corazón de Inglaterra, o de la propia Irlanda.

* * *

El resto del día, Anna y Julián lo dedicaron a recorrer las principales calles del Casco Histórico de Florencia, dejándose envolver por la serena belleza renacentista y el bullicio de miles de turistas asombrados, que, como ellos, intentaban asimilar en poco tiempo todos los fascinantes detalles que embellecían las fachadas de las construcciones.

Desde la Santa Croce, hasta Santa María del Fiore, pasando antes por la piazza Della Signoria, sin olvidar una imprescindible visita nocturna a las tiendas de Ponte Vecchio.

Una vez se dejaron atrapar por la brillantez dorada que se escapaba de los escaparates de las tiendas, Anna recordó a Julián el «indulto» que Hitler había concedido a ese puente después de ordenar la destrucción de todos los de la ciudad, cuando se produjo la retirada de las tropas nazis de Florencia en 1944.

—Quizás un mínimo átomo de cordura perdido entre toda la inmensa ignominia del dictador —contestó Julián, recordando las crónicas de los bombardeos de los V2 alemanes escuchadas de pequeño de labios de su abuelo, el venerable carpintero de Braintree, por lo que a la altura del busto de Benvenuto Cellini, prefirió derivar su conversación hacia los grandes hombres del Renacimiento.

La noche avanzó plácida, saturada de momentos agradables que aumentaban la sensación de Anna y Julián de estar viviendo dentro de un sueño, al otro lado de la fina placenta tornasolada que envuelve con su halo protector a los onironautas.

Cerca de las doce de la noche cenaron un exquisito rissoto de setas en el ya casi desierto restaurante Il Bargello, contemplando el silencioso peregrinar de las parejas de noctívagos por la piazza Della Signoria, sellando el momento con la promesa de apurar hasta el final su recién nacido amor como si de una copa de exquisito vino del Véneto se tratase.

* * *

A la mañana siguiente, desde bien temprano, Julián y Anna ya se encontraban bajo el frontispicio de la cercana Biblioteca Nazionale Centrale de Firenze, esperando la hora de apertura.

Nada más producirse, se dirigieron a las oficinas para solicitar el correspondiente permiso para acceder a los tres planos que componían el código de Alessandro Zorzi.

Anna exhibió su carnet de profesora universitaria a la circunspecta funcionaria que los recibió, tan fría y lejana como un glaciar alpino, desde detrás de su artístico escritorio.

Las preguntas, tras tomar la filiación de los dos presuntos investigadores históricos, se sucedieron de una forma tan incisiva y fueron por momentos tan extrañamente surrealistas, que Julián y Anna pensaron que habían perdido el tiempo al no haber sido capaces de convencer a la adusta mujer de que las matemáticas aplicadas y el álgebra tenían mucho que ver con el trazado de mapas.

—*Mi scusino un momento, devo fare una domanda* —dijo la funcionaria mientras se quitaba las gafas, que dejó colgando de un fino cordón, antes de perderse por el altísimo corredor del fondo.

No podían permitirse volver a Granada sin haber conseguido al menos inspeccionar visualmente aquellos valiosos dibujos, pero la media hora larga de espera que ya había transcurrido comenzó a triturar los gruesos escombros en los que se había transformado el ánimo

inicial de los dos profesores.

—¿Nos vamos de aquí? —preguntó Julián a Anna al poco, en un acto de pura rebeldía.

—¿¿Irnos? Pero Julián, hemos hecho un largo viaje hasta aquí para marcharnos ahora con las manos vacías —objetó ella.

—Bien, esperemos un poco más —consintió él al borde de la desesperación mientras miraba su reloj de pulsera—, pero si en diez minutos no nos han dado el permiso es porque no tienen intención de hacerlo.

Pasaron los diez minutos, tensos e inútiles, contemplando desde el interior de la sala de espera el flujo constante de personas que entraban, salían, permanecían unos segundos ante la puerta, dudaban, miraban al techo, a algo que llevaban en las manos... Incluso un gran perro vagabundo, desorientado, se coló unos metros en la antesala de la solemne institución, siendo desalojado urgentemente por dos bedeles uniformados como marinos mercantes, provocando un moderado revuelo.

Anna consultó su reloj. Miró a los ojos de Julián, que había permanecido de pie desde su última intervención, y sabiendo lo que pensaba en ese momento, se levantó con la intención de marcharse de allí.

—*Mi scusi, abbiamo controlato I documenti* —escucharon la seca voz de la funcionaria en el último momento—. *Ora mi accompagneranno alla sala di consultazione.*

Julián cruzó su mirada sorprendida con la de Anna y se felicitaron sin decir nada por su ya inesperada buena suerte.

—Grazie mille —contestó Julián al que intentó emular Anna con un acento muy particular. Y por primera vez en toda la mañana, la funcionaria, curiosamente, sonrió.

* * *

A los pocos minutos de tomar asiento en la sala de consulta, un auxiliar les proporcionó los documentos que habían solicitado.

Los desgastados planos que componían el viejo códice eran una representación, más o menos distorsionada, de la idea general del planeta que Cristóbal Colón había desarrollado después del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Anna y Julián se repartieron el minucioso trabajo de inspección de los mapas, pertrechados con unos visores como los que suelen usar los fotógrafos para comprobar la calidad de los negativos.

Centímetro a centímetro, fueron viajando con sus ojos sobre las costas dibujadas, doblando cabos, y hundiéndose en las ensenadas como si lo hicieran en las percepciones, confusas todavía, del gran almirante. Tanto fue el empeño, tanta la concentración puesta en el trabajo, que llegó un momento en el que ambos sintieron como si aquella trama de antiguo papel fuese realmente un trozo extirpado del epitelio cerebral de Colón, empapado por su propia inteligencia oceánica.

Pero el tiempo pasaba con la monotonía de un mar en calma chicha y cada vez quedaban menos centímetros cuadrados que descubrir en aquella lisa geografía de papel. Los ánimos comenzaron a esconderse tras el gris horizonte de la desesperanza, y después de hacer, de la forma más discreta posible, varias fotografías digitales de los documentos, Anna y Julián decidieron dar por terminado su trabajo aquel día.

* * *

—Qué tal, ¿cómo va todo? —preguntó Luis Martínez de Saq aquella misma noche desde el otro lado del auricular, en cuanto Anna atendió a la llamada que le pasaron desde la centralita del hotel.

—Buenas noches, Luis. ¿Cómo estás?

—Bien, Anna. Pienso que tal vez demasiado bien después de soportar mi primera sesión de quimioterapia.

—Me alegra escuchar eso, Luis. Nosotros hemos estado toda la mañana en la biblioteca trabajando. Incluso me he permitido hacer unas fotos digitales de los planos originales del código.

—Bien, eso es perfecto. Yo tampoco he estado de brazos cruzados. Creo que en unos días tendré información sobre los descendientes de Méndez de Naharro.

—¡Ah!, ¡*great!* —exclamó Anna—. ¿Quieres hablar con Julián?

—Sí, por favor.

Julián acababa de salir de la ducha y al imaginar la identidad del interlocutor, se acercó expectante a la mesita del teléfono.

—Toma, es Luis. Quiere hablar contigo —dijo Anna ofreciéndole el teléfono.

—Sí, Luis, ¿qué tal estás?

—Bien, Julián, gracias por interesarte. Ya me ha dicho Anna que vais por buen camino con las investigaciones.

—Sí, pero para serte sincero, hoy hemos inspeccionado los planos milímetro a milímetro y no creo que haya nada que nos pueda hacer pensar que contienen datos sobre el paradero del tesoro.

—¡Silencio, Julián! —le interrumpió—. No debemos hablar tan abiertamente de estas cosas por teléfono. Escúchame bien, tengo que preguntarte algo.

—Bien, tú dirás.

—¿Tenéis en vuestro poder el ordenador de Anna con el programa decodificador?

—Pues... sí, Anna ha traído su ordenador. ¿Qué ocurre?

En ese momento se hizo un corto silencio al otro lado del auricular que preocupó a Julián.

—Escucha amigo, mientras estéis ahí creo que no debéis preocuparos.

—Pero, ¿qué ocurre? —insistió Julián cada vez más excitado.

—Hoy he recibido la visita de la policía —confesó Luis.

—¿La policía? —preguntó sorprendido mientras, por una simple asociación de ideas, la imagen del inspector Sarmiento tomaba forma en su mente.

—Sí, y lo más desconcertante es que me han dicho que lo hacían de forma extraoficial para interesarse por vuestro paradero —Julián dudó en ese momento si había hecho bien en abandonar España sin avisar al inspector.

La conversación aún se prolongó durante quince minutos, que Anna aprovechó para darse un merecido y relajante baño de sales. Al salir de la nube de vapor pudo adivinar en la cara de Julián que algo no iba bien.

Capítulo 13

El inspector José Sarmiento masculló una frase ininteligible —pero fácilmente imaginable— al descubrir que tenía que empujar con más fuerza de la esperada para poder abrir la pesada puerta de la librería de la calle Imprenta. Una rápida mirada a su alrededor le bastó para sospechar que al dueño de aquel negocio no le resultaba demasiado fácil llegar a fin de mes. No se entretuvo más de la cuenta en preámbulos y aprovechando que no había ni un alma en la tienda, se dirigió directamente al librero tanteando el bolsillo interior de su gabardina.

—Buenos días. ¿Es usted... —hizo una breve pausa para mirar su libreta— Luis, Luis Pérez de Saq?

—No —se limitó Luis a responder ante la sorpresa del policía, que volvió a mirar su libretita.

—¿No? Pues aquí pone... ¡Ah, sí! Perdone... Martínez de Saq, quería decir. Bien, ¿es usted o no es usted? —insistió Sarmiento.

—Puede que lo sea o puede que no. ¿Quién quiere saberlo? —preguntó Luis desconfiado.

Sarmiento volvió a tantear dentro de su bolsillo interior.

—Soy policía, el inspector José Sarmiento.

Luis arqueó las cejas.

—Perdone pero se me engancha la placa con el forro del bolsillo —confesó Sarmiento mientras pugnaba con las interioridades de su gabardina—. Se ve que debo tenerlo descosido.

Luis esperó unos segundos a que el presunto agente de la autoridad se identificase debidamente, tiempo que le resultó más que suficiente para considerar surrealista aquella situación.

—¡Ya! —exclamó Sarmiento al lograr arrancar la placa, y posiblemente algo más, de dentro del bolsillo.

Luis miró la placa con interés, y aún lo hacía cuando el inspector decidió retirarla de su vista.

—Bien, vamos a lo que vamos: necesito que me diga lo que sepa de Julián Pérez Fox y Anna Elisabeth O'Sullivan.

—¿De Julián y de Anna? —preguntó Luis, fingiendo un desconcierto que le permitiese demorar su contestación unos segundos.

—Sí, no disimule. Me consta que son buenos amigos suyos y que pasan mucho tiempo con usted aquí, en este local.

—Este local es mi casa, caballero —apuntó tenso Luis.

—No me llame caballero —interrumpió el policía disgustado—, llámeme inspector Sarmiento o solo inspector.

Luis se tomó otro segundo más de tiempo muerto.

—Mire inspector, como le decía, esta es mi casa y Julián y Anna mis amigos. Creo que no hay nada raro en que vengan unos amigos a verme, ¿no cree?

—Pues si realmente son tan buenos amigos sabrá usted dónde están.

Luis miró a Sarmiento sin asomo de discreción. Este parecía más atento a los apuntes de su libreta que a la respuesta que él pudiera ofrecerle.

—Perdone, inspector, ¿puedo preguntarle para qué quiere saber dónde están mis amigos? —interrogó Luis esta vez—. Ambos son personas decentes, profesores de ciencias entregados a su trabajo...

Sarmiento, con su perenne medio cigarrillo apagado colgando de su labio inferior, levantó su vista del cuadernillo y miró con cierta sorpresa a Luis.

—Pues por eso mismo les estoy buscando. Temo que pueda haberles pasado algo.

—Por favor, explíquese —interrumpió Luis.

El inspector se irguió, cerró su libreta y la guardó en el bolsillo defectuoso.

—A ver, señor Martínez de Saq, en poco tiempo sus amigos han sufrido una agresión, un asalto domiciliario. Y lo de anoche ha sido la gota que ha colmado el vaso de mis sospechas.

—¿Lo de anoche? —replicó Luis comenzando a exasperarse—. ¿Qué es lo que ha ocurrido anoche?

—¡Ah!, ¿no lo sabe? Pues siendo tan buenos amigos me extraña, por no decir que me preocupa.

—Por favor, agente Sarmiento, ¿me puede decir qué es lo que pasó anoche que afecta a mis queridos amigos?

—Pues mire, el apartamento de Julián Pérez Fox, sito en la calle... a ver que repase mis apuntes...

Sarmiento, con su mano a medio camino del bolsillo y antes de entregarse nuevamente a labores de caza y captura de su libreta, decidió ahorrarse la consulta para evitar retrasos mayores.

—Bueno, usted debe conocer la calle. Déjeme informarle que el apartamento de Julián Pérez Fox, su amigo, ardió anoche por los cuatro costados. Necesito saber qué ha sido de él porque no lo encuentro por ningún lado.

En ese instante la tez de Luis Martínez de Saq se volvió blanca como la nieve y un sudor congelado perló su des poblada frente.

—¿Me está diciendo que el apartamento de mi amigo Julián ha ardido esta noche? —preguntó Luis dudando de lo que acababa de escuchar.

—Sí señor, por los cuatro costados. Como una falla valenciana.

* * *

Julián no tuvo más remedio que confesar a una asombrada, y por momentos aterrada Anna, parte de la conversación que acababa de mantener con Luis.

—Entonces debemos volver a Granada inmediatamente —no tardó ella en intervenir—. El asalto, el registro de tu casa y ahora esto. Son ya demasiadas casualidades. Es más que evidente

que alguien está detrás de nuestros pasos.

—Por eso precisamente —reconvino Julián a su compañera—. Luis me ha pedido que no volvamos porque está seguro de que si lo hacemos irían a por nosotros. Sin embargo, si no mantenemos en movimiento, nadie podrá localizarnos tan fácilmente.

—Pero Julián.. —volvió Anna exasperada a la carga después de sopesar la propuesta de su compañero—. Sí, es posible que Luis tenga razón pero, ¿te has parado a pensar que si no dan con nosotros irán con toda seguridad a por él?

Esta vez fue Julián quién necesitó algo de tiempo para reflexionar sobre la advertencia de Anna, así que le pidió un receso en la conversación y se limitó a volver al cuarto de baño para terminar de afeitarse.

Pero ella no podía esperar y al cabo de unos minutos entró en el baño, justo en el momento en que Julián terminaba de secarse la cara tras el afeitado.

—Luis se equivoca al pedirnos que sigamos adelante con esto sin importarnos lo que a él le pueda pasar. Creo que debemos volver... —insistió.

—Pero Anna, volver ¿para qué? —objetó Julián volviéndose hacia ella—, ¿para ponerle las cosas fáciles a los que nos persiguen?

—No Julián, para denunciar todo esto a la policía y que ellos se encarguen.

Julián, sin pensar en lo que hacía, movió su cabeza manifestando su desacuerdo, apartó a Anna hacia un lado, le dio la espalda, cogió su cepillo de dientes y sin más explicaciones comenzó a cepillarse. Anna lo miró sorprendida, convencida de que no se merecía aquel trato.

Como en un lejano *flash* que hubiese estallado en ese momento ante sus ojos, Anna recordó la fatídica noche, cuando ella apenas contaba quince años, en que su madre apareció a altas horas de la madrugada embriagada y en compañía de un tipo siniestro, vestido con una sucia chaqueta, oscura y maloliente, que una vez dentro de la casa la apartó bruscamente del camino del dormitorio como si fuese un simple mueble que estorbaba.

«Quítate de en medio, niña. Tu madre necesita esta noche conocer a un verdadero hombre...», le había dicho de la forma más despreciable que había escuchado en su vida.

Anna se llevó las manos a los oídos intentando acallar aquellas palabras que se habían quedado desde entonces sobrevolándola, como si realmente fuesen aves necrófagas esperando el momento de dejarse caer sobre su víctima.

—¿Qué haces? —preguntó Julián a Anna al encontrarla entregada a la tarea de hacer su equipaje.

—Las maletas. Me marcho de aquí. No quiero saber nada de esto.

—Pero no puedes hacer eso...

—¿Ah, no?, ¿y qué me lo impide? ¿Crees que os voy a seguir en un juego en el que solo lleváis cartas Luis y tú? Mira Julián, esto fue divertido mientras duró, pero cualquier persona racional no dudaría en acudir inmediatamente a la policía después de lo que ha pasado.

Julián miró a Anna a los ojos y supo la fuerte determinación que la impulsaba, pero aún esperó a que ella recogiese sus cosas del cuarto de baño antes de hablar.

—Anna, hay algo que no sabes.

Ella levantó la mirada de su maleta

—¿Qué dices? ¿Que hay algo que no sé? ¿Y a qué esperas para decírmelo?

—Perdóname, no te lo he querido decir antes para no preocuparte. Admito que he pecado de

proteccionista contigo.

En ese momento el sordo ajeteo de ropas se detuvo. Anna se irguió y le miró fijamente esperando sus palabras. Sin embargo Julián necesitó aún unos segundos más para encontrar el modo de hacerlo.

—Luis me ha confirmado que estamos en serio peligro. Los secuaces de la Hermandad Pitagórica están detrás de nuestros pasos para conseguir el programa que decodifica las pistas.

Anna guardó silencio un momento, quizás para terminar de asimilar algo que ya casi empezaba a resultarle demasiado evidente.

—Razón de más para que acudamos a la policía cuanto antes... —No tardó en responder, volviendo a imprimir a sus palabras el mismo tono de exaltación de hacía unos instantes.

—No podemos —advirtió circunspecto.

—¿Cómo que no podemos?! ¿Por qué no te explicas de una vez? Ya no soy una niña. ¡*Shit!*

—Siéntate, por favor —pidió a la vez que le acercaba la silla del escritorio.

Anna tomó asiento de mala gana, se cruzó de brazos y clavó sus ojos inquisidores en el preocupado rostro de Julián.

—Luis me ha advertido de que todos sus miedos se han hecho realidad esta mañana. La Hermandad no solo sigue existiendo sino que ha pasado a la acción, y él sabe que cuando esto sucede nada ni nadie los puede detener hasta que alcanzan su objetivo. Por eso no podemos fiarnos absolutamente de nadie y menos aún de la policía.

—¿Cómo dices? —preguntó Anna sin creer lo que estaba escuchando—. ¿Me estás diciendo que la policía está implicada?

—Sí, y es muy posible que a gran escala.

—Perdóname Julián, pero no, no me lo puedo creer...

—Necesito fumar, ¿te importa? —inquirió nervioso.

Anna le indicó con un gesto que saliesen a la pequeña terracita de la habitación, pero él, temeroso, prefirió continuar dentro.

—Anna, es grave, muy grave lo que me ha contado Luis. Parece ser que alguien, durante la noche pasada, ha incendiado mi apartamento y hay un policía siguiéndonos los pasos.

Anna se levantó de la silla.

—Pero... ¿cómo has dicho? ¿Que han quemado tu casa? Pero si antes solo me has dicho que...

—Lo que oyes, Anna. Han vuelto a entrar en mi casa. Casi con toda seguridad buscando el programa decodificador. Y muy posiblemente, para eliminar pistas, han prendido fuego después. Por suerte no se ha extendido al resto del edificio porque los bomberos acudieron enseguida.

—¿No me lo puedo creer! —exclamó Anna llevándose las manos a la cara.

—Parece ser que estamos en un aprieto, en un peligroso aprieto. Luis ha insistido en que esperemos aquí hasta que él nos contacte. Hemos acordado una contraseña para cuando hablemos para saber que los dos estamos bien. Así que ahora mismo no podemos hacer otra cosa que esperar.

Anna volvió a sentarse, visiblemente superada por las circunstancias.

En ese momento sonó estrepitosamente el teléfono de la habitación sobresaltando a ambos. Julián se acercó al mismo, descolgó el auricular y esperó en silencio.

—¿Ahí Zorro? —Julián se tensó en extremo a pesar de saber que esa era la contraseña acordada.

—¿Ahí Fénix? —respondió.
—Cedeira.
—Entendido...

* * *

—Debemos retirarnos ya a descansar —advirtió Anna a Julián después de reservar su vuelo por Internet—. Hemos tenido suerte, el avión para España sale mañana temprano.

—¿A qué hora?

—A las... nueve cincuenta y cinco. Debemos estar como muy tarde a las nueve de la mañana en el aeropuerto.

—Entonces debemos dejar las maletas hechas y pedir un taxi con tiempo. ¿A qué hora llega a A Coruña?

—A las dieciséis cincuenta y cinco, pero antes haremos una escala en Madrid.

* * *

La aventura italiana de Julián y Anna apenas había durado veinticuatro horas, por lo que la extrañada recepcionista les interrogó cortésmente mientras Julián abonaba la factura del hotel.

—*Spero che la sua partenza non sia dovuta a qualcosa di serio.*

—*No, è solo un improvviso cambiamento di piani. Grazie per l'interesse.*

La hermosa mujer sonrió a Julián, le entregó la factura y le informó que ya tenían en la puerta del hotel un taxi esperando para llevarles al aeropuerto.

Bordearon el río hasta el hipódromo y desde allí por la vía Pegaso hasta la Vespucci para enlazar finalmente con la autovía del Mar. En apenas quince minutos Julián y Anna se encontraban facturando sus equipajes para Madrid como paso previo a su destino gallego. Les quedó un fuerte regusto a frustración por la fugacísima visita de la que apenas habían podido disfrutar, y, sobre todo, por la inquietante sensación de sentirse perseguidos.

Capítulo 14

Llovía a mares cuando el avión tomó tierra en el aeropuerto de A Coruña.

Nada más recuperar sus equipajes, Julián y Anna subieron a un taxi con la intención de que les llevase a cualquier hotel discreto del centro sin haber hecho reserva previa, tal como les había sugerido Luis.

—*Boas tardes. ¿Onde vos levo?* —preguntó el taxista después de cargar los equipajes en el maletero.

—Pues... a un hotel económico —respondió Julián felicitándose porque el gallego fuese un idioma tan comprensible—. Pero que no esté muy alejado del centro, por favor.

—Pero, ¿cómo de económico?, ¿económico barato, económico medio, o económico superior? —preguntó el pulcro taxista con su espeso pelo atirantado hacia atrás y con un mordisqueado palillo entre los dientes, volviéndose un poco hacia sus pasajeros.

—Pues... a ver... Sobre todo que sea discreto y, eso sí, que esté limpio.

—¡Ah!, pues entonces al hotel de Paquiño Vieira. Está muy bien situado. Ten bos prezos e o mellor guiso da Coruña. Les llevo en un santiamén. ¿Peaje o no peaje?

—Perdón, ¿cómo dice? —preguntó Julián.

—Que si les llevo por el peaje o bordeamos la costa.

—¿Quién paga el peaje?

—O cliente, por supuesto.

—Pues por la costa.

—Hecho.

El coche avanzó lento, atravesó Culleredo hasta llegar a la ría do Burgo, que como un anticipo marítimo, se presentó ante los ojos aún embriagados de arte florentino de los dos viajeros.

—¿É a primeira vez que veñen a Galicia? —preguntó el chofer.

—Sí, la primera —contestó Julián escuetamente después de realizar un pequeño esfuerzo para asimilar correctamente las palabras.

—Pois eu nunca saín de aquí. Aquí temos todo o que un home necesita: boa comida, boas mulleres...

—E bon tempo, ¿no? —ironizó Julián interpretando un tanto el idioma mientras miraba al exterior y comprobaba no solo la que estaba cayendo sino la que, a juzgar por la intensa negrura de las nubes, se avecinaba.

—¡Oh! O tempo é o tempo, nunca chove a gusto de todos.

No dejaba de caer agua y el vehículo se internó con precaución por las venas empedradas de la ciudad vieja. Mientras, el limpiaparabrisas no daba abasto en evacuar todo lo que estaba dejando caer la tormenta que en ese momento se desató sobre la ciudad en toda su magnitud.

—¿De onde son vostedes? —preguntó el taxista mirando por el espejo retrovisor.

—Del Sur —contestó Julián dudando de la conveniencia de identificarse plenamente ante un desconocido—. De Andalucía.

—¡Ah, carallo! ¡Andalucía! Gustame a feira de Sevilla, os cabalos e os traxes de xitana.

Julián empleó un tiempo prudencial en intentar enterarse de lo que acababa de decir el hombre. Después de no conseguirlo prefirió permanecer en silencio.

—¡Oh!, perdone, a veces hablo demasiado aprisa —se excusó el taxista mirando al cielo desde detrás del parabrisas intentando hablar despacio.

—¿Ten vostede paraugas?

—Pues no, la verdad. Hemos llegado de... «otro lugar» este mediodía y allí hacía un sol espléndido.

—Non se preocupe, eu teño paraugas, podo venderlle dous.

—Pero, ¿cómo? Perdone, ¿me está diciendo que vende paraguas? —preguntó Julián sorprendido en cuanto el taxi se detuvo frente a la fachada ocre de un edificio.

—Iso mesmo. Paraugas, sombreiros, tabaco, algunha botella de augardente... e tamén recordos do Santo Apóstolo.

Julián, mientras ayudaba al taxista a descargar el equipaje, descubrió una buena cantidad de mercaderías perfectamente ordenadas y clasificadas en el amplio maletero del vehículo monovolumen, mientras el chofer parlanchín no dejaba su lengua quieta ni un segundo.

—Eu compro en bazares de chinos a bo prezo, e despois vendollelos os meus mellores clientes. O meu servicio de taxi é o máis completo de toda Galicia.

—¡Vaya! —exclamó Julián mientras Anna, ya resguardada en el estrecho soportal de entrada a la pensión, observaba el trajín de los dos hombres.

En cuanto terminaron la descarga y Julián abonó la carrera, el taxista le ofreció una tarjeta comercial.

—Anselmo Folla Dopazo, para lo que precise.

—¿Perdón?

—Folla Dopazo, Anselmo. Anselmo e un nome moi galego.

—Ah, bien, perdone... Anselmo.

—Xa saben vostedes: se precisan de algo non teñen máis que chamarme a ese número —insistió el hombre.

—Se lo agradezco. Le llamaré si le necesito, téngalo por seguro —dijo Julián mientras verificaba en la tarjeta el pintoresco nombre del taxista.

—Vostedes son xente do Sur, boa xente. Un non se pode fiar de calquera persoa.

—Y que lo diga. Gracias, moitas gracias —se atrevió Julián nuevamente a chapurrear el idioma local.

De pronto, el hombre, antes de subir a su taxi, se volvió hacia Julián, desanduvo un par de pasos, y como poseído por un impulso irreprimible, lo abrazó con una efusión fuera de lugar.

—Benvido a Galicia, benvido á miña terra. E xa sabe: para o que vostedes precisen.

* * *

—¿Qué te ha dicho ese hombre? —preguntó Anna a Julián en cuanto el taxi-comercio ambulante dobló la esquina de la calle.

—Un tipo curioso, ¿verdad? Se ha ofrecido para cualquier cosa que necesitemos. Igual nos puede venir bien en algún momento un personaje como él.

Anselmo Folla no había engañado a sus clientes. El hostel de Paquiño Vieira, de nombre «O Mexillón Dourado», era un pequeño edificio de principios del siglo XX. Reformado hacía unos diez años, conservaba felizmente una estética localista que habría resultado ideal como escenario para una novela de Torrente Ballester.

Nada más instalarse en una habitación de la primera planta, Julián y Anna repasaron el plan preestablecido.

En primer lugar debían llamar a Luis desde una cabina telefónica alejada del hotel y comunicarle que estaban en su destino sin contratiempos. Después indagarían acerca de los posibles descendientes de los Méndez de Naharro que viviesen en Cedeira o alrededores hasta dar, si la suerte les sonreía, con alguno que conociese la vieja historia de un libro llamado *Almagesto*, que cierta vez, hacía la friolera de quinientos años, un antepasado de los Martínez de Saq, de Granada, les dejó en depósito.

Sí, no había que ser ningún lince para saber que contaban con una posibilidad entre muchas de dar con aquel libro. Pero no ignoraban que la propia persecución a la que estaban siendo sometidos por los secuaces de la regenerada Hermandad Pitagórica, era un indicador de que esa remota posibilidad podía producirse.

—¿Ahí Fénix? —preguntó Julián mientras un escalofrío recorría su espina dorsal, recordando las novelas de espías que tanto le apasionaron en determinados momentos de su juventud.

—¿Ahí Zorro? —contestó Luis.

—Sí, sin novedad. Todo perfecto. Mañana nos desplazaremos para intentar localizar a la persona.

—Muy bien. Recordad; desde este momento contáis con veinticuatro horas para salir de ahí. Mañana a la misma hora espero vuestra llamada.

—Bien. Lo faremos lo mellor posible.

—¿Perdón? —preguntó Luis, dudando de lo que había oído.

—Nada, nada, que lo haremos lo mejor posible. Hasta mañana.

* * *

Luis había advertido a Julián, antes de abandonar Florencia, que sus conversaciones podrían ser escuchadas y localizadas. Según él, una vez transcurridas las siguientes veinticuatro horas, sus perseguidores podían estar muy cerca de ellos, por lo que debían mantenerse siempre en movimiento.

Esa noche descansarían en Coruña y al día siguiente se trasladarían a Cedeira para entrevistarse con el único Méndez de Naharro que aparecía en la lista telefónica: Francisco José Vera Méndez de Naharro.

Anna y Julián estaban muy cansados por lo que, cuando les llamaron desde la recepción para

anunciarles que la cena estaba servida, dijeron que no bajarían al comedor a pesar de que lo único que habían ingerido en todo el día había sido el insustancial almuerzo que les habían ofrecido en el avión.

Cuál no sería su sorpresa cuando, al cabo de cinco minutos, una señora gruesa y risueña plantada ante la puerta con una gran bandeja con viandas, se identificó como la señora Ifixenia. Les advirtió, afable, que en «su casa» nadie se iba a dormir en ayunas.

Julián, en pijama, descalzo sobre el suelo de madera intentando mantener un difícil equilibrio junto a la puerta, supo que no tenía fuerzas ni para oponer una mínima resistencia a la fornida posadera.

—Sentímolo, pero son as regras da casa —dijo la señora entrando en la habitación balanceando sus enormes caderas—. Un pouquiño de caldo de peixe axuda a dormir.

—Bien, moitas gracias, déjelo sobre la mesita.

La mujer, con sus carrillos tan rubicundos como dos grandes manzanas, saludó con una amplia sonrisa y un movimiento de cabeza a Anna, que se había incorporado un poco en la cama.

—Veña, a cear e a durmir, que a noite é longa e húmida.

—Muchas gracias —dijo Anna sonriendo a la buena samaritana.

—Boas noites.

Julián, en cuanto la señora salió, cerró la puerta y se lanzó en picado sobre el mullido colchón.

—¡Por fin solos! Venga, vamos a dormir que mañana tenemos que salir temprano para Cedeira.

Intentaron dormir, sí, lo intentaron y quizás consiguieron dar una fugaz cabezada antes de que el penetrante olor de la sopa de pescadores escarbara en las pituitarias de los dos desvelados.

—Dios Santo, Anna, cómo huele eso —reconoció Julián revolviéndose entre las sábanas—. Yo no puedo dormir con ese olor.

—Pues no demos más vueltas y vamos a comer antes de que se enfríe ¿te parece?

—Sí, mejor será, porque así no hay quien pegue ojo.

* * *

El cansancio y el alimenticio caldo caliente de peixe, hicieron que la pareja fuese incapaz de levantarse al día siguiente de la cama antes de las nueve y media de la mañana.

Nada más hacerlo se recriminaron por su holgazanería y establecieron turnos para usar el estrecho cuarto de aseo de la habitación antes de bajar a desayunar.

—Un plan, necesitamos un buen plan para presentarnos ante el posible dueño del libro —advirtió Anna a Julián mientras comían abundantemente en el coqueto comedor del O Mexillón Dourado bajo la estricta vigilancia de la señora Ifixenia.

—Sí, ya he pensado en eso. ¿Qué te parece si nos hacemos pasar por comerciales de una empresa de compraventa de libros? —propuso Julián.

—¿Compraventa de libros? ¿Eso puede resultar creíble? —preguntó Anna extrañada.

—Sí, por qué no. Aunque sería ideal hacernos con unas tarjetas de visita que diesen veracidad a nuestra puesta en escena.

—Bos días. ¿Cómo dormistedes esta noite? —interrumpió doña Ifixenia.

—Muy bien, gracias —respondió Anna mientras Julián pugnaba por tragarse rápidamente un pastelillo para contestar él también.

—¿Ides a almorzar en casa? —preguntó la dueña acercándose a ellos con una gran bandeja repleta de pastelitos de colores en una mano y en la otra una enorme jarra de café con leche hirviente—. O mediodía temos parrochas e lacón.

—¿Parrochas? —preguntó Anna, que a pesar de sus esfuerzos, esta vez no entendió la pregunta.

Julián sonrió a su compañera y dirigió su mirada a la posadera para contestarle.

—No, gracias. En cuanto terminemos salimos para Cedeira. Tenemos asuntos que resolver allí. Dejaremos la cuenta pagada porque posiblemente no volvamos.

—¿Ides a Cedeira? Pero se non para de chover, e un mal día para viaxar —advirtió doña Ifixenia preocupada antes de pararse a pensar en algo.

—¿E cómo ides viaxar?, ¿en coche?

—Pues, la verdad es que iba a preguntar en recepción la mejor forma de ir —contestó Julián dándose cuenta de que no había pensado en ello aún.

—Nada, nada, eu chamo o seu taxi ¿Anselmo sabe?

—¿Anselmo? ¡Ah, Anselmo! Sí, él nos trajo aquí. Parece un buen tipo.

—E boa persona, é o meu irmán.

—¿Irmán? —preguntó Julián al no estar seguro de la traducción.

—Sí, sí, meu irmán, «irmano».

—¡Ah, ya, genial! ¡Anselmo Folla es su hermano!

—Sí, eso es, meu hermano.

—Pues me alegra saberlo porque se le ve muy servicial. No sé por qué pero debí imaginarlo. Muchas gracias, doña Ifixenia, quizás nos pueda venir muy bien la ayuda de una persona como él.

La mujer en ese momento torció el gesto levemente.

—Hum, si é boa xente, aínda que de diñeiro e santidade, metade da metade... —dejó colgando la gallega un refrán en el aire.

—Sí, entiendo. Pues si puede contactar con su hermano para que nos recoja en media hora en la puerta del hotel, se lo agradezco.

—Non preocupe, él ven en cinco minutos.

Capítulo 15

—¿Necesitan tarjetas de visita? Pues, déjeme que piense... —pidió Anselmo algo de tiempo con un gesto—. ¡Sí!, en quince minutos las tiene. ¿Qué quiere que ponga? —dijo el taxista forzando su castellano adormecido por el desuso.

—Pues algo así como... —miró Julián a Anna para solicitar su ayuda, ayuda que no recibió— pues pongamos que... Alfredo... López... García. Tratante de libros...

—¡Ah!, apellidos extranjeros —bromeó el taxista—. ¿Dirección?

—¿Cómo? —preguntó Julián.

—Dirección, la dirección que tengo que poner en las tarjetas...

—Puessss... ponga... paseo de la Castellana, ciento cincuenta y siete, Madrid.

—¿Distrito postal?

—Pues... no lo recuerdo, no ponga nada más, creo que será lo «millor», ¿no le parece?

El taxista sonrió abiertamente.

—Veo que va dominando el idioma da terra, señor Alfredo.

Julián también sonrió a la vez que le palmeó en el hombro. Anselmo Folla supo que era la señal para salir pitando a conseguir las tarjetas que le había pedido su cliente.

En apenas doce minutos más —Julián no se explicaba cómo las había conseguido con tal celeridad—, el taxista mostró una de las cincuenta tarjetas que contenía una cajita transparente para que la verificara.

—Pero... están geniales Anselmo. ¿Y este logotipo a todo color?

—¿Logo qué? —preguntó el taxista.

—Nada, nada, un trabajo perfecto. Me ha dejado usted completamente impresionado. Luego me dice lo que le han costado.

Anna y Julián subieron al taxi después de cargar todo su equipaje en él. Comunicaron a Anselmo que aquella noche iban a necesitar hospedarse en los alrededores de Cedeira.

—Sí, ya me ha dicho mi hermana —contestó el hombre.

—¿Cuánto se tarda en llegar a Cedeira? —preguntó Anna mientras se acomodaba en los asientos de atrás.

—Pues aproximadamente unha hora, hora y poco. Teñen que ir a Ferrol e logo pola costa.

—Perfecto, son las diez de la mañana, a las once y media como mucho estamos allí. —comentó Julián mirando su reloj—. Una vez que lleguemos buscaremos una pensión y podrá usted

volver a Coruña.

—Como vostede mande, don Alfredo.

* * *

Una vez abandonada la periferia de Coruña por la N-VI, en apenas veinte minutos estaban atravesando la localidad de Leiro.

En el cielo, los apretados nubarrones semejantes a vacas gallegas a punto de parir abrían sus vientres de vez en cuando para dejar caer a la tierra un verdadero río vertical, atomizado en cientos de miles de millones de gruesas gotas y algún que otro granizo del tamaño de un huevo de codorniz.

Aún así, la beneficiosa contemplación del paisaje gallego, cargado de rincones pintorescos, hórreos y cruceiros, regaló a los dos viajeros imágenes dignas de ser pintadas al óleo sobre un lienzo gigantesco.

Julián, por un momento, estuvo tentado de explicar en inglés a su compañera todos los detalles del plan que iba urdiendo en su mente mientras avanzaban por la carretera, pero se dijo que no debía subestimar al taxista. Desechó así su primera intención y se limitó a tomarla de la mano y explicarle las bucólicas estampas gallegas hasta donde su conocimiento de la tierra alcanzaba.

Anselmo se sabía de memoria la historia de Cedeira. Antes de llegar a Ferrol ya habían aprendido que su nombre procedía del vocablo *cetaria*, por su abundante pesca de atunes y ballenas en tiempos de los romanos, que su población superaba las siete mil almas, que su patrona era la Virgen del Mar y que perteneció a la provincia de Betanzos hasta principios del siglo XIX.

Julián, para disimular el verdadero motivo que los llevaba allí, pidió consejo a Anselmo sobre sus principales monumentos y lugares históricos dignos de visita.

—Pues si les queda tiempo después de hacer su negocio de libros, deberían subir al castillo de la Concepción. La vista de la ría desde allí es de ensueño.

—¡Vaya, Anselmo!, se nota que conoce bien Cedeira...

—Pois non crea, eu nunca estiven... pero un ten que facer ben o seu traballo e preguntei polo pobo mentres facían as tarxetas de visita.

* * *

El taxi se detuvo a la altura de un hotelito en la plaza del Sagrado Corazón. Anselmo anunció a sus clientes que era el establecimiento del que había recibido mejores recomendaciones.

—Bien, muchas gracias, es perfecto —reconoció Julián—. Pero dudo que tengan tan buen servicio como en O Mexillón dourado —le confesó guiñando un ojo.

Anselmo Folla sonrió ampliamente al sentirse halagado. Era difícil de explicar la personalidad de aquel hombre menudo y grande a la vez, trotamundos de una sola ciudad, soñador de vigiliadas y actor experimentado en su propio devenir diario, pero se notaba que le alimentaban más los halagos, el reconocimiento de un servicio bien hecho, que un buen caldo gallego, aunque este fuese de peixe.

Anna bajó del auto y estiró un poco las piernas dando un paseo por los alrededores, mientras los dos hombres llegaban a un acuerdo económico por la carrera.

La vista era preciosa. El mar resplandecía como un recién nacido tras haber soportado el

cruento paso de la tormenta. Anna, rememorando sus muchas tardes soleadas junto al Pacífico, descubrió cuán diferente era ese mar al suyo. No tardó en comprender que los mares, los océanos, no son solo ingentes masas de agua en movimiento, sino que tienen personalidad propia y pueden llegar a ser tan desiguales entre ellos como la propia orografía terrestre.

Dos pescadores de caña, enfundados en gruesos impermeables con capucha que le recordaron a sus asaltantes del callejón granadino, intercambiaban comentarios ininteligibles para ella y sintió un escalofrío.

—¡Anna! —llamó Julián a su compañera desde lejos, arrepintiéndose casi simultáneamente de haber descubierto su verdadero nombre—. Ya se marcha Anselmo para Coruña.

Ella comprendió que debía despedirse del taxista. Mientras se acercaba, valoró si debía hacerlo con dos besos en la cara, como parecía ser preceptivo en España, o adelantando cortésmente su mano para que el hombre se la estrechara.

La duda no tardó en despejarse. El apasionado Anselmo Folla Dopazo aplicó a sus clientes, ya considerados como íntimos en su fuero interior, un sincero abrazo de despedida después de regalar a la bella americana un pequeño botafumeiro compostelano, bendecido, según dijo, por el mismísimo arzobispo de Santiago de Compostela y a «Alfredo» una útil navaja suiza de quince funciones, incluida una práctica linternita de *leds*.

* * *

Una vez tomaron habitación en el hostel Maruxa, salieron a la calle a buscar un lugar discreto desde el que llamar a Luis. No tardaron en encontrar un pequeño locutorio junto a una lonja, ideal para pasar desapercibidos.

El teléfono emitió varias señales de llamada hasta que agotó el tiempo de espera sin que nadie contestase al otro lado.

—¿Qué ocurre, Julián? —preguntó Anna extrañada al identificar en el rostro de su compañero el matiz de la preocupación.

—Luis no contesta.

En ese instante sus miradas se cruzaron, cargadas de dudas y sospechas.

—Vuelve a intentarlo.

Julián se acercó al mostrador y pidió que volviesen a darle línea en cinco minutos.

Nada más descolgar y marcar el número de la librería, se sucedieron unos segundos tensos — un tono—, y un silencio mudo —dos tonos— entre señal de llamada —tres tonos— y señal de llamada. Cuando de pronto...

—¿Sí?

—¿Ahí Fénix? —preguntó Julián con la voz temblorosa. Tras esperar un momento se produjo la respuesta esperada.

—¿Ahí zorro?

—Sí, por fin.

Luis comunicó a Julián que todo estaba bien, que le perdonara por no haber podido atender a la primera llamada y le informó de que había instalado una línea de teléfono blindada para que pudiesen hablar con relativa comodidad en adelante.

Julián, antes de nada, volvió a interesarse por la salud de su amigo y recibió la noticia de que,

desgraciadamente, se había visto algo resentida por culpa del tratamiento.

Después de unas palabras de ánimo a Luis, le anunció su intención de continuar con la segunda fase del plan esa misma tarde.

—Supongo que no perderéis de vista el ordenador de Anna en ningún momento, ¿verdad? —advirtió Luis.

—Pues, lo cierto es que lo hemos dejado en el hostel con el resto del equipaje.

—¿Pero cómo es eso! —exclamó el librero, alterado por la noticia.

—No te preocupes, Luis. Ayer borrarnos el programa decodificador del disco duro...

—¿Que lo borrasteis? Pero Julián, si ese programa se pierde, se pierde con él la única oportunidad que tenemos de hallar el tesoro. Aún quedan pistas por decodificar y...

—Tranquilo, Luis. El programa está en un lugar al que nadie puede acceder fácilmente.

—¿Y qué lugar es ese? —preguntó Luis extrañado.

—Está en un servidor ftp. Esta mañana antes de abandonar la ciudad, Anna tuvo la idea de subirlo a la red y borrarlo de su ordenador.

—¿A la red?

—Sí, a Internet. Ahora mismo el ordenador de Anna es un aparato como otro cualquiera, así que no hay que temer nada si cae en manos inapropiadas.

—Buena idea, Julián. Felicita a Anna de mi parte —contestó Luis cuando asimiló la estrategia—. Ahora lo que nos debe preocupar es localizar a la persona que tiene el libro...

—Sí, hay que dar con el descendiente de los Méndez de Naharro —dijo Julián sin demasiado convencimiento—. Pero... —pareció dudar Julián—, bueno, nada.

—¿Pero? —preguntó Luis extrañado—. ¿Qué ocurre, Julián? ¿Algo que deba saber?

Julián se lo pensó antes de contestar.

—Luis, perdóname, no me gusta ser aguafiestas pero ya sabes que vamos a necesitar mucha suerte —dijo Julián enfatizando las palabras—, pero que mucha suerte para que la persona que intentamos localizar sepa algo del libro.

—¿Suerte? Ah, es eso. Temes que se rompa la línea de investigación. Lo sé, Julián y me alegra que tengas los pies bien asentados en el suelo, pero me gustaría que conocieras mi perspectiva sobre este asunto.

—¿Tu perspectiva? Pero... ¿es que hay varias perspectivas en esto? —interrogó Julián comenzando a sentirse confuso y sarcástico a partes iguales.

—Sí, las hay. Piensa que el fin de esta aventura no es conseguir un tesoro como nunca hubo otro igual, ni el de los zares, ni el de *Fuchsenhof*, ni siquiera el fabuloso tesoro de los Cáraros.

—¡Ah!, ¿no?

—No, de poco o nada me interesa el oro. Es más, me agradaría enormemente saber que ese tesoro es completamente irrecuperable para que no exista posibilidad alguna de que caiga en manos de delincuentes. ¿Me comprendes, amigo?

Julián lo pensó un momento e intentó decir algo... Una vez, dos veces, pero el inesperado enfoque que Luis le acababa de exponer le había dejado, cuando menos, desorientado.

—Perdona, Luis, pero tengo que confesarte que me he quedado... mudo.

—No, Julián. Me queda poco tiempo en este mundo, a pesar de que los médicos intentan hacerme creer lo contrario. No estoy dispuesto a marcharme sin despejar esta incógnita que tantas noches de sueño me ha robado a lo largo de mi vida.

Julián no contestó. No quería hablar de la enfermedad de su buen amigo. Observó durante un instante a Anna, que había abandonado la estrecha cabina y se entretenía charlando con la telefonista, mientras acariciaba a un enorme y somnoliento gato de angora que se había hecho dueño del mostrador del locutorio.

Viéndola allí, sin más necesidades que «vivir» en grandes letras mayúsculas, recuperando de alguna forma el tiempo que su trabajo le había negado, estuvo seguro de que a ella tampoco la movían el dinero o la riqueza. Y qué decir de sí mismo. Lo había tenido todo, había despilfarrado en un puñado de años mucho más dinero del que posiblemente podrían llegar a disfrutar una buena parte de mortales durante toda su vida. No formaba parte de sus planes volver a caer en las redes del frenesí que desata la opulencia.

—Pero entonces, Luis —una nueva pregunta tomó cuerpo en la mente de Julián—, si ninguno de los tres pretendemos enriquecernos con esto, ¿crees que el simple ánimo de aventura, o lo que sea, justifica el riesgo de enfrentarnos a los peligrosos secuaces de la hermandad?

En ese instante el hilo conector que unía emocionalmente a los dos amigos pareció tensarse en un silencio afilado como una navaja. Luis pensó detenidamente su respuesta y cuando estuvo seguro de ella, se la ofreció a Julián sin ningún tipo de titubeo.

—Escúchame bien, Julián. Debes saber que desde tiempos antiguos han existido dos colectivos principales de pensamiento y acción representados por los masones y los pitagóricos. La Hermandad Masónica surgió para humanizar las ciencias promoviendo entre los constructores medievales de templos, principalmente, valores de fraternidad y moralidad. Por regla general, siempre permitieron la libertad total de credo y pensamiento. Incluso pasado el tiempo, propiciaron la creación de estados democráticos como los Estados Unidos de América.

»Por el contrario la Hermandad Pitagórica ha supuesto siempre su Némesis, la otra cara de la moneda. Sus seguidores, amparados en sus presunciones mesiánicas, han propugnando la oligarquía, la jerarquización de la sociedad, la lucha entre clases e incluso la esclavitud. Los pitagóricos, entre otras cosas, contribuyeron al desarrollo del fascismo en Europa durante el siglo XX. Sus miembros, agrupados en la enigmática Sociedad Thule, ocuparon altos cargos en el III Reich. Incluso se cree que el propio Adolf Hitler, Rudolf Hess, Goebbels y hasta Benito Mussolini formaban parte activa de la hermandad.

—Pero Luis, eso que me cuentas es extremadamente grave —interrumpió Julián.

—Amigo mío, debes creerme; sé perfectamente de lo que hablo. Yo, como tú, pienso que el tesoro de Colón es prácticamente irrecuperable. Pero es nuestra obligación moral cerciorarnos de que las pistas han sido completamente borradas por el tiempo. Debemos asegurarnos de que parte de unas riquezas que hicieron de España el imperio más poderoso del orbe no propiciarán una nueva Guerra Mundial.

* * *

Mientras volvían al hostel caminando por las estrechas calles de la ciudad, Julián puso en conocimiento de su compañera todo lo que Luis le había narrado.

—¿Sabes lo que pienso? —dijo ella—. Si eso es tal como te lo ha contado Luis, y no tiene por qué no serlo, si abandonamos ahora alguien vendrá a por nosotros para obligarnos a continuar, y en ese caso no tendremos libertad de movimientos; pero, por el contrario, si seguimos adelante

con la búsqueda, los esbirros de La Hermandad permanecerán en la sombra hasta que resolvamos completamente las pistas.

—Sí pero, ¿qué pasará si la línea de investigación se interrumpe y no somos capaces de llegar al final? —preguntó Julián.

En ese instante unas gruesas nubes volvieron a oscurecer el cielo de Cedeira. Anna observó cómo evolucionaban vertiginosas en dirección este. Al fondo pudo distinguir a los dos pescadores enfundados en sus pesados impermeables que comenzaban a recoger bártulos.

—Eso, Julián, no lo sabremos desgraciadamente hasta que no suceda.

Capítulo 16

Tras almorzar fugazmente en una taberna cercana a La Lonja, los dos profesores se decidieron por alquilar un vehículo económico durante un par de días con la intención de desplazarse hasta la alejada Pardiñeira donde, presuntamente, tenía su domicilio el último de los Méndez de Naharro.

No fue difícil encontrar el número doce entre el puñado de casas que componían el disperso enclave urbano. Después de que Julián pronunciase el preceptivo «aquí es» mientras el coche avanzaba a mínima velocidad, decidió aparcar a la vuelta de la esquina de una de las carreteras perpendiculares para ocultar el vehículo a posibles ojos de curiosos.

La tarde estaba envuelta en una calma engañosa. No hacía falta ser una *meiga* o *bruxo* local para saber que las nubes altas estaban esperando el momento más inoportuno para descargar una nueva tromba de agua.

Nada más bajar del pequeño Fiat, Julián tomó el maletín que usaría como atrezzo indispensable en un comerciante de libros. Pasó su brazo por los hombros de Anna para protegerla del frío y se dirigieron decididos hacia la casa.

Una cancela medio oxidada, que sin duda había conocido mejores tiempos, obligó a Julián a empujarla un poco para acceder al estrecho camino de piedra que partía en dos porciones exactas un desabrido jardincillo, insuficiente en todo caso para albergar entre sus límites ningún tipo de árbol por raquítico que este fuese.

Julián miró durante un momento los desconchados muros de la casa e imaginó la precariedad económica de Francisco José Vera Méndez de Naharro. Consideró aún más remota de lo que ya imaginaba la posibilidad de que el individuo conociese siquiera la existencia del valioso tratado de astronomía.

—Déjame hablar a mí —dijo Julián a Anna sin apartar su mirada de la puerta y con cierto tono de prepotencia.

Ella le miró de soslayo y sintió cómo se encendía espontáneamente una mecha en su interior. No —se dijo Anna—, esta vez no quería volver a sentirse como un simple apéndice del cuerpo ejecutor y decidió que era el momento de reivindicar su parte de acción en aquella descabellada aventura.

Anna tomó aire y sujetó firmemente a Julián del antebrazo obligándole con ello a retroceder unos pasos.

—¿Qué ocurre, Anna? —protestó extrañado pero dejándose llevar.

—Julián, esta vez quiero hacerlo yo —contestó.

—¿Estás segura? —le inquirió él—. Ten en cuenta que igual aquí solo hablan en gallego y te va a costar... —se le ocurrió decir.

—Entonces pediré tu ayuda, pero de ahora en adelante me gustaría que no me protegieses tanto como vienes haciéndolo. Conozco bien el plan y creo que un poco de intuición femenina puede sernos de ayuda.

—Como quieras —admitió el matemático no de muy buena gana.

Anna no dijo nada más. Se limitó a arrebatarse el maletín de su mano y a adelantarse hacia la vetusta entrada con paso decidido.

Un niño pequeño, de unos seis o siete años, abrió la puerta y nada más ver a los dos intrusos la cerró de golpe sin mediar palabra.

La pareja se miró sorprendida pero Anna no tardó en volver a tirar de la cadena que hacía sonar una campana en el interior de la vivienda.

Al cabo de unos segundos un ruido sobre sus cabezas hizo que elevasen la vista hacia la planta alta de la vivienda.

—¿Quién llama? —preguntó secamente una voz indefinible.

Anna dio unos pasos hacia atrás para poder ver directamente al dueño o dueña de la susodicha voz.

—Señora, perdone que la moleste... —se excusó Anna.

—¡Sí, ya han molestado! Ahora díganme qué quieren.

La idea era hacerse pasar por comerciales, pero Anna no tardó en darse cuenta, a la vista del panorama que se anticipaba, de que en aquella casa no funcionaría semejante estratagema; decidió improvisar sobre la marcha.

—Señora, venimos de una notaría de Madrid para resolver un asunto de herencias.

Julián, sobresaltado por el giro inesperado de su plan, miró sesgadamente a Anna.

La señora se mantuvo un momento en silencio, quizás pensando en algo antes de volver a preguntar.

—¿Una herencia? ¿Quién carallo se ha muerto? —preguntó de forma descarada.

Anna se supo con las riendas en la mano y sonrió para sí misma. Ya no eran unos vulgares comerciantes, se habían convertido en dos sofisticados oficiales de notarías —quizás notarios— a ojos de aquella mujer, ávida de buenas noticias que suavizaran su presunta penuria.

Anna abrió el maletín, buscó un papel cualquiera en su interior y después de simular que leía algo en él, volvió a levantar su vista en dirección a la señora.

—¿Vive aquí don José Vera Méndez de Naharro?

—Sí, sí que vive... pero no está. Está... en la mar.

—¿Usted es su mujer? —preguntó Anna con autoridad.

—Sí que lo soy, la misma.

—Pues si nos abre la puerta le informaremos de los detalles del asunto, ¿le parece?

—Me parece, me parece... —contestó la mujer abandonando la ventana rápidamente.

La puerta no tardó en abrirse justo en el momento en que Julián preguntaba en voz muy baja a Anna si sabía lo que estaba haciendo. El niño que abrió la primera vez se adelantó a la mujer y se interpuso en el camino de los recién llegados adoptando una postura que posiblemente pretendía pasar por algún tipo de movimiento de artes marciales.

—Sindo, vete para adentro que te arreo. No importunes a los señores.

Anna, satisfecha con el recibimiento, dedicó una sutil y ladeada sonrisa a Julián, al que solo le quedó reconocer en silencio la manifiesta habilidad de la americana para el *dribbling*.

—Siéntense aquí mismo —les pidió la anfitriona señalándoles un agrietado sofá de escay—. La planta de arriba la tengo patas arriba, es que hago arreglos para la calle... de ropa, ya saben. En la mar se gana poquiño y hay que ayudar todo lo que se pueda a meu home. ¿Me entienden?

—Sí señora, la entendemos.

—Pos bien, mi marido es Pepe Vera, bueno, José Vera Méndez. Lo de Najarro casi nunca lo dice. Solo lo tiene puesto en el deeneí. Es que es un apellido de palmito y nosotros, ya ven, de palmito poco. Nene, vete para tu cuarto que ya sabes que te arreo. ¡Oh!, pero igual les apetece un cafetito o un orujín de la tierra. ¿Qué? ¿Hace?

—Pos a mí... perdón. Pues a mí no me vendría mal un orujito para rebajar la comida —declaró Julián sintiéndose inesperadamente cómodo en aquella humilde casona—. Y tú, An... Andrea, ¿no quieres el cafetito que nos ha ofrecido esta amable señora?

Anna sonrió artificialmente mientras la señora se acercaba con la botella de licor.

—No, An-sel-mo —dijo Anna arrastrando las sílabas con toda la intención del mundo—, ya sabes que el café me excita demasiado. Yo también prefiero una copita de orujo.

—¡Valiente, valiente! —bromeó un sonriente Julián mirando a Anna mientras levantaba su vaso recién escanciado.

—¡Mujer, mujer! —contestó ella retadora levantando el suyo para que también se lo llenasen hasta el borde.

—¡Ay! Que no me he presentado —dijo la anfitriona dejando la botella en un aparador y secándose las manos en su delantal—. Adelfa Romuaña Astorga para servir a Dios y a ustedes —dijo alargando la mano, aún algo húmeda, a sus invitados alternativamente.

—Pues bien, doña Adelfa... —dijo Anna colocándose el maletín sobre las rodillas.

—No, no, no me llamo doña Adelfa, me llamo solo Adelfa Romuaña —interrumpió la mujer.

—Bien, como prefiera. Le decía que venimos de una importante notaría de Madrid para comprobar si su marido, déjeme que compruebe... Sí, don Francisco José Vera Méndez de Naharro, Figaredo, 12, Cedeira, A Coruña, es descendiente de una antigua familia granadina que emigró hace mucho tiempo hacia el norte.

—¡Lo es, lo es! —interrumpió Adelfa tan segura de sí misma que sobresaltó a sus interrogadores.

—Muy bien, señora, muy bien —dijo Julián sonriendo sarcásticamente temiendo que aquello se le fuera de las manos a su compañera—. Pero necesitamos hablar con él para saber si realmente es el último de los Méndez de Naharro.

Anna, que había estado atenta a la intervención de Julián, no tardó en asumir de nuevo el protagonismo.

—Efectivamente, doña... perdón, Adelfa, debo informarle que la herencia de los Méndez de Naharro es muy importante porque está compuesta por numerosos bienes inmuebles...

—Pero, ¿de cuánto... de cuánto dinero estamos hablando? —tartamudeó la señora Adelfa poniéndose en pie para hacerse con un vaso de un estante cercano y servirse ella misma su ración de orujo.

—Eso no se lo podemos decir hasta que estemos seguros de que su marido es efectivamente el

único heredero vivo, pero mucho, le aseguro que es mucho dinero.

—Pues nada, vayan sumando cuartos porque mi Pepiño es quien buscan —aseguró la mujer bebiéndose el contenido del vaso de un trago.

—Fantástico, doña Adelfa... —intervino de nuevo Julián exhibiendo la mejor de sus sonrisas—. Oh, vaya, perdone otra vez por ponerle el doña...

—No, no, ya puede llamarme doña Adelfa o como quiera. Si total, vamos a tener tanto dinero habrá que ir acostumbrándose, ¿u no? Jajajaja. ¡Nene, vete de ahí que te zurro!

—Pero nai, si no molesto —protestó el niño asomando desde detrás de la puerta.

—¡Que te vayas te he dicho y mañana al colegio que ya me tienes harta! —amenazó Adelfa con quitarse una zapatilla.

—Pero nai, que estoy malo con anginas —protestó el niño fingiendo un golpe de tos.

—Pues bien, doña Adelfa —interrumpió Anna el conato de enfrentamiento familiar—, ya solo nos queda comprobar que ustedes son los depositarios del libro.

En ese momento la señora, que se recolocaba la raída zapatilla de paño, levantó confusa su mirada hacia Anna.

—¿Libro? ¿Qué libro?

Anna y Julián se miraron directamente pero la señora no supo interpretar el significado de aquel cruce visual.

—Pues verá, señora —volvió a interrumpir Anna antes de que pudiese hacerlo Julián—, el fallecido dejó estipulado en el testamento que el último de los descendientes debía entregar un libro determinado que ha ido pasando de generación en generación entre los Méndez de Naharro.

El semblante de la mujer tornó en sombras la luminosidad que había mostrado durante toda la entrevista.

—Y bien, doña Adelfa, ¿tienen ustedes ese libro? —preguntó Anna al no recibir contestación en un tiempo más que prudencial.

La mujer alzó su vista y la cruzó con la de Anna, que creyó descubrir un pequeño temblor en su barbilla y, quizás, un brillo rijoso de rabia en sus ojos.

—Pues... ¡sí! Sí que tengo el libro, es decir, lo tiene mi marido.

Los profesores, incrédulos, hicieron un esfuerzo casi sobrehumano para permanecer sentados.

—Perdón, ¿ha dicho que tiene el libro? Pero... ¿sabe de qué libro le estamos hablando? —replicó Julián.

La mujer se levantó de su silla despacio y recogió los vasos ya vacíos.

—Les he dicho que mi marido tiene el libro pero él no está aquí. ¿Qué día es hoy?

—Veintisiete, martes —contestó Anna.

—Pues hasta dentro de dos días no podemos entregarles el libro, así que si pueden esperar esos dos días, tendrán lo que buscan.

—Pero señora —volvió a interrumpir Julián sintiéndose víctima de un intento de engaño—, ¿está usted segura de saber de qué libro le estamos hablando? Mire que si dentro de dos días no tenemos ese libro en nuestras manos nos marcharemos y la herencia de los Méndez de Naharro será entregada a la beneficencia, tal como consta en el testamento.

—¡Ni se le ocurra! —advirtió violentamente la mujer levantando un dedo—. Si quieren ustedes ese viejo libro lleno de dibujitos de estrellas que se cae a pedazos, lo tendrán, pero dentro de dos días. Y no hay más que hablar.

A Julián se le detuvo el corazón un par de segundos al escuchar aquellas palabras y sintió que comenzaba a arderle la cabeza.

En ese momento, casi sin que nadie se diese cuenta, el niño volvió a aparecer en escena con una espada fabricada con el palo de una escoba en las manos. Saltó sobre el sofá que segundos antes habían ocupado Anna y Julián, se colocó a horcajadas sobre el respaldo y comenzó a azuzarlo como si fuese un caballo.

—Jiaaaaa, Perdigónnnnnn —gritó.

La madre, sin ni siquiera apuntar a su objetivo, lanzó una eficaz bofetada que impactó secamente en la monda mollera del rapaz, del que solo se pudo escuchar el principio de un gemido antes de caer al suelo.

—Ya saben, vuelvan en dos días a esta hora. Ni antes ni después. En dos días tendrán lo que buscan.

Julián y Anna salieron a la calle. Una gruesa manta de agua había comenzado a caer desde el cielo.

* * *

Detenidos bajo el insuficiente voladizo de la entrada, Julián pidió a Anna que le dijese su impresión sobre lo sucedido.

—Un momento, Julián —advirtió ella tapando la boca de su compañero mientras acercaba su oído a la puerta para escuchar lo que sucedía en el interior.

Julián esperó unos segundos.

—Pero... ¿qué ocurre? —preguntó muy nervioso a su compañera en voz baja.

En ese instante a Anna, para mayor desconcierto de Julián, un enérgico gesto de sorpresa le modificó el semblante.

—Dame la mano. Salgamos rápido de aquí.

Y a la carrera, levantando charcos bajo la lluvia, se perdieron en dirección al coche de alquiler.

Capítulo 17

Un espantoso relámpago que descargó no muy lejos de donde habían aparcado el coche, hizo que Anna se llevase las manos a los oídos en un acto reflejo.

En ese momento, amortiguada por el fragor de la tormenta, Julián escuchó la voz de su compañera pidiéndole que abriese la puerta del utilitario para resguardarse del aguacero.

Una vez a salvo en el interior del coche, Julián intentó que Anna le explicase qué era lo que había alcanzado a escuchar a través de la puerta de la casa de los Vera Méndez de Naharro.

—Un poco de paciencia —pidió ella intentando secarse la cara con la manga de su jersey—. Creo que esta mujer no nos ha dicho toda la verdad.

Apenas el rumor del aguacero engulló el último sonido de las palabras de Anna, pudieron distinguir entre las pasadas incesantes del limpiaparabrisas, cómo la puerta de la casa se abría y la señora Adelfa obligaba a su hijo a salir fuera vestido con un llamativo impermeable rojo y un paraguas enorme del mismo color.

—Pobre chico —se lamentó Julián—. Esa madre no tiene consideración. Es un latoso, sí, pero no creo que sea para echarlo a la calle de esa forma, ¿no te parece?

—Silencio, Julián —intervino Anna secamente—. Ahora no perdamos al niño de vista.

Dicho y hecho. El pequeño, asustado por el estruendo de un nuevo relámpago, echó a correr carretera arriba intentando tirar con todas sus fuerzas de las grandes botas de agua que completaban su indumentaria.

—¡Vaya! Ha tardado lo justo en perderse de vista —dijo Julián—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Tranquilo, vamos a esperar un poco. Me temo que volverá a aparecer antes de lo que imaginamos —contestó Anna mientras intentaba alcanzar una pequeña maleta con algo de ropa seca que, previsoramente, traía consigo.

No resultaba fácil cambiarse en el minúsculo utilitario por lo que la bella americana, haciendo gala de una flexibilidad envidiable, pasó a los asientos de atrás.

—Julián, no dejes de vigilar la casa. Por favor no te distraigas —pidió a su compañero mientras se desabotonaba la camisa.

—Como quieras, pero con esta perspectiva me va a costar —admitió este paladeando lo excitante del momento.

En ese instante volvió a aparecer el niño tirando de la mano de un hombre que daba la impresión de tambalearse demasiado, mientras pugnaba torpemente por resistirse o dejarse llevar

por el pequeño gnomo hiperactivo.

—¡Eh! —advirtió Julián sobresaltando a Anna, que en ese momento rebuscaba algo concreto en la maleta—. El niño ha vuelto y trae a alguien consigo

Ella, con su torso solo cubierto por un fino sujetador de encaje, se inclinó sobre el respaldo del asiento delantero.

—Sí, como imaginaba. Debe ser su padre... —dijo segura de sí misma, para sorpresa de Julián.

—¿Su padre? ¿Pero no estaba pescando en el mar?

—Cuando estábamos en la puerta me pareció escuchar que la madre mandaba al niño al bar de la esquina a por su padre —confesó al fin Anna.

—¡Ah, claro! Comprendo, pero... ¿qué hacemos ahora?

—Esperar un poco más —contestó ella.

—¿Esperar?, ¿pero qué vamos a esperar? La tarde no se está poniendo como para pasarla dentro de esta pecera con ruedas.

En la mente de Julián se había instalado la idea de volver al hotelito de Cedeira para darse una buena ducha caliente antes de hacerle el amor a Anna mientras escuchaban el repiqueteo de la lluvia en los cristales...

—¡Pon en marcha el motor! —ordenó ella mientras volvía al asiento delantero.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Julián felicitándose para sus adentros.

—Sí, creo que sí. Mira, se está abriendo la puerta del garaje.

Julián dirigió su vista hacia la casa y comprobó que era cierta la impresión de Anna.

La puerta, una vez abierta desde el interior por el hombre que minutos antes había entrado en la casa, permitió que un desvencijado Simca de color difícilmente definible, saliese a la calle para incorporarse, entre una gran nube de humo procedente de su propio escape, a la casi nula circulación.

—Bien, ¿y ahora qué hacemos, compañera? —preguntó él con cierta desidia.

Anna, justo al borde de la ofuscación, miró a Julián directamente a los ojos preguntándose si lo que acababa de escuchar de sus labios era una duda real, o, por el contrario, estaba interpretando el incómodo papel de indolente como respuesta a su actitud reivindicadora de protagonismo.

—Lo que vamos a hacer —respondió Anna segura de sí misma—, es no perder más el tiempo aquí y seguir a ese coche para descubrir a dónde se dirige.

—¿Quieres conducir tú? —preguntó él displicente.

—No hace falta, solo quiero que sigas a ese coche.

—¡Hecho! —contestó Julián reconviniendo su actitud mientras ponía el coche en marcha tras la estela del viejo Simca.

Al cabo de unos minutos de travesía intentando no perder de vista al perseguido, Julián pidió a Anna que buscara en la guantera un mapa de la zona. Hubo suerte y en unos minutos ya sabían que se hallaban en algún lugar entre A Rúa y Formigueiro y que avanzaban en dirección a San Andrés de Teixido.

—No te acerques tanto, Julián. Que no sospeche que le seguimos —recomendó Anna—. Y creo que es mejor que apagues las luces.

—¿Apagar las luces? Pues perdona que te diga pero no se ve ni un pimiento —advirtió Julián.

—¿No se ve un pimiento? ¿Qué quieres decir?

—Pues... *I can not see a pepper* —bromeó Julián amagando con un juego de palabras.

—¡Cuidado! —advirtió Anna subiendo la voz de repente.

Julián frenó en seco.

—¡Qué susto me has dado! ¿Qué ocurre ahora si puede saberse? —preguntó con el corazón sobresaltado.

—Ha salido de la carretera por la derecha y se ha internado por el bosque. Síguelo.

—¡Vale, vale! Pero te advierto que esto no es un todoterreno y el seguro tiene una franquicia...

El estrecho y sinuoso camino embarrado, que se internaba en el macizo de pinos, hizo que no volvieran a ver el coche de su perseguidor en un buen rato. La luz bajó en cuestión de minutos de forma vertiginosa y Julián propuso a su compañera encender, al menos, las luces cortas.

—Cinco minutos más —dijo ella—. Avancemos despacio cinco minutos más sin encenderlas. No quiero que nadie nos descubra.

Julián miró fugazmente por la ventanilla, desconcertado por la actitud de Anna, y solo pudo ver su propio reflejo morosamente iluminado por las luces del cuadro de instrumentos. Comenzaba a sentirse un poco harto de aquella situación. Cualquier aventura, en su justa medida, resultaba, cuando menos, excitante. Pero se encontraban en medio de un macizo boscoso, avanzando ya casi completamente a oscuras por un camino impracticable, con un coche alquilado que no debía tener menos de diez o doce años y aspecto de no haber pasado la ITV. Y para colmo de males empezó a sospechar que la aguja de la gasolina estaba rota y no sabía con seguridad cuánto combustible les quedaba para llegar a su destino, si es que había algún destino al que llegar.

—Sal del camino, Julián —pidió Anna en un determinado momento.

Julián lanzó una mirada a su alrededor, bajó la ventanilla. Haciendo un esfuerzo le pareció reconocer tras unos árboles un pequeño calvero al que podía acceder con cierta facilidad.

—Vamos, bajemos del coche. Me ha parecido ver luces a través de los árboles y parecen estar muy cerca de aquí —anunció ella.

La gruesa lluvia se había convertido en una fina cortina de agua, y los dos compañeros, una vez pertrechados convenientemente con un par de chubasqueros, decidieron avanzar entre las sombras hasta el lugar desde el que procedían las luces.

Anna no se había equivocado. A unos escasos diez o doce metros pudieron ver una casa baja, de piedra gris, sin ningún tipo de decoración en su sólida y austera fachada. Detrás, con su figura recortada en el oscuro cielo, se podía adivinar un pequeño hórreo elevándose sobre un minúsculo corral con su cercado semiderruido, construido en tiempos remotos con el mismo tipo de piedra que se había usado para la casa.

Junto a una puerta, que parecía ser la única del caserón, estaba aparcado el Simca.

—¿Qué piensas que puede estar pasando ahí dentro, Anna? —preguntó Julián en voz baja, admitiendo de alguna forma las excelentes dotes intuitivas de la sorprendente pelirroja.

—Repasemos los hechos: primero la mujer de José Vera nos miente diciendo que su marido está trabajando en el mar, quizás para evitar que nos enteremos de que en realidad es un alcohólico.

—Bueno, bueno, Anna, apliquemos la presunción de inocencia y digamos que le gusta el Ribeiro —dijo Julián intentando quitar hierro al asunto.

—Sin embargo —continuó ella obviando el comentario—, cuando le hablamos del libro da muestras de que efectivamente lo conoce y nos emplaza para dos días después. Acto seguido manda al niño a por su padre y este coge el coche y se hace veinticinco kilómetros en medio de la tormenta para venir a este lugar perdido en los mapas. No sé a ti, Julián, pero a mí me resulta el asunto más que sospechoso.

—Ok, Anna, imaginemos que ha venido hasta aquí a por el libro. Eso es bueno, pero ¿por qué no nos vamos ya, que estamos calados hasta los huesos? Les volvemos a visitar en dos días como nos han pedido para que nos lo entreguen sin más historias.

—Pues porque hay algo que no me encaja, Julián.

—¿Y qué es eso que no te encaja?

—Es muy simple: si ellos son los auténticos depositarios de una edición tan valiosa del *Almagesto*, conociendo cómo viven, me extraña que no lo hayan intentado vender al mejor postor hace tiempo. Ese libro debe costar una verdadera fortuna.

* * *

La lluvia comenzaba a intensificarse de nuevo cuando Anna y Julián avanzaron sigilosamente hacia una ventana desde la que se proyectaba hacia el exterior la única luz encendida en el interior de la casa.

Dentro, dos hombres de muy distintas edades, discutían acaloradamente manoteando agresivamente en el aire. Anna se percató de que uno de los postigos se encontraba entornado y se lo hizo ver a Julián con una seña. Se acercaron, y se dispusieron a escuchar el sentido de la refriega verbal.

—No sé por qué insistes —dijo el hombre que parecía más anciano apoyado sobre un nudoso bastón de madera—. Sabes que no te voy a dar ese libro porque, entre otras cosas, no es mío.

—Mira, viejo estúpido, estoy hasta los cojones de tener que escuchar siempre lo mismo —dijo el que muy posiblemente era José Vera con manifiestos síntomas en su voz de haber estado bebiendo.

—Pues lo vas a escuchar una y mil veces. ¡Holgazán, mamarracho! —se encendió el viejo levantando el bastón en el aire—. Ni tú llevas sangre de los Méndez de Naharro, ni eres digno hijo de mi hermana.

—Escúchame, tío Berto, te lo he pedido cientos de veces y nunca me has hecho ni puto caso, ¡joder! A ver para qué carallo quieres ese libro, ¿pa tenerlo aquí que se lo coman las ratas? ¡Mira, te lo compro! ¿Cuánto quieres por él?

—¿Qué?! ¿¿He escuchado bien?! Pero si tú quieres el libro para venderlo cómo cojones me lo vas a comprar. ¿O es que te ha tocado la lotería? Mira, Pepe, vete de aquí que estás borracho y vamos a acabar mal.

—Sí que vamos a acabar mal —aseguró José Vera mientras se acercaba disimuladamente al leñero para hacerse con un grueso tronco—. Te aseguro que hoy me llevo el libro, por las buenas o por las malas.

—¿Sí? ¿Y qué vas a hacer, golpearme con ese tronco?

—Si es necesario te reviento la cabeza, que lo sepas.

—Tú eres un mierda y un cobarde y no tienes cojones ni para mantener a tu familia, así que lo

de reventar la cabeza a nadie me parece que te queda un poco grande.

—Ya me has cabreado, puto cabrón. Tacaño, engreído, que te crees superior por la mierda de la hermandad esa de los pintagorras a la que dices que perteneces. ¿A ver, dónde están ahora esos payasos? Mírate, si te quedan cuatro días de vida y no tienes ni donde caerte muerto... ¡Dame el libro ya!

—¡Vete de aquí! —gritó con todas sus fuerzas el anciano, levantando su bastón de forma amenazadora.

—¡No! Y mil veces ¡no!!

El anciano no pudo resistirse y golpeó con el báculo la cabeza de su sobrino, demostrando una fuerza muy superior a la que se podía esperar para su edad. Pero José Vera, al sentirse atacado devolvió otro fuerte golpe, quizás de forma instintiva, que fue a impactar en la nuca del viejo tumbándolo de bruces.

En ese momento Julián reaccionó. No podía permitir que se cometiera un homicidio en sus propias narices y corrió hasta la puerta, que no tardó en derribar de un fuerte patadón.

El desgastado suelo de madera comenzaba a teñirse con la sangre del viejo cuando Anna llegó a su altura para intentar socorrerlo.

—¡Eh! ¡¿Quiénes son ustedes?! —gritó José Vera tembloroso aún por la excitación del enfrentamiento.

—¡Dame ese palo, hijoputa! —se abalanzó Julián sobre él haciéndole impactar estrepitosamente contra una mesa que se desmoronó bajo el peso de los dos hombres.

Julián, caído sobre el cuerpo inmóvil del presunto Francisco José Vera Méndez de Naharro, tuvo que apartar su cara ante la repulsión que el fuerte olor a alcohol barato le ocasionaba.

El hombre había perdido el sentido en el encontronazo, sin embargo el estado del viejo parecía revestir mucha mayor gravedad.

—Julián, rápido, tráeme algo que pueda usar para taponar la herida —pidió Anna preocupada por el constante manar de la sangre de la cabeza del anciano.

Julián decidió entrar en lo que le pareció que sería la cocina pensando que allí debía haber algo que les sirviese de ayuda. Pero justo en el momento que palpaba la pared buscando el interruptor de la luz, escuchó un fuerte ruido en la sala de la entrada seguido de un grito de Anna.

Cuando volvió al lugar de los hechos, Julián se encontró a su compañera pegada a la pared, espantada, mirando el cuerpo de José Vera tumbado boca arriba con un puñal clavado en el pecho. El anciano, arrodillado junto al cadáver, jadeaba fuertemente mirando a la cara de su víctima.

Julián corrió junto a Anna y la abrazó con fuerza, sin quitarle la vista de encima al anciano. Mientras, éste extraía del cuerpo yerto el puñal que le había quitado la vida, y que le hizo recordar a Julián el que habían usado sus asaltantes en el callejón de los Hechiceros.

—¿Estás bien? —preguntó a Anna. Ella movió su cabeza afirmativamente—. ¿Qué ha ocurrido? —insistió Julián, pero no se produjo respuesta alguna.

Al cabo de unos minutos en los que el silencio pesó tanto como la piedra que se había usado para levantar la casa, el anciano se llevó la mano a la nuca y comprobó que la brecha había dejado de sangrar. Luego se giró hacia la pareja.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó con ojos enrojecidos por la rabia.

Julián dudó antes de contestar. Luego miró a Anna y creyó recuperar en cierta medida las fuerzas tras la terrible escena.

—¿Y bien? —insistió el anciano aún de rodillas junto al cadáver.

—Somos los enviados, venimos a por el libro —anunció Julián sin titubeos intentando impregnar a sus palabras de un marcado tono de solemnidad.

El viejo no pudo reprimir una exclamación de asombro seguido de un gesto, quizás de satisfacción, que casi instantáneamente dio paso a uno de duda.

—¿Conocen las palabras?

Julián no se hizo esperar, y después de besar ligeramente en la frente a Anna, como para decirle que ahora todo estaba bien, pronunció las dos palabras latinas que el joven Gonzalo Martínez de Saq había determinado, cinco siglos atrás, como clave para acceder al enigmático volumen Ptolemáico.

—*Syntaxis mathematica*.

Capítulo 18

—¿Pesa mucho el libro, Gonzalo? —preguntó Mateo Martínez de Saq a su nieto mientras ascendían por la empinada cuesta de Gomérez una fresca mañana de Viernes Santo.

—Pues, abuelo, no sé por qué has elegido este libro precisamente. Otro un poco más ligero también podía haber servido, ¿no?

El abuelo sonrió y se adelantó con la intención de ayudar a su nieto con el grueso tratado de música, pero este, en un impulso reflejo, se giró evasivamente para evitar que fuese Mateo el que sufriera la pesada carga.

Mateo sonrió.

—Has de saber, mozalbete, que este es un libro muy importante —le advirtió el abuelo con solemnidad al muchacho—, y no por su peso precisamente. Ya verás qué ilusión le hace a mi amigo Isaac...

—¿Isaac? ¿Tu amigo se llama Isaac? —preguntó Gonzalo confundido.

—Sé lo que estás pensando —dijo Mateo tras unos segundos—, y sí, mi amigo Isaac pertenece a una familia de judíos conversos. Su nombre cristiano es Pedro, pero yo prefiero llamarle Isaac en privado porque pienso que a nadie se le puede imponer ni el credo ni el vasallaje. ¿Lo comprendes, hijo?

—No es eso lo que piensa mi padre. Ya lo sabes, abuelo.

—Sí, Gonzalo, lo sé. Como sé que fracasé en su educación. Pero contigo no voy a cometer los mismos errores. Voy a dedicar lo que me queda de vida a traspasarte una buena parte de los conocimientos que he ido adquiriendo a lo largo de ella.

El joven miró a su abuelo y no supo si agradecerle sus intenciones para con él o echarse a temblar por el esfuerzo que le iba a suponer la ardua tarea que se le venía encima.

—¡Judíos conversos! —exclamó Gonzalo a media voz al cabo de unos minutos de reflexión—. Pero abuelo —volvió el chico a insistir confuso—, tus amigos, al haberse convertido, ¿son cristianos de verdad o *marranos*?

Mateo detuvo su paso un momento y se volvió hacia su nieto.

—Y eso qué más da, Gonzalo —lo recriminó—. No me gusta que uses ese término acuñado para ofender a los Judíos. La familia de mi amigo Isaac ha sufrido mucho por querer vivir en la observancia de las costumbres de sus antepasados, aún sabiendo que una religión dogmática como la judía, la musulmana, y por supuesto la católica, no supone mucho más que un simple

folclorismo. Mi buen amigo Isaac solo cree, como yo, en la Realidad Científica. Durante toda su vida se ha dedicado a buscar en la música el camino de la perfección en el que todos los pitagóricos estamos inmersos.

—¿En la música? Pero... ¿por qué en la música? —interrumpió Gonzalo cada vez más interesado en las palabras del viejo criptógrafo.

—Sí, hijo —admitió Mateo reanudando la marcha—. Debes saber que la música es otra disciplina de las Matemáticas Teóricas, por tanto un cimiento imprescindible del Orden Universal. Es más, se podría decir que es la expresión más elevada de nuestra fe racionalista. Y, por qué no decirlo —guiñó Mateo a su nieto—, quizá la más hermosa. Fuimos nosotros, los pitagóricos, los que unimos las Cuatro Vías para estudiarlas juntas: aritmética, geometría, música y astronomía.

—¿Es verdad: *el Quadrivium!* —Gonzalo dibujó en su rostro la sonrisa alegre del alumno que se sabe la lección.

—Eso mismo, el Quadrivium significa las cuatro vías. Gonzalo, ya veo que te esfuerzas para asimilar mis enseñanzas y debes seguir haciéndolo para apartarte de la mediocridad que define al hombre de nuestro tiempo.

Al alcanzar las últimas construcciones de la cuesta que conducía al palacio de la Alhambra, Mateo se detuvo ante una joven morena, entretenida en afinar un artístico laúd a la puerta de una casa.

—Buenos días, muchacha —dijo Mateo—. Supongo que serás pariente de mi buen amigo Isaac.

La chica levantó la mirada sorprendida al escuchar el nombre hebreo de su abuelo. Al descubrir ante ella a un visitante tan ricamente ataviado, se incorporó, dejó el instrumento sobre la silla, y tomando los laterales de su vestido saludó cortésmente a los recién llegados.

—Noble caballero, debo advertiros que mi abuelo y mi padre se llaman Pedro, aunque en otro tiempo usasen el nombre que vuesa merced ha pronunciado.

Gonzalo miró embelesado a la joven y no tardó en pedir a su abuelo en un susurro que le preguntase el nombre a la bella tañedora de laúd.

—Mi gracia es Rebeca —contestó la chica bajando la mirada mientras una sutil veladura de rosa tintaba su blanca tez—, Rebeca de Rivera, para servirles.

Mateo, satisfecho con la exquisita educación demostrada por la joven, volvió a interrogarla para conocer si su abuelo se encontraba en casa. Tras la confirmación de la chica, le pidió que tuviese la amabilidad de anunciar a Isaac la visita de su viejo amigo Mateo Martínez de Saq.

Rebeca invitó a los dos caminantes a que pasasen dentro del amplio y fresco zaguán de la casa mientras avisaba a su abuelo.

Gonzalo no pudo despegar su mirada de la ligera figura de la muchacha en ningún momento. Y descubrió con alborozo como esta, antes de desaparecer por la umbría galería porticada del fondo, se giró hacia él y le regaló el dibujo en su rostro de algo que le pareció la más bella de las sonrisas.

Mateo, agotado por el trasiego de la empinada cuesta, tomó asiento en un duro banco de obra ricamente revestido de brillante azulejo e indicó a su nieto que había llegado el momento de descargarse del pesado tratado.

Apenas habían pasado un par de minutos cuando apareció de improviso, por una de las puertas laterales que desembocaban en la sala, un hombre que no debía tener muchos años más que el

propio Mateo. Iba ataviado como si se le hubiese interrumpido en medio de su trabajo; lucía sobre una amplia camisa blanca, remangada hasta los codos, un grueso delantal de artesano que le llegaba hasta las rodillas. Gonzalo creyó advertir que estaba recubierto por una finísima capa de un polvo amarillento, muy parecido al serrín.

—¡¡Mateo, qué alegría!! —exclamó el hombre abriendo los brazos al reconocer a su amigo de la infancia, antes de fundirse en un sincero abrazo—. ¡Dichosos sean los ojos que te ven! Pero, pasad, pasad dentro por favor.

Isaac invitó a Mateo y a Gonzalo a tomar unas frutas frescas en el comedor principal de la casa. Rebeca les atendió diligente sin poder evitar que su mirada se cruzase con la del joven invitado. Entonces su abuelo le pidió que trajese una jarra de la mistela fresca que él mismo preparaba.

Mateo habló a Isaac del tiempo pasado en la Corte, de sus múltiples viajes por todo el imperio para crear una red de gabinetes de criptógrafos militares, de su cercanía con el Soberano, de algún que otro secreto de estado de índole menor... Incluso se atrevió a poner en tela de juicio algunas de las maledicencias que se habían puesto en circulación a propósito del asunto del secretario real Antonio Pérez y la Princesa de Éboli.

—Pues yo, ya ves —dijo al fin Isaac abrumado por la dilatada trayectoria vital de su buen amigo Mateo—, sigo adelante con mi taller de instrumentos, ayudado por mi nuera Edith y mi nieta Rebeca, que me tienen en un pedestal, mientras mi hijo intenta ganarse el favor de la nobleza sevillana para promocionar allí sus composiciones corales.

—¡Ah, magnífico! —exclamó Mateo emocionado—. Entonces, ¿tu hijo se hizo finalmente compositor?

—Sí, estuvo dos años en Venecia estudiando armonía y composición con Giuseppe Zarlino, y la verdad sea dicha, ha sabido sacarle bastante provecho a sus enseñanzas.

—Pues estarás muy orgulloso de él —puntualizó Mateo en el momento en que la joven Rebeca volvía a entrar en la estancia con una gran jarra que contenía el demandado elixir de frutas.

—Mucho, Mateo —contestó Isaac—. Por suerte, mi hijo ha seguido con la tradición de la familia y Rebeca ha heredado la voz prodigiosa de su abuela. Un día os invitaré para que la oigáis cantar.

—Me alegra escuchar eso. Yo, aunque mi hijo es un hombre de bien, no he conseguido que se interese por nada que no sean sus negocios. Aunque estoy feliz porque tengo a mi nieto Gonzalo que, como todo buen amante de los libros, posee una inteligencia preclara que le abrirá todas las puertas que se proponga.

Rebeca miró de soslayo a Gonzalo mientras le servía un poco del dulce néctar de uvas.

Esta vez le tocó el turno de bajar la cabeza al muchacho, y no pudo ver cómo la hermosa judía de ojos verdes intentaba reprimir una breve y delatora risa nerviosa que hizo que sus ojos brillasen como esmeraldas.

Mateo e Isaac, imbuidos por la creciente alegría del reencuentro, y como siguiendo un pacto preestablecido, se levantaron de sus asientos y, después de volver a abrazarse, brindaron sonoramente por los viejos tiempos y por el futuro de sus familias y de, por supuesto, La Hermandad.

—Gonzalo, por favor —llamó Mateo la atención de su nieto después de un buen rato de charla distendida—, acércame el tratado.

El muchacho no tardó en ir a por el libro y dejarlo sobre la mesa ante la mirada expectante de Isaac.

—Amigo Isaac, debes guardar este volumen entre tus cosas —le advirtió Mateo—. Puede que pase mucho tiempo antes de que un miembro de la hermandad venga a reclamártelo. Pronunciará una palabra secreta que solo conocerás tú y la persona de tu familia que designes como tu sucesor en su custodia.

—Muy bien, Mateo. No entiendo mucho a qué se debe tu petición pero basta con que me la hagas para que sea fielmente cumplida por mí y por mi familia —dijo Isaac con sus dedos acariciando la portada del libro que contenía la celebrada *Messe de Notre Dame* de Guillaume de Machaut—. No te preocupes, se hará como me pides. ¿Qué palabra es la que tiene que decir el enviado?

Mateo miró a su nieto que continuaba completamente embelesado con la nieta de Isaac.

—¡Gonzalo! —llamó el abuelo la atención del joven—, creo que te vuelve a tocar a ti elegir la palabra clave.

El trémulo Gonzalo dudó un momento.

—¿Tiene que ser una palabra que tenga que ver con el libro o sirve también un nombre propio, abuelo? —preguntó el chico saliendo de su embeleso.

Los dos viejos amigos se miraron y rieron de buena gana al imaginar lo que estaba pasando por la cabeza del muchacho.

Rebeca, que en ese momento les volvía a servir una nueva ración de mistela, supo que era el momento de dejarlos solos.

—Vamos, dinos una palabra, la que quieras —instó Mateo a Gonzalo nuevamente.

—Entonces... —balbuceó Gonzalo con un brillo muy especial en la mirada— que la palabra que me pedís sea «Rebeca».

* * *

De camino de vuelta a Cedeira, a Julián Pérez Fox y a su compañera Anna Elisabeth O'Sullivan, aún les esperaba una nueva sorpresa no menos trágica que la muerte de Francisco José Vera a manos de su tío abuelo Alberto Méndez de Naharro.

—¿Qué ocurre, Julián? —preguntó Anna cuando alcanzaban la localidad de Pardiñeira.

—No sé, hay mucho revuelo de coches y de sirenas.

Una patrulla de la Guardia Civil les hizo señales para que rebajasen su velocidad. Julián decidió detenerse y preguntar al agente.

—Está ardiendo una casa al borde de la carretera. Sigán adelante con precaución —les advirtió.

El terrible palpito unánime que sobrevino a la pareja en ese instante se hizo realidad cuando pudieron contemplar cómo la casa de los Vera ardía por los cuatro costados pese a la enérgica intervención de los bomberos. Al otro lado de la carretera, los servicios de socorro intentaban reanimar a una de las víctimas del incendio.

—¡Detente, Julián! —exclamó Anna creyendo descubrir entre los flashes intermitentes de las sirenas al niño del impermeable rojo.

Pero Julián, precavido en extremo, hizo caso omiso al experimentar una fuerte sensación de

peligro. En ese instante, aprovechando las indicaciones de los agentes de tráfico, aceleró el vehículo para permitir que una ambulancia con todas sus luces de emergencia encendidas saliese a toda velocidad de allí.

—Pero... Julián ¿por qué no te detienes? —protestó Anna—. Necesito saber qué le ha pasado a esa familia. Acaba de morir el padre, no sabemos qué va a pasar con el anciano. Ni siquiera sabemos si le ha pasado algo al niño o a la madre... Debemos hacer algo por ellos.

—Lo siento Anna, pero esto no me gusta. No pienso hacer nada sin antes descifrar las nuevas claves y contar a Luis lo que está pasando.

Julián Pérez Fox detuvo el coche en un lugar apartado nada más alcanzar el primer núcleo urbano. Anna tomó su ordenador portátil de la bolsa de viaje y accedió a Internet. Después de un buen rato en el que el programa trabajó intensamente sobre las pistas aportadas, consiguió resolver el nuevo texto cifrado.

* * *

—¿Ahí Fénix? —preguntó Julián al escuchar cómo alguien descolgaba el teléfono al otro lado.

—Sí, ¿Zorro?

—¿Es una línea segura?

—Sí, segura. ¿Va todo bien? —preguntó Luis Martínez de Saq.

—No, no está bien, ha habido una muerte, puede que más en un incendio —se limitó a contestar.

—¿Una muerte? —repitió Luis como si no hubiese entendido bien lo que su interlocutor acababa de comunicarle.

—Es largo de contar y no creo que dispongamos de mucho tiempo. Estamos en una cabina al borde de la carretera.

—¿Vosotros estáis bien?

—Sí.

—¿Tenéis el libro en vuestro poder?

—No, nos hemos limitado a extraer las claves de sus pastas y hemos dejado el libro donde estaba.

—Bien hecho. ¿Las habéis conseguido descifrar?

—Sí, no ha habido problema alguno.

—¿Y bien?

—De Rivera. *Messe de Notre Dame*. Rebeca.

—¿De Rivera? ¿Has dicho De Rivera? —exclamó Luis sobresaltado.

—Sí, ¿qué ocurre?

En ese momento el viejo librero guardó silencio durante unos segundos para digerir la sensación que le había producido escuchar aquel apellido después de tanto tiempo.

—Debía haberlo sospechado —dijo al fin.

—¿Qué ocurre... Fénix?

—¿Dónde estáis en este momento?

—En un lugar entre As Pontigas y Cedeira.

—Pues no volváis a Cedeira, puede ser peligroso.

—Entiendo... —admitió Julián—. ¿La Hermandad?

—Sí, ese incendio es el sello de los secuaces de la Hermandad. Escúchame bien, debéis partir inmediatamente para la frontera.

—¿Para la frontera con Portugal?

—No, hacia Francia. Cuando estéis en Hendaya os daré un nombre y una dirección, ¿entendido?

—Entendido; pero hemos alquilado un coche en Cedeira y debemos devolverlo antes.

—No, insisto, no volváis a Cedeira. Os pueden estar esperando. Usad el coche para ir hasta la frontera.

—Dudo mucho que logremos llegar en este cacharro hasta allí.

—Bien, entiendo. Déjame un momento que piense. ¿Podréis llegar a Gijón?

—No sé, supongo que sí.

—Perfecto. Cuando estéis allí poneos en contacto, conseguiré un coche potente para vosotros y os daré más detalles.

—Muy bien, Fénix. Salimos en este momento hacia el lugar indicado.

Capítulo 19

—¿Pero así, sin más? —protestó Anna en cuanto Julián le comunicó los nuevos planes.

—Luis está seguro de que detrás de los incendios están los sicarios de la hermandad, por lo que me ha advertido que debemos alejarnos de ellos lo más rápido posible.

—Pero Julián, ¿por qué precisamente a Gijón?

—Porque está camino de la frontera francesa...

—¿Francia? ¿Qué tiene que ver Francia en todo esto?

—No lo sé, Anna. En Gijón compraremos algo de ropa y cambiaremos de coche para seguir viaje hasta Hendaya.

Anna volvió su rostro hacia la profunda oscuridad que envolvía al vehículo y dejó que su pensamiento se relajase hasta prácticamente quedar tan apagado como el exterior.

Continuaron avanzando un buen trecho persiguiendo la macilenta luz de los faros del utilitario, sin apenas poder distinguir nada más que algunas luces titilantes de fantasmagóricas naves industriales en medio de la nada.

—¿A cuánto está Gijón de aquí? —preguntó Anna al cabo de bastantes minutos de silencio.

—A unos doscientos cincuenta kilómetros. Con este tiempo creo que en tres horas o tres horas y media podremos estar allí.

Julián, por su parte, aferrado al desgastado aro del volante, fue consciente de que nunca en su vida había experimentado algo como aquello: persecuciones campo a través en plena oscuridad, muertes violentas a cuchilladas perpetradas en sus propias narices, incendios provocados, muy probablemente con víctimas inocentes. Sintió un escalofrío, un largo y profundo escalofrío que hizo que sus piernas temblasen sobre los pedales.

Todo parecía formar parte de otra vida que no era la suya: la vida de un humilde profesor de matemáticas de instituto. Ni tan siquiera de la del ambicioso J. P. Fox, en su megalómana aventura americana.

Pasaron los minutos, cayeron los dígitos en la ruleta del cuenta kilómetros y, una tras otra, con asfixiante ritmo imperturbable, las brillantes líneas que dividían a la carretera en dos mitades exactas y negras.

Llegó un momento en el que Julián, conduciendo en condiciones completamente adversas, sintió que el tiempo al volante amenazaba con eternizarse. Se sobresaltó cuando descubrió que sus párpados comenzaron a no atender a su exigencia de permanecer abiertos.

A Anna la había vencido el cansancio minutos antes y dormitaba inquieta en su estrecho asiento.

Seguir adelante iba resultar muy arriesgado, pensó Julián. Decidió parar a la altura de Villalba, buscar un lugar discreto para comer algo y descansar un poco. Por suerte, cerca del kilómetro 619, en el margen derecho de la carretera, descubrió un hostel que le pareció apropiado y no se lo pensó dos veces.

Tomaron la única habitación libre y la pagaron en metálico y por adelantado, sin escatimar una suculenta propina al portero de noche para que se olvidase de inscribirlos en el registro, insinuando un *affaire* amoroso extraconyugal.

Cenaron un par de sándwiches calientes en la cafetería, desierta a esas horas, y sin fuerzas ni para ducharse se dejaron caer en las duras camas de la habitación.

Por suerte, ni el maremoto de acontecimientos sufridos durante el día, ni siquiera el saberse perseguidos por los peligrosos miembros de la hermandad, les impidió dormir profundamente aquella noche.

* * *

—No, no tenemos fotos de ellos. Se trata de una pareja: él es alto, uno ochenta y cinco al menos. Ella pelirroja con acento extranjero. ¿Los ha visto? —preguntó el policía al recepcionista del hostel.

—Pero, ¿qué han hecho?, ¿algo grave?, ¿son terroristas? —contestó este palpándose en el bolsillo los trescientos euros que había aceptado por mantener la boca cerrada. Se preguntó si hubiese conseguido sacarles algo más de dinero a los dos fugitivos.

—Eso no debe importarle, amigo —contestó el policía que llevaba la voz cantante—. Solo debe decirnos si los ha visto por aquí o no.

Julián, nada más alcanzar el final del pasillo que desembocaba en la recepción, intuyó que algo no iba bien. Detuvo a Anna del brazo pidiéndole silencio con un gesto de su índice.

—Pues no, no los he visto —alcanzó a escuchar—. Aquí solo vienen camioneros a descansar de su ruta, no vienen pelirrojas con acentos extraños. ¿Qué se creen, que esto es un hostel de «parejitas» de esos de bombillas de colorines?

El policía, suspicaz, miró al chico y supo que no iba a sacar nada más de él.

«Vamos», dijo a su compañero. Y sin mediar palabra salieron en dirección a los aparcamientos.

—¿Qué ocurre, Julián? —preguntó Anna preocupada.

—Una pareja de policías pregunta por nosotros.

—¿Policías? —exclamó a la vez que se le aceleraba el corazón—. Pero si nosotros no hemos hecho nada, ¿por qué nos busca la policía?

—Lo primero que se me ocurre es que somos testigos de un homicidio —advirtió Julián—. Aunque sinceramente —recapacitó sobre la marcha—, no creo que esos tipos sean auténticos policías.

—¿Los sicarios de la hermandad? —preguntó ella después de un breve silencio.

—Es muy posible.

Julián tomó de la mano a Anna y buscó la salida de emergencia. Después de comprobar que no había rastro por los alrededores de ningún vehículo patrulla, se dirigieron directamente al mínimo

Fiat Uno y sin mirar atrás se dispusieron a continuar su viaje a Gijón.

* * *

Julián comprobó que aquella era la dirección del concesionario donde Luis les había reservado un nuevo vehículo.

Hacía apenas dos horas que habían llegado a la capital de la Costa Verde. Mientras Anna compraba algo de ropa para los dos y artículos de aseo, Julián recibía atento las nuevas instrucciones de Luis.

—Debéis entrar en contacto con Margarita de Rivera.

—¿Margarita de Rivera? ¿La famosa cantante de ópera? —preguntó Julián sorprendido.

—Sí Julián, la misma. Debí imaginármelo hace tiempo —reconoció el librero—. Su familia es una de las más antiguas y ricas de Granada. Aparte de sus múltiples negocios, siempre han estado vinculados a la música de una u otra forma.

—Conozco el dato, Luis. Creo que incluso tuvo un antepasado *luthier* que construyó violines casi tan perfectos como los del propio Antonio Stradivarius. Se cuenta que ese fue el detonante de la fortuna familiar.

—Exacto, Julián, es un dato que te puedo corroborar. Pero quien nos interesa ahora es Margarita. Ella está retirada en una mansión de la Costa Azul, con su doncella, sus gatos, su piano y su antiquísima biblioteca. Pero hay un problema que debéis resolver: no atiende absolutamente a nadie.

—Pues... ese puede ser un «gran» problema —admitió Julián.

—Yo conocí a Margarita en su juventud —afirmó Luis sin dar muestras de haber escuchado el comentario de su interlocutor—. Hace muchos años fue una mujer alegre, extrovertida, de una belleza que podía hacer enloquecer a cualquier hombre, pero el tiempo lo cambió todo.

—¡Vaya!, ya veo que la conociste bien —interrumpió Julián.

—Sí, hubo un tiempo en que fuimos muy buenos amigos, pero eso ya pasó. Debéis contactar con ella y conseguir a toda costa la *Messe de Notre Dame*. Y tiene que ser cuanto antes. Tengo que confesarte, amigo Julián, que temo por la vida de Margarita de Rivera.

Julián, en ese instante oscureció la entonación de su voz.

—Pero, Luis... ¿crees que serían capaces...?

—No es que lo crea, estoy completamente seguro de que esos tipos van a por todas. Recuerda lo que te ocurrió. Tuviste mucha suerte de salir con vida de aquel callejón oscuro.

—Y que lo digas —admitió Julián llevándose la mano al cuello.

* * *

—Firme aquí, caballero —pidió el encargado del concesionario de vehículos a Julián señalándole un espacio concreto al pie de un documento.

Después de rubricar con una firma ilegible, un empleado acompañó a la pareja entre un buen número de coches de lujo, hasta detenerse junto a un Mercedes deportivo biplaza.

—Bien señores, este es el suyo —dijo el empleado entregándole las llaves a Julián.

—¿Este? —preguntó Anna extrañada.

—Sí señora, es el que nos han encargado para ustedes: un deportivo rojo biplaza,

preferentemente Audi o Mercedes. Aquí lo tienen, el nuevo Mercedes SLS «alas de gaviota», motor de gasolina de ocho cilindros, 571 caballos... un milagro de la ingeniería alemana. En la guantera tienen la documentación a nombre de su empresa.

—¿Nuestra empresa? —preguntó Julián vagamente sin poder apartar la vista de los detalles del portentoso deportivo.

—Sí —confirmó el empleado mirando uno de los documentos que tenía en la mano— *Lasermaster Corporation*. Es el nombre de su empresa ¿no?

—Sí, sí —se apresuró Julián a confirmar—. Una de ellas.

* * *

Julián volvió a revivir la experiencia de conducir un coche mítico. Durante los primeros kilómetros de su camino hacia la frontera francesa le habló a Anna, sin poder ocultar su pasión, de su añorado Jaguar XK de 385 caballos.

—Sí Julián —dijo ella indiferente a las explicaciones de su compañero—, pero lo que no entiendo es por qué si debemos ser discretos, nos ha proporcionado Luis un coche así.

—Pues creo que por eso precisamente —advirtió Julián feliz, haciendo rugir el poderoso motor—. En el lugar al que nos dirigimos no hay nada más sospechoso que un utilitario cochambroso circulando por la calle.

—Pero, ¿no vamos a Hendaya? —preguntó Anna extrañada.

—No, vamos un poco más al este, a Niza.

—¿A Niza? —inquirió sin terminar de salir de su asombro.

—Sí, perdona que no te lo haya dicho antes. Nuestro contacto vive en la Costa Azul, en un lugar entre Niza y Mónaco: Saint Jean du Cap Ferrat.

—¿Sabes dónde nos alojaremos esta vez? —volvió a preguntar Anna cada vez más confundida.

—Pues parece ser que en el mejor hotel de la ciudad, en el Negresco —anunció Julián sin ocultar su satisfacción.

—No lo entiendo. ¿Por qué este repentino cambio de estrategia?

—No, Anna, yo no lo considero un cambio de estrategia. Creo precisamente que esta es la estrategia adecuada para el lugar al que nos dirigimos.

—Sigo sin entenderlo —aseguró Anna—. Vamos a parecer un par de extravagantes adinerados.

—Puede que tengas razón —admitió Julián acariciando el suave volante de cuero—, pero es tan fácil dejarse atrapar por el lujo.

* * *

Anna y Julián se quedaron unos minutos en silencio nada más bajar del deportivo en las puertas del Hotel Negresco intentando ocultar la admiración que les provocaba la elegante arquitectura del edificio.

La bandera de la República Francesa ondeaba suavemente en su cúpula acariciada por la gratificante brisa del Mediterráneo. Algunas parejas caminaban por la playa deteniéndose cada poco tiempo para hacer comentarios entre ellos. Quizás para alabar la buena temperatura de aquel

día, puede que para hacer planes para la que se anticipaba como una agradable noche de sábado.

Julián dejó las llaves del Mercedes al encargado de llevarlo al garaje. Se dijo que hubiese preferido haber llegado a aquel lugar ligero de equipaje emocional, sin unas circunstancias que le cargasen con pesos añadidos. Pero su realidad era bien distinta, no debía olvidarlo. Volvió su mirada hacia la recepción de hotel antes de dar el primer paso hacia la nueva etapa de una aventura que comenzaba a alcanzar dimensiones casi épicas.

Una vez dentro, un artístico reloj de pared anunciaba con sus campanadas la llegada del mediodía.

Capítulo 20

Ambos sabían que no iba a resultar fácil encontrar el domicilio de Margarita de Rivera entre las ostentosas mansiones diseminadas en los bosques de la península de Saint Jean du Cap Ferrat, en el departamento de los Alpes Marítimos.

Luis ya les había prevenido que, dada la selecta zona en la que se hallaba, la vigilancia era constante durante las veinticuatro horas del día.

Por suerte, Anna, usando sus demostradas dotes persuasivas, abordó al empleado de una empresa de jardinería que pugnaba por hacer un hueco a un cortacésped entre los bártulos que transportaba en su furgoneta. Haciéndose pasar por una rica americana buscando casa por la zona, logró enterarse de que la famosa cantante había fijado su domicilio en Villa Ephrussi de Rothschild hacía más de diez años.

A Anna le bastó elevar su vista hacia donde el jardinero le señaló para localizar el espectacular palacete encaramado en uno de los enclaves más privilegiados del ya de por sí privilegiado entorno. En ese momento las escasas pretensiones que albergaban de acceder a él de forma directa terminaron por desmoronarse.

—¿Cómo haremos para entrar ahí? —preguntó Anna a su compañero mientras observaban desde el interior del coche la sólida verja que impedía el paso a la mansión.

—Pues... necesitamos un buen plan. Aquí no podemos hacernos pasar por comerciantes de libros ni por notarios —advirtió Julián mientras un vehículo de vigilancia se detenía tras ellos—. Volvamos a la ciudad. Creo que en vista de lo que tenemos por delante lo mejor es que nos tomemos un tiempo para madurar bien el siguiente paso.

Los ocho cilindros del deportivo se pusieron en funcionamiento antes de que el guardia de seguridad bajase de su todoterreno. A velocidad reducida fue dejando atrás las estrechas calles del paradisíaco y bien protegido enclave residencial.

* * *

—¿Y si hablamos de esto con Luis? —propuso Anna recordando lo que le había contado Julián—. Según me dijiste, si él conoció a Margarita en su juventud, posiblemente pueda echarnos una mano.

—No creo que quiera intervenir —contestó Julián—. Cuando hablamos de ella noté algo

extraño en su voz, quizás demasiada emoción contenida. Ya me advirtió que acceder a ella nos iba a costar mucho. Seguro que quiere mantenerse al margen por alguna razón que desconozco.

Anna, contrariada, guardó silencio a la altura del puerto deportivo y se mantuvo así, ensimismada, hasta que alcanzaron minutos más tarde el *Monument aux Morts*.

—¡Ya sé! —exclamó al fin—. ¿Qué te parece si nos hacemos pasar por periodistas?

—Tampoco. No recibe a periodistas —negó Julián con la cabeza tras chasquear la lengua como síntoma de impotencia.

—Hace falta algo más contundente, algo a la altura de nuestras pretensiones...

Después de desechar varias ideas mientras almorzaban en *Don Camillo Creations*, decidieron tomarse la tarde y la noche libres para intentar olvidarse, durante unas horas al menos, del asunto que les había llevado allí para disfrutar, aunque fuese esa única madrugada de sábado, del atractivo ambiente de la costa francesa.

Una vez de vuelta en el hotel, hicieron el amor en el sofisticado jacuzzi decorado con escenas marítimas esmaltadas al fuego. Durmieron algo más de tres horas en su enorme y cómoda cama adoselada y después de acicalarse para la ocasión, bajaron a cenar al prestigioso restaurante del hotel.

Pronto llegó la hora de salir a disfrutar de la noche. El bullicio del hall les animó a acercarse a la recepción donde preguntaron acerca de las mejores posibilidades de divertimento.

—En *Nice* tenemos todo lo que gusten los señores —les anticipó un jovial recepcionista en un perfecto castellano—, desde bares de copas, champagnerías, discotecas, boleras, cine... hasta teatro y ópera.

—¡Ah, ópera! —exclamó Anna casi sin pensar.

—*Ouí* madame. El palacio de la Ópera de Nice es el más importante de *la Côte d'Azur*, tanto por aforo como por la calidad de su programación.

Anna miró a Julián sin poder reprimir una sonrisa en el mismo momento en que él giraba su vista hacia ella, quizás buscando la confirmación de estar experimentando un pensamiento compartido.

—Perdonen mi atrevimiento —intervino el recepcionista—, pero advierto que están ustedes interesados en la ópera.

—Sí que lo estamos —confirmó Julián con ganas de saber a dónde les podía llevar aquel descubrimiento.

—*C'est parfait*. En ese caso considero mi deber recomendarles que asistan mañana al estreno de *Lucio Silla*, a mi humilde parecer una de las mejores óperas serias de Wolfgang Amadeus Mozart.

—¡Oh, vaya! ¿Es usted aficionado al *bel canto*? —preguntó Anna intuyendo en el refinado recepcionista una posibilidad, siquiera remota, de descubrir algo más sobre la enigmática Margarita de Rivera.

—Solo soy un humilde aficionado, madame. Eso sí, suelo adquirir todos los años el abono de la temporada operística.

—¡Oh! Eso es fantástico. ¿Cuál es su nombre? —preguntó Julián para intervenir de alguna manera en la conversación.

—Carlo, mi nombre es Carlo.

—Muy bien, Carlo, estamos encantados de conocerle. Y ahora que lo pienso... no sé si usted

sabr  algo acerca de una famosa soprano española que vive retirada aquí, en Niza...

—Por supuesto, caballero —no tardó el amable Carlo en hablar—. Sin duda se refiere usted a Madame Marguerite de Riviera, una de las voces más bellas del siglo XX. Tuve el honor de escucharla en el ochenta y tres en la ópera de París interpretando el papel de Dalile, en el *Samson et Dalile* de Saint Sa ens. Verdaderamente memorable aquel *Mon c eur s'ouvre   ta voix*. Fue una lástima que decidiera retirarse tan pronto. Ahora vive recluida en Saint-Jean-Cap-Ferrat y nunca abandona su mansión.

—Sí, eso tenemos entendido. Pero tengo una duda...  en verdad no sale a la calle nunca o es solo una simple leyenda?

—Es cierto, Madame De Rivera no sale nunca.

— Ni siquiera para la temporada de ópera? —preguntó Julián temiendo la respuesta.

—Pues creo que las contadas ocasiones en que yo la he podido ver en su palco han sido cuando ha actuado su buen amigo, el incomparable Ernesto Claret. Dicen que cuando Claret est  en la ciudad pernocta en su mansión.

—Entiendo —dijo Julián sintiendo como se le escapaban sus esperanzas entre los dedos de las manos.

—Aunque, precisamente... —dudó un momento el recepcionista—. Permítame que compruebe el programa de mañana.

En ese instante Carlo tomó un pequeño tríptico de un casillero al otro lado del mostrador.

—S , lo suponía. Mañana Ernesto Claret dirige la orquesta, por lo que es muy probable que Madame Marguerite asista al Palacio de la  pera.

Julián sonrió ampliamente y apretó la mano de su compañera. Algo le decía que el destino acababa de brindarles la oportunidad que estaban buscando.

— Entradas! —exclamó Julián—. Ya s  que es mucho pedir pero necesitamos dos entradas para la ópera de mañana.  Nos las puede facilitar?

—Por supuesto, señores —anunció el sofisticado Carlo infl ndose como un pavo real mientras tecleaba en su ordenador—. Los clientes del hotel Negresco gozan de trato preferencial en los mejores espectáculos de la ciudad y alrededores.  Palco, butaca o platea?

Julián y Anna, felices por su buena suerte, apuraron la noche hasta que vieron el sol despertarse sobre el mar. Luego, abrazados como dos adolescentes, se dirigieron descalzos sobre la arena hacia el hotel, con la necesidad imperiosa de otorgarle a sus cuerpos un merecido descanso, y soñar, quizás, con un cada vez más probable viaje más allá del Atlántico.

* * *

Por suerte, la lujosa boutique del Negresco también abría en domingo, y Anna aprovechó para adquirir un espectacular vestido rojo con la intención de estrenarlo esa misma noche.

El plan era sencillo: localizar el palco de Margarita de Rivera e improvisar sobre la marcha una estrategia de acercamiento. Anna sería la que lo llevaría a cabo, consciente de que a una mujer del temperamento de la primadonna no podía abordarla con banalidades, y corría el serio peligro de perder la que podía ser la única oportunidad con la que contasen.

Julián la miró embelesado embutida en el entallado vestido rojo brillante y estuvo tentado de hacerle el amor nuevamente. Pero recapacit . Aún le quedaba por delante una de las tareas más

arduas e ingratas con las que se enfrenta un hombre al menos una vez en su vida: hacerle la lazada a la pajarita. Tomando aire profundamente se plantó ante el espejo y se dispuso serenamente a ello.

Capítulo 21

Anna leyó: *Lucio Silla*. Sinopsis:

La acción sucede en Roma en el año 79 a. C. El protagonista principal es el general romano Lucio Cornelio Silla, 138-78 a. C.

Silla, amparado por el régimen dictatorial que ha impuesto en Roma, manda al exilio al senador Cecilio.

Cecilio está prometido a Giunia, hija del enemigo de Silla, Cayo Mario. El dictador, para conseguir casarse con Giunia, difunde por toda Roma la noticia de la muerte de Cecilio. Pero Giunia, mientras huye acosada por Lucio, encuentra en las catacumbas a Cecilio que ha vuelto en secreto a la ciudad para verla.

El oponente político de Silla es Lucio Cornelio Cinna, que ama a Celia, hermana de Silla. Cinna y Cecilio planean un ataque contra Silla, pero fracasa y Cecilio es detenido y conducido a prisión, donde se encuentra con Giunia. Los dos se despiden, preparándose para morir juntos.

Sin embargo, en el último momento, el dictador decide perdonarles y reúne a las dos parejas, Giunia con Cecilio y Cinna con Celia.

Finalmente Silla se retira de la política para vivir como un ciudadano romano más y todos los políticos exiliados pueden regresar a Roma.

Anna cerró su programa de mano. Aunque no era demasiado aficionada a la ópera, conocía un buen número de obras, principalmente de Verdi y Puccini, pero de ésta que la suerte o el destino le ponían ante sus ojos nunca había escuchado hablar.

Comenzaron los primeros compases de la obertura y la joven norteamericana, convertida como por arte de la magia de la alta costura de París en una arrebatadora y sensual top model, creyó descubrir oculta entre las notas que había compuesto Mozart tan solo con dieciséis años, algunos pasajes que le recordaron su *Eine Kleine Nachtmusik*, y así se lo transmitió al oído a su no menos atractivo acompañante.

Nada más comenzar el primer acto, Anna conoció la tristeza de no haberse dejado enamorar antes por ese tipo de manifestación artística. Sintió cómo muchas de las sólidas creencias científicas que se habían instalado en su forma de interpretar el mundo se tambaleaban ante el

bellísimo empuje de la música compuesta por el genial niño de Salzburgo.

Las escenas se sucedieron a una velocidad demasiado rápida para lo que Anna, completamente entregada, hubiese deseado. La bellísima soprano italiana Daniela Bruera era la encargada de dar vida a Giunia. Nada más elevarse su voz en el aire del repleto teatro interpretando el *Dalla sponda tenebrosa*, Anna sintió detenerse el aliento en su pecho, obligándola a hacer un verdadero esfuerzo para reprimir las lágrimas que amenazaban con deslizarse por su maquillado rostro.

Sin embargo, Julián, atento a los movimientos del palco número cinco del Teatro de la Ópera de Niza, comenzó a sentirse inquieto por la ausencia de su propietaria.

«¿Qué estaba fallando?», se preguntó. Aquélla era una noche especial en todos los sentidos. Según le había informado Carlo, hacía cinco años que Ernesto Claret no recalaba en la ciudad, por lo que, casi con toda seguridad, Margarita de Rivera no faltaría esa noche a su cita, con él, con Mozart y con la Gran Música.

El palco, siniestramente oscurecido, recordaba a Julián la descomunal boca de una gárgola que dejaba escapar de su interior el sofocante aliento del fracaso, y sintió bajo su smoking un estremecedor escalofrío arañándole la espalda como si fuesen los afilados dedos de una amante de hielo.

No, Madame Maguerite de Riviera no iba a aparecer. Puede que su avanzada edad la mantuviese encerrada en su palacio de Saint-Jean-Cap-Ferrat. Puede que estuviese enferma, muy enferma, en la cruel tesitura, quizás, de ir despidiéndose ya de su larga y controvertida existencia.

Ella se iba a marchar para siempre llevándose el secreto heredado de sus antepasados —se dijo Julián—, y si así lo hacía, nunca alcanzarían a resolver completamente el misterio que rodeaba a las riquezas presuntamente escamoteadas por el avispado almirante Colón y sus hermanos.

Pero... de pronto, como en una oportuna respuesta a las elucubraciones de Julián Pérez Fox, ¡oh, luz!

Sí, no había duda: un leve reflejo en el palco, un reflejo pálido, lívido pero incuestionablemente real, hizo que Julián se irguiese en su butaca a la vez que se precipitaban, de forma casi dolorosa, los latidos de su corazón.

—Mira allí —pidió a Anna señalándole discretamente en la dirección del palco—. Parece ser que nuestra amiga Margarita no ha faltado a su cita.

A Anna le costó apartar sus cinco sentidos del escenario. Giró moderadamente su cabeza hacia el lugar señalado y comprobó la realidad de lo que Julián acababa de anticiparle.

—Solo faltan cuatro escenas para que termine este acto —anunció Anna a Julián consultando su programa—. Creo que será el momento de intentar acercarme a ella. Deséame suerte.

Julián besó levemente los rojos labios de su acompañante. Entonces volvió a dirigir su mirada hacia el palco descubriendo en ese instante un perfil de mujer, muy posiblemente de la aclamada Margarita de Rivera levemente avanzado de las sombras, y sonrió ampliamente.

* * *

«Ahora estás en mi pecho, amor, pero el llanto de mis ojos me ha enseñado que esa alegría también tiene sus lágrimas.»

El final del dueto de Giunia y Cecilio, con las manos de los dos personajes unidas, hizo que el teatro estallase en aplausos. Anna no esperó a que se apagasen para salir urgentemente en dirección al palco señalado.

Su objetivo estaba situado en un lugar privilegiado de la tercera planta. Nada más acceder a ella por las amplias escaleras interiores, un buen número de personas comenzaron a salir al pasillo aprovechando el momento para tomar un refrigerio en la cafetería, dirigirse a los aseos o simplemente comentar los detalles más destacables de la representación.

Anna no tardó en localizar entre el gentío la puerta marcada claramente con el número cinco. Nerviosa, se detuvo junto a ella.

¿Qué diría a la inaccesible diva en cuanto traspasase el umbral de su palco? —se preguntó—. ¿La abordaría simplemente haciéndose pasar por una ferviente admiradora?

En ese instante, Anna sintió una bocanada de calor y vio cómo el miedo al fracaso comenzaba a apoderarse de ella amenazando con secuestrarle la voz y la valentía.

Anna, ajena a las miradas de las que era objeto, intentó calmarse moderando la respiración que inflamaba sus generosos senos pero no pudo conseguirlo.

El tiempo pasó sin que ella apenas se diese cuenta y la gente, que había arropado con sus murmullos aquel comprometido instante, comenzó a volver a sus localidades tras escuchar un aviso.

La puerta del palco marcado con el número cinco no se había movido ni un milímetro y nada hacía sospechar que fuese a hacerlo.

El pasillo terminó por vaciarse de almas en cuanto la música, seguida del recitativo de Aufidio y el propio Lucio Silla, comenzaron a colonizar los rincones del Teatro de la Ópera.

¿Y ahora qué debía hacer? —se preguntó Anna—. ¿Esperaría allí pacientemente hasta el final del segundo acto o volvería a su butaca para intentarlo más tarde?

En ese instante la bella americana sintió en su ánimo el bocado de un primer fracaso. Apoyando su mano sobre la barnizada puerta que la separaba de Margarita de Rivera, se decidió a volver junto a Julián hasta que acabase completamente la obra y no tuviese más remedio que abandonar el palco.

Ese, sin ninguna duda, sería el momento ideal, y posiblemente único, para el abordamiento. Mientras tanto solo le quedaba intentar disfrutar de los amores trágicos de Giunia y Cecilio, aún sabiendo que ya no iba a percibir la belleza de la música de igual forma que lo había hecho hasta antes de su primera frustración.

Anna comenzaba a volver sobre sus pasos cuando un sonido tras la puerta hizo que su corazón se acelerase como un metrónomo ajustado a un *tempo prestísimo*.

Aquello indicaba que la cerradura que había mantenido la puerta bloqueada estaba siendo manipulada desde el interior.

Anna, desconcertada, se apartó unos pasos y en el último momento un impulso le hizo girarse y dirigirse con paso moderado al tocador de señoras.

En ese momento escuchó unos pasos de mujer que avanzaban tras ella a su misma velocidad. Anna no pudo menos que imaginarse seguida por la gran primadonna que con su voz privilegiada había puesto en pie a las más selectas audiencias en la Ópera de París, en la Scala de Milán, en el Covent Garden, en La Met...

Todos los grandes teatros del mundo se habían rendido a su voz y a su paradigmática

personalidad. Y ahora ella, una humilde informática de la Costa Oeste de los Estados Unidos, estaba a punto de tenerla frente a frente sin tener nada claro lo que iba a decirle.

Anna se detuvo un momento ante la puerta que daba acceso al tocador, la abrió y se giró para comprobar si su impresión era la correcta.

Sin duda aquellos eran los saturados ojos violeta de Margarita de Rivera, aquel su magnífico porte de gran señora, y aquél el rostro que había prestado a los personajes de sus celebradas interpretaciones. En un acto de velada reverencia, Anna le pidió que pasase antes que ella.

—Mercí —le contestó adustamente la señora.

Anna se limitó a sonreír y a esperar algún detalle más de cortesía por su parte, pero solo obtuvo la confirmación de que, efectivamente, poseía el seco carácter que se le atribuía.

Pasaron dos, tres, cinco minutos en los que Anna, ante uno de los espejos e intentando discernir en qué idioma romper el hielo, esperó a que llegase el momento deseado.

—Perdóneme, señora... —llamó la americana la atención de Margarita de Rivera en cuanto ésta se disponía a abandonar el tocador de señoras aceleradamente.

La diva, asombrada por el atrevimiento de la extranjera, la miró de arriba abajo, puede que intentando comprender qué podía querer de ella aquella «colorista» joven.

—*¿Oui?* —se limitó a contestar.

Anna no conocía el francés lo suficiente como para mantener una conversación y decidió abordarla en castellano.

—Disculpe mi atrevimiento pero... ¿es usted Margarita de Rivera?

La mujer, sabedora de que la mejor defensa es un buen ataque, sospechó la incapacidad de la joven para comunicarse en el idioma en que ella le había contestado.

—*Je peux être moi ou non. Qui veut savoir?* (puedo serlo, o no, ¿quién quiere saberlo?)

—Perdóneme señora —contestó Anna—, pero no hablo muy bien en francés preferiría hacerlo en su idioma natal.

Anna, sin saberlo, acababa de poner en las manos de la hosca Margarita el látigo con el que iba a fustigar a su interlocutora.

—*Je n'ai pas de langue maternelle, je suis dans le monde. Italiاني preferisce?, deutsch?, polski?*

—Lo siento, no domino bien ninguna de las lenguas que está usted usando, pero si prefiere hablamos en inglés —propuso Anna sin intención de darse por vencida.

—¿Inglés? ¿Pero inglés de Inglaterra o esa extraña mezcla que usan en Norteamérica? —preguntó esta vez Margarita de Rivera en castellano.

—Supongo, señora, que en inglés de Norteamérica.

—Pues si me disculpa prefiero el castellano a ese idioma de sirvientes. Dígame qué se le ofrece antes de que Cinna desenvaine su espada... —dijo Margarita haciendo referencia al comienzo de la tercera escena del segundo acto.

—Es poco lo que quiero pedirle, solo que tenga a bien concedernos una entrevista a mi compañero y a mí cuando y donde usted diga.

—¿Una entrevista? —contestó Margarita sobresaltada—. ¿Y solo para eso me secuestra de esta forma tan inopinada? Señorita, le informo que yo nunca concedo entrevistas. *Au revoir.*

Margarita de Rivera se giró airada y ayudada de su bastón plateado inició el camino de vuelta hacia su palco en el momento en que una mujer de mediana edad, que parecía ser su dama de

compañía, aparecía para preguntarle si todo estaba bien. Ella respondió afirmativamente con un gesto de su mano.

Mientras avanzaba, Anna alcanzó a escuchar cómo la anciana diva murmuraba de ella en voz lo suficientemente alta como para que la escuchase.

«Lo que hay que soportar, solo a una yanqui pelirroja se le ocurre vestirse con un traje rojo fuego para asistir a una obra dramática... a dónde vamos a llegar».

«¿Fuego?» —se dijo Anna indignada mirándose en el gran espejo que presidía una de las paredes de la galería.

El traje era un auténtico portento que, no le quedaba más remedio que reconocer, le sentaba a las mil maravillas. ¿Qué se había creído aquella decrepita?

—¡Señora! —volvió Anna a la carga elevando su voz con autoridad.

Margarita de Rivera no se dignó a girarse completamente para no tener que volver a mirar a los bellos ojos de la descarada americana. Con un gesto de su mano insinuó que bajase la voz, cuando de pronto escuchó de aquellos labios desconocidos la frase que, a esas alturas de su existencia, ya nunca esperaba escuchar.

—He sido enviada para reclamarle, en nombre de la hermandad, el libro que le fue entregado a sus antepasados para su custodia.

Los pies de la anciana se detuvieron un segundo y su cuerpo amenazó con perder el equilibrio. Anna supo que sus palabras habían impactado en su objetivo.

—¿Tout va bien, madame? —preguntó la mujer de mediana edad avanzando hacia su señora para prestarle su ayuda.

—*Je ne sais pas* —contestó Margarita antes de perderse tras la cortina que cubría la puerta de su palco mientras escapaba una trémula frase de sus labios.

—*Je pense qu'aujourd'hui est le jour où les morts se lèvent de leurs tombes.*

(Creo que hoy es el día en el que los muertos se levantan de sus tumbas).

Capítulo 22

—¡Hallo!, Schlafend. Ich bin Großmeister.

—Hallo, Großmeister —contestó una temblorosa voz al otro lado del auricular al escuchar la voz gutural del Gran Maestre de La Hermandad Pitagórica.

—Las cosas no avanzan como prometiste. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—Es solo cuestión de poco tiempo más, Großmeister...

—¡Sí, de un tiempo que no tenemos. Te anuncio que se ha agotado la paciencia del consejo. Necesitamos el enclave ¡ya! Nuestros planes no pueden interrumpirse porque a estas alturas un durmiente pretenda dejarse llevar por su intuición.

—Großmeister —protestó Schlafend—, he pasado toda mi vida esperando este momento y ahora no podemos dejar que se nos escape por actuar precipitadamente...

—Insisto, no estamos en condiciones de esperar más. Necesitamos el nombre del libro. Obligaremos a la americana a descifrar las últimas claves y limpiaremos todas las pistas.

—Bien, tendréis el nombre del libro, pero debo advertiros una cosa... —admitió el durmiente dejando un silencio interrogativo en el aire.

—¿Y bien? —preguntó Großmeister.

—Debéis saber que hasta el momento no hay ninguna certeza sobre el enclave. Los buscadores solo se han limitado a seguir una ruta preestablecida por los cifradores. Nada de lo hallado hasta ahora nos hace suponer que en ese último libro esté la clave definitiva.

—¿Crees que con ese absurdo razonamiento puedes detenernos? ¿Cuál es el nombre del libro?

Tras un tenso silencio en el que Schlafend intentó, como si de un avezado jugador de ajedrez se tratase, discernir los movimientos que ejecutarían a continuación los agentes de la hermandad, se convenció que no existía otra opción que desvelar el nombre del tercer libro.

—La *Messe de Notre Dame*, de Guillaume de Machaut.

—*Danke schön*, Schlafend. No necesitamos saber nada más. De momento.

* * *

Julián y Anna pasaron toda la noche intentando convencerse de que Margarita de Rivera no podía hacer oídos sordos a los compromisos adquiridos por sus antepasados con La Hermandad Pitagórica.

—Pienso que debemos plantarnos en la puerta de su casa y llamar hasta que se canse y nos abra —propuso Julián tumbado en la cama junto a Anna mientras encendía un cigarrillo.

—No, Julián, creo que eso precisamente es lo que no debemos hacer —contestó Anna.

—¿Ah, no? —exclamó Julián—. Entonces no sé cómo diablos vamos a conseguir ese maldito libro.

—¿Sabes una cosa? —preguntó Anna incorporándose un poco para robar el cigarrillo de los labios de su compañero—. Tal como sospechábamos, Margarita es una persona aparentemente insociable, huraña y vanidosa, pero insisto: hay algo que me hace pensar que no es tan dura como quiere aparentar.

—¿Y qué quieres decir con eso? —preguntó Julián recuperando su Moods de los labios de ella.

—La he visto vacilar en cuanto ha escuchado la palabra «hermandad». Algo me dice que no tardaremos en recibir noticias de ella.

—¿Tú crees? —preguntó Julián sarcástico—. Pero... ¿acaso le has dejado nuestra tarjeta de visita para que se ponga en contacto con nosotros? Mira, Anna, estamos en una encrucijada de la que nos va a costar salir sin un poco de ayuda.

En ese momento sonó el teléfono de la habitación y Anna, mirando a su compañero, dudó si contestar.

—Puede ser Luis, él sabía que anoche íbamos a intentar acercarnos a Margarita. ¿Qué puedo decirle? —dijo Julián.

—Primero contesta y luego, si es él, dile la verdad. No podemos hacer otra cosa.

—¿Sí? ¿Dígame?

—¿Miss Anna O'Sullivan?

—*¿Qui veut lui parler?*

—*Un ami.*

—*¿Et ce qui ne l'ami d'Anna?*

—*Parler d'un livre.*

En ese momento el sorprendido Julián admitió, una vez más, la buena intuición de su compañera, y acercándole el auricular, le pidió con un gesto que atendiese la llamada.

—Señorita, soy Margarita de Rivera —se escuchó la voz de la soprano al otro lado del teléfono—. Estoy dispuesta a negociar para quedarme con ese libro que usted me reclama. Son las nueve de la mañana, les espero a usted y a su compañero a las diez en mi casa de Saint-Jean-Cap-Ferrat...

—¿En Villa Ephrussi? —se cercioró Anna.

—Sí. Veo que son ustedes aplicados haciendo los deberes. Recuerde: a las diez en punto. Tienen cinco minutos para levantarse de la cama, quince para asearse, otros quince para desayunar y si su Mercedes es tan rápido como parece, les sobrará tiempo para llegar a la hora convenida.

—¡Vaya! —dijo Anna—. Observo que usted también es aplicada a la hora de hacer sus tareas.

—Es simple cuestión de supervivencia, querida. Les ruego que no falten a la cita.

* * *

Anna condujo el coche hasta la entrada de la Villa Ephrussi, donde apenas tuvo que pisar el

freno porque la gran verja que cerraba el paso comenzó a abrirse en cuanto aparecieron.

Un jardinero que le resultó familiar a Anna les indicó que continuasen adelante bordeando los cuidados parterres hasta la entrada principal de la casa.

Una vez allí, la americana detuvo definitivamente el coche ante una mujer que les esperaba y que no tardó en reconocer como la acompañante de Margarita de Rivera la noche anterior.

—Buenos días —dijo la mujer en un correcto castellano—. Mi nombre es Alma y les acompañaré ante la señora de Rivera, tal como tienen concertado.

Julián y Anna se limitaron a seguir a la mujer a lo largo del magnífico patio peristilo del sobrecogedor palacio. Luego, ascendiendo por una luminosa escalera de mármol rosa, accedieron a la primera planta del edificio donde se les pidió que tomasen asiento hasta que la señora les recibiera.

—¡Oh!, ya están aquí —exclamó Margarita de Rivera, antes incluso de que la empleada abandonase la escena—. Veo que han sido más rápidos de lo que esperaba. Por favor, acompáñenme al gabinete.

Anna observó a Margarita moviéndose por el pasillo con una inesperada soltura vestida con un elegante vestido color marfil, aunque quizás algo cursi para su gusto. Parecía que los achaques que la noche anterior la obligaban a caminar ayudada de un bastón hubiesen desaparecido de repente.

Bordearon buena parte de la galería alta que daba al patio abovedado, cuando en un determinado momento:

—¡Oh, Ernesto! —interrumpió Margarita su camino al ver cómo se abría la puerta de una de las habitaciones.

En ese instante su famoso huésped apareció en escena sonriendo abiertamente. Tomando de la mano a Margarita de Rivera, saludó con su melodiosa voz a la anfitriona y a sus acompañantes.

—Buenos días, querida Margarita... y la compañía.

—Ernesto, ¿qué tal has dormido? —preguntó la anfitriona.

—Fantásticamente bien, como siempre que pernocto en tu maravillosa casa, querida.

—Gracias Ernesto —contestó satisfecha Margarita antes de darse cuenta cómo el tenor sonreía mirando a Anna—. Ah perdón, me temo que no os he presentado. Ellos son dos amigos que encontré anoche en la ópera...

—¡Ah! ¿Estuvieron ustedes en la función de anoche? —preguntó Claret con interés adelantándose hacia la pareja.

Anna avanzó hacia el tenor reprochándose no haberse arreglado más aún.

—Sí, señor Claret —dijo mientras su mano era besada cortésmente—. Su conducción de la orquesta fue completamente sobrecogedora.

—Muchas gracias, señorita...

—Anna, me llamo Anna y él es Julián, mi... compañero.

—Encantado, Anna y Julián. Como le decía, sobrecogedor es uno de los primeros adjetivos que vienen a mi mente cuando disfruto de algo realmente bello —contestó el tenor dejando que su mirada se detuviese un segundo más de lo necesario en la de ella.

La reacción de Julián no se hizo esperar y se adelantó para felicitar al gran músico mientras estrechaba con firmeza su mano.

—Me alegra conocer a dos amigos de Margarita —admitió Claret—. Le tengo dicho que no es

buena tanta soledad, que tiene que abrirse más al mundo...

—Sí, sí, Ernesto —interrumpió Margarita tomándole del brazo—, ya sé cuánto te preocupas por mí, pero ahora debes permitirme que resuelva un asunto importante con estos amigos. Tienen mucha prisa así que espero que seas comprensivo. En unos minutos estoy contigo.

—Por supuesto. Tú siempre con tus asuntos importantes —añadió el tenor despidiéndose de los demás con un gesto, antes de ser prácticamente empujado hasta el comedor por la sin par Madame de Rivera.

* * *

Una vez en el gabinete, Margarita pidió a la pareja que tomasen asiento en un cómodo sofá de estilo Imperio iluminado dolorosamente por el temprano sol Mediterráneo.

—Y bien, señorita —abrió la anfitriona la conversación—, me ha hablado usted de un libro. Supongo que no esperará que esta entrevista continúe si ustedes no me demuestran que son realmente quienes dicen ser, ¿verdad?

—Sí señora, hemos venido a buscar un libro de música de Guillaume de Machaut, que está en poder de su familia desde el siglo dieciséis...

—Bien, ¿y qué más tiene que decirme? —preguntó Margarita.

—Se trata de la primera edición de la partitura completa de la *Messe de Notre Dame* —contestó Anna.

—Sí, ¿y? —volvió a dejar Margarita una pregunta en el aire.

Anna miró a Julián confundida.

—¡Rebeca! —contestó él, molesto por un juego en el que no quería participar—. La palabra que nos identifica para poder reclamar ese libro es «Rebeca».

Margarita de Rivera, visiblemente contrariada, se levantó de su sillón e hizo que sonase una campanita. Una joven empleada vestida con uniforme no tardó en aparecer.

—Josephine, *attendez une minute*. ¿Les apetece tomar algún refrigerio? —preguntó Margarita volviéndose hacia Anna y Julián.

—Yo tomaré un poco de mistela —anunció la anfitriona.

—¿Mistela? ¿Qué es mistela? —preguntó Anna que nunca había escuchado ese nombre.

—Perfecto, buena elección —respondió Margarita interpretando a su manera la pregunta de Anna—. *Apporter une bouteille de mistela, s'il vous plaît, Josephine*.

La joven hizo un mínimo gesto de reverencia y salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí.

—La mistela, señorita, es un vino muy especial —explicó Margarita a Anna—. La receta en concreto que vamos a probar lleva fabricándose en casa desde tiempos inmemoriales. Está compuesta de dos tercios de zumo de uva, uno de aguardiente, azúcar, polvo de café y un toque de clavo. Todo se deja reposar y al cabo de cuarenta días con sus noches correspondientes ya tenemos un excelente tónico. Un antepasado mío la aprendió a elaborar en un pueblecito de Granada: Jérez del Marquesado, no sé si lo conocen. Su receta ha ido pasando de generación en generación hasta el día de hoy.

—¡Sí, como el libro! —interrumpió Julián comenzando a impacientarse.

Margarita de Rivera se volvió hacia él. No estaba dispuesta a aguantar ningún tipo de

impertinencia a nadie, y menos en su casa. Si no hubiese sido porque unos golpes en la puerta interrumpieron la conversación, muy posiblemente todo habría cambiado en ese momento.

—Madame, *le mistela que vous avez commandé et trois tasses.*

—Mercí, Josephine, *vous pouvez laisser.*

Margarita sirvió ella misma un poco de licor, mientras guardaba un incómodo silencio que no hacía adivinar el tono que tomaría la conversación después de la desafortunada intervención de Julián.

—Bien, hablemos del libro —dijo la anfitriona después de oler el beneficioso aroma que tan buenos recuerdos de juventud traía a su mente—. ¿Cuánto quieren por él?

—¿Cómo? —preguntó Anna sorprendida sin creer lo que acababa de escuchar.

—Sí, querida, estoy dispuesta a comprar ese libro a sus verdaderos dueños —confesó Margarita mojándose un poco los labios en la copa—. Durante toda mi vida he creído que ustedes no vendrían jamás a reclamarme ese viejo tratado, pero veo que me equivoqué. Ahora solo quiero que comprendan que ese libro ha adquirido para mí un valor sentimental incalculable por tanto, lo quiero para mi biblioteca.

Julián y Anna se miraron sin lograr entender nada.

Margarita, con su copa en la mano, se dirigió bajo los arcos neogóticos del mirador orientado a la bahía y apoyó su hombro en la fina columna de mármol del parteluz.

—Supongo que ustedes tendrán potestad para cerrar un acuerdo económico sobre ese libro, ¿estoy en lo cierto? —preguntó desde lejos al cabo de un minuto.

—Pero, perdóneme señora de Rivera, no se trata de dinero —dijo Anna.

—Señorita, en este mundo «siempre» se trata de dinero —contestó Margarita girándose hacia ella—. Hágame caso, sé bien de lo que hablo. Precisamente por eso me recliné aquí, para apartarme de todo. Hubo un tiempo en que quise cambiar las cosas, y para ello di lo mejor de mí a los que me rodeaban. ¿Y qué conseguí? ¡Ingratitud! Así que no me haga perder el tiempo y dígame cuánto quieren por esa partitura, ¿treinta mil euros?, ¿cincuenta mil?

Anna supo que iba a resultarles muy difícil acceder al libro sin confesar una parte de la verdad a la suspicaz Margarita de Rivera. Antes de decir nada decidió esperar alguna reacción de su compañero.

—Señora de Rivera —intervino finalmente Julián—, nosotros solo somos los encargados de recoger ese libro. Esto nos coge completamente por sorpresa, espero que se haga cargo.

Margarita de Rivera, de pie ante el contraluz del mar, adoptó una pose que bien podía haber pertenecido a alguna de las heroínas que había interpretado a lo largo de su vida.

—Perdónenme —dijo finalmente moderando su tono—, pero estoy haciendo esperar a la única persona que nunca me ha defraudado. Si necesitan un tiempo para pensarlo o para consultarlo con alguien, puedo entenderlo. ¿Les parece que nos veamos mañana a la misma hora?

Después de un gesto afirmativo por parte de la pareja, Margarita volvió a hacer sonar la campanita y la eficiente empleada no tardó en aparecer.

—Josephine, *s'il vous plaît, messieurs d'accompagnement de sortie.*

Capítulo 23

—¡Pero cómo!, ¿ya se marchan? —preguntó Ernesto Claret cuando, de camino del gabinete, se cruzó con la comitiva de despedida de Anna y Julián.

—Sí, señor Claret, nos tenemos que ir... —dijo Anna sin poder disimular su contrariedad.

—Nada, nada de señor Claret, querida Anna, para usted soy Ernesto a secas o el personaje que quiera de mi amplio repertorio —advirtió el músico echándose a reír ostensiblemente.

Después, inesperadamente, serenó su rostro, despidió a la doncella amablemente y en un gesto de confidencialidad tomó a la joven pareja del brazo de modo tal que él quedaba entre ambos.

—Acompañadme. Vamos a derribar juntos la muralla de Jericó —dijo en voz baja a sus camaradas de tropelía.

Margarita de Rivera, que cerraba en ese momento la puerta del gabinete, recibió un soberano susto al volverse y comprobar que estaba siendo objeto de un asalto a traición comandado por su buen amigo.

—¿Qué ocurre, Ernesto? —preguntó extrañada ante la inesperada escena.

—¡Ah, Manon! —escenificó Claret como si estuviese en el mejor teatro del mundo—. *Deh! M'ascoltate: vi minaccia un vile oltraggio, un rapimento. Un libertino audace, quel vecchio che con voi giunse, una trama a vostro danno ordì.*

(¡Eh! Escuchadme: os amenaza un vil ultraje, un rapto. Un audaz libertino, aquel viejo que os acompañaba, ha urdido una trama contra vos).

Margarita y los asistentes accidentales a aquella inesperada representación quedaron boquiabiertos, sin poder mover ni un solo músculo de su cuerpo cuando de pronto, algo pareció despertarse en el interior de la retraída ex diosa del *bel canto*.

—¡Che dite! —se elevó la voz de Margarita de una forma portentosa hasta alcanzar la alta cúpula de cristal de Villa Ephrussi.

—¡Il vero! —contestó el tenor convertido por unos instantes en el caballero Des Grieux de la ópera de Giacomo Puccini, Manon Lescaut.

Margarita guardó silencio un momento.

—Este hombre es incorregible, tengo que admitirlo —dijo mirando a Ernesto Claret acusadoramente—. ¿Qué ocurre ahora?

—Quiero hacerte una pregunta, Margarita, querida —contestó el interrogado—: siempre me has dicho que esta es mi casa. ¿Estoy en lo cierto?

—Cierto, y ya imagino por dónde vas...

—Pues si lo imaginas, invita a estos amigos a pasar el día con nosotros. Así, puesto que esta también es mi casa, no tendré que hacerlo yo.

A Margarita no le quedó opción e intentando disimular su contrariedad para no ofender a su buen amigo, pidió a una de las doncellas que avisase en la cocina que serían cuatro personas para almorzar.

* * *

La mañana creció sin perder en ningún momento su virginal luminosidad. Mientras tanto, la noble anfitriona del palacio que mandase construir Béatrice Ephrussi de Rothschild, fue, quizás sin darse cuenta, abriéndose a Anna mientras recorrían los nueve jardines de la mansión, las celebradas rosaledas, las fuentes, los miradores... deteniéndose a cada paso para contemplar el movimiento de barcos por la bahía de Villefranche sur Mer.

—¿Te apetece un refresco, querida? —preguntó Margarita de Rivera a su invitada—, parece que hoy el sol no nos va a dar tregua.

Anna aceptó y acompañó a la anfitriona hasta un recogido templete, al final de uno de los senderos. Allí les sirvieron dos vasos de té frío, mientras contemplaban a los hombres al otro lado de los jardines. Ambos se obstinaban en hacer valer sus puntos de vista sobre el posible ganador de la liga de fútbol española.

—¡Oh, vaya! Espero que tu compañero sea del Real Madrid porque Ernesto es un madridista convencido —advirtió Margarita sonriendo.

—Pues no lo sé —contestó Anna—, pero dudo que a Julián le guste el fútbol. Él es matemático y...

—¿Matemático? —dudó Margarita un momento— Ah, entiendo, por eso pertenecéis a la hermandad. Supongo, pues, que tú también serás científica...

—Sí, soy profesora de Álgebra en la UCLA, pero nosotros... —dudó un momento Anna— nosotros no pertenecemos a la hermandad...

Margarita detuvo el vaso de té a medio camino de sus labios.

—Pero... ¿cómo es eso? ¿No pertenecéis a La Hermandad Pitagórica?

—No —confirmó Anna dudando si había hecho bien.

—Perdóname, querida —intervino de nuevo Margarita—, pero si es cierto eso que dices creo que me debéis una explicación.

Anna no se guardó nada. Habló a Margarita de Rivera como si fuese una madre comprensiva a la que su larga experiencia hubiese dotado de una capacidad inusual para satisfacer las muchas dudas que aquella peligrosa aventura le suscitaba. Margarita supo por boca de la norteamericana de la existencia de tres pistas escondidas en tres libros concretos. Dichas pistas debían orientar a quien fuese capaz de descifrarlas hacia el lugar donde permanecía escondido el succulento tesoro del almirante Colón.

Cuando Anna fue interrogada en profundidad por la sorprendida Margarita, tuvo que admitir que el director de la operación no era sino Luis Martínez de Saq, el librero de la calle Imprenta.

—¡Debí suponerlo! —exclamó Margarita levantándose precipitadamente del incómodo banco del templete—. Los Martínez de Saq siempre han estado detrás de todos los asuntos más oscuros

de la hermandad.

Anna, ante la exasperada actitud de Margarita, dudó si había hecho bien en confesarse con ella. En un intento de justificar aquella loca aventura le anunció que Luis ya no pertenecía a la hermandad y que padecía una grave enfermedad.

—Lo siento, pero no puedo creerte —contestó Margarita—. Perdóname, no es a ti a quien no creo, sino a Luis. La historia de los Martínez de Saq y la de los De Rivera lleva vinculada varios siglos y sé perfectamente de lo que es capaz un miembro de esa familia...

Anna no entendía nada.

—Ven, acompáñame a la biblioteca —la instó Margarita tomándola del brazo.

No tardaron en alcanzar la casa después de ofrecer una vaga excusa a los hombres para justificar su breve ausencia.

Una vez en la biblioteca, Margarita se dirigió directamente a uno de los cientos de libros que macizaban sus firmes estanterías de caoba.

—Aquí tienes, Anna. Es el libro que habéis venido a buscar. Me gustaría que lo consultases en profundidad. Podéis permanecer en villa Ephrussi el tiempo que consideréis oportuno. Pero te anticipo que descubrirás algo muy importante sobre el carácter de todos los Martínez de Saq y comprenderás mi actitud hacia ellos y el por qué no quiero desprenderme de ese libro.

* * *

Después de comer, la anfitriona ofreció a Anna y a Julián una de las hermosas habitaciones de invitados para que reposasen el tiempo que estimasen conveniente.

Julián no entendía cómo Anna había conseguido hacerse con el libro de una forma tan fácil. Tampoco entendía qué era lo que este contenía como para mantener tan ensimismada a su compañera. No obstante, en un primer momento intentó que le dejase extraer de sus pastas la pista definitiva que debía cerrar el círculo de los enigmas. Anna se negó en rotundo a su manipulación alegando una inexistente promesa hecha a Margarita de Rivera.

El viejo volumen de la *Messe de Notre Dame* mostraba excelentes condiciones de conservación. La humedad de los siglos apenas había dejado huella en sus páginas y los pentagramas, cargados de notas e indicaciones musicales, lucían como si hubiesen sido trazados apenas unos años antes.

Pero eso no era todo. En los amplios márgenes del tratado, alguien, aparentemente mucho tiempo atrás, había escrito con letra delicada y menuda, como de niña, una suerte de diario secreto.

Anna buscó el comienzo de la narración, y no tardó en encontrarlo.

Mi nombre es Rebeca de Rivera, tengo quince años y hoy he conocido al hombre con el que he soñado tantas veces. Se llama Gonzalo y ama tanto los libros como yo la música...

En sus ojos, al despedirse, he sabido que pronto lo volveré a ver, estoy segura.

Capítulo 24

—Rebeca, ¿qué te ocurre? Parece que estuvieses todo el día en las nubes —reprochó la madre a la hija mientras observaba cómo rebosaba el agua de un cántaro que la adolescente intentaba llenar en la fuente del patio.

Isaac, intentando afinar un laúd que acababa de salir de sus manos, miró a su nieta desde la ventana de su taller y sonrió. La niña, sin que nadie apenas se hubiese dado cuenta, se había convertido en una hermosa doncella que, no obstante, aún guardaba el aspecto angelical que siempre había caracterizado a las mujeres de su familia.

—¡Rebeca! Por favor, ¿puedes venir en cuanto termines de ayudar a tu madre? —pidió el viejo artesano a la joven.

—Sí abuelo, en cuanto lleve este cántaro a la cocina —contestó con voz melodiosa.

Isaac de Rivera era interrogado a menudo por colegas del gremio, por músicos, e incluso por curiosos de muy diversa índole, acerca del secreto que hacía que los instrumentos de plectro que fabricaba tuviesen esa claridad de sonido que los hacía piezas verdaderamente codiciadas. Nadie sabía que el avezado luthier había descubierto en las dotes musicales de la nieta una herramienta inmejorable para afinar los instrumentos que salían de su taller.

—¿Qué quieres que te cante hoy, abuelo? —preguntó Rebeca mientras se sacudía las manos en el delantal.

—Solo las primeras notas de la romanza de Zoraya.

La muchacha carraspeó delicadamente y comenzó a cantar de forma hermosa las notas anónimas de la canción que contaba la leyenda de los amores de Zoraya, la favorita de Muley Abul Hasán: el rey que asesinó en la sala de los Abencerrajes a todos sus hijos menos al único que tuvo con ella para que fuese él, y no otro, quien heredase el trono de Granada.

—*Las... trémulas... perlas de su... cara* —entonó Rebeca.

—Sí, así, continúa —pidió Isaac mientras ajustaba las clavijas del instrumento.

—*Pálidas notas... de... terrible amor...*

Al avezado luthier le bastó escuchar unos compases en la voz de su nieta para dar por terminado su trabajo. Sin embargo no fue capaz de interrumpirla y se dejó llevar por la felicidad que le provocaba escucharla.

Cuando Rebeca rememoraba con su canto los detalles del abominable crimen de Abul Hasán, Edith, su madre, entró en el taller para anunciar a la hija que en la puerta de la casa había un joven

que preguntaba por ella.

Rebeca dirigió una mirada interrogadora a su abuelo. Este contestó con un gesto de aprobación para que saliese a recibir a su visitante.

Hoy ha vuelto Gonzalo, lo sabía. Y me ha parecido el hombre más bueno e inteligente de Granada. Se ha limitado a sonreírme, a interesarse por la salud de todos los miembros de mi familia, empezando por mi abuelo. Creo que estaba nervioso. Le he dicho que todos están bien. Después hemos hablado de libros y de música, y de libros que contienen música, o de música escrita en libros y hemos bromeado con eso. Me ha invitado a bajar hasta su casa cerca de la plaza Nueva. Puede que un día lo haga, cuando vuelva mi padre de Sevilla.

* * *

—Pero Anna, por favor —pidió Julián al borde de la desesperación—, tienes el libro en tus manos. Es la ocasión perfecta para extraer el texto cifrado y conocer el final de esta historia.

—No Julián, ¿cómo quieres que te lo diga? —protestó Anna cerrando el libro enérgicamente—. Margarita no me ha exigido nada a cambio del libro pero le he prometido que me limitaré a leerlo y solo cuando termine dispondré de él completamente.

—A ver que me aclare. ¿Margarita de Rivera te ha entregado el libro sin condiciones? —preguntó Julián confundido—. Perdóname pero hay algo que se me escapa. ¿Hace unas horas nos ofrecía sesenta mil euros por ese libro y ahora prácticamente te lo ha regalado?

Anna evitó pronunciarse y guardó el libro en el estuche de seguridad que le había proporcionado Margarita. Luego, acercándose a su compañero, intentó que se calmase.

—Vamos, amor, se trata de un par de días, tres a lo sumo. En cuanto lea lo que ese libro contiene podremos quedarnos con él, pero el precio es el de mi lealtad hacia ella y no pienso defraudarla.

—¿Dos días? —preguntó Julián desconfiado intentando que Anna validase lo que acababa de decir.

—Tres, como mucho —le contestó ella mientras rodeaba su cuello con las manos y se acercaba sensualmente a su boca.

—Bien, trato hecho —contestó Julián dejando que sus manos recorriesen la vertiginosa anatomía de Anna apenas cubierta por un sedoso vestido que la anfitriona de la casa había puesto a su disposición.

«Querida, si vas a estar unos días en Villa Ephrussi solo te pido que vistas convenientemente». Le había sugerido Margarita a Anna mientras recorría las puertas recubiertas de amplios espejos *art nouveau* de su soberbio vestidor, en el que la americana, antes de que pudiese sentirse incomodada por las palabras de la anfitriona, descubrió todo lo necesario para convertirse en una reina; desde las más sofisticadas creaciones de la alta costura parisina, hasta suntuosos trajes, vestigios sin duda, del pasado interpretativo de la gran diva.

Julián, intentando dosificar la excitación del momento, llevó a su amante hasta la amplia cama de la habitación de invitados. Corrió las cortinas dejando la estancia sumida en una penumbra rosácea que hacía juego con la piel azotada por el sol de la mañana de la hermosa Anna.

—No, no cierres los visillos —pidió ella humedeciéndose los labios.

—Vaya, no sabía que te excitase hacer el amor en público —dijo Julián provocador.

—No seas tonto, aquí nadie puede sorprendernos pero deseo ver el mar mientras me amas.

—Si es así verás el mar y pondré mi mayor empeño en que también veas el cielo, ¿te parece?

El sol de la tarde acarició las espaldas de los amantes de forma alterna. El placer de Julián creció aceleradamente hasta convertirse en una necesidad que le obligó a intentar evadirse de la visión del excitante cuerpo de ella, para retener su orgasmo en espera de compartir mutuamente el clímax sexual.

De Anna, completamente desnuda sobre el mullido colchón que muy posiblemente había conocido el sueño de varias generaciones de aristócratas, se podía decir que estaba haciéndole el amor, no solo al hombre, sino al tiempo, a la luz, al mar, a los árboles... incluso al romance recién descubierto de la adolescente Rebeca de Rivera y de Gonzalo, de quien Anna empezaba a sospechar, llevada por las insinuaciones de Margarita, su pertenencia a la saga de los Martínez de Saq.

Y llegó el orgasmo, precipitado desde lo alto como las cataratas de una selva tropical. Y los gemidos amenazaron con convertirse en gritos de un placer prensil que se había potenciado en los pensamientos, en los colores de la media tarde litoral, y en los aromas de talco que desprendía el ajuar de aquella algodonosa habitación.

Anna, tras la lenta y necesaria asimilación del placer, se levantó reconciliada con sus sentidos. Cubrió su memorable desnudez con un finísimo salto de cama y salió al balcón a disfrutar en directo de la benéfica brisa de la tarde contemplando la cerúlea brillantez de la bahía.

Julián, vencido por el exceso sexual, miró a su amante y la imaginó levitando sobre el trasluz de aquel mar de fondo como si fuese el mascarón de proa de un soberbio velero, con sus sensuales curvas en justa competencia con las olas y su serena mirada apuntando al otro lado del horizonte. No pudo evitar que el deseo volviese a precipitar su flujo sanguíneo.

—Pero, ¿qué haces? —preguntó sensualmente ella mirando lateralmente a Julián entretenido en abrazarla nuevamente desde atrás.

—Amarte a plena luz del día, ¿no es eso lo que querías? —contestó él.

—Pero no seas loco que aquí sí que nos pueden ver.

Julián tapó con su mano los ojos de Anna y mordisqueó húmedamente el lóbulo de su oreja derecha, mientras acariciaba suavemente su talle por debajo de la vaporosa tela como si realmente fuese un alfarero modelando una vasija en fina arcilla.

La piel de Anna no tardó en erizarse. Sintió nacer el palpito interior del deseo y lo dejó crecer hasta que apagó el temor que le provocaba ser descubierta en aquella situación.

* * *

—¿Qué ha ocurrido? —dijo Anna abatida en los brazos de su amante.

—¿Estás bien, amor? —preguntó él.

Ella se esforzó y pudo recordar la bravura de las olas batiéndole por dentro, el agua caliente que acariciaba sus rincones más íntimos, la luz del sol cegándole la visión progresivamente hasta alcanzar el brutal desenlace que la llevó a orillas de un lago en calma, sereno pero desconcertantemente oscuro.

—Creo que padeces de *petite mort* —le dijo Julián sin poder ocultar su satisfacción.

—¿Pequeña muerte? —preguntó ella.

—Sí, ¿nunca te había pasado? La *petite mort* es una privación momentánea de sentidos a causa de un placer sexual extremo.

—Pues entonces —dijo Anna mientras Julián la ayudaba a incorporarse—, creo que mejor no haré nunca más el amor mirando al mar.

A Julián se le ensombreció el rictus de felicidad que le provocaba el imaginarse el único artífice del extremo goce de su amante.

—¿El mar? —protestó Julián—. Como tú digas... pero creo que yo también he tenido algo que ver en ese asunto. No sé.

Anna, una vez recuperada completamente y con una sonrisa en los labios, miró de soslayo a Julián mientras buscaba algo de ropa que ponerse para bajar a tomar el té.

—¿Cómo sois los hombres! —exclamó divertida mientras se probaba por encima un fresco vestido primaveral.

Azul ultramar, por supuesto.

* * *

El resto de la tarde transcurrió amable, transparente, entre conversaciones de lo más variado y paseos cortos hasta los límites de la glamurosa finca.

Y llegó el momento en que Margarita anunció a Julián y a Anna, con su voz afectada, que Ernesto partiría para Madrid al alba del siguiente día.

Tras superar las primeras sensaciones de la tristeza que contaminó los ánimos, el tenor fue el centro de todas las consideraciones, el protagonista único e indiscutible de la velada en Villa Ephrussi. Hasta bien entrada la madrugada, Claret relató las mejores historias que su larga trayectoria vital y profesional le había deparado. Finalmente se despidieron todos fundiéndose en abrazos sinceros y surgió la promesa común de volver a repetir la grata experiencia en un corto plazo de tiempo.

À bientôt, señor Claret.

Capítulo 25

Anna, prendada por el delicioso romance adolescente entre Rebeca de Rivera y Gonzalo que apenas comenzaba a conocer, entró apresurada en la alcoba y se dirigió hacia el escritorio. Extrajo el libro de su estuche y tras prometerle a Julián que pronto estaría junto a él en el mullido lecho, retomó impaciente la lectura.

«Él vive con su familia cerca, en una de las calles que rodean la Chancillería. Me gustaría visitar su librería, me habla verdaderas maravillas de ella. Hace unos días conocí a su abuelo, es un verdadero caballero de la corte de nuestro señor Felipe. Gonzalo idolatra a su abuelo, y su abuelo, según me ha confesado, le tiene tanto cariño que ha compartido con él muchos de sus secretos».

—Rebeca, no te entretengas —pidió Edith a su hija mientras preparaba unas migas con arenques para la cena.

—No te preocupes madre —contestó—, solo bajaré hasta la plaza Nueva y estaré de vuelta antes de que el cerro del Albaicín oculte el sol.

—Muy bien, pero antes de marcharte pregunta si tu abuelo necesita algo de ti.

—Así lo haré, madre.

Gonzalo Martínez de Saq, nervioso junto a la iglesia de Santa Ana, no se dio cuenta de que sus manos sudaban de forma inusual y estaba manchando las pastas de un libro muy especial que su abuelo le había traído de Francia meses antes. Se trataba del *PROGNOSTICATION, nouvelle & prediction por tenteuse pour composee pair maistre Michel Nostradamus, docteur en medicine, de Salon de Craux en Provence, nommee par Ammianus Marcelinus*. Era la primera edición, publicada en Lyon en 1554 por el impresor Jean Brotot.

Sin duda la sensible Rebeca de Rivera iba a saber valorar en toda su extensión la belleza de la poética contenida en las centurias de aquel desconocido poeta y visionario francés. Esperaba con impaciencia el momento de descubrir el germen de la emoción chispeando en sus ojos claros.

Gonzalo se sentó a horcajadas sobre el pretil del cauce del Darro. En un intento por calmarse dejó que su mirada navegara sobre sus ondas espejadas, teñidas por un profuso verde vegetal que le hizo recordar la mirada de ella el primer día que la vio tocando una hermosa melodía sefardí a la puerta de su casa.

—¡Hola Gonzalo! —la voz cantarina de Rebeca sobresaltó al joven desequilibrándolo. Este, en un intento por mantenerse aferrado al pretil, no pudo evitar que el libro cayese al cauce.

—¡Dios mío, el libro de mi abuelo! —exclamó sobrecogido.

—¡Oh!, lo siento —pidió perdón la joven sintiéndose culpable del extravío.

Gonzalo escudriñó desde la altura la vegetación de la estrecha orilla aterrado por las consecuencias que podía acarrearle la pérdida. Por suerte, no tardó en descubrir el tratado caído entre unas exuberantes plantas de hinojos.

—Espera un momento, enseguida estoy de vuelta —pidió el chico a Rebeca ya algo más tranquilo, mientras se aupaba sobre el pretil para descender a los poblados sotos del río.

—¿Pero qué vas a hacer, Gonzalo? Ten mucho cuidado, por favor.

El atlético muchacho saltó como un gato los tres o cuatro metros que le separaban del cauce sin poder evitar que sus pies se clavaran profundamente en la embarrada franja vegetal que lo bordeaba. Después de avanzar pesadamente hacia el lugar donde había caído el libro, lo tomó entre sus manos, comprobó los daños, en apariencia superficiales, y se dispuso a salir de allí caminando torpemente hasta la altura de la iglesia de San Pedro y San Pablo.

—¿Estás bien? —preguntó Rebeca preocupada en cuanto Gonzalo consiguió alcanzar el nivel de la calle.

—Sí, uff, por suerte al libro parece que no le ha pasado nada —admitió el muchacho sonriendo con su rostro manchado de barro.

—Al libro no pero a ti... —le advirtió Rebeca mientras extraía un pañuelo blanco de algún lugar para limpiar la cara de su querido amigo.

Después de felicitarse entre risas por haber podido solucionar la inesperada contrariedad, Rebeca pidió a Gonzalo que subiese a su casa para que pudiese asearse un poco antes de aparecer de tal guisa en la librería.

El joven aceptó la propuesta.

La tarde invitaba a pasear. Los dos amigos, en vez de tomar el camino directo hasta la empinada cuesta de Gómez, decidieron dar un rodeo por la puerta de Guadix para subir por la cuesta de los Chinos hasta la Alhambra y así alargar el itinerario y poder estar algo más de tiempo juntos.

Gonzalo, animado por poder compartir aquellas horas de la caída del sol con la bella Rebeca, recogió algunos frutos silvestres de los alrededores para ofrecérselos.

La muchacha, entusiasmada, agradeció el gesto con una sonrisa y una bajada de ojos que delataba sus sentimientos más secretos.

Feliz como nunca, Rebeca de Rivera no tardó en romper la suave piel del dulce fruto con sus dientes dejando que el jugo anaranjado inundase su boca.

Gonzalo, impulsado por la sensual imagen y con sus latidos golpeándole en el pecho como una carraca en Jueves Santo, se adelantó un paso y robó un beso de la boca de Rebeca.

La joven, sorprendida, se irguió tensa, quizás asustada. Intentaba comprender por qué le había atemorizado, y sin embargo, gustado tanto, lo que aquel chico acababa de hacer.

«Me ha besado, no he sabido cómo reaccionar. Al principio me sentí morir, después vergüenza y quise huir. No pude volver a mirarle a la cara hasta que alcanzamos la Alhambra, allí él me pidió perdón con su voz temblorosa y yo se lo concedí con la promesa de que no

volviera a hacerlo, promesa que espero no tarde en romper.

Quiero pensar que las cosas son así entre los hombres y las mujeres que se aman...

Pero... ¿en verdad le amo?, ¿es esto amor? Sí, debe tratarse de amor porque no puedo apartarlo de mi mente en ningún momento...»

* * *

Unos golpes acelerados en la puerta de la alcoba sobresaltaron a Anna y despertaron a Julián de su profundo sueño.

—¡Anna, Julián! Abrid la puerta —se escuchó la voz de Margarita de Rivera, nerviosa como si estuviese haciendo un verdadero esfuerzo para no gritar.

—¿Qué ocurre, Margarita? —preguntó Julián mientras se anudaba el cinturón del batín.

—Ha saltado la alarma de la finca. Alguien ha traspasado el perímetro de seguridad...

Anna, asombrada por la noticia, se acercó a ellos.

—Vestíos, deprisa. Debéis salir de aquí cuanto antes —advirtió Margarita.

—¿Salir ahora? No entiendo nada —dijo Julián comenzando a inquietarse.

—Son los sicarios de la hermandad, estoy segura —afirmó Margarita intentando controlar su tono—. La alarma silenciosa ha saltado hace dos minutos en la zona norte. Mis empleados de seguridad han avisado a la policía pero vosotros debéis marcharos de aquí con el libro cuanto antes. Id directamente al aeropuerto. Son las cinco de la madrugada, el avión de Ernesto aún no ha despegado. Le avisaré de que tendrá dos pasajeros más a bordo. Este es el número de mi teléfono particular, llamadme cuando estéis a salvo.

* * *

El Mercedes rojo, apenas abandonó Villa Ephrussi, fue iluminado por los potentes faros de un vehículo que se encontraba oculto en la oscuridad. Julián se supo víctima de una estrategia urdida para sacarlos de allí. Aceleró todo lo que pudo serpenteando por las estrechas calles de Saint-Jean-Cap-Ferrat en dirección al Bulevard que los conectaba con la carretera que debía llevarles a la ciudad. Una vez allí giró a la izquierda y se dirigió en dirección al aeropuerto sin poder quitarse de encima a su perseguidor.

Julián miró por el retrovisor: el Porsche oscuro sin placas de matrícula se pegó peligrosamente a su Mercedes y con una maniobra extrema intentó adelantarle antes de llegar al Puerto Deportivo. Pero Julián no se lo iba a poner fácil por nada del mundo e hizo gala de la misma agresividad en la conducción que su perseguidor obligándole a desistir de su intento.

Julián no conocía la zona y se decidió a usar el GPS para intentar darles esquinazo. A la altura de Villefranche Sur Mer resolvió internarse por las sinuosas carreteras de Mont Boron.

La Avenida de las Hespérides se convirtió en una auténtica pista de pruebas para la amortiguación del sofisticado deportivo que consiguió gestionar la situación de forma asombrosa por encima de los ciento veinte kilómetros por hora. Después, el camino se estrechó angustiosamente. El riesgo aumentaba por momentos al circular por zonas donde encontraron vehículos mal aparcados a ambos lados del camino.

A pesar de la destreza de Julián, los espejos retrovisores del coche sufrieron varios golpes hasta que el de la derecha saltó en pedazos al impactar contra la valla de una obra. Parecía que

habían conseguido poner algo de asfalto entre ellos y el coche negro. Anna aprovechó para pedirle a Julián que buscara un lugar donde ocultarse. Si las indicaciones del GPS eran fiables, un poco más adelante existía una pista forestal que debía llevarles hasta enlazar con el Bulevard Camot. Llegado el momento preciso, Julián giró el volante con decisión bloqueando las ruedas traseras con el freno de mano para que el coche girase sobre sí mismo.

Se internaron por el estrecho camino y al poco redujeron la marcha para que no sufriesen daños los bajos del coche. Tras unos minutos en los que pudieron comprobar que habían perdido a sus perseguidores, recordaron su aventura en los bosques gallegos de unos días atrás y dieron gracias por contar esta vez con un vehículo potente, con la incuestionable ayuda del navegador, y, sobre todo, con la destreza del conductor.

No había duda; por fin habían conseguido librarse de los secuaces de La Hermandad Pitagórica. Aun así, pasaron por la puerta del hotel Negresco a tumba abierta, sin atender a los semáforos intermitentes. Allí quedarían sus equipajes hasta que Margarita los reclamase para enviárselos a Granada.

Cuando llegaron al aeropuerto, un empleado de una compañía española de aerotaxis les recibió anunciándoles que debían embarcar inmediatamente y les acompañó a la carrera hasta la misma terminal.

—La señora De Rivera nos ha pedido un Jet que les lleve a su destino —dijo el mecánico elevando su voz por encima del ruido de las turbinas.

—Pero... ¿y el señor Claret? —preguntó Anna.

—Se marchó hace media hora. Su avión no tenía autonomía suficiente para llegar a Granada. Por suerte llegó ayer este Falcon 2000 desde Frankfurt y hemos tenido el tiempo justo de prepararlo.

El potente reactor tomó velocidad a lo largo de la pista del aeropuerto de Niza. Anna acomodó en su regazo aquel codiciado libro que presuntamente contenía algo más que una antigua historia de amor juvenil.

El sol se elevó sobre la ciudad a la vez que el avión hacia lo propio buscando el rumbo que debía llevarles al sur, muy hacia el sur.

Capítulo 26

—¡Rebeca!... ¡Re... be...ca! —gritó Edith por el hueco de la escalera intentando adivinar dónde estaba su hija. Desde que había conocido unos meses antes al atractivo nieto del librero de la plaza Nueva andaba todo el día soñando más que despierta.

—Isaac, ¿no habrá visto usted a la niña? —preguntó Edith a su suegro desde la puerta del taller mientras este recubría el mástil de uno de sus instrumentos con un diapasón de palosanto de la India ante la atenta mirada de su buen amigo, el también maestro instrumentista Francisco de Palou.

—¡Ay, esta criatura! —exclamó Isaac sin poder retener una sonrisa mientras rememoraba las inolvidables sensaciones de los enamoramientos primerizos—. ¿Has mirado en la azotea, junto al palomar? Hoy hace un buen día y posiblemente esté entretenida allí con algún libro.

La mujer, despotricando acerca de las veleidades de la juventud, se dirigió a las escaleras, se remangó la larga falda y comenzó a ascender por ellas con cierta dificultad.

—¿Cuándo me vas a contar el secreto de tus instrumentos, Isaac? —preguntó Francisco a su amigo, como tantas otras veces, mientras pulsaba la cuerda de un hermosísimo laúd árabe recién terminado.

—Ya sabes que el único secreto es hacerlos con cariño —contestó este.

—Sí, ya, «cariño»... pues te juro por nuestro Señor Jesucristo que yo también pongo en los míos todo el cariño del mundo pero hasta ahora me ha resultado imposible que suenen igual de afinados que los tuyos, te lo aseguro.

Isaac de Rivera sonrió levemente. Sabía que el sonido era una complicada combinación de la morfología del instrumento, del tipo de madera utilizada en su construcción y del tratamiento a la que esta hubiese estado sometida. Recordó que fue el mismísimo Pitágoras quien estudió la relación entre los números y las notas musicales. Se estremeció al retrotraerse al momento de su juventud en el que, aplicando de forma práctica aquellas teorías, descubrió que si reducía a la mitad la longitud de una cuerda obtenía una nota una octava más alta que la anterior. Si la proporción de longitudes era de dos a tres se obtenía una quinta, o una cuarta si la proporción era de tres a cuatro. Sin embargo también era consciente de que lo que distinguía a los maestros artesanos de talento de los que no lo poseían; no era otra cosa que la perfecta resonancia de la caja. Para obtenerla siempre se había considerado afortunado de tener a una nieta tan dotada para el canto como la suya. Cuando las notas más altas de la privilegiada garganta de Rebeca se

acoplaban en la caja del instrumento y resonaban limpiamente sin necesidad de pulsar cuerda alguna, entonces el trabajo estaba acabado.

—No jures por tus dioses, Francisco, que últimamente andan revueltos y no sabemos qué es lo que nos depara el futuro —advirtió Isaac a su amigo con cierta ironía.

—Tienes razón. A propósito, Isaac, corren rumores de que tu nieta se ve con el nieto de Mateo, el librero de plaza Nueva, ¿cierto?

Isaac levantó la vista de su banco de trabajo.

—Cierto es... —dejó el artesano la afirmación en el aire esperando unas palabras de justificación de Francisco de Palou.

—Pues debéis extremar las precauciones. Corre el rumor de que en esa librería se ocultan muchos libros marcados como sacrílegos en el *Index Expurgatorius*...

Isaac ensayó una mueca de disgusto y volvió a su trabajo.

—Primero temimos al «fuego divino» con Loaysa —murmuró el artesano— y ahora volvemos a hacerlo con los despropósitos de Fernando Valdés acerca de los libros heréticos. Pero en verdad te digo, buen amigo, que Mateo Martínez de Saq es, además de castellano viejo, un hombre de mundo bien relacionado en la corte y poco o nada debe temer de estos que se creen «iluminados» por tu santo Señor Jesucristo...

De Palou prefirió no hacer ningún comentario acerca de la irreverencia del viejo Isaac, consciente de que en Granada se les tenía a él y a su familia por falsos conversos.

—Bien, he de marcharme —dijo Palou, quizás incómodo, a la vez que se levantaba de su asiento—. Pero recuerda lo que te he dicho, amigo, no están las cosas para confiarse demasiado.

Isaac levantó su mirada de nuevo y con un gesto mínimo se despidió de su tertulio. Mientras, la delgadísima Rebeca de Rivera, con su larga cabellera oscura caída sobre los hombros, se asomaba al antepecho de la terraza superior del edificio con una paloma blanca en la mano. Imaginaba que aquella podía ser la mensajera que le llevase a su amado Gonzalo noticias de su encierro en la alta torre de aquel castillo asediado por fieros animales sobrenaturales y malvadas brujas, como las que en sus peores pesadillas quemaban los monjes negros de la Inquisición.

Rebeca, entretenida en su juego, había escrito una nota en el extraño lenguaje que Gonzalo le había enseñado. La ató con delicadeza a una pata del asustado pájaro y lo dejó en libertad sobre los tejados.

La paloma, al sentirse libre de su prisión, levantó el vuelo y Rebeca de Rivera se sobrecogió al verla desaparecer por la zona de la plaza Nueva. Pero al poco, cuando ya la creía perdida definitivamente, le pareció descubrirla elevándose hasta alcanzar las laderas del Albaicín, donde refulgiendo como una veloz mariposa de escarcha, terminó por fundirse con el sol de la mañana.

Esa tarde, Rebeca esperó a Gonzalo más de lo habitual leyendo, sin apenas poder concentrarse, los sorprendentes versos de Michel de Notre Dame.

* * *

—Son las tres de la tarde —anunció Julián mirando su reloj nada más bajar del taxi que les había llevado directamente desde el aeropuerto de Granada hasta la Plaza Nueva, por deseo expreso de Anna—. Creo que lo primero es tomar una habitación en cualquier hotel, comer algo y esta tarde, después de descansar, ponernos en contacto con Luis. ¿Qué te parece?

La mujer, ensimismada, intentando imaginar bajo los modernos edificios de su alrededor el paraje que quinientos años antes había servido como escenario a los amores entre Rebeca de Rivera y el joven Gonzalo Martínez de Saq, se dirigió como una autómatas en dirección a la iglesia de Santa Ana.

Julián, sorprendido por la actitud de su compañera, la siguió sin comprender qué es lo que estaba pasando por su mente para que se comportase de aquel modo.

A la altura del pretil que protegía el cauce del Darro Anna se detuvo.

—Julián —llamó la atención de su compañero volviéndose de repente—, ha llegado el momento de que conozcas algo que puede ser muy importante.

—Pues... tú dirás —la invitó Julián a que hablase.

—Este libro contiene una historia sobre unos antepasados de Margarita de Rivera y de Luis Martínez de Saq.

—¿Cómo dices? —la interrumpió extrañado—. ¿Unos antepasados de Margarita y de Luis? ¿Pero no es un libro de música? Explícate un poco más, por favor.

—Sí, efectivamente —confirmó Anna—. Es una partitura de música pero en los márgenes están escritos de puño y letra de la adolescente Rebeca de Rivera los detalles de un romance fechado a finales del siglo XVI que, sospecho, puede tener algo que ver con todo esto. Está escrito a modo de diario, de forma muy segmentada, pero no cuesta imaginar la historia que hay detrás de las noticias que va dosificando la protagonista.

El interés de Julián se despertó cuando su razón terminó por sobreponerse a la primera incredulidad. A partir de ese momento su sofisticado instinto analítico admitió que detrás de aquella noticia podía existir una nueva variante a tener en cuenta en lo que él dio en llamar «la compleja estructura algebraica» de la historia.

—Bien, veamos, Anna —se dispuso a recapitular—, ¿qué es lo que te hace pensar que ese romance puede aportar algo importante a este asunto?

—Sinceramente no lo sé con certeza —admitió—, pero el hecho de que Margarita me pidiera que leyese esa narración antes de seguir adelante con la búsqueda me tiene confundida.

Julián se llevó la mano a la barbilla. Tras unos segundos intentando valorar en qué medida podía afectarles el dato que acababa de conocer, tomó una decisión.

—Bien, creo que tienes razón —admitió finalmente—. Conociendo como conocemos a Margarita de Rivera y sabiendo que no hace nada a la ligera, antes de anunciar a Luis que estamos de vuelta en Granada creo que debemos estar al tanto de lo que contiene ese libro. ¿Te parece bien?

Anna sonrió al sentirse arropada por Julián y, feliz, le besó en los labios de forma profusa como si fuese una adolescente.

Abrazada a él se sintió invadir por el calor de su cuerpo. Ajena a la gente que los rodeaba volvió la vista al raquíptico cauce del río recordando que hacía unas pocas horas estaba admirando el intensísimo azul del Mediterráneo.

Respiró hondo el fragor fresco de las plantas ribereñas y fue consciente de todo lo que le estaba aportando aquella, a priori, disparatada aventura.

Ya no era la misma Anna Elisabeth O'Sullivan que había salido de la residencia de profesores de la Universidad de Granada días antes con destino a Florencia impulsada, quizás, por el último sueño de libertad que quedaba aletargado en su interior. Ni la afanosa estudiante de la UCLA,

siempre esforzándose por apagar con continuos retos académicos un pasado oscuro, detestable, de niña desarraigada por culpa del abandono de su padre y las ligerezas de su madre.

Le había costado media vida conocer a personas auténticas a las que querer y admirar. Amaba a Julián, poseedor de una personalidad llena de contrastes, que lo mismo cruzaba la ciudad en una destartada bicicleta para educar a unos chicos desahuciados, que conducía un superdeportivo a toda velocidad por las estrechísimas calles de una lujosa urbanización de la Costa Azul. Él era aquel hombre sofisticado y bohemio que se balanceaba en el columpio en el que se habían convertido últimamente sus sentimientos.

Había conocido al triste y enigmático Luis Martínez de Saq, con la vida y la salud hipotecadas por entero por sus libros y sus recuerdos. Y estaba Margarita de Rivera, con la que le había bastado compartir unas horas para reconocer en su poderoso y a la vez sensible carácter, a la madre que le hubiese gustado tener. Una madre que habría velado por el sueño de sus hijos como solo una verdadera madre sabe hacerlo.

Se sentía en deuda con ella, con Margarita, y ahora también con Rebeca de Rivera, y con Isaac, y con Edith, y con Mateo, y con Gonzalo...

—Acabo de acordarme de una cosa que nos puede venir de perlas —dijo Julián entusiasmado con la idea de permanecer de incógnito durante unos días en la ciudad—. Hay una persona que nos puede ocultar en su casa mientras desentrañamos el misterio de la *Messe de Notre Dame*. Y además vive muy cerca de aquí, en un viejo palacio del Albaicín. Mi amiga Lucía.

—¿Lucía? —preguntó Anna extrañada.

—Sí, la directora del instituto donde daba clases. Somos amigos desde la infancia, vive aquí al lado, en la cuesta de Santa Inés.

Anna y Julián avanzaron unos pasos por la carrera del Darro hasta alcanzar la esquina de la calle señalada y se internaron en ella.

Apenas caminaron durante unos metros se detuvieron ante una portada plateresca que hablaba de pasados esplendorosos.

—Aquí es —anunció Julián admirando la rica ornamentación del frontispicio.

Anna, completamente sorprendida por las dimensiones y solemnidad del edificio, miró a Julián.

—A ver, ¿estás seguro de que esta es la casa de tu amiga?

—Bueno sí, si no la ha vendido en estos últimos meses —bromeó Julián encogiéndose de hombros.

—¿Pero vive ella sola en este enorme caserón o con su familia? —preguntó Anna sin terminar de asimilar las palabras de Julián.

En ese momento Lucía doblaba la esquina con su cabeza agachada buscando algo en su bolso.

—¿Lucía! —dijo Julián sin esperar a que levantase su vista.

La mujer se detuvo sobresaltada como si hubiese estallado un cohete cerca de ella.

—¿Julián?! —se limitó a decir mientras intentaba reaccionar a la sorpresa.

—Pero... ¡Por dios, dónde has estado! Está media Granada buscándote —reprochó vivamente.

—Venga, cálmate, no te pongas así —intentó tranquilizarla—. Todo tiene una explicación que ya te daré en su momento. Ahora lo que necesitamos es que nos des cuartelillo unos días.

Lucía, recelosa, sin entender qué estaba pasando, miró a Anna durante unos segundos antes de saludarla con un escueto gesto.

—Bien, pasad —ofreció Lucía finalmente mientras abría la puerta con la llave—. Aunque admito que no entiendo nada, Julián. Primero decides largarte a Estados Unidos sin importarte... bueno, nada. Luego me dejas tirada en el instituto, a mí y a todo el personal docente... y a los chicos. No Julián, no entiendo nada de lo que haces y ya tienes una edad...

—Sí, treinta y nueve...

Julián sonrió ampliamente volviendo su mirada hacia Anna mientras avanzaba detrás de Lucía. En ese instante, la directora del instituto se giró con el índice en alto tan de repente que Julián tropezó con ella.

—Pues una cosa te digo para que lo sepas: esta es la última vez que desapareces porque cuando vuelvas no me vas a encontrar.

—¡Vaaaaaaaale! —exclamó Julián sonriendo—. Por cierto, no os he presentado. Ella es Lucía y ella es Anna, mi pareja.

Lucía, antes de acercarse a Anna para sellar el momento con dos besos, todavía asaeteó a Julián con una mirada soslayada.

—Encantada —dijo a Anna—. Perdóname pero no acabo de acostumbrarme a los desplantes de este cenutrio.

—¿Cenutrio? Perdón pero no sé...

—¡Hombre! —dijo Lucía—, cenutrio es sinónimo de hombre.

Una vez en el patio de la casa Lucía ofreció a sus invitados un café.

—Perdona pero aún no hemos comido, acabamos de bajar del avión y...

—¿Del avión? —preguntó Lucía que no salía de su sorpresa—. ¿Pero dónde habéis estado?

—Pues... —retuvo Julián sus palabras mientras miraba a Anna para intentar discernir si era conveniente decirle la verdad a su anfitriona.

—Venimos de Niza —dijo Anna sacando a Julián del aprieto.

—¿De Niza? —volvió a preguntar Lucía aún más extrañada.

—Sí, y antes hemos estado en Galicia, y antes de eso en Florencia...

—¿En Florencia? Bueno, bueno... —movió Lucía la cabeza intentando hacer sitio para albergar las novedades.

—Lucía —intervino Julián—, te prometo que te voy a dar todos los detalles del asunto en el que estamos metidos en cuanto llegue el momento. Ahora necesitamos que nos dejes dormir aquí durante un par de días, ¿podrás hacerlo?

—Sí, ya sé, tu apartamento se quemó...

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Julián extrañado.

—La policía se presentó en el instituto buscándote. Menudo susto me llevé hasta que me aseguraron que no se habían producido daños personales.

—¿La policía? ¿Pero para qué fue a verte a ti la policía?

—Supongo que el inspector estaría intentando localizarte para aclarar qué es lo que había motivado el incendio.

—¿El inspector? ¿Quién, Sarmiento?

—Pues... sí. Ahora que lo dices, sí, Sarmiento. José Sarmiento... me dijo que le llamase Pepe. Un señor muy agradable aunque he de reconocer que algo desaliñado. Eso sí.

Capítulo 27

Las luces que bañaban los muros rojos de la milenaria al-Qala Alhambra eclipsaban con su luminosidad la de todas las estrellas del límpido firmamento granadino.

Anna, asomada al pintoresco mirador del palacio mudéjar de la cuesta de Santa Inés, tuvo que admitir la extraña sensación de volatilidad que aquella contemplación le estaba provocando. Se sentía ligera, dúctil, moldeable como una figura de argamasa muy líquida que se tambaleaba como anticipando un desplome suave, interior, sin estridencias. Tembló, quizás hacía frío en el exterior, pero hechizada por el espectáculo silencioso de la noche no pensó siquiera en regresar dentro.

Los afilados cipreses de la ladera de la Sabika montaban una guardia ancestral y oscura junto a la muralla y por un momento a Anna le pareció transportarse en el tiempo al escuchar el lejano relinchar de un caballo.

—¿Vas a seguir leyendo el libro? —le preguntó Julián mientras se secaba la cabeza con una toalla después de salir de la ducha.

—Sí, debo seguir adelante. Aunque la verdad lo que realmente me gustaría ahora es salir fuera a reconocer los parajes que la joven Rebeca describe en su narración —contestó Anna con la mirada aún fija en las sombras cambiantes del paisaje.

—Como quieras, ahora estamos en el epicentro de la historia —contestó Julián—. Tú decides.

—No, no voy a salir —confirmó Anna girándose sobre sí misma—. Hay un trabajo que hacer y esta misma noche quiero dejarlo resuelto.

Anna extrajo con cuidado la *Messe de Notre Dame* de su estuche y se acomodó frente a un amplio y desgastado escritorio que ocupaba una de las paredes de la habitación que les había proporcionado Lucía.

—Pero al menos cenarás algo, ¿no? —preguntó Julián desde el baño mientras se peinaba hacia atrás con precisión.

—No tengo hambre, hemos almorzado demasiado tarde. Como mucho tomaría algo de fruta.

—¡Hecho! Voy abajo y enseguida te traigo algunas piezas.

Julián terminó de vestirse y sin hacer ruido salió de la habitación mientras Anna, con el libro de nuevo ante ella, se sorprendía por un repentino salto de más de un año en las fechas, hasta el momento consecutivas, de la narración.

«Granada, primero de febrero de 1582.

No sé cómo ha podido ocurrir pero mi vida ha cambiado de repente. Todo comenzó cuando aquellos hombres de la Inquisición entraron en casa y se llevaron a mi abuelo por la fuerza al encontrar el libro de las Profecías. Les dije que era mío, que él no tenía nada que ver, pero no me escucharon.

Mi padre ha vuelto de Sevilla en cuanto ha recibido la carta anunciándole los hechos y ha ido a interceder por él. Gonzalo ha hablado con su abuelo para intentar mediar en el tribunal, para aclararles que ese libro no es impío, pero hasta el momento todo ha sido inútil. No sé qué ocurrirá. Mi abuelo es una persona muy emotiva y un largo encierro puede llegar a desgastar sus cortas fuerzas.»

—Acompáñenos —resonó bronca la voz del alguacil mientras dos de sus guardias tomaban al desconcertado Isaac de Rivera de sus antebrazos.

—Pero, aquí debe haber una confusión —protestó sorprendido el apresado.

—¿Este libro es suyo? —preguntó el alguacil secamente.

Isaac conocía bien la procedencia de aquel libro oscuro que tantas veces había visto en las níveas manos de su nieta. Pero no iba a delatarla ni bajo la más insoportable de las torturas pues sabía que a la Inquisición, una vez que abría sus fauces, solamente se la podía saciar con carne humana para sus martirios.

—Avisa a tu marido y sobre todo cuida de la niña —pidió sereno Isaac a su aterrada nuera justo en el momento en que Rebeca irrumpió en la escena.

—¡Quietos! No os podéis llevar a mi abuelo. Él no ha hecho nada —advirtió la joven elevando imperativamente su voz hacia el alguacil.

—Bien, si él no ha hecho nada —habló este volviéndose hacia Rebeca—, igual sabes tú quién es el dueño de este libro satánico.

Rebeca tomó aire profundamente. Le bastaron los escasos segundos que empleó en ello para saber que a la persona a quien delatase correría la suerte reservada para su abuelo y no se lo pensó dos veces.

—¡Ese libro es mío! —declaró valiente la muchacha.

—¡No, no y no! —gritó Isaac—. Vámonos ya de aquí. Esta chiquilla ha perdido la cabeza, ¿o es que no veis que no sabe ni lo que dice?

El alguacil detuvo la comitiva un momento, se giró completamente e inspeccionó a la hermosa joven de arriba abajo unos segundos durante los cuales se paró el tiempo en aquel amplio zaguán... en toda la casa, en la calle, en los alrededores, incluso podría decirse que se detuvo toda actividad en la bulliciosa ciudad de Granada.

—¡Vámonos! —dijo finalmente el alguacil dando la espalda a la joven que, desgarrada de dolor y bañada en lágrimas, era sujeta férreamente por el abrazo de su madre.

La muchacha se desvaneció en cuanto aquellos hombres salieron de la casa.

Aquella noche Rebeca enfermó al no poder dejar de llorar la infamia de la que había sido objeto toda su familia en la persona de su amado abuelo y se sintió morir mientras vomitaba todo lo que su madre intentaba que comiese.

A los dos días del suceso nadie pudo impedir que Rebeca se levantara de la cama para acompañar a su padre, recién llegado desde Sevilla, hasta la cárcel real para intentar mediar por su abuelo.

Mateo Martínez de Saq y su nieto Gonzalo, muy afectados por las circunstancias, les esperaban ante la espectacular fachada manierista, ya casi finalizada, de la Real Chancillería.

—Siento en el alma lo que está pasando —aseguró el anciano Mateo al padre de Rebeca en cuanto lo abordó tras reconocerle entre la gente—. Esto, sin duda es una confusión que vamos a intentar solucionar hoy mismo, Joven Isaac —aseguró.

—No, ilustre Mateo —intervino el padre de Rebeca—, no me llaméis por mi antiguo nombre. Cuando mi familia abrazó la fe de Cristo pasé a llamarme Pedro de Rivera.

—«Pedro de Rivera...» entiendo —admitió Mateo mientras le instaba a separarse unos pasos de Gonzalo y de Rebeca para exponerle en secreto su plan.

—No tardemos, Pedro —dijo Mateo con su voz acelerada—. Tengo solicitada una entrevista con el alcalde Mayor de Hijosdalgo. Voy a inculparme como verdadero dueño del libro herético cuya posesión ha llevado a vuestro padre a la cárcel. Si lo consigo cabe la posibilidad de conseguir la exculpación real amparándome en mi condición de hidalguía. Por favor, Pedro, te ruego que los chicos no sepan nada hasta que esto esté resuelto.

Pedro de Rivera, impresionado por aquel acto de valentía ofrecido por el anciano, levantó su mirada y descubrió que sus ojos aún irradiaban la fuerte personalidad de aquel viejo amigo de su padre que se marchó a recorrer mundo cuando él apenas era un niño.

—Pero, ilustre Mateo, llegado el caso, ¿seríais capaz de cambiar vuestra vida por la de mi padre?

—La vida y lo que hiciese falta, joven. Estoy en deuda con él. Al fin y al cabo ese libro no debió salir nunca de los sótanos de mi librería. La culpa ha sido mía y solo mía, por lo que te insisto nuevamente: los chicos no deben saber nada de esto.

En ese momento Rebeca y Gonzalo, tras intercambiar unas palabras aceleradas, se acercaron a los dos hombres que decidieron dar por terminada su conversación.

* * *

—Anna, ¿cómo va eso? —preguntó Julián entrando en la habitación con una bandeja de fruta—. ¿Sabes? Mientras estaba en la cocina he estado pensando que las circunstancias han cambiado tan radicalmente que creo que lo más oportuno es que extraigamos el criptograma. Pienso que no deberíamos seguir adelante sin conocer qué oculta el texto cifrado de este libro.

Anna, abandonando la absorbente narración, recapacitó acerca de la propuesta de Julián.

—Sí, creo que después de lo ocurrido es lo más prudente. No obstante, la narración de Rebeca de Rivera me está conmoviendo tanto que me gustaría saber cómo acabó todo.

—Perfecto, cuando tú la termines la leeré yo también. Mientras tanto permíteme que inspeccione el libro.

Anna se apartó del escritorio para dejarle el campo libre a su compañero no sin antes dejar un papel de carta en blanco doblado por la mitad entre las páginas.

Julián se acomodó y, expectante, palpó la zona interior de las gruesas pastas donde en los anteriores volúmenes se encontraba el habitáculo destinado a guardar el secreto cifrado.

Los dedos del matemático recorrieron suavemente el cartón recubierto de tela del interior de libro hasta que pudo localizar la pieza movable de poco más de diez centímetros por ocho que ocultaba el criptograma.

Con un gesto pidió a Anna que le acercase el afilado cuchillo que había subido con la fruta. Usando su filo despegó lentamente la fina tela de seda decorada con descoloridos veros heráldicos.

El forro textil fue separándose de su soporte hasta dejar al descubierto la pieza buscada. En cuanto esta quedó completamente libre del velo que había soportado durante cinco siglos, el circunspecto Julián Pérez Fox respiró hondo.

—Bien, ha llegado el momento —dijo sin girarse hacia Anna.

La punta del cuchillo se introdujo con facilidad, quizás demasiada, en la ranura de la pieza y esta saltó como si un resorte interior la hubiese obligado a ello.

La sorpresa congeló el gesto de Julián y sintió como si acabase de precipitarse hasta el fondo de un profundo barranco de imposible retorno.

—¿Qué ocurre, Julián? —preguntó Anna, extrañada por el silencio y la inmovilidad de su compañero.

Julián se giró en su silla. El poderoso flexo situado sobre el escritorio iluminaba el codiciado tratado impregnándolo de un halo de irrealidad.

—Aquí no hay nada —se limitó a reconocer Julián clavando su mirada en la de ella.

—¿Cómo dices?

—Nada de nada. Compruébalo tú misma —invitó Julián a Anna mientras se levantaba.

Anna, aturdida, se sentó en el lugar que ocupaba Julián y pasó sus largos dedos por la zona que debería haber contenido la última pista acerca del paradero del tesoro colombino.

—Pero... esto no puede ser —dijo presa del desconcierto—. ¿Cómo puede haber desaparecido el último criptograma?

Julián, completamente desorientado, buscó un pitillo en alguna parte, se acercó al mirador, lo abrió, encendió el cigarro y dejó que la suave brisa de los prolegómenos de la noche barriese las hebras del humo que se escapaba por la ventana hacia el exterior.

Ahora se abrían dos posibilidades ante ellos. La desaparición del texto cifrado podía deberse a que en algún momento de la vida de la *Messe de Notre Dame*, alguno de los De Rivera que habían actuado como depositarios hubiese descubierto por casualidad el secreto del libro y extraído el documento sin más contemplación perdiéndose este en la noche de los tiempos. Y la segunda, que Margarita de Rivera fuese la auténtica perpetradora del hecho y la exigencia a Anna de la lectura de la particular historia escrita en los márgenes solo fuese un ardid para ganar el tiempo preciso y urdir un plan de dispersión. Podía ser incluso —se dijeron Anna y Julián sin terminar de asimilarlo—, que el propio asalto nocturno a Villa Ephrussi y la posterior persecución por las calles de Niza, hubiese sido parte de la estrategia trazada por ella para quitarse de encima a la molesta pareja.

«Debemos ponernos en contacto con Margarita de Rivera cuanto antes», dijeron los dos casi solapando sus palabras. Buscaron la nota con el número de teléfono que les había facilitado antes de huir tan precipitadamente de Saint-Jean-Cap-Ferrat sabiendo que, si no atendía a la llamada, podían ir despidiéndose para siempre de conseguir resolver el secreto.

Capítulo 28

La señal de establecimiento de llamada se agotó en un agudo silbido.

Después de intentar comunicar telefónicamente con Villa Ephrussi por cuatro veces consecutivas, Julián miró a Anna y con su gesto le confirmó lo que ambos temían.

Exasperado, colgó el auricular de un golpe, salió fuera de la cabina telefónica y se encendió un cigarrillo.

—Anna, me temo que estamos jodidos, Margarita no contesta —dijo a su compañera mientras exhalaba violentamente una bocanada de humo.

—¿Y qué se te ocurre que podemos hacer ahora? —preguntó ella inquieta.

—Pues la verdad, creo que ha llegado el momento de que nos detengamos a valorar la situación en la que estamos.

Anna, preocupada, se abrazó a Julián. La baja temperatura anticipaba una noche despacible. Estuvieron tentados por un momento de volver a casa de Lucía para intentar que el sueño digiriese su desabrida sensación de fracaso pero no lo hicieron.

Debían pensar en común para procurar anticiparse a los posibles movimientos de todos los actores de aquella enrevesada trama. Sopesaron durante unos minutos varias salidas a la peligrosa situación. Incluso se plantearon el abandono radical de la aventura, apropiarse del resto del dinero que les había facilitado Luis y volver a coger un avión hacia un destino alejado de allí, desconocido, donde nadie les encontrase jamás. Pero no —reconvinieron su primer impulso ante las evidencias—. La hermandad tenía largos y pegajosos tentáculos que no tardarían en volver a enredarse en sus pies cuando menos lo esperasen.

—Creo que de momento no nos queda más remedio que continuar trabajando con la *Messe de Notre Dame* —dijo finalmente Julián—. Confío que esa historia de Rebeca de Rivera, que ya necesito conocer, pueda aportarnos alguna pista para seguir adelante con esto. No se me ocurre otra salida.

Anna se dirigió a uno de los bancos de la Plaza Nueva y tomó asiento. Julián la siguió, le ofreció un cigarrillo y dejaron que el silencio, el vaho y el humo ocupasen el espacio vacío entre los dos cuerpos. Al cabo de unos minutos, Julián pidió a Anna que le contase la parte de la narración contenida entre los pentagramas de la misa que ella ya conocía. Anna se levantó nerviosa y aún necesitó un tiempo muerto para reconocerse entre las ideas inconexas que habitaban su mente. Al poco, ya algo más calmada, propuso a su compañero dar un paseo por la

carrera del Darro.

La trémula profesora comenzó la historia en el mismo momento en que Mateo Martínez de Saq entregó, una mañana de septiembre, el tratado de música al viejo Isaac de Rivera. A partir de ese instante, poco a poco, contruidos por las palabras de Anna, los personajes fueron tomando corporeidad alrededor de los dos caminantes solitarios, como si fuesen espectros encadenados a una maldición que les obligase a poblar aquellos paisajes que los habían contenido tanto tiempo atrás.

La pareja avanzó abrazada, muy despacio, en dirección al museo arqueológico sin seguir, aparentemente, ningún plan previsto. Entreteniéndose en saborear con la mirada los vestigios de viejas arcadas arrinconadas por el empuje agobiante de los días. Restos que bien podían haber arrojado su sombra sobre aquellos dos amantes, casi niños, a los que unió la larga amistad de sus respectivos abuelos.

Subieron hasta San Pedro y buscaron el primer puente que les permitiese cruzar al otro lado del río. Al poco, tomaron el camino de la fuente del Avellano y desde allí continuaron ascendiendo en dirección a las laderas de la Alhambra.

Cuando alcanzaron la cuesta de Gómez, después de una buena caminata, Julián ya conocía el arresto de Isaac de Rivera por el alguacil mayor de la Inquisición y los esfuerzos de su buen amigo Mateo para librarlo de un martirio seguro, si no, de la propia muerte.

* * *

Aquella noche, Julián, incorporado en la cama con la cabeza llena de personajes del presente y del pasado, no pudo dormir intentando dilucidar el papel que habían desempeñado todos y cada uno de los implicados en la búsqueda del tesoro de Colón. Bien desde que a él se le ocurriera poner por primera vez el pie en la librería de la calle Imprenta, interesado en adquirir un simple tratado de matemáticas, o quizás desde mucho antes, desde que el viejo Mateo Martínez de Saq escondiese las tres pistas cifradas en sendos libros que el paso del tiempo se encargó de dispersar geográficamente de forma completamente aleatoria.

Mientras tanto, Anna, acomodada en el escritorio, continuaba impregnándose con la intrigante narración consignada en los intersticios de los pentagramas.

«No puedo asimilarlo. Mateo, que tan amigo se ha proclamado siempre de mi abuelo, no ha hecho apenas nada por sacarlo de la prisión. Nos ha pedido a mi padre y a mí que volvamos a casa tranquilos después de hablar con el alcalde de Hijosdalgo. “Tranquilos”, ha dicho, como si la encarcelación de mi abuelo no fuese un asunto de gravedad. Gonzalo ha intentado justificarlo, nunca hubiese esperado de él que se desentendiera de esa forma de algo que ha propiciado él y su familia...»

El alcalde de Hijosdalgo de la Real Chancillería de Granada llamó aparte a Mateo Martínez de Saq para comunicarle los cargos que la Santa Inquisición había imputado a su amigo, el maestro instrumentista «Pedro» de Rivera.

—Debéis saber, Mateo, que el delito de posesión de libros prohibidos es solo una excusa del Inquisidor para castigar a la familia De Rivera en el cuerpo del anciano. Y es que tenéis que admitir que es sobradamente conocida en toda Granada su condición de falsos conversos.

—¡Pero por nuestro señor Jesucristo, Lope! —interrumpió Mateo—. Cómo es posible que «La Santa» haya puesto sus ojos en una familia como la de Isaac... es decir, de Pedro. Vos debéis interceder por él... no podemos permitir que una absurda ley lo separe de los suyos y nos prive de uno de los miembros más destacados del consejo de la hermandad.

—Mi buen amigo Mateo, yo no puedo hacer nada que no haya intentado ya. No obstante, creedme si os digo que en su caso, el hecho de estar acusado solamente de tener en su poder libros prohibidos, es lo mejor que le puede pasar.

—¿Lo mejor? ¿Qué me queréis decir con eso? —exclamó exaltado.

—Quiero decir, Mateo, que la tenencia de un libro no admitido por la Iglesia es un cargo demasiado inconsistente como para ser enjuiciado y condenado.

—¿Pero, entonces por qué ha sido encarcelado? —preguntó cada vez más confundido.

—Porque hay algo más —confirmó Lope de Estrada.

—¿Algo más? Por favor, ¿no podríais ser más explícito, Lope?

—No, no puedo y os pido perdón por ello. Sabed que el caso está en manos de alguien al que conocéis bien: Hernando de Soto...

—¡Hernando de Soto! —exclamó Mateo sobresaltado—. ¿pero... cuándo ha vuelto ese miserable a la ciudad?

—Desgraciadamente ha sido designado por Gaspar de Quiroga como nuevo Inquisidor de Granada desde que hace unos días nuestro señor Felipe II levantara su exilio.

Mateo Martínez de Saq supo que la vuelta a la ciudad de Hernando de Soto, después de haber sido expulsado por sus probadas extralimitaciones en la aplicación de las leyes, complicaría sobremanera sus negociaciones para conseguir la exclaustación de Isaac de Rivera.

—Amigo Lope, ¿dónde puedo encontrar a Hernando de Soto? —preguntó Mateo al Alcalde de Hijosdalgo que permanecía atento a su reacción detrás de su enorme mesa de despacho.

—¿Qué vais a hacer, Mateo? —inquirió Lope sobresaltado.

—Cuanto esté en mi mano para que no se lleve a cabo una nueva injusticia —contestó rotundo Martínez de Saq.

—Os conozco bien, mi buen amigo. Sé que sois cristiano viejo y que no cejáis fácilmente cuando consideráis que la causa es justa. Pero os advierto que debéis extremar las precauciones con ese hombre; es suspicaz como pocos y no debe sospechar que vuestros vínculos con De Rivera van más allá de una larga amistad con él. ¿Comprendéis lo que os quiero decir?

—Lo comprendo. Decidme dónde puedo encontrar a ese maldito fraile. Os aseguro que el secreto de la existencia de la hermandad no se verá amenazado en ningún momento.

Lope de Estrada y Orozco se levantó titubeante de su sillón y se acercó a un anaquel repleto de legajos encerrados tras un grueso cancel. Una vez allí, sacó una llave de su faltriquera, abrió el mueble y extrajo material de escritura.

—Tomad, Mateo, es un salvoconducto —dijo al poco—. Vuestro amigo... Isaac está en las dependencias de la Santa Inquisición en la placeta de Santiago. Con este documento no debéis tener problema para entrar allí.

Mateo Martínez de Saq leyó las primeras frases escritas por Lope e insinuó con la cabeza un movimiento de conformidad. Después se acercó al corpulento alto funcionario del reino y ambos se fundieron en un estrecho y sincero abrazo.

—Amigo, os deseo toda la suerte del mundo.

* * *

A Mateo le costó un gran esfuerzo convencer a Pedro, el hijo de Isaac, y a su nieta Rebeca para que dejaran aquel asunto en sus manos sin tener que aportarles más explicaciones.

Aquella misma tarde, a la caída del sol, dio a su cochero la dirección de un infame edificio en un lugar apartado de la ciudad cuya sola mención hacía estremecer de espanto a las mismísimas piedras.

Durante el trasiego Mateo no pudo apartar del pensamiento a su amigo. Lo recordó en la puerta de su casa con apenas diez o doce años, afanado en hacer que sonasen afinados los extrañísimos instrumentos que fabricaba con calabazas ahuecadas, ramas secas y tripas de cordero. Y sintió tan vivamente aquellos recuerdos, aquellas gratas sensaciones, que le costó creer que aquel hombre que en toda su vida había hecho mal a nadie estuviese pasando tan terrible trance.

Una vez en la puerta de la prisión, Mateo mostró el salvoconducto a un fraile con la cara deformada por las cicatrices de la viruela, después de que este le interrogase sobre sus intenciones desde detrás de la diminuta ventana practicada en el grueso portalón de entrada.

Por suerte, al cabo de diez minutos de espera el sonido interior de cerrojos le confirmó a Mateo que iba a ser recibido.

El anciano hidalgo recorrió tras el renqueante fraile una tortuosa sucesión de oscuros pasillos, húmedos y malolientes que le recordaron sus tiempos pasados en campañas militares en el norte de Europa.

—Esperad aquí —pidió el fraile en cuanto accedieron a un estrecho gabinete apenas iluminado por la tibia llama de un candil.

Mateo indagó a su alrededor y no halló más asiento que un sillón frailerero al otro lado de una ruda mesa que hacía las veces de escritorio.

No hubo de esperar mucho. En apenas un puñado de minutos escuchó una voz a su espalda dándole la bienvenida a aquella antesala del infierno.

A Mateo Martínez de Saq no le dio tiempo a volverse. Un religioso dominico de mediana estatura, completamente vestido de negro y con una canosa y rala barba, rodeó la mesa y fue a sentarse tras el escritorio.

—Dejad que me presente —dijo el fraile sin ocultar cierto tono de superioridad en su entonación—. Soy Hernando de Soto y, si no me equivoco, creo que me hallo ante el noble Mateo Martínez de Saq. ¿Estoy en lo cierto?

—Estáis en lo cierto —confirmó Mateo bruscamente mirando a los ojos de aquel indeseable que hacía quince años no había dudado en torturar hasta la muerte, amparado en la Pragmática Sanción de 1567, a un grupo de seis niñas moriscas a las que acusó de herejía por practicar ritos propios del mahometanismo, cuando lo único que hicieron fue entonar canciones infantiles en su lengua mientras se encontraban jugando en las cercanías de una iglesia.

El anciano Mateo, como en un chispazo de su adormecida memoria, recordó aquel tiempo en el que el clérigo Pedro de Deza, presidente de la Audiencia de Granada, proclamaba la entrada en vigor del edicto real. A partir de ese momento se suprimieron la mayoría de los derechos de los moriscos y sus haciendas fueron progresivamente embargadas, víctimas de acusaciones

mayoritariamente infundadas. A tanto llegó la presión ejercida por la Inquisición que se produjeron toda suerte de manifestaciones de descontento, propiciando violentas escaramuzas centralizadas principalmente en el populoso barrio del Albaicín. Pero los poderes políticos y religiosos no estaban dispuestos a que aquello se les fuera de las manos y se dispusieron a contrarrestar las voces más reaccionarias de forma bien distinta. Por un lado se encontraba el alcaide mayor de la Alhambra, Iñigo López de Mendoza y Mendoza, tercer marqués de Mondéjar, que optó por la benevolencia para con los insurrectos. Por el otro, un sector despiadado compuesto por el propio Deza y el cardenal Espinosa, que no admitía una pacificación sin un castigo ejemplarizante.

Fue entonces cuando un joven pesquisidor llamado Hernando de Soto fue enviado a Granada desde Toledo para prestar su apoyo en la resolución de las decenas de casos que la Inquisición abría casi a diario.

El joven fraile castellano, de apenas veinte años, no tardó en dar muestras de una dureza de alma nada común, totalmente exenta de la más mínima humanidad. Circunstancia que fue aprovechada por Deza y Espinosa para ponerlo al frente de tribunal creado ex profeso para controlar la situación. De Soto no tardó en extralimitarse de tal forma en sus acciones que comenzó a conocerse con el apelativo de «Fray Falaris», en referencia a una de las máquinas de tortura más terribles de las usadas por él en sus abominables autos de fe públicos perpetrados en la infame placeta de Santiago.

Sin duda, las crueles actuaciones de Hernando de Soto constituyeron uno más de los detonantes del alzamiento que dio en conocerse como la Revuelta de las Alpujarras. Este alzamiento hizo que Felipe II destituyese al indulgente marqués de Mondéjar como capitán general de Granada para entregar el cargo al joven y expeditivo don Juan de Austria.

Con esta destitución, propiciada por las infamias vertidas por Pedro de Deza y el Cardenal Espinosa hacia la persona del alcaide de la Alhambra, se acabaron definitivamente las contemplaciones con los moriscos de Granada. No obstante, Mondéjar, antes de ser relevado de su cargo, puso en conocimiento del rey las terribles prácticas del desquiciado Hernando de Soto y éste fue condenado al exilio por un tiempo no inferior a quince años.

Pero los días habían pasado rápido y aquel monstruo había vuelto por sus fueros. A juzgar por su presuntuosa actitud, para continuar sembrando el terror en el mismo punto en que lo había dejado, pero ahora entre las familias de los cristianos nuevos.

Capítulo 29

Mateo Martínez de Saq miró a su alrededor con altivez mostrando interés por encontrar un asiento que él sabía que no existía. Conocía la forma de tratar al tipo de gente a la que pertenecía el infame esbirro que tenía delante. No hacía falta ser muy lúcido para descubrir, tras el oscuro hábito que lucía, a una persona débil de carácter que necesitaba ampararse en cargos fatuos para inflamarse con el orgullo que los necios buscan incansablemente para sobrevivir a su día a día.

—Caballero De Saq —dijo Hernando de Soto mientras batía palmas para que le trajesen un asiento al ilustre visitante—, perdone mi soberbia pero creo que debo su honrosa visita a la circunstancia de contar entre nuestros detenidos con cierto hereje conocido como Pedro de Rivera, ¿estoy en lo cierto?

Mateo detuvo su mirada en la zona oscura que debían haber ocupado los ojos del fraile y sopésó bien las palabras antes de contestar.

—Hermano De Soto —intervino Mateo sereno—, vos sabéis bien que no podéis acusar a nadie de herejía si no media el preceptivo juicio.

—Lo sé, noble caballero; como sé que gozáis de la amistad de nuestro señor Felipe II y ello os da derecho a que os ofrezca las oportunas respuestas a todas vuestras preguntas acerca de este caso. No obstante —prosiguió De Soto frotándose las manos malévolamente—, me temo que en el caso de Isaac de Rivera...

—¡Pedro!, Pedro de Rivera —interrumpió Mateo categóricamente consciente de que el astuto pesquisidor le estaba tendiendo una sutil trampa.

El fraile dudó un momento.

—Bien, como queráis. A vuestro amigo De Rivera... porque es vuestro amigo, ¿verdad?

Mateo se limitó a asentir con su cabeza mientras agradecía a otro religioso, posando la mano en su hombro, que por fin le hubiese facilitado un lugar donde descansar su fatigada anatomía.

—A vuestro amigo, insisto, se le ha intervenido cierto libro prohibido sobre las visiones proféticas de un nigromante francés. Un tal Michelle de Notre Dame.

—¡Nostradamus! —volvió a interrumpir Mateo.

—Perdón, ¿cómo decís? —preguntó De Soto haciendo ademán de adelantar su oído hacia su interlocutor.

—Pedro de Rivera no tiene nada que ver con ese libro —aseguró Mateo golpeando con su bastón en el desgastado suelo de la sala—. Es de mi propiedad, por lo que exijo que se le ponga

en libertad inmediatamente y si existe algún cargo de herejía se me impute a mí mismo.

—¡Ah, es vuestro el libro! —exclamó el inquisidor con sorna—. No sé por qué, caballero, pero tal afirmación en boca de un bibliófilo como vos no me sorprende en absoluto. Aunque he de confesar que me asombra que penséis que vamos a dejar marchar a un reconocido falso converso así sin más, sobre todo cuando existen cargos de brujería en su contra.

—¿Cómo decís? ¿Brujería? —exclamó Mateo alterado.

Mateo sintió en ese momento cómo el ánimo se le desplomaba al comprender que si aquello que el fraile negro acababa de decir resultaba ser cierto, era razón más que suficiente para someter a su buen amigo Isaac a uno de sus temidos autos de fe, del que muy posiblemente el anciano no saldría vivo.

—¿Os encontráis bien? —preguntó De Soto mientras batía palmas de nuevo.

En ese momento volvió a aparecer en escena el fraile asistente y el inquisidor le pidió agua para su visitante.

Tras unos minutos intentando sobreponerse después de tomar un poco de agua de un sucio cacillo metálico, Mateo por fin logró hilvanar sus pensamientos lo suficiente como para convertirlos en las palabras adecuadas.

—Fray Hernando, permitidme una pregunta —dijo el noble librero.

—Las que necesitéis. Estoy aquí para contestar a lo que preciséis, ya os lo he dicho.

—¿Podéis explicarme en qué consisten esas acusaciones de brujería vertidas sobre Pedro de Rivera?

El fraile quedó circunspecto mirando al frente. Mateo pensó que no obtendría respuesta alguna y el inquisidor se limitaría a dar por concluida la entrevista en cualquier momento.

—Si os encontráis mejor me gustaría que me acompañaseis —dijo De Soto al poco sorprendiendo a De Saq en el momento en que este se disponía a tomar otro sorbo de agua.

Mateo no dudó un momento, dejó el cacillo sobre la mesa y se levantó con cierto esfuerzo. Después tomó algo de tiempo para obligar a su cuerpo a erguirse por completo ayudándose con su bastón de caña de bambú y se dispuso a seguir de cerca al desaseado fraile por los nauseabundos pasillos de la cárcel.

En su trasiego cruzaron ante un buen número de celdas ocupadas por grupos de condenados entre los que, no supo si por suerte o por desgracia, no pudo reconocer a su buen amigo Isaac.

Al cabo de un par de minutos subieron por unas empinadas escaleras semicirculares a la segunda planta del edificio.

Durante el ascenso, Mateo pudo ver por las estrechas troneras de lo que en un tiempo no demasiado lejano había sido una fortaleza defensiva adosada a la muralla de la ciudad, como la tarde ya había dado paso a la oscuridad de la noche.

El fraile, una vez alcanzado el piso superior, avivó la llama de un pesado farol de hierro, lo levantó a media altura por delante suya con la ayuda de una barra, e invitó a Mateo a continuar avanzando un poco más por la gélida galería.

Al cabo de un buen trecho en el que sucedieron varios giros, se detuvo ante una puerta cerrada con dos gruesos candados. Tomó una gavilla de llaves que portaba ensartadas en un aro de hierro y hurgó los candados hasta conseguir que se abrieran.

—Pasad, os lo suplico —pidió De Soto a Mateo con tanta reverencia que le hizo dudar de su espontaneidad—. Pero antes debo advertiros que os encontráis en uno de los lugares más

ominosos de toda Granada. Aquí dentro están custodiados todos los objetos diabólicos incautados a los adoradores de Satanás que usaban en sus ritos. Tomad —dijo el fraile extrayendo algo de la bolsa delantera de su hábito—, colgaos este *lignum crucis* de Santo Toribio de Liébana al cuello, es lo único que nos mantiene aquí dentro a salvo de la influencia del Maligno.

Mateo, disimulando un gesto de aprensión, tomó el pretendido fragmento de la cruz de Jesucristo en su mano derecha y continuó caminando unos metros tras el fraile. Intentando comprender qué hacían allí varios calderos, ollas, jofainas... un buen número de menorás, cuchillos de diferentes tamaños y morfologías, un hermoso arcón revestido de cuero decorado con motivos astrológicos, hachones, libros, muchos libros, una cabeza de carnero disecada con los ojos blancos que, ciertamente, su desagradable aspecto hizo que Mateo apretase su *lignum crucis* en la mano. Pero lo que más le impresionó fue la poderosa figura de bronce de un toro a tamaño natural que ocupaba el centro de la enorme cámara de los horrores.

Aquello, sin duda alguna, se trataba de una de las mayores abominaciones creadas por el hombre: el toro de Falaris, el atroz instrumento de tortura con el que los verdugos inquisitoriales literalmente «asaban» a los reos. Los introducían dentro de la hueca figura por una trampilla practicada en uno de sus costados para, posteriormente, encender bajo el vientre una gran hoguera que hacía gritar a los torturados, de tal modo que parecía que eran los bramidos del propio toro lo que salía por una oquedad practicada en la boca de la figura.

No fueron pocos los acusados de brujería que perecieron de aquella forma bajo la supervisión del sádico Hernando de Soto. Tantos fueron que el odiado religioso se hizo acreedor, por derecho propio, a su patibulario sobrenombre de Fray Falaris.

Tras un corto trasiego, el fraile se detuvo ante una mesa atestada de objetos inverosímiles. Tomó algo en sus manos y se giró en redondo con una rancia sonrisa en sus agrietados labios.

—Y bien, ilustrísima, ¿lo reconocéis?

Mateo, sorprendido al encontrarse frente a frente con uno de los magistrales laúdes de su amigo Isaac, no pudo reprimir un comentario sarcástico.

—Eso es un laúd, un hermoso e «inofensivo» laúd —intensificó Mateo la intención que se escondía detrás de sus palabras—. Muy posiblemente obra del mejor instrumentista del reino: Pedro de Rivera.

De Soto acentuó tanto su sonrisa que la deformidad que imprimió a su gesto recordó a Mateo los rostros distorsionados que pintaba Hieronymus Bosch, su pintor favorito, en sus cuadros más grotescos.

—No, estáis confundido —exclamó el fraile—. Este no es un instrumento cualquiera, como ahora podréis comprobar. Quiero que sepáis que hace unos días un buen cristiano, maestro instrumentista como vuestro amigo Pedro de Rivera, entregó en el más absoluto de los secretos este endemoniado instrumento para nuestro análisis.

—¿Y bien? —interrumpió Mateo al borde de la exasperación sin comprender a dónde quería llegar De Soto.

—Venid, venid conmigo —invitó el fraile a Mateo para que le acompañase junto a una ventana.

El fraile recorrió el pestillo de los postigos y los abrió de par en par sobre la oscuridad de la vega granadina.

—Escuchad ahora...

El sobreexcitado religioso pulsó una cuerda del laúd con tal limpieza que hasta el propio Mateo, que llevaba décadas sin escuchar el sonido de los instrumentos que salían de las manos de Isaac, quedó sobrecogido al identificar en la vibración de aquel laúd árabe una nota tan cristalina, tan bellísima que casi podía pasar por sobrenatural por todo lo que de voz humana albergaba.

Luego, una tras otra, las cuerdas fueron emitiendo su propio sonido superponiéndose sobre sí mismas. Y aunque De Soto, aquel oscuro engendro de la raza humana, nunca había conocido los placeres de la música, pareció salir de sus dedos un canto prístino, virginal, que por alguna razón que Mateo no quiso explicarse, tanto le recordó a la hermosa voz de Rebeca de Rivera.

—¿Y bien?, ¿qué me decís ahora? ¿Es o no un ardid del demonio encerrar la voz de un ángel en esta patética caja? ¿Quién si no un experimentado brujo es capaz de esta inmoralidad? ¿Cuáles son sus intenciones al hacerlo? Bien, yo os lo diré: obnubilar el pensamiento de los buenos creyentes para apartarlos de la fe de Cristo, de la castidad, y arrastrarlos hacia el pecado capital de la carne, hacia la depravación..

—¡Estáis loco! —volvió a interrumpir en voz alta y clara el desconcertado Mateo.

—¿Cómo decís? —preguntó trabajosamente el fraile con su boca inundada por su propia saliva.

Mateo buscó un lugar para sentarse. Su precario estado de salud se había visto fuertemente debilitado por la continuada tensión emocional a la que se había visto sometido y ya no podía aguantar en pie ni un minuto más.

El fraile, mientras se limpiaba con la bocamanga de su hábito el exceso de salivación que le había producido la música, se volvió desafiante hacia el lugar que había ocupado Mateo.

—Tened mucho cuidado, Martínez de Saq —dijo De Soto señalando a Mateo con un índice acusador—. Aunque llevéis a honra vuestra limpieza de sangre, os aseguro que puedo identificar los entronques de vuestra familia con el más perverso y ruin mahometanismo.

Mateo sintió cómo se inflamaba algo en su interior al escuchar aquellas palabras. Antes de pedir una oportuna explicación a la aseveración del inquisidor, se entretuvo en secarse el sudor de la frente con su pañuelo para intentar acomodar debidamente los pensamientos.

—¿A dónde queréis llegar, Fray Falaris? —no pudo evitar finalmente usar el sobrenombre del inmisericorde verdugo.

Hernando de Soto dejó el laúd en el lugar del que lo había tomado, no sin antes acariciar disimuladamente la tersura de su madera. Después caminó lentamente hasta situarse a la altura de Mateo.

—Pues... si a vos le place, podemos llegar hasta un descendiente directo de los primeros infieles que pusieron su pie en la península y que forma parte del pasado de vuestra familia.

—No sé de qué me habláis —aseguró Mateo mientras un escalofrío recorría su espina dorsal.

—¿Reconocéis el nombre de Martín de Loxa?

—Efectivamente, Martín de Loxa es antepasado mío —admitió Mateo intentando preservar su dignidad de la insidia contenida en las palabras de Fray Falaris—. Y por eso mismo os prevengo de que estáis hablando de un buen cristiano. Así que si tenéis alguna información que contradiga mis palabras os aconsejo que antes de verter infamias contra mi familia os hagáis con pruebas fehacientes.

—Puede que lo haga... —dijo el fraile indicándole la salida a su visitante.

—¡Pues hacedlo, Fray Falaris! —retó Mateo Martínez de Saq a Hernando de Soto con una voz

que resonó entre las gruesas paredes durante largo rato.

De camino a la entrada, Mateo no pudo reprimir golpear con su bastón el torso del oscuro toro de bronce. En ese momento la trampilla practicada en el vientre de la figura emitió un agudo quejido al abrirse de forma violenta. Inmediatamente los restos carbonizados de un cuerpo humano cayeron al suelo.

El fraile, que portaba el farol de hierro frente a él, se volvió. Detuvo su mirada sobre los despojos y así la mantuvo hasta que la nube de polvo negro que se había levantado terminó por dispersarse. Luego, volviéndose hacia Mateo, clavó su mirada en los ojos del anciano.

—Sí, caballero De Saq, no sé por qué pero hay algo que me dice que pronto nos volveremos a ver.

Capítulo 30

La noche avanzaba lenta y silenciosa para Anna Elisabeth O'Sullivan, a la que solo las estridencias de la historia contenida en la narración de Rebeca de Rivera logran sobresaltar cada cierto tiempo.

Llegó un momento en que la joven profesora, vencida por el cansancio, levantó su mirada del libro y se frotó los párpados. Interrogó las manecillas del apolillado reloj de pared, cuyo péndulo, dorado en otros tiempos, cabeceaba de un lado para otro como el cuerpo de un desdichado que acabase de cumplir en la horca la pena capital.

Anna sintió una leve compresión en su pecho al creerse, víctima de un destello de su fantasía, atrapada en las oscuras fauces inquisitoriales del terrible Hernando de Soto. Le resultaba imposible asimilar tanta maldad en el corazón de un religioso. Sin embargo no le había costado demasiado esfuerzo imaginar al notable Mateo Martínez de Saq, ya esclavo de su ancianidad, deshecho como un juguete roto por la insidia vertida contra él y su familia por el desequilibrado fraile.

Tenía la boca seca, la espalda cansada y los ojos, por culpa de tan morosa luz, enrojecidos hasta el escozor.

Anna cerró el libro y se levantó. Apenas conocía la casa pero necesitaba desentumecerse un poco y tomar algún tipo de líquido que calmase los efectos de su prolongada vigilia.

Miró a su compañero descansando con la placidez de un niño y no se entretuvo más. Abrió despacio la pesada puerta del dormitorio y se decidió a bajar en dirección a la zona donde imaginaba que se encontraría la cocina de la casa.

Eran las cinco menos cuarto de la madrugada. Todo debía mostrar la quietud esperada a esas horas. Así fue durante el tiempo que Anna tardó en recorrer el corto camino que separaba la puerta de su alcoba del rellano de la escalera. Pero antes de poner un pie en ella algo inesperado llamó su atención.

Como una ágil pincelada, absolutamente negra trazándose rápida sobre un lienzo manchado de gris, la sorprendida americana creyó ver una especie de sombra huidiza que recorrió en diagonal acompañada por un rumor sordo, todo el amplio patio del caserón.

Quizás fue un engaño de sus percepciones obturadas por el esfuerzo, puede que un reflejo inoportuno implantado desde el exterior a través de alguna ventana mal cerrada, o una proyección de la luna descendiendo entre los tragaluces que cerraban la zona a la intemperie noctámbula.

La bella americana, solo arropada por el finísimo salto de cama que le había quedado como único recuerdo de su estancia en Villa Ephrussi, esperó a estar segura de que aquella sombra no suponía amenaza alguna antes de decidirse a bajar.

No hubo de esperar mucho. De pronto volvió a verla. Se mostró a la inversa de como lo había hecho antes, esta vez rodeando despacio la fuente que marcaba el centro del patio porticado hasta ir a detenerse bajo unas arcadas que mostraban el inicio de una galería que se perdía en la oscuridad.

Anna, sin poder apartar su vista de la figura, notó cómo el corazón le saltaba en el pecho temiendo que los secuaces de La Hermandad Pitagórica acabaran de tomar la casa por asalto. ¿Qué debía hacer? ¿Gritar? ¿Despertar a Julián para ponerlo en guardia? En ese instante descubrió que el miedo había secuestrado su voz y paralizado sus movimientos.

Su vista, clavada en la figura como presa de la hipnosis, le reveló que aquella forma, indudablemente humana, irradiaba un leve fulgor ambarino, como si estuviese iluminada por una pequeña llama titubeante que proviniese de algún lugar muy apegado a su cuerpo.

Inesperadamente la sombra se volvió hacia ella, puede que al sentirse observada, y pudo identificar el semblante nacarado de la dueña de la casa dedicándole la mejor de sus sonrisas.

Anna, ya más calmada, se llevó la mano al pecho y exhaló todo el aire que se había estancado en sus pulmones. Ya sin la presión del temor comprobó que había recuperado el control de sus movimientos.

La luz de la luna, que hasta ese instante había estado tapada a intervalos desiguales por las nubes de la madrugada, decidió deshacerse completamente de sus veladuras para mostrarle el camino que debía seguir hasta encontrarse con su anfitriona.

—Perdona Lucía —dijo Anna desde la distancia—, necesito tomar un poco de agua. Llevo toda la madrugada leyendo y te confieso que ya no me quedan fuerzas.

Comenzó a descender por las escaleras con su extrañeza creciendo por el descortés silencio en el que permanecía su interlocutora. Al alcanzar su altura detuvo precavida el avance.

Aquella mujer no era Lucía. Era alta, al menos una decena de centímetros más que ella, y muy delgada, según la impresión que recibió al descubrir su desnudez tras ser atravesado su etéreo camisón, tan similar al suyo, por una tenue luz tan horizontal como imposible en aquellas circunstancias.

La mujer volvió de nuevo el rostro hacia Anna y sin manifestar sorpresa alguna le pidió silencio llevándose el índice a los labios. No, definitivamente aquella joven de aññados rasgos faciales y mirada perdida más allá de la presencia de la propia Anna, no se parecía en nada a Lucía. De pronto, la visitante nocturna le dio la espalda como si algo la hubiese puesto en guardia. Con un gesto de su mano le pidió que la acompañase antes de iniciar una rápida huida hasta perderse por la galería del fondo.

Anna no creía en fantasmas y estaba completamente convencida de no estar soñando. Aquella mujer era tan real como ella misma, no le cupo duda alguna, por lo que se decidió a descubrir qué era lo que se ocultaba tras aquel inesperado encuentro.

Resuelta, buscó sobre los muebles que decoraban el corredor algo que le sirviera para alumbrarse. Halló sobre una vieja mesa de madera ennegrecida un antiguo farol con una vela de buen grosor en su palmatoria que mostraba todo el aspecto de haber sido recién apagada. Junto al farol había una caja de cerillas con un único fósforo en su interior.

Anna no tardó en usarlo. Encendió el farol y se dispuso a adentrarse por la galería llevada por una determinación como pocas veces había sentido.

Avanzó despacio, con precaución, por donde había desaparecido la desconocida. Estaba descalza. Le complacía moverse así cuando se encontraba en casa, pero esta vez el suelo le pareció de un frío tan insoportable que se sintió como caminando sobre una capa de hielo y decidió acelerar el paso. El pasillo, después de girar dos veces hacia la derecha, desembocó en una escalera semicircular que se hundía bajo el nivel de la planta baja.

Al llegar al final de la escalera, Anna se encontró en una amplia cámara hexagonal completamente desnuda de todo mobiliario, levantada con recias paredes de piedra franca donde habían sido cegados varios tragaluces altos. Aquello parecía el interior de una fortaleza —se dijo—. Tal vez lo fue en el pasado.

La joven norteamericana, sobrecogida por la contemplación de aquel espacio y el recuerdo de la imagen de su perseguida, tuvo conciencia de sí misma ataviada como una sensual aparición que marcara el epicentro de una historia del mejor estilo gótico. Movi6 el farol de un lado a otro y descubrió varias cadenas fuertemente ancladas a la pared de las que pendían gruesas argollas de hierro. Sospechó que se encontraba en un lugar que en otros tiempos se había usado como mazmorra.

En ese instante escuchó un leve susurro a su espalda que se le antojó como el crepitar de unos acartonados ropajes al moverse. Se sobresaltó e intentó girarse; y lo habría conseguido si no hubiese sentido una poderosa fuerza que, adosada fuertemente a su cuerpo por detrás, la inmovilizó férreamente.

Aterrorizada, intentó revolverse con toda su determinación contra aquella masa eléctrica llena de manos y ojos y piernas y cabezas y serpientes... Se agitó cuanto pudo pero no tardó en comprender que todo lo que intentase para zafarse de aquella fuerza tan descomunal como pegajosa resultaría inútil.

Así, Anna, humillada por la aplastante losa del miedo, decidió apretar los dientes y dejarse llevar por las circunstancias. Hubiese querido tener la capacidad de bloquear los sentidos para no percibir aquellas vaharadas de alientos nauseabundos que la dejaron al borde del v6mito. Ni ser consciente de aquella presión sádica que unas manos huesudas ejercían sobre sus pechos. Ni tener constancia de las decenas de lenguas, que como resbaladizos gusanos, estaban consumando la violación sistemática de todos los rincones de su cuerpo después de haberla aplastado, como a un insecto, contra la dura pared de la celda.

Pasaron los segundos, hirientes como metralla, hasta que Anna, vencida por la impotencia, cerró los ojos y se abandonó a la piadosa nada.

* * *

—Ha sido solo un sueño, un mal sueño —le dijo Julián al oído ante la atenta mirada de Lucía mientras le acercaba un vaso con agua para que bebiese un poco.

A Anna, completamente agotada por lo que acababa de experimentar, le costaba un verdadero esfuerzo pronunciar palabra alguna. Aún así fue capaz de contar a Julián y a Lucía los detalles más desconcertantes de su terrorífico encuentro nocturno. Se resistía a considerarse sonámbula y a admitir que había sido víctima de una simple pesadilla. En cuanto pudo reponerse lo suficiente

pidió a la dueña de la casa que le mostrase el lugar donde, según sus recuerdos, había sucedido todo.

Anna fue llevada por Lucía hasta donde le indicó y descubrió que allí no existía ni corredor ni escalera alguna. Ni siquiera una posible solución de continuidad que les pudiese conducir a algún lugar en los sótanos del edificio, de haber existido estos, sino una pequeña habitación usada antaño como aula ocasional.

—Perdóname, Lucía —se disculpó Anna aún trémula—, pero ha sido todo tan vívido, tan... auténtico que me cuesta creer que no haya sucedido realmente.

—No te preocupes —la consoló Lucía—, esas cosas suelen pasar cuando una está demasiado cansada. A veces los sentidos dejan de estar en guardia y mezclan en nuestra mente sensaciones de realidad y de ensoñación, y más si tenemos en cuenta que no estás acostumbrada a vivir en una casa como esta.

A Lucía la visión de aquella sala donde Julián le impartió sus primeras clases de inglés la retrotrajo a la niñez. A aquel tiempo en que la enorme casa daba cobijo a tres generaciones de su familia. Quedaba tanto espacio que las amplias habitaciones de la planta baja fueron convertidas en oficinas en las que su abuelo instaló su bulliciosa notaría que con el tiempo continuaría su padre convirtiéndola en una de las más importantes de la capital. Era tal el trasiego de personas que incluso hubo de abrirse una puerta en la fachada posterior para poder procurar algo de intimidad a las familias que allí habitaban.

Pero aquello había pasado demasiado rápido —se lamentó Lucía—. Los alborotos, los juegos, las prisas para llegar a tiempo al colegio y luego al instituto... Todo se había ido disolviendo en la memoria como el azúcar en un vaso de café, girando y girando hasta que incluso aquel negocio familiar, como tantas otras cosas, terminó perdiéndose definitivamente al no encontrar continuación ni en Lucía ni en ninguno de sus cuatro hermanos que acabaron diseminándose por Europa y Estados Unidos en pos de sus propios sueños.

La casa, desde que sus padres se marcharon para siempre con una diferencia de apenas un par de meses, se había poblado de espíritus, no como el que Anna —aquella hermosa yanqui que había robado el corazón a Julián— aseguraba haber visto sino de los otros. De esos espectros amables y gratificantes que suelen permanecer en los lugares disfrazados de un olor, de un roce, de un sonido, de un palpito quizás.

—Perdona que insista, Lucía —dijo Anna sacando a la anfitriona de su ensimismamiento—, pero es que tengo la impresión de que sería capaz de reconstruir todo lo que pasó anoche segundo a segundo. ¿Seguro que no hay sótanos en esta casa?

—No, te aseguro que ni los hay ni los ha habido nunca —le dijo Lucía—. Creo que lo mejor es que empieces a olvidarlo todo lo antes posible.

Lucía quedó pensativa un momento. Luego tomó a Anna del brazo y la invitó a acompañarla escaleras arriba.

Después de alcanzar la última planta de la casa, accedieron a una terraza mirador prácticamente colonizada por las palomas desde donde se dominaba gran parte del conjunto de edificios de la Alhambra.

Anna, acariciada por el claro sol de la mañana, se sintió bien. Quizás un baño de una realidad como aquella era lo que necesitaba para terminar de deshacer los posos de la oscura experiencia que la pesadilla había dejado grabada en su memoria.

Las dos mujeres permanecieron en silencio durante unos minutos contemplando el paisaje hasta que Lucía se decidió a romper el silencio.

—Anna, quiero confesarte una cosa que creo que deberías saber —le dijo sin apartar su vista de la calle—. Es algo muy importante para mí que tiene que ver con Julián.

—¿Con Julián? —preguntó Anna girando su mirada para buscar la de Lucía sin llegar a encontrarla.

—Sí, con Julián —le confirmó—. Creo que ya sabes que somos amigos de la niñez. Espero que te haya contado al menos ese dato, aunque conociendo cómo es igual no sabes ni eso...

—Sí, sí que me lo ha contado. Cuando me propuso que nos alojásemos en tu casa algo me contó...

—Pues verás, conocí a Julián cuando yo era una niña de apenas diez años. Él tenía catorce, ya mostraba unas extraordinarias dotes para el estudio y era un chico muy atractivo... La verdad es que era rematadamente atractivo. Sinceramente, creo que me enamoré de él nada más verlo.

—¿Estuviste enamorada de Julián cuando eras niña? —interrumpió Anna sorprendida por la noticia. Lucía evitó salirse de la línea que había comenzado a trazar con su diálogo.

—Nuestras madres eran muy amigas en aquel tiempo y propiciaron una serie de encuentros que se prolongaron durante tres años con la excusa de las clases de inglés que Julián me impartía. Con el tiempo me enteré de que estábamos siendo víctimas de un ardid para que nos encariñásemos mutuamente con la esperanza de que algún día decidiéramos formar pareja.

Lucía hizo una pausa en la que una leve sonrisa delató la bondad de sus recuerdos. Anna, sin embargo, tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para reprimir el caudal de preguntas que se estaban estancando en su cabeza y decidió formular, de momento, solo una.

—Perdóname si soy indiscreta, pero... ¿llegasteis alguna vez a ser pareja?

Lucía esta vez sí miró a los ojos de Anna y no pudo impedir que su expresión la delatase.

—Lo siento —se excusó Anna—. Sigues enamorada de él, ¿verdad?

Lucía se volvió hacia el paisaje e inspiró hondo varias veces antes de hablar.

—Es fácil entrar en el amor pero muy difícil salir de él. Mi historia con Julián siempre ha estado coja. Él nunca ha querido dejar de verme como a aquella niña pequeña a la que se le salían los ojos de la cara cada vez que lo veía aparecer por mi casa.

Anna, enternecida por la historia, intentó pasar su brazo por la espalda de Lucía, quizás sintiéndose culpable de alguna forma por disfrutar del amor del hombre que la dulce Lucía llevaba amando toda su vida.

—¡No! Perdóname —reaccionó Lucía inesperadamente, y se volvió hasta quedar frente a Anna—. Si te cuento esto es porque quiero de ti algo que de él sé que no voy a conseguir.

Anna retiró su brazo y Lucía, para que su reacción no fuese motivo de confusión, no tardó en tomarla de las dos manos en un evidente gesto de confianza.

—Pues cuenta con ello si está en mi mano.

—Tengo miedo por lo que os pueda pasar —confesó Lucía después de agradecer el gesto de su invitada—. Julián siempre ha sido un hombre que no ha temido al riesgo, no conoce lo que es el miedo, y temo que cualquier día sus aventuras le puedan acarrear algún disgusto. Hace poco se presentó en el instituto con una herida en el cuello que intentó justificar con un accidente doméstico. Luego se despidió como si el trabajo que había estado desempeñando durante cinco años no le importase nada. Después pasó lo del incendio de su apartamento seguido de la visita de

aquél policía mientras vosotros estabais saltando de país en país, y ahora venís aquí como si os estuviésteis escondiendo de alguien. Anna, creo que son pruebas más que suficientes para sospechar que estáis metidos en algo peligroso y eso es precisamente lo que necesito que me aclares.

—Te comprendo, Lucía —admitió Anna intentando tomar su tiempo para elaborar una historia medianamente creíble que le evitase tener que confesar a Lucía toda la verdad de lo que estaba pasando—. Es un asunto bastante complejo, como tú ya has adivinado, pero no te puedo desvelar todos los detalles en este momento hasta que no hayamos sido capaces de completar nuestro trabajo. Espero que puedas comprenderme.

—Bien, Anna, te comprendo —admitió Lucía—. Pero en confianza, me gustaría conocer algo más, solo hasta donde consideres oportuno contarme. Necesito saber al menos que vuestras vidas no están en peligro.

Anna rió moderadamente para restar importancia a las suposiciones de Lucía. Convirtió la historia de la búsqueda del tesoro de Colón en una inofensiva investigación científica. Le habló del seguimiento de diversas pistas para desentrañar el paradero de unos «vestigios arqueológicos» que podrían modificar la historia oficial acerca del descubrimiento de América.

Lucía dijo comprender la importancia del trabajo que estaban llevando a cabo pero algo no terminaba de encajarle.

—Pero Anna, me hablas de una investigación histórica, sin embargo ninguno de los dos sois historiadores...

Anna urdió una respuesta de urgencia que bien poco se apartaba de la realidad.

—Sí, tienes razón, Lucía, pero las pistas principales que debemos seguir para alcanzar nuestro objetivo están cifradas.

—¿Cifradas? —preguntó Lucía sorprendida.

—Sí, con un algoritmo de cifrado que hace siglos cayó en desuso. Ese es nuestro cometido en todo esto: obtener las claves y descifrar tres documentos cifrados de finales del siglo XVI.

—Pero... —dudó Lucía—, ¿y la herida de Julián?, ¿y el incendio de su apartamento?

—Casualidades —contestó Anna consciente de que ocultar esa parte de la verdad era la mejor forma de mantener a Lucía al margen de todo aquello—. Te aseguro que son simples y desgraciadas casualidades.

Capítulo 31

Anna, por más que lo intentaba, no podía concentrarse en la historia contenida en la *Messe de Notre Dame* después de lo sucedido aquella madrugada y la posterior conversación con Lucía.

Su perspectiva de la situación había girado hacia un nuevo punto de vista. No supo a ciencia cierta si se debía al encuentro con el presunto espectro de la propia Rebeca de Rivera —cada vez estaba más convencida de ello— o por la confesión de la amiga de Julián acerca de sus sentimientos hacia él.

Anna ojeó las páginas que aún le quedaban por leer. No eran demasiadas, apenas una veintena, pero los párrafos en los que estaba segmentado el relato se duplicaban y a veces hasta se triplicaban en cada una de ellas.

No debía perder tiempo, se dijo convencida. Puso en conocimiento de Julián su intención de no cejar en su empeño hasta el final y le pidió que le facilitara las cosas en la medida de lo posible.

Lucía, consciente del trabajo que le esperaba a su invitada, se sintió en la obligación de ofrecerle un lugar en la biblioteca de la casa para que se sintiese lo más cómoda posible.

Así Anna comió frugalmente a mediodía y, tras disipar los últimos posos de confusión que aún flotaban en su memoria, ocupó el lugar de lectura brindado y volvió a sumergirse en los luctuosos sucesos narrados por la más joven de la familia De Rivera.

«Gonzalo me ha confesado que Mateo ha descubierto el paradero de mi abuelo. Se encuentra en las mazmorras de la Inquisición de la placeta de Santiago. Mi padre ha partido para Sevilla de forma apresurada para solicitar la intercesión de su mentor, el músico Francisco Guerrero, que goza de muy buenas relaciones con la curia. Mi madre ha perdido la fuerza necesaria para enfrentarse a esto pero yo no puedo quedarme de brazos cruzados. Y no lo voy a hacer».

Pocas veces hubo una noche más oscura sobre Granada como la de aquel jueves de septiembre de 1583.

Apenas el cochero dio la voz de marcha a los caballos del carruaje que transportaba a Mateo Martínez de Saq, una sombra de mujer embozada en una amplia capa gris como la ceniza cruzó aceleradamente hasta el portón que acababa de cerrarse.

—¡Por la fe de Cristo! —exclamó una voz escarnecida desde el otro lado del portalón al

escuchar los insistentes aldabonazos.

Después de unos segundos, la estrecha mirilla de la puerta se volvió a abrir por segunda vez aquella noche. El hermano portero, sorprendido al descubrir ante él a la hermosa mujer que había interrumpido su retirada, moderó la entonación de sus palabras.

—¿Qué puede querer de la Santa Inquisición una joven como vos, y a estas horas? —la interpeló el fraile.

La muchacha había urdido bien su plan. Estaba segura de que a aquella fortaleza solo podían acceder, aparte de los propios religiosos afectos al tribunal, dos tipos de personas: los acusados y los acusadores, por lo que de nada le hubiese servido confesar al guardián de las puertas el verdadero motivo que la había llevado allí.

—Tengo información muy importante sobre un hereje, hermano.

El fraile hizo un corto silencio que rompió al cabo de unos segundos con un comentario sarcástico.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo una joven tan primorosa como vos ha podido conocer tan importante información? Decidme, os lo ruego.

Rebeca estaba preparada para algo así y sin mediar titubeo alguno dijo con afectación preconcebida las palabras que llevaba preparadas para ese momento.

—¡Brujería! ¡Gallos negros! ¡Decapitados! He visto a alguien beber sangre y escupirla sobre un crucifijo invertido.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó el fraile presa del espanto al escuchar aquellas palabras en unos labios aparentemente tan inocentes—. ¿Pero estáis segura de lo que decís?

—Completamente, hermano.

El rudo monje, con su pulso titubeante por el impacto que le había originado aquella noticia, recorrió nuevamente los cerrojos de la puerta.

—Pasad, pasad dentro y esperad aquí un momento —le indicó finalmente.

Rebeca de Rivera, una vez se vio en la portería del edificio, tuvo que hacer un esfuerzo soberano para mantener la calma. Se felicitó; había conseguido llevar a cabo la parte más difícil de su plan gracias a una estrategia infalible.

Era consciente de que se encontraba muy cerca de su objetivo por lo que no debía flaquear. Debía mostrarse serena, segura de sí misma. Pronto llegaría el momento de ser llevada ante el Inquisidor de Granada y estaba convencida de que no le costaría demasiado esfuerzo demostrar la bondad de su abuelo.

—Pero... ¿de dónde viene este olor? —se preguntó asqueada.

Allí dentro la atmósfera era completamente irrespirable. El bochorno, la humedad, el ácido hedor mezclado de la sangre, de los orines, del sudor... del miedo, todo se confabuló para apartar a la muchacha de sus pensamientos.

Rebeca se llevó un pañuelo a la boca para evitar el vómito.

—¿Sois la joven que tiene noticias sobre un ritual de brujería? —escuchó de repente una voz tras de sí que la conminó a volverse.

El fraile recién llegado gesticulaba con su boca extrañamente mientras se sacudía las manos contra la parte delantera de su hábito. A Rebeca le pareció haberlo interrumpido en medio de su cena.

—Sí, yo soy —se limitó a contestar sin atreverse a apartar el pañuelo de su boca.

Hernando de Soto se adelantó hacia ella, tomó una linterna de la pared y la acercó a la cara de Rebeca.

—¿Tenéis algún problema que os impida mostrar vuestro rostro? —preguntó el fraile sin disimular su ironía.

—No, ningún problema —contestó Rebeca y acto seguido retiró el pañuelo de su boca.

Fray Falaris se estremeció al contemplar los bellos rasgos de la recién llegada. Era la primera vez en su vida que experimentaba una sensación de enaltecimiento ante la visión del rostro de una mujer. No tardó en darse cuenta de que era comparable a la que obtenía cuando, en el transcurso de sus autos de fe, conseguía que sus enjuiciados confesaran las culpas antes de ser purificados definitivamente por el fuego de Dios.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó el inquisidor con verdadera curiosidad y no sin cierto grado de desasosiego.

—Mi nombre es Rebeca de Rivera —contestó orgullosa.

Nada más escuchar el timbre atiplado de aquella voz, libre ya de la sordina que le impusiera el pañuelo, al temible Hernando de Soto le tembló todo su menudo esqueleto por primera vez en su vida y una intensa llamarada de calor le recorrió por la espalda hasta la nuca.

Ya no le importaba tanto el nombre de aquella joven ni el motivo que podía haberla arrastrado hasta allí, pero sí su presencia, su fragancia... Pero sobre todo el sonido de aquella voz que había desatado una poderosa necesidad en su interior a la que temió ponerle nombre.

El fraile volvió a recorrer con su huraña mirada la estilizada figura de la recién llegada y tuvo la certeza de que aquella mujer que estaba ante él no habría desentonado entre las criaturas que poblaban su idea del Paraíso Terrenal.

—Perdonadme —volvió a intervenir el fraile aún algo desconcertado pero deseando volverla a escuchar—, ¿cómo habéis dicho que os llamáis?

Rebeca tomó aire y no tardó en responder con un aplomo impensable en una mujer de su edad y circunstancias.

—Me llamo Rebeca de Rivera, soy nieta de Isaac de Rivera y estoy aquí para haceros saber que el apresamiento de mi abuelo se debe a una desafortunada confusión.

Hernando de Soto tuvo que elevar su mirada para cruzarla con la de la espigada muchacha. Se otorgó un minuto de reflexión para intentar justificar la poderosa atracción que le provocaba aquella falsa conversa, con un inequívoco ardid del maligno, pero le resultó imposible encontrar tras aquellos ojos brillantes, grandes y diáfanos, la más mínima señal de maldad.

—¿Sois cristiana? —preguntó De Soto casi por inercia, consciente de que para él la respuesta ya carecía de importancia.

—Lo soy, al igual que mi abuelo y toda mi familia —contestó ella sin modificar un ápice su firme actitud.

—Bien, si eso es así no debéis temer nada. Acompañadme —propuso el fraile—, quiero haceros algunas preguntas acerca de vuestro abuelo.

Rebeca avanzó entre la penumbra siguiendo los pasos del inquisidor hasta una mínima celda que muy posiblemente le servía de aposento.

Una vez allí el fraile pidió a Rebeca que se sentase sobre el duro jergón que usaba como camastro, pero antes de iniciar las anunciadas interrogaciones se movió cautelosamente por la estancia acariciándose la barbilla con una fruición casi obsesiva.

Rebeca, mientras tanto, echó una rápida ojeada a su alrededor. Era la primera vez que se encontraba en un lugar así, oscuro, insalubre, con sus paredes húmedas como las de un pozo abandonado. De una de ellas colgaba una especie de látigo corto con lo que le parecieron trozos de afiladas cuchillas en sus puntas. De otra, una suerte de faja de cadenas de las que sobresalían afiladas púas, que creyó identificar como un instrumento de autoflagelación conocido como cilicio cuya descripción conocía gracias a la hagiografía de algunos santos católicos. Bajo el pequeño arco de la única ventana de la estancia, apoyada en el alféizar, una calavera mohosa clavaba sus cuencas vacías mucho más allá de toda presencia.

No, aquel estrecho e infecto habitáculo no se parecía en nada a una sala de interrogatorio. Rebeca, cada vez más aturdida por sus circunstancias, comenzó a perder buena parte de la valentía que la había llevado allí.

—¿Os encontráis bien? —preguntó Hernando de Soto al observar de soslayo cómo modificaba su postura una y otra vez sobre el camastro. Ella no contestó.

—Bien, os diré lo que haremos para ayudar a vuestro abuelo.

La joven, al escuchar aquellas palabras, centró su atención en el fraile que ya había detenido su paseo por la habitación y la miraba frente a frente desde la altura que le aportaba el hecho de que ella aún se mantuviese sentada.

—Vuestro abuelo está acusado de brujería...

—¿De brujería? —exclamó Rebeca sobresaltada.

—Sí, pero es un cargo que podemos refutar si hacéis lo que os voy a pedir.

—Haré lo que vos me pidáis. Yo solo quiero que mi abuelo vuelva a casa sano y salvo. Es el lugar que corresponde a una persona buena y honesta como él.

—Bien, son las palabras que esperaba escuchar de vos —celebró De Soto la actitud de la joven—. Así pues empecemos a trabajar en vuestro caso.

Hernando de Soto se dirigió hacia un nicho horadado en el grueso muro de la celda y tomó un libro en el que Rebeca no había reparado.

—Poned vuestra mano sobre esta Santa Biblia —pidió a la joven mientras le presentaba el libro—. Debéis jurarme por Dios y todos los santos que toda vuestra familia sigue rigurosamente los mandamientos de Nuestro Señor Jesucristo y de la Santa Madre Iglesia. Juradlo por Dios, por la Virgen María y por el Espíritu Santo. Por todas las legiones angélicas y por nuestro Papa Gregorio, pero antes sabed que a partir de que formuléis este sagrado juramento todos los De Rivera estarán sometidos a una estrecha vigilancia por parte de la Santa Inquisición. Si se descubre a alguno de ellos en el más mínimo incumplimiento, todos, absolutamente todos los integrantes de vuestra familia serán castigados con la hoguera. ¡Juradlo!

Rebeca no dudó ni un momento. Si la puesta en libertad de su abuelo dependía de su juramento, tal como le había anunciado aquel compasivo fraile, podía considerarlo ya de vuelta en casa.

—Juro por Dios nuestro Señor, por Jesucristo su único hijo, por la Virgen María madre del Señor, por la Iglesia Católica de Roma y su única cabeza visible el Santo Padre Gregorio XIII, que todos los componentes de la familia De Rivera han abrazado la fe cristiana y viven y actúan en la contemplación rigurosa de sus mandamientos.

En cuanto la última vibración de la voz de Rebeca de Rivera se descompuso en el pesado aire de la celda se hizo un profundo silencio. El fraile negro, aquel terrorífico martillo de herejes,

quedó como suspendido de unos hilos invisibles que lo elevaban unos milímetros sobre el sucio embaldosado.

—Bien, hija mía —habló colocando su reseca mano sobre la cabeza de Rebeca—, debo informaros que a vuestro abuelo se le ha intervenido cierto libro herético.

—Ese libro no es de mi abuelo —interrumpió Rebeca apurando los últimos restos de su determinación.

—Lo sé, lo sé —dijo el fraile llevándose sus dedos disimuladamente a la nariz para satisfacerse con el olor de la joven—, como también sé que tampoco es de vuestra propiedad. Ese libro, os digo, es un peligroso tratado que atenta directamente contra los mandamientos de Dios y su verdadero dueño debe ser castigado convenientemente. Sin embargo, os confieso que para hacer justicia necesito pruebas determinantes por lo que os pido, como buena cristiana, que me ayudéis a encontrar la forma de encausar al culpable de que vuestro abuelo esté encarcelado y que me consta conocéis muy bien.

Rebeca de Rivera, de repente sintió todo el peso de la cruda realidad caer sobre sus juveniles hombros. No había duda, aquel fraile le estaba ofreciendo la vida de su abuelo a cambio de que le entregase la de Mateo Martínez de Saq.

La muchacha enmudeció. Era incapaz de pensar correctamente, de vislumbrar entre la masa informe y oscura en que se había vuelto su raciocinio, un mínimo fulgor de sensatez al que agarrarse para no dejarse llevar definitivamente por el astuto ardid del inquisidor.

—Y bien, ¿qué me decís? —preguntó el fraile—. ¿Puedo contar con vos o fijo fecha para el auto de fe contra vuestro abuelo?

Rebeca levantó su mirada trémula y, tras unos segundos de indecisión, contestó afirmativamente con un mínimo movimiento de su cabeza.

—Bien —dijo Hernando de Soto—, contáis con veinticuatro horas a partir de este momento.

Capítulo 32

La más joven de la familia De Rivera tardó en volver hasta el domicilio paterno, en la cuesta de Gómez, un buen puñado de minutos más de los que había necesitado para efectuar el camino de ida.

No existía posibilidad de confusión en sus percepciones acerca de la comprometida situación en la que se encontraba. El Inquisidor de Granada, el astuto Hernando de Soto, le había pedido que le aportase una prueba que inculpara a Mateo Martínez de Saq en un delito de brujería, pero a pesar de la vileza que aquel acto encerraba, no podía olvidar que la vida de su abuelo estaba en juego, y esa circunstancia hacía que buscarse entre sus pensamientos la forma de encausar al noble castellano.

La joven se detuvo un momento, intentando mantenerse en pie con su espalda apoyada contra la pared de una casa. Sólo de recordarse a sí misma ante el repugnante fraile, sentía como el asco se despertaba muy dentro de su ser y escalaba directo hacia la garganta, donde conseguía impedirle respirar normalmente.

Se sintió derrotada. Parecía como si todo su ánimo, la poderosa resolución que la había llevado ante el odioso dominico, hubiese quedado atrás, apresada de alguna forma en la execrable fortaleza de la placeta de Santiago.

Rebeca caminó con mucho esfuerzo unos pasos más, justo hasta alcanzar la ya cercana Plaza Nueva.

Los recuerdos de los maravillosos instantes vividos allí junto a Gonzalo Martínez de Saq, hicieron que sus ojos rompiesen en un llanto silente, tal vez culposo por la terrible controversia que estaba sufriendo en esos instantes.

Se acercó despacio hasta la iglesia de Santa Ana, recordando el día de su primera cita con Gonzalo. De eso hacía ya cerca de dos años, dos años que habían pasado rápidos, como posados en las alas ligeras e infatigables de un tiempo que ahora consideraba casi pecaminoso por el exceso de felicidad con que había obsequiado a los dos amantes adolescentes.

Con él había aprendido a ser mujer, a abandonar la fina piel de la niña excesivamente mimada por su familia que había sido hasta entonces, para convertirse definitivamente en la más apasionada de las amantes.

Rebeca esbozó una sonrisa que quedó en nada cuando volvió a experimentar el retorno de la náusea, de la repulsión, y se decidió a no pasar un segundo más allí.

Por suerte la noche estaba despejada y los vecinos de los alrededores habían atendido la Real Ordenanza de mantener un farol encendido junto a sus puertas, por lo que a pesar del velo que las lágrimas tendieron ante sus ojos pudo llegar hasta su casa sin contratiempos añadidos.

Tras atravesar el zaguán, subió hasta la primera planta intentando hacer el menor ruido posible para evitar preguntas incómodas. La puerta del dormitorio de sus padres estaba entornada; se asomó un momento y pudo ver la figura inmóvil de su madre frente a la ventana, recortada en negro sobre el nítido disco de la luna.

Por un momento dudó si acercarse para preguntarle cómo se encontraba, pero sintió un nudo en el estómago y temió un nuevo asalto de las lágrimas.

Una vez en su dormitorio, Rebeca de Rivera encendió un viejo candil de piquera y volvió a abrir el tratado de música que su abuelo, sabiéndose al borde de la enfermedad, le había entregado para su custodia. Ella había adorado aquel libro desde el principio, desde que lo llevase a su casa Mateo Martínez de Saq la misma mañana en que el joven Gonzalo había cautivado su corazón. Rebeca siempre había reconocido la *Messe de Notre Dame* como un valioso fetiche, de alguna manera era el catalizador de los mejores días de su existencia y siempre quiso dejar la huella de aquellos momentos en ella, consignando con su letra menuda y precisa como si de auténticas notas musicales se trataran, todas las bondades que la vida le había regalado desde que conoció a Gonzalo.

Esa noche necesitaba a alguien con quien compartir las sensaciones que le había provocado su visita a los calabozos inquisitoriales, y que le ayudase a valorar las posibles represalias que podrían ejercerse contra su familia si no conseguía la prueba que le había exigido el inquisidor como moneda de cambio.

Rebeca acarició trémulamente el libro, lo abrió por la página ciento dos, y tomó su pluma:

Hoy ha sido uno de los peores días de mi vida. Creo que he bajado al mismo infierno y lo que es peor, no estoy segura de haber vuelto a subir. He conseguido ser recibida por el Inquisidor de Granada. Es un ser extraño, taciturno y maloliente, pero he forzado un trato con él. Aunque bien es cierto que ha sido él quien me ha propuesto que le aporte una prueba palpable para encausar al abuelo de Gonzalo. Tengo miedo, debo cambiar una vida por otra, sé que soy incapaz de dejar morir a mi abuelo. Está enfermo, cuando lo arrestaron tosía insistentemente, y si lo dejo allí sus días se agotarán antes de tiempo. Sin embargo Mateo, a pesar de su ancianidad, es un hombre corpulento, sólo aquejado por una limitación para moverse, y además tiene poderosos amigos en La Corte que pueden interceder por él.

Rebeca dejó de escribir y permaneció con la mirada fija en la titubeante llama del candil, esperando unos segundos a que su mente reaccionase. Después de unos instantes creyó descubrir detrás de las oscuras intenciones del fraile un afán de venganza personal hacia la persona del buen Mateo.

Sabía que no le iba a resultar nada fácil encontrar algo que pudiese hacer pasar por la prueba que Hernando de Soto le había exigido. Una falsa prueba de brujería que sirviera, nada más y nada menos, que para llevar al ilustre bibliófilo y criptógrafo real, al banquillo de los acusados por el Tribunal de la Santa Inquisición.

La muchacha decidió despojarse de sus ropas. Estaban impregnadas del hedor insoportable de

las mazmorras, prometiéndose quemarlas al día siguiente; luego se vistió con un liviano camión que su padre le había regalado hacía unos meses, a la vuelta de un viaje a París donde había ampliado sus conocimientos de polifonía con el maestro inglés John Dowland.

La noche estaba quieta, como detenida a la espera de acontecimientos. Rebeca se asomó al exterior y, ante la imagen extrañamente enrojecida de la luna, entonó unas notas en voz baja de la romanza de Zoraya, recordando cuánto le gustaba a su abuelo aquella triste canción.

Las lágrimas volvieron a aflorar y la joven supo que su actitud no le iba a ayudar en nada. Se sobrepuso como mejor pudo, afianzó las contraventanas y decidió volver junto al libro.

Sus dedos recorrieron los surcos de las letras que la prensa había dejado sobre el cuero de la portada. Ese mismo libro había estado en manos del propio Mateo antes de que éste se lo confiara a su abuelo anunciándole que escondía un importante secreto —recordó—. Una pista que debía ser resuelta por alguien versado en los antiguos códigos cifrados; alguien que para reclamarlo debía pronunciar el nombre de Rebeca a modo de clave, tal como había dispuesto su querido Gonzalo.

Volvió a abrir el libro. ¿Dónde estaría guardado el secreto? —se preguntó mientras palpaba a la débil luz del candil la cara interna de sus pastas.

La fina tela de seda decorada con veros heráldicos azules y blancos, que hacía de forro interior, se encontraba sólidamente fijada por un potente adhesivo. Al cabo de unos minutos, Rebeca, pertrechada con unas afiladas tijeras, comenzó a despegar la tela con mucho cuidado. En cuanto consiguió separarla completamente de su soporte, pudo observar unos cortes en el grueso cartón que delimitaban un cuadrado perfecto. No le costó demasiado esfuerzo extraer la pieza, tras lo cual un fino papel cayó sobre la mesa.

Rebeca desplegó el documento y vio que se trataba de un texto ilegible, muy parecido al que Gonzalo le había enseñado a descifrar.

Aquella madrugada se alargó inesperadamente, justo hasta el momento en el que el brillo de las estrellas del alba sucumbió ante la fortaleza del sol matinal.

* * *

—¡Rebeca! ¿Rebeca, te encuentras bien? —escuchó la muchacha la voz de su madre despertándola de su incómodo sueño.

—¿Qué hora es? —preguntó levantando su cabeza de la mesa que le hacía las veces de escritorio.

—No lo sé, yo también he pasado muy mala noche —reconoció la madre.

En ese momento una campana lejana anunció la hora del Ángelus.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Edith avanzando hacia el lugar que ocupaba su hija.

—Es un libro —respondió Rebeca incorporándose perezosamente.

—¡Un libro! —exclamó la madre alterada—, pero... ¡cómo se te ocurre!, por culpa de un libro está tu abuelo en la cárcel.

En ese momento, Edith, como fuera de sí, intentó arrancar la *Messe de Notre Dame* de las manos de su hija.

—¡No, madre! —exclamó Rebeca mientras forcejeaba— un libro ha llevado al abuelo a la cárcel y éste os aseguro que lo traerá de vuelta.

—¿Cómo dices? —preguntó Edith confundida, mientras el papel con el mensaje cifrado caía al suelo desplegándose completamente.

—¿Y esto?, ¿qué es esto? —dijo la mujer tomando el texto cifrado en su mano.

—¡Dadme eso, madre! No os lo puedo explicar ahora, pero necesito ese papel... —advirtió Rebeca.

—¡Esta es la escritura de Satanás! —gritó la madre presa de la histeria arrugando el papel y lanzándolo contra la pared en cuanto descubrió la extraña escritura sin estructura y sin espacios.

Rebeca, asustada por la reacción de su madre, necesitó unos segundos para darse cuenta de que acababa de encontrar lo que andaba buscando: la presunta prueba que podía entregar a Fray Hernando de Soto a cambio de la libertad de su abuelo.

«Me duele lo que voy a hacer. Me falta la respiración, las fuerzas, pero estoy segura de que es la única oportunidad de que dispongo. El texto está ofuscado con la cifra que me enseñó Gonzalo. Quiero conocer el secreto antes de entregarla al tribunal de la Inquisición. Puede que descubra algo en ella que pueda ayudarme a hacerla pasar por una conjura diabólica. La clave, como en los anteriores textos, se obtiene a partir del número Phi.»

Las horas pasaron constantes a golpe de las campanas de la iglesia cercana y de los rumores ciudadanos, intensificados según el momento de la mañana y de la tarde; mientras, los caracteres escritos con la inconfundible letra de Rebeca de Rivera, fueron pasando uno a uno al papel, desentrañando, de alguna forma que la muchacha no pudo llegar a comprender, el tercer secreto que protegía el enclave del tesoro de Colón.

Rebeca, antes de esconder el resultado de la cifra en un compartimiento oculto en su secreter, decidió memorizarlo. Aquellas palabras latinas no tenían por qué llegar a conocimiento del inquisidor, se dijo. Sólo Mateo Martínez de Saq, y ahora ella, debían conocer su existencia: «Aequidistantes Tres Rosas».

Capítulo 33

Un descapotable negro de gran cilindrada se detuvo al llegar al frontispicio porticado de la mansión. Su ocupante acababa de aterrizar en Zurich procedente de una ciudad indeterminada del sur de Europa. Sólo se había detenido en las oficinas de *Hertz* del propio aeropuerto internacional el tiempo justo para alquilar el potente Audi que le llevase más allá de la frontera suiza. Un maletín, un pequeño paraguas y una gabardina plegada sobre su antebrazo derecho componían su escueto equipaje.

El guardia de seguridad que controlaba el acceso, apenas verle aparecer, abrió la sólida puerta de entrada al palacio decimonónico atendiendo de esa forma la orden que acababa de recibir por su intercomunicador.

Una vez en el interior, el hombre avanzó por el hall hasta ser interceptado por un asistente que recogió la gabardina y el paraguas mientras le anunciaba que los *Mathematikoi* (los conocedores) estaban reunidos desde hacía algo más de dos horas.

Un segundo empleado apareció en escena antes de que desapareciese el primero y le pidió que le acompañase hacia lo que dio en llamar el *Salón del Sacro Imperio*, a lo que el recién llegado accedió sin mediar palabra ni gesto alguno.

La oscuridad aparecía como comprimida, delimitada a la altura de una persona por una tibia luz horizontal proveniente del exterior a través de los arcos altos de las ventanas; estaba dispuesta de tal forma que no permitía reconocer los rostros de los participantes en aquel encuentro extraordinario del Consejo Universal de La Hermandad Pitagórica.

En muy contadas ocasiones se producían aquellas asambleas, solamente cuando las justificaba un motivo realmente relevante, por lo que, prácticamente desde el final de la Guerra Fría con la consiguiente caída del muro de Berlín y el posterior desmembramiento de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas —en el que algunos integrantes de aquel Consejo habían tenido mucho que ver—, no habían vuelto a reunirse. Si muchas habían sido las pantallas usadas durante siglos para ocultar la existencia de La Hermandad, mucho más impenetrables resultaban las que protegían la identidad de aquellos veinte elegidos. Hombres de negocios, políticos, miembros destacados de monarquías y gobiernos absolutistas... veinte estrategias en la sombra procedentes de familias que habían mantenido un entronque con La Hermandad nunca inferior a cinco décadas, y que eran seleccionados por los miembros del propio grupo para nutrirse en su propia endogamia.

El Consejo permanecía en completo silencio y solo se escuchaban, a intervalos, gruesas

respiraciones y los roces de los cuerpos contra los asientos de cuero, delatando la contenida expectación por conocer las noticias que, sin duda, aportaría el recién llegado.

Nada más cerrarse la puerta tras de sí, el hombre quedó envuelto por la inquietante atmósfera, y por un momento se sintió como un desafortunado pez atrapado por sorpresa en una pegajosa marea negra. Luego, haciendo un verdadero esfuerzo visual, pudo identificar entre las sombras la sobrecogedora silueta del Großmeister.

—*Willkommen, Schlafend* —reconoció su áspero acento dándole la bienvenida desde el otro lado de la sala—, *Bitte nehmen Sie am Tisch Platz*.

El recién llegado, conocido por todos como Schlafend (Durmiente), aceptó el ofrecimiento y se sentó en el lugar designado. Nada más hacerlo solicitó que, para evitar equívocos indeseados, el resto de la entrevista transcurriese en castellano. La voz del Großmeister pidió la conformidad del resto de los participantes y el silencio de éstos le confirmó que no existía oposición alguna.

—Y bien, Schlafend, ¿qué puede decirnos acerca de lo que nos ha reunido hoy aquí?

El durmiente no contestó inmediatamente, se limitó a colocar su maletín sobre la mesa y a llevarse a la boca, con parsimonia estudiada, un largo cigarrillo emboquillado.

Transcurridos unos segundos, ciertamente tensos, el tenebroso personaje rasgó el incómodo silencio con su voz cansada.

—Como saben, dos de las tres pistas que deben revelar el paradero de nuestro objetivo están ya decodificadas.

—Bien, conocemos esa circunstancia, pero ¿qué se sabe de la tercera pista? —preguntó Großmeister interrumpiendo la intervención del durmiente.

—La tercera es caso aparte —confesó éste—. La pareja de profesores se nos escapó con el último libro cuando ya los teníamos localizados al Este de Francia, fue una persecución al límite, no podíamos sospechar que...

—Sí, estamos al tanto —interrumpió de nuevo Großmeister—, por lo que le aconsejo que no perdamos el tiempo en detalles vacuos; sin embargo sí que nos interesa saber quién es el custodio del tercer libro.

—La familia De Rivera —dijo el durmiente arrastrando las palabras y haciendo seguidamente una pausa para encender su cigarro—, Margarita... Margarita de Rivera —añadió agitando en el aire el fósforo que había usado.

En ese instante un murmullo sordo recorrió toda la sala y el recién llegado pudo vislumbrar en la oscuridad el movimiento inquieto de los miembros del Consejo.

La voz de Großmeister no dio más tregua que la necesaria, y a los pocos segundos volvió a escucharse expandiéndose poderosa por toda la sala.

—Por favor, señores, un poco de silencio. Todos sabemos que esa mujer es peligrosa, muy peligrosa. No debemos olvidar que precisamente por haber menospreciado el poder de su familia, nuestra Hermandad pasó por uno de sus peores momentos después de que cayese nuestro glorioso Tercer Reich e intentásemos reconstruirlo desde Flensburg.

En ese instante una voz procedente de un lugar nebuloso se elevó sobre la de Großmeister, motivando otro conato de revuelo:

—*Dönitz war ein Feigling!* (Dönitz fue un cobarde).

Una gruesa marea de voces se sumó a la que acababa de insultar de forma tan vehemente al último mandatario nazi.

—*Das ist falsch!* (eso es falso) —atajó Großmeister, sin miramientos esta vez, levantándose de su sitio y golpeando la mesa con su puño cerrado— Dönitz no fue un pusilánime. Si el padre de esa mujer no hubiese delatado nuestras intenciones, muy posiblemente la historia hubiese sido otra. La cabeza de la serpiente no había sido amputada con el suicidio de Hitler, como creyeron los estúpidos Aliados. Estoy seguro de que nuestro entonces Großmeister, Karl Dönitz, habría sabido mantener viva la llama del Neopitagorismo como fuente principal del pensamiento Nazi manteniéndose a la espera de fundar finalmente un nuevo Reich... pero, esa maldita familia de judíos...

—¡Hay que eliminar a esa mujer de una vez por todas! —corrió la consigna por toda la sala de boca en boca, como un viento de aire incendiado.

Schlafend chasqueó su lengua sonoramente aprovechando el momento de confusión que se había originado tras la propuesta de asesinar a Margarita de Rivera.

—¿Qué ocurre, Schlafend? —preguntó Großmeister con interés, levantando su mano para que imperase de nuevo el silencio.

—No podemos hacer eso; aún no tenemos localizada la tercera pista.

Los miembros de La Hermandad callaron al escuchar aquellas palabras.

—Pero, ¿y el libro? ¿No está en poder de los profesores? —preguntó extrañado Großmeister.

—Sí, efectivamente, volvieron a Granada con el libro...

—Y bien, ¿qué nos impide hacernos con él y obligarlos a decodificar el último criptograma de una vez por todas?

El durmiente se levantó de su asiento y se dirigió junto a Großmeister instándole a acercarse a la ventana más próxima para hacerle partícipe solo a él del desconocimiento del paradero de los dos profesores.

Großmeister, tras superar un primer momento en el que tuvo que luchar para que la ira no estallase en gruesas acusaciones, pidió a Schlafend que volviese a su lugar y no dijese nada de aquello a los miembros del Consejo.

Sin embargo, a nadie de los allí reunidos resultaba ajeno que algo no estaba funcionando correctamente. Aquellos veinte hombres aguardaban expectantes las palabras de su Gran Maestro.

—Hermanos... —intervino finalmente Großmeister usando la más mesiánica de sus entonaciones—, como miembros del Consejo de la milenaria Hermandad Pitagórica, os pido que no perdamos más tiempo en remover historias del pasado. Dejemos para los historiadores los análisis y centrémonos en localizar el tesoro que Bartolomé Colón ocultó para nosotros hace más de quinientos años en algún lugar de la isla de Santo Domingo. No creo que haga falta recordaros que ese portentoso tesoro tiene un valor realmente incalculable, tanto que por sí solo puede financiar nuestra Sacra Cruzada y el cuarto y definitivo Reich.

El silencio volvió a adueñarse del enorme salón, pero esta vez se podía adivinar en el ambiente una cierta relajación de los cuerpos, aplacados por las espurias palabras del experimentado orador.

Großmeister se acercó al lugar que ocupaba cuando Schlafend se unió al grupo, se encendió un grueso habano que permanecía intacto sobre un cercano cenicero, y comenzando a pasear alrededor de los congregados rescató de sus recuerdos las trazas de cierto discurso totalitarista que tan buenos resultados le había aportado en el pasado.

—Siempre se ha dicho equivocadamente que todos los hombres nacen aristotélicos o

platónicos. Error que hemos fomentado interesadamente los pitagóricos desde el oscurantismo al que nos hemos visto abocados por el temor a la verdad que han mostrado todos los gobiernos de la historia. Esta circunstancia equivale para los no iniciados, como declarar que no hay pensamiento ni acción que no sea un momento en la milenaria polémica entre lo Aristotélico y lo Platónico.

»Pensad, sin embargo, que a través de los siglos cambian los nombres, los dialectos, las caras, pero no los pensamientos. Pero la historia de los pueblos, como todos sabéis, registra en nuestra propia existencia una continuidad secreta jamás revelada.

»Arminio, cuando destruyó en Teutoburgo a las legiones de Varo, no se sabía precursor del glorioso Imperio Alemán; Lutero, traductor de las Sagradas Escrituras, no sospechaba que su fin era forjar un pueblo que destruyera para siempre la Biblia; Hitler creyó luchar por un país, pero realmente luchó por nosotros, por la Thule-Gesellschaft alimentada por la sangre de los pitagóricos, que hemos sido desde tiempos inmemoriales el alma secreta de los grandes pueblos. No importa que ignorara nuestra existencia; lo sabía su sangre, lo intuía su voluntad. El Mundo se moría de judaísmo y de esa religión mórbida que promulga el cristianismo. La Segunda Guerra Mundial fue simplemente una batalla más en nuestra eterna guerra por el poder. Nosotros somos desde el principio de los tiempos la hecatombe, el valor, el sufrimiento; los que le enseñamos a todo el orbe la fe de la espada. Pero, hermanos, esa espada nos mata también a nosotros, por lo que somos comparables al Ave Fénix que se ve forzada a resurgir siempre de sus cenizas, una y otra vez por toda la eternidad.

»Muchas cosas hay que destruir para edificar el nuevo orden; ahora sabemos que Alemania era una de esas cosas, como lo fue el antiguo Egipto o la propia Hélade. Que otros maldigan y lloren porque a nosotros nos debe regocijar que nuestro don sea la custodia de la Verdad, el equilibrio forjado en la *Tetraktýs*, y la armonía de las esferas.

»Se cierne ahora sobre el mundo una época implacable. Gracias a nosotros la civilización dará un paso más hacia delante aunque tenga que ser a hierro y fuego. ¿Qué importa que el resto del mundo sea el martillo y nosotros el yunque?, lo importante es que el poder esté en las manos que saben ejercerlo. Si la victoria, el honor y el oro tampoco son esta vez para los pitagóricos, que sean para los débiles. No nos debe importar porque nosotros somos los designados para forjar el destino de la humanidad y crear el Cielo, aunque nuestro lugar sea de nuevo... la profundidad de los infiernos.

Todos los individuos congregados se pusieron en pie, intentaron acallar, sin conseguirlo, inflamados vítores a su Großmeister. En ese momento el Gran Maestre dirigió una señal a una de las sombras que habían permanecido inmóviles en el rincón más alejado del salón, e inmediatamente las puertas se abrieron para que pudiese acceder un reguero de sirvientes portando bandejas con copas de champaña y lujosas ambrosías.

Großmeister se acercó a Schlafend, y le pidió que le acompañase al hall de entrada. Una vez allí, el segundo de los asistentes que le había recibido momentos antes, ya se encontraba esperándole con sus cosas.

—Confío en que sepas manejar esta situación —dijo el Gran Maestre, sereno, al durmiente—; tienes veinticuatro horas para facilitarnos el enclave exacto del tesoro de Colón. Si no cumples el plazo comenzaremos con la maniobra de limpieza.

El durmiente, mientras se ajustaba su gabardina, miró a los ojos grises de su interlocutor.

—Entiendo —reconoció Schlafend a media voz—, pero si en veinticuatro horas a partir de este instante, no tengo en mi poder la tercera pista, seré yo el que inicie las labores de limpieza.

Großmeister acalló una pregunta en su garganta, y miró retador a Schlafend durante unos segundos, luego tomó un largo sorbo de su copa de champán antes de volver a intervenir.

—Estoy cansado de tus bravatas. Vuelve a Granada, localiza a los profesores y consigue la pista definitiva; en caso contrario me encargaré personalmente de que los *Akusmatikoi*... esos que tú llamas «perros», te arranquen las entrañas y me las sirvan en bandeja de plata.

En ese momento la copa vacía de Großmeister estalló; dos de los sirvientes que contemplaban la escena a cierta distancia hicieron amago de socorrerle, pero él les detuvo con un gesto de su mano ensangrentada.

Schlafend, sin poder apartar su mirada de la terrorífica cicatriz que cruzaba aquel semblante nonagenario, recordó que Einrich Heim von Kahn había matado sólo en la primavera de 1942 a más de trescientos judíos en el campo de exterminio de Belzec, antes de ser trasladado a Treblinka como *SS Untersturmführer*, donde se aseguró por méritos propios el apelativo entre los polacos de «el asesino de la cicatriz».

Schlafend sabía que a aquel antiguo nazi de la cara cortada, a pesar de su avanzada edad, no le temblaría el pulso a la hora de quitar una vida como la suya, por lo que decidió marcharse cuanto antes.

El coche alquilado ya estaba aguardándole en la puerta. Había comenzado a llover, y Schlafend, sin detenerse a subir la capota, se internó por la pista forestal que le había llevado allí, apretando fuertemente las manos alrededor del volante forrado de cuero, con su vista clavada más allá de la densa arboleda.

Capítulo 34

—Pase, Sarmiento, y siéntese, por favor.

El inspector entró en el despacho del Comisario Jefe imaginando el motivo de su llamada; no en vano, alguien de la comisaría le había advertido, nada más llegar de su largo viaje, que la desaparición de Julián Pérez Fox y la profesora americana había motivado más revuelo del esperado en determinados estamentos de la ciudad.

—Buenos días, Quico, ¿cómo va todo? —se limitó Pepe Sarmiento a saludar a su superior directo.

—Cierre la puerta... inspector —pidió éste sin levantar la mirada de un documento que tenía sobre su escritorio.

El comisario miró por encima de sus estrechas gafas al desaliñado detective para asegurarse de que hacía lo que le había pedido. Mientras tanto recordó cuando ambos se graduaron en la Academia de Policía de Ávila, donde compartieron promoción, litera, resacas y alguna que otra novieta entre las mozas del lugar. Parecía que hubiesen pasado siglos desde aquello —desde el ochenta y siete concretamente—, y, lo que eran las cosas, aquel prometedor cadete que, según la opinión general de todo el cuerpo docente de la academia, estaba destinado a llegar a ocupar uno de los cargos de más responsabilidad dentro del Cuerpo Nacional de Policía, se había quedado en nada o en casi nada. No hacía falta más que echar un vistazo para descubrir, tras su presencia desgarbada, que se había convertido en el tipo de gente a la que el juego de azar de la vida siempre reservaba los naipes perdedores.

—Pepe, sabes que aquí no me gusta que mostremos demasiada camaradería —advirtió el comisario con tono moderado—. Los compañeros pueden pensarse que esto es Jauja y solo nos faltaría eso...

—Sí, sí, perdone, jefe... es que siempre se me olvida, todavía tengo el runrún del viaje metido en la cabeza y...

—No te preocupes por eso ahora, vamos al grano... ¿has descubierto algo sobre el paradero de los profesores?

Sarmiento levantó un dedo como si en ese momento estuviese en una clase de primaria y pidiese permiso para salir al baño.

—Sí, sí, tengo pistas sobre sus movimientos —dijo el inspector mientras rebuscaba su inseparable libretita—. Aquí está... veamos: después de hospedarse en Florencia en el hotel

Luchessi, y visitar, según parece, una biblioteca cercana, volvieron a España haciendo escala en Madrid, pero no continuaron su vuelo en dirección a Granada sino a ¡A! Coruña.

Sarmiento sonrió mirando al comisario, buscando, quizás, una reacción de éste.

—¡A! Coruña... ahora se dice así. No «La Coruña» como antes, ¿lo sabías?

—Sí, Pepe, lo sabía, pero por favor no te entretengas en detalles fatuos. Sigue por favor.

—Sigo. Ejem. Perdón. A ver por dónde iba, ah, sí. Después tomaron un taxi y fueron directos a un pueblecito de pescadores... sí, Cedeira se llama. Allí alquilaron un coche a nombre de ella, un utilitario pequeño que posteriormente apareció en un garaje de... Gijón, compraron algo de ropa y partieron para Hendaya.

Sarmiento hizo una pausa, anotó algo en su libretita, y la volvió a guardar con gesto satisfecho.

—Pero... ¿eso es todo? —intervino el comisario extrañado por la parquedad de datos.

El inspector volvió a abrir la libreta por la página por donde la había dejado, y tras inspeccionarla apenas un par de segundos, contestó:

—Sí, eso es todo, no hay más. Lo siento, Quico... perdón, Jefe.

—¡Pero cómo!, ¿es que no les has seguido la pista a partir de Hendaya?

—Es que más pa'llá de la línea no tenemos jurisdicción y decidí volverme. Además, mi Taunus no está ya para tanto trote. Por cierto, ¿quién se encarga de pagarme el kilometraje? Necesito un anticipo este mes, ha sido demasiado gasto extra y mi ex me tiene seco...

—Díselo a Chari cuando salgas y que te dé un talón de caja.

Enrique Manuel Esparza Cifuentes, el adusto Comisario Jefe, impecable dentro de su traje gris marengo, se puso en pie y se asomó por la amplia ventana de su despacho al soleado exterior.

Pepe Sarmiento, con su camisa remangada hasta los codos y su inseparable corbata con el nudo flojo de dudoso color café manchado, tamborileaba con sus dedos sobre la mesa como si nada en este mundo fuese capaz de oscurecer la alegría que sentía al saber que en un par de horas comenzaba su turno para estar junto a su pequeña Aitana, producto de su fallido matrimonio con la hija de Claudio Hierbabuena.

Matilde, su ex esposa, era insoportable incluso para su padre, completamente diferente a su madre, la bien recordada doña Paquita, que murió rodeada por todas las vecinas del barrio casi en olor de santidad, cinco años antes, por culpa de una apoplejía, pero los dos fines de semana al mes que Sarmiento podía disfrutar de Aitana le hacían dar por buenos todos los sinsabores que su tormentoso matrimonio le había acarreado.

—Escúchame, Pepe —interrumpió el comisario los pensamientos del inspector—, parece ser que la madre de Julián Pérez Fox posee una de las principales fortunas del Reino Unido...

—¡¿No me digas?! —exclamó el desvaído funcionario verdaderamente sorprendido.

—Sí, es la heredera de una cadena de grandes almacenes dedicados a los muebles baratos.

—¿Como el IKEA?

—Más o menos.

—Pues me dejas a cuadros, porque ese tipo... Julián, parece que llega a fin de mes con más fatigas que yo mismo... —dijo el inspector, y tras unos segundos de reflexión formuló la primera pregunta que le vino a la cabeza—. ¿Estás pensando en un secuestro?

El comisario Esparza se volvió hacia Sarmiento, se acercó a su mesa y se apoyó con los puños sobre el caro vade de piel de vacuno.

—Escúchame, Sarmiento: yo no tengo ni idea de lo que está pasando pero hemos recibido un

fax de Interpol. Según parece Julián Pérez Fox, y Anna Elisabeth O'Sullivan, hace tres días que tomaron un jet privado en el aeropuerto de la Costa Azul, y ahora permanecen ocultos en algún lugar de Granada. Debes dar con su paradero cuanto antes. Como comprenderás no podemos quedar como unos incompetentes a ojos de esa gente.

Aquella declaración del comisario pilló al desaliñado Pepe Sarmiento por sorpresa. La intervención de la Interpol en un caso menor —aunque realmente pensaba que no existía caso alguno, sino un loco enamoramiento detrás de todo aquello—, no resultaba demasiado convincente; pero bastaba que se lo pidiese su amigo Quico para ponerse manos a la obra.

—Bien, Quico... perdón, jefe —dijo Sarmiento levantándose de la silla—, voy a rastrear todos los lugares que puedan estar vinculados con Julián Pérez Fox o con la pelirroja, y creo que empezaré por el García Lorca.

—¿El instituto García Lorca? —preguntó el comisario saliendo de detrás de su mesa.

—Sí, entre otras cosas porque su apartamento sigue carbonizado, debe tres meses de alquiler y el casero está que trina, así que allí seguro que no vuelve, y la librería de la calle Imprenta la tengo perfectamente cubierta y sé que lleva cerrada tres días.

—Bien, Pepe, pero ¿por qué le das preferencia al instituto?

—Muy sencillo, porque cuando interrogué a su directora y le insinué que le podía haber ocurrido algo grave al señor Fox, se preocupó tanto que me dio la impresión de que siente algún tipo de debilidad por ese tipo...

Esparza se llevó la mano a la barbilla y recapacitó durante unos segundos.

—Hum, interesante. ¿Qué más sabemos de la directora?

—Pues su nombre —Sarmiento abrió de nuevo su libreta—: Lucía Eugenia Gómez de Herrasti y Fernández de Córdoba —cerró su libreta—; que su padre y su abuelo eran conocidos notarios de Granada, que sus apellidos marean, que es muy guapa y joven, y que ojalá hubiesen sido así las directoras en los tiempos en que íbamos nosotros al instituto.

—Muy bien, Sarmiento, confío en sus dotes de sabueso —dijo el comisario mientras abría la puerta de cristal del despacho—. En cuanto sepa algo sobre esa mujer, por mínimo que sea, hágamelo saber ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Quico... perdón, jefe. A sus órdenes. Voy a buscar a Chari, que hoy me toca hacer de padrazo.

—¡Ah! Vaya, me alegro —reaccionó el comisario después de un segundo de reflexión—. ¿Cómo está la pequeña?

—Estupenda —exclamó Sarmiento emocionado—. Cada vez se parece menos a su madre.

* * *

—Julián, ¿pero cómo es posible que Luis no atienda al teléfono? —dijo Anna muy preocupada.

—Yo tampoco me lo explico —contestó él que acababa de volver de la calle—, lo he intentado diez veces y no ha habido forma humana de contactar.

Anna, que hasta ese momento había estado sola en la casa porque Lucía se había marchado al instituto temprano para asistir a un claustro de profesores, quedó ensimismada mientras removía el azúcar del té verde que acababa de prepararse.

—Julián, creo que no queda otra opción que ir a la librería —dijo antes de llevarse la taza a los labios—, puede haberle sucedido algo.

—Sí, lo sé —contestó Julián mientras buscaba entre los estantes de la cocina un poco de café—, pero no quiero precipitarme, a partir de ahora debemos estar completamente seguros de los pasos que vamos a dar.

Julián se imaginó como una figura en medio de una descomunal partida de ajedrez, donde el siguiente movimiento de las piezas resultaba completamente imprevisible. Se detuvo delante de la mesa donde Anna había dejado la *Messe de Notre Dame* abierta por la última partitura, la del *Agnus dei*. En el margen sólo se podían leer tres palabras manuscritas.

—¿Qué crees que pueden significar estas tres palabras?: aequidistantes tres rosas —preguntó alargando la pronunciación, mientras cargaba el filtro de una vieja cafetera—. Es muy extraño que hayamos tenido que dar un rodeo tan grande para que todo se resuma a la interpretación de solo tres palabras, ¿no te parece?

Anna tardó un par de minutos en contestar sin poder apartar de su cabeza la última parte de historia de Rebeca de Rivera.

—No lo sé, Julián. Todo esto es tan complejo que incluso me cuesta creer que esta trama fuese urdida en un tiempo tan lejano simplemente por un anciano y un adolescente.

—¿Te refieres a los personajes de la narración de Rebeca de Rivera?

Anna no contestó; ensimismada, se limitó a creer que movía su cabeza afirmativamente y a dar otro sorbo a su té.

—¿Sabes lo que pienso? —dijo Anna circunspecta después de unos minutos de reflexión—, que debes localizar a Luis y comunicarle esas tres palabras; que se encargue él de interpretarlas y de esa forma damos nuestro trabajo por terminado. Tenemos que marcharnos de aquí una temporada para recuperar nuestra normalidad. No sé... ¿Cuánto queda del dinero que te dio Luis?

—Pues, bastante todavía...

—Debemos... sí, debemos usar ese dinero para hacer un largo viaje y olvidar todo esto. No esperes más, Julián, haz todo lo posible por localizarle hoy mismo.

—Sí, Anna, pero no me atrevo a dejarte sola. Preferiría ir a buscarlo cuando vuelva Lucía — Julián interrogó su reloj en ese momento—, no creo que tarde demasiado, aunque también podemos ir juntos, ¿no te parece?

Anna se levantó con su taza vacía dispuesta a dejarla en el fregadero.

—Tengo mis dudas sobre eso: si vamos juntos y nos interceptan perderemos la posibilidad de que uno de nosotros pueda ponerse en contacto con la policía en un último extremo.

—¿La policía? —dijo Julián—, ya sabes lo que nos dijo Luis, que muy posiblemente también esté involucrada en todo esto...

—Sí, pero tú conoces a un inspector, ¿no?

—¿Te refieres a Sarmiento? —preguntó Julián conociendo la respuesta—. La verdad, parece un buen tipo, tanto que sería el primero en una lista de sospechosos, ¿no te parece? Pero admito que tienes razón, no podemos quedarnos de brazos cruzados.

Julián, después de terminar su café, se levantó de la mesa, ayudó a Anna a recoger los restos del desayuno, se vistió convenientemente y salió a la calle dando un largo rodeo por el Albaicín para llegar a la cercana calle Imprenta.

Anna, por su parte, decidió hacer lo que le exigía su yo más profundo, y volvió a la biblioteca

a agotar la lectura del diario de Rebeca.

* * *

Llaman a la puerta, es ensordecedor. Son ellos, los alguaciles de La Santa Inquisición. La prueba, debo esconder el libro y entregarles el texto cifrado para que se lo hagan llegar al Inquisidor según lo acordado. Muy posiblemente esta misma noche mi abuelo pueda estar de nuevo en casa. Mi padre se llevará una sorpresa mañana cuando vuelva a Granada.

Rebeca escuchó forcejeos y gritos ahogados junto a su puerta, tomó su capa de calle, se la colocó sobre el camisón y, decidida, salió de su dormitorio.

—Madre, no os preocupéis, sé lo que vienen a buscar y lo tengo aquí, en este sobre lacrado que debe ser entregado urgentemente a su Ilustrísima Fray Hernando de Soto.

Los alguaciles miraron con extrañeza el sobre que la joven les adelantaba, luego miraron a la muchacha y rompieron a reír de la forma más infame que Rebeca de Rivera había escuchado en toda su vida.

—Creo que estáis confundida jovencita, nuestras órdenes son claras, os debemos llevar detenida ante De Soto.

—¿Apresarme? Os equivocáis, él y yo hemos llegado a un acuerdo...

Edith, completamente desconcertada al escuchar aquellas palabras, miró a su hija y le pareció que el rostro endurecido de la mujer que tenía ante sí ya no se parecía en nada al de la niña frágil que ella había amamantado.

—Pero, hija mía —balbuceó Edith—, ¿qué estás diciendo?

—¡Sandeces! —intervino el alguacil apartando a la madre de un manotazo—. Acompañadnos, no podemos perder más tiempo aquí.

De nada le sirvieron a Rebeca sus protestas, ni sus intentos de explicar que aquel no era el trato al que había llegado con Fray Falaris.

—¡Fray Falaris! —exclamaron los detestables alguaciles mirándose entre ellos antes de estallar en una estruendosa risa, para seguidamente arrastrar a la horrorizada muchacha hasta la calle pese a los forcejeos impotentes y ruegos de su desconsolada madre.

* * *

—¡Esto no es lo acordado! —protestó Rebeca en cuanto se vio ante Hernando de Soto.

—No, no es lo acordado. A decir verdad, ya no puedo cumplir mi trato con vos y por eso os he hecho traer urgentemente.

—Pero, la prueba, tengo la prueba que me habéis solicitado. Miradla, es escritura diabólica sin duda alguna, escrita de puño y letra de Mateo Martínez de Saq.

El fraile, intentando inútilmente enternecer su gesto, tomó el texto cifrado de las nerviosas manos de la joven, y tras inspeccionarlo lo lanzó al insuficiente fuego que pretendía calentar la estancia sin llegar a conseguirlo.

—Me impresionáis, joven Rebeca, pero ya no estoy en condiciones de cumplir nuestro trato y no puedo aceptar esa prueba.

—Pero ¿por qué?, ¿qué os impide poner en libertad a mi abuelo?

Hernando de Soto dio algunos pasos alrededor de la joven en silencio, inspeccionándola

visualmente con una incontenible lascivia que elevaba su temperatura corporal.

—Acompañadme —le pidió finalmente—, os mostraré el motivo por el que no puedo poner en libertad a vuestro abuelo.

Rebeca, completamente desconcertada, siguió al fraile hasta el subterráneo de la fortaleza. Al final de un largo y oscuro pasillo, el inquisidor giró a la derecha, se detuvo ante una puerta y pidió a la muchacha que entrase en una oscura cámara.

Rebeca de Rivera cumplió las órdenes del fraile y accedió a una sobrecogedora estancia con los muros de piedra completamente desnudos. Unos altos tragaluces tapiados eran el único elemento que pudo descubrir en sus paredes.

De Soto, situado tras la atractiva figura, se dejó inundar por la dulce fragancia que desprendía aquella subyugadora hembra.

—¿Qué ocurre aquí? —se volvió hacia el fraile completamente airada—. ¿Dónde está mi abuelo? Me prometisteis que lo dejaríais en libertad si os entregaba la prueba que ya os he facilitado, y aquí no hay nadie.

—Y creedme si os digo que lo haría si estuviese en mi mano, pero me temo que ya es demasiado tarde.

—¿Tarde? —preguntó Rebeca imaginando, sin querer asimilarlo, lo que se escondía detrás de las palabras del fraile.

—Sí, ¿veis esos grilletes vacíos? —dijo el inquisidor señalando con su brazo extendido a la pared del fondo mientras acercaba su cuerpo al de ella—, esa ha sido la última morada de vuestro abuelo. Ha muerto hace apenas dos horas.

A Rebeca no le dio tiempo a gritar. Sintió cómo era empujada con total brutalidad contra el suelo.

No supo cuánto tardó en perder el conocimiento. Sus instintos se inundaron de sensaciones dolorosas, su boca se anegó del sabor de la sangre, sintió en su rostro la repulsiva tibieza de la saliva del fraile; los jadeos, las lágrimas, la impotencia, y aquella terrible cuchillada que la desgarraba por dentro.

* * *

Anna no pudo continuar, las lágrimas ya no podían permanecer ni un segundo más tiritando en la cuna de sus párpados, y se dejaron caer por su enfebrecida piel.

Presa de una profunda angustia, se supo a merced de la trágica escena que, de alguna forma, ella ya había vivido en sus sueños, como transmigrada de un tiempo paralelo. No podía dejar de leer las últimas anotaciones del insólito diario de la desdichada niña, aunque sabía que su estabilidad emocional correría un serio peligro si la historia avanzaba en la dirección en la que parecían apuntar los hechos, por lo que decidió tomarse unos minutos antes de continuar con la lectura.

Era de día, el sol apuñalaba el corazón de la inmensa casa, mientras Anna deambulaba por los corredores intentando sofocar el acceso de ansiedad que se había instalado en su pecho. Se asomó al alto mirador creyendo que respirar aire libre le aportaría la fuerza que necesitaba para seguir adelante, y así fue durante unos minutos.

De vuelta a la biblioteca abrió el libro nuevamente por la página que acababa de terminar, la

pasó, pasó una más, y otra. Recorrió nerviosa todas y cada una de las gruesas páginas que le quedaban hasta el final y no encontró ninguna nueva anotación con la letra menuda y delicada, tan parecida a las notas musicales, de Rebeca.

Anna volvió a leer las últimas palabras escritas en el improvisado diario.

Nada más hacerlo experimentó un fino dolor en su vientre que la obligó a doblarse sobre sí misma. Sintió asco y profirió una maldición a media voz.

En ese instante el estrepitoso timbre del teléfono la devolvió a su realidad.

Capítulo 35

—Luis está en coma desde hace dos días —escuchó Anna la nerviosa voz de Julián al otro lado del auricular—. Lo ingresaron en urgencias gracias a que un vecino dio la voz de alarma.

—¿Sabes en qué hospital está ingresado? —preguntó sin atreverse a ponerle nombre al sentimiento que comenzaba a gestarse en su interior.

—Está en la U.C.I. del Virgen de las Nieves, es lo único que me ha podido decir el tendero de un comercio cercano. Anna, dime: ¿ha vuelto Lucía?

—No, aún no.

—Pues no podemos perder tiempo, déjale una nota contándole lo ocurrido y pídele que nos contacte en mi número de móvil. Paso a recogerte en cinco minutos.

* * *

Julián y Anna, al no ser familiares directos de Luis, tuvieron que convencer al médico de guardia para que se saltase las normas y les informase del estado de su amigo.

—Bien, veamos —dijo el galeno cuando una enfermera le entregó el historial clínico—: se trata de un varón de avanzada edad que ingresó a las 2:38 horas el 31 de noviembre de 2009 por un shock anafiláctico. El paciente llevaba tiempo recibiendo tratamiento domiciliario con morfina. En urgencias se le aplica una primera sedación a las 2:50 con una combinación de morfina, 100 miligramos, Dormicum, 50 miligramos, y Tranxilium, 50 miligramos. Las dosis se repitieron a las 5:30 de la madrugada, pero al no observarse disminución del dolor, el equipo de oncólogos determinó a las 12:35 de esta mañana someterlo a un coma inducido.

Julián tomó la mano de Anna, la apretó con fuerza y atesorando fuerzas, insinuó una pregunta.

—Entonces... Luis... ¿solo está dormido?

El aséptico doctor se quitó las gafas y, con afectación, miró indistintamente a los dos antes de hablar.

—«Dormido» quizás no sea la palabra oportuna. La situación es grave, tan grave como parece. La quimioterapia no ha servido de mucho en este caso, por lo que todo hace suponer que a su amigo le quedan unos días... a lo sumo un par de semanas de vida.

Julián dejó que pasasen unos segundos antes de hablar de nuevo.

—Doctor, nos hacemos cargo de la situación. Ahora solo nos gustaría saber si el coma al que

lo han inducido es reversible. Quisiéramos hablar con él una vez más, mostrarle nuestro apoyo, que estamos a su lado...

Anna dejó escapar algunas lágrimas, Julián pasó el brazo por encima de sus hombros y la atrajo hacia él.

—Sí, sí, por supuesto —reaccionó el médico—, el señor Martínez de Saq está monitorizado y estamos valorando su evolución en todo momento. Si en unos días consideramos que no hay peligro para su cerebro le despertaremos.

—Gracias, doctor, muchas gracias. ¿Podemos visitarlo ahora?

—Lo siento, el horario de visitas en la Unidad de Cuidados Intensivos es muy estricto, hasta mañana a las once no podrán; no obstante, dejen un número de teléfono a la enfermera por si hubiese que avisarles.

Antes de abandonar el despacho, Julián interrogó al médico sobre la persona que había dado la voz de alarma.

—Sí, ha sido su vecino de enfrente según nos dijo la policía, no recuerdo si dijeron el nombre.

* * *

—Sabía que los volvería a ver —dijo Claudio Hierbabuena a la pareja de profesores cuando estos fueron a hacerle una visita para interrogarlo en relación a lo sucedido.

—Pasen, no se queden en el rellano, siéntense. Tengo muchas cosas que contarles.

Anna y Julián se miraron. Puede que, instintivamente, esperasen cualquier otra clase de recibimiento diferente a aquél, pero no, no había duda, con el señor Hierbabuena se rompían todos los cánones, y nada, absolutamente nada era previsible cuando entraba en escena.

—¿Un zumo?, ¿una cerveza? Sin alcohol, eso sí. ¿Qué quieren tomar?

—Señor Hierbabuena... —intervino Julián sin contestar a la pregunta.

—Por favor, llámeme Claudio, a secas, y si me tuteas mucho mejor. Creo que ya nos conocemos lo suficiente como para sortear ciertos formalismos.

Julián miró soslayadamente a Anna.

—Bien, Claudio —volvió a la carga—, sabemos por los médicos que están atendiendo a Luis, que fue un vecino el que avisó a la policía...

—Pues sí, fui yo —contestó sin dejar que Julián terminase—, perdona, es una mala costumbre que tengo: no dejo terminar las frases cuando conozco las respuestas. Fui yo el que llamó a la policía. Llevo viviendo frente a la librería media vida, y conozco mejor que nadie las costumbres de Luis Martínez de Saq, como antes las de su padre, así que cuando llegó el tercer día seguido sin levantar las persianas supe que pasaba algo malo.

Anna tomó asiento en el duro sofá del salón y comprobó cómo a través de la puerta del balcón que daba a la calle Imprenta, gozaba de una inmejorable perspectiva de la entrada de la vieja librería.

Julián imitó a Anna y tomó asiento junto a ella, mientras el pequeño can de don Claudio saltaba al regazo de la profesora.

—¡Pipo! —lo recriminó su dueño—, deja a la señorita americana...

—No se preocupe —contestó Anna—, es una monada de perrito y no molesta.

Julián se decidió por intentar relajarse del shock que acababa de recibir, y pidió a su anfitrión

un poco de café solo sin azúcar.

—¿Qué les han dicho en el hospital? —preguntó Hierbabuena desde la cocina.

Julián contestó mirando a Anna.

—Pues que, la verdad, Luis no las tiene todas consigo. Al parecer cuando lo encontraron había perdido el sentido a causa de un shock anafiláctico...

Claudio Hierbabuena regresó al salón con una cafetera en la mano.

—¿Eso os han dicho?, pues no es cierto. Yo entré con la policía local y estuve junto a él antes de que llegase la ambulancia. Estaba consciente, y muy preocupado por algo.

Anna y Julián se sobresaltaron incorporándose un poco sobre el vencido sofá.

—¿Estaba consciente? —preguntó Anna extrañada.

—Sí, y muy interesado en que vigilase su tienda en su ausencia hasta que volviésemos.

Don Claudio consiguió desenroscar la cafetera después de un breve momento de lucha con el desgastado artilugio y volvió a la cercana cocina.

—Pobre Luis —volvió a intervenir desde el otro lado de la puerta—, supongo que sabéis que no tiene a nadie en su vida, solo a vosotros dos, creo que por eso, antes de perder el conocimiento me indicó dónde guardaba las llaves de la casa, y me rogó que la cerrase en cuanto se lo llevaran. Ahora que ya estáis aquí os toca a vosotros haceros cargo de la casa y de la librería según sus deseos.

Claudio Hierbabuena volvió al salón con una bandeja, la dejó sobre la mesa y fue a abrir la portezuela de un anticuado mueble bar de formica ante las incrédulas miradas de los profesores.

—Sí, aquí están —dijo mirando la gruesa madeja de llaves—. El librero era un hombre metódico, cada llave tiene pegada una etiquetita que la identifica.

Julián tomó el pesado llavero en su mano, lo miró durante unos segundos y sin saber qué decir se lo guardó en el bolsillo interior de su cazadora.

—Bien, don Claudio —contestó Julián haciendo ademán de levantarse tras beberse su café de un trago—. Muchas gracias por todo, estoy seguro de que si no llega a ser por usted muy posiblemente Luis ya no estaría entre nosotros...

—Pero... ¿ya se marchan? Bueno, está visto que estamos condenados a no tutearnos nunca —dijo Claudio Hierbabuena con tristeza.

Anna dejó a Pipo en el suelo, se levantó y se dirigió hacia el anciano.

—No te preocupes, Claudio —le dijo poniendo las manos sobre sus hombros—, volveremos pronto. Considero que es nuestra obligación tenerte informado de la evolución de Luis. Ahora te pido que comprendas que debemos bajar a la librería para comprobar que todo está en orden...

—Sí, sí, lo entiendo —dijo Claudio antes de que la mujer se inclinase y le diese los oportunos besos de cortesía en la cara—, pero no olvidéis que para lo que podáis necesitar aquí me tenéis, siempre alerta, como en los viejos tiempos.

Julián se sintió en deuda con el anciano y se acercó a él para despedirse con un abrazo.

—Amigo, pronto tendrás noticias nuestras, te lo aseguro —le dijo mirándole a los ojos.

Claudio Hierbabuena recibió aquel abrazo inesperado en el momento en que su vista, nublada por una peregrina emoción, se clavaba, quizás por casualidad, en una vieja foto tomada hacía muchos años a miles de kilómetros de allí. Siempre recordaría la fecha y el lugar: diecinueve de agosto del cuarenta y cuatro, las tropas aliadas entraban en París, él, entonces, solo tenía diecisiete años.

* * *

La oscuridad resultaba desconcertante en el interior de la librería. El interruptor general se encontraba apagado, y a Julián le costó cerca de diez minutos dar con él. Una vez se hizo la luz, pudieron comprobar que la planta baja se encontraba como siempre. Todos los libros en sus estantes correspondientes, la caja registradora bien cerrada, y los catálogos que Luis solía guardar al otro lado del mostrador, ordenados en un perfecto orden alfabético.

No se atrevieron a bajar a la cámara subterránea, no, aún no, eso lo dejarían para otro momento, ahora lo que primaba era comprobar que todas las ventanas y puertas de la casa estuviesen bien cerradas.

Julián quiso aprovechar la ocasión que el azar le había ofrecido, y subió para inspeccionar la planta alta de la casa, quizás con la idea de descubrir algo sobre el pasado de Luis Martínez de Saq o sobre su familia. Antes de que pudiese hacerse una idea de lo que le rodeaba escuchó a Anna hablar con alguien en la planta baja y se acercó a las escaleras rápidamente.

—Perdone, pero está cerrado —informaba Anna a un hombre alto, siniestro, vestido con un largo abrigo negro de piel y un sombrero oscuro, que con sus dos manos apoyadas en la empuñadura plateada de su bastón golpeaba de vez en cuando la tarima del piso.

El extraño visitante, sumido en la semipenumbra que arrojaban sobre su figura los anaqueles de Historia contemporánea, antes de decir nada, alzó su mirada hacia Julián, y después de un incómodo silencio que provocó el desconcierto en los dos profesores, se decidió a rasgar el silencio con su áspera voz y un rudo acento alemán.

—Lo sé, *liebe dame*. Está cerrado, ya. Supongo que ustedes son la señorita Anna Elisabeth O'Sullivan y el señor Julián Pérez Fox. ¿Estoy en lo cierto?

Anna se inquietó al escuchar aquellas palabras y fue junto a Julián, que haciendo acopio de entereza bajó varios escalones para anticipar el encuentro con ella.

—Está en lo cierto. ¿Qué se le ofrece? —preguntó Julián intentando endurecer su entonación.

—Vengo a recoger algo que me pertenece —dijo sin más, mientras extraía de una pitillera un grueso cigarro que encendió con un ensayado gesto lateral.

Allí estaba prohibido fumar, pero Julián decidió no perder el tiempo recriminándole para acelerar el desenlace de aquella incómoda escena.

—¿Y qué es eso que le pertenece? —preguntó al fin, deseando que su impresión de estar hablando con un miembro de La Hermandad Pitagórica, fuese equivocada—. ¿Algún encargo especial?, no sé ¿incunables?, ¿revistas científicas? ¿O serie «B»? —se permitió una ironía final —: algo sobre zombis, vampiros, alienígenas....

El tipo avanzó hacia las escaleras lentamente, hasta que la luz procedente de la planta alta iluminó la profunda cicatriz que le atravesaba el rostro de lado a lado.

—Tienen veinticuatro horas para entregarme la traducción de los tres secretos cifrados —dijo el oscuro visitante acompañando sus palabras con nuevos golpes de su bastón sobre el suelo.

Julián supo que de nada les iba a servir fingir que no conocían la existencia de las tres cifras y decidió ofrecer una mínima resistencia verbal.

—Esos documentos a los que se refiere ni son nuestros ni están en nuestro poder, así que no sé cómo...

El tipo no le dejó terminar.

—Tenemos retenida a Lucía.

Los dos sintieron la bofetada de la realidad descargando un doble latigazo sobre sus rostros.

—¿Cómo dice? —se atrevió Anna a preguntar.

—Lo que han escuchado.

—¿Lucía? Pero cómo... ¡Maldita sea! ¿Han secuestrado a Lucía? —exclamó Julián mientras Anna se apretaba a su cuerpo.

—Ya, si quiere llamarlo así, sí, la hemos secuestrado. De momento está bien, pero si mañana a esta misma hora no tenemos lo que le he pedido empezaremos a amputarle partes de su cuerpo. Pero no se alarmen, empezaremos por las partes menos... ¿cómo diría?: «importantes»: los meñiques, los lóbulos de las orejas... aunque tengo que reconocer que es una lástima, esa mujer es muy bella, sin menospreciar a la señorita Anna, por supuesto.

En un intento desesperado por salvar la situación, Julián aseguró al terrible personaje que el tiempo había hecho desaparecer la última pista, por lo que las demás resultaban a todas luces inútiles.

En ese instante, el tipo del abrigo negro chasqueó sus dedos, y como una exhalación entraron desde la calle los mismos individuos rapados que les habían asaltado meses antes en el callejón de los Hechiceros, y sin mediar palabra alguna comenzaron a volcar estanterías y a destrozar todo a su alrededor.

El estruendo hizo a Anna hundir su rostro en el pecho de Julián y sollozar desconsolada, mientras él, reteniendo la rabia, no dejaba de mirar desafiante a los ojos del teutón.

Tal como habían empezado su acción, aquellos dos infames se detuvieron a un solo chasquido de dedos de su amo.

—Ya lo saben. Mañana recibirán una llamada en su teléfono móvil y tendrán el tiempo justo de reunirse con nosotros donde les digamos para entregarnos los tres textos descifrados. En el caso de que fallen o llamen a la policía, despídanse de su amiga Lucía.

—Pero, ¿cómo sabe mi número de teléfono?... —preguntó, extrañado, Julián.

—Ya saben. Veinticuatro horas.

* * *

Aquella noche, Julián y Anna decidieron quedarse en la librería para poner un poco de orden en aquel destrozo. Después bajaron a la cámara subterránea para intentar comprender cómo podían encajar todas las piezas del desconcertante enigma cifrado.

El persistente recuerdo del rapto de Lucía ralentizaba el raciocinio de los dos profesores, y aunque eran conscientes de que estaban muy cerca de hacer funcionar el soberbio engranaje forjado, muy posiblemente en aquella misma sala quinientos años atrás, comenzaron a sentirse frustrados al no encontrar la relación entre el principio y el final de las pistas obtenidas, o lo que era lo mismo: entre el Códice Zorzi y aquellas tres palabras latinas escritas por Rebeca de Rivera en los márgenes de la *Messe de Notre Dame*.

Sabían que todo se reducía a encontrar el punto exacto donde Bartolomé Colón ocultó las riquezas escamoteadas a la Corona Española, y la respuesta estaba allí, ante sus ojos: en aquellos tres mapas.

Tres mapas, tres palabras, tres rosas equidistantes...

Capítulo 36

La sala de espera de la UCI estaba repleta de gente. Si Julián y Anna hubiesen atendido a las conversaciones ajenas podrían haber descubierto tras los lamentos, las quejas, las caras de frustración y desconcierto de aquellas personas anónimas, más de una historia terrible y realmente conmovedora que, quizás momentáneamente, les hubiese servido para calibrar con precisión su propia adversidad.

Cuando llegó el momento de acceder por el luminoso corredor acristalado que conectaba visualmente con las asépticas camas de los enfermos, un revuelo sordo se apoderó de aquella masa doliente, haciendo que todos iniciasen una particular diáspora hacia sus seres queridos, que ahora, víctimas de los reveses del destino, se encontraban abatidos en sus lechos por culpa de la enfermedad.

Los dos profesores se sumaron a la lenta procesión y solo se apartaron de la estrecha fila cuando alcanzaron su destino: la posición marcada con el 22 B.

Tuvieron que hacer un considerable esfuerzo para identificar a aquel ser humano escuálido y blanco como la nieve que se empeñaba en subsistir a cualquier precio bajo el peso de tubos, botes de suero, mascarillas y contadores digitales de latidos.

Anna y Julián estrecharon su abrazo ante la contemplación del cuerpo que, según indicaban las máquinas, aún contenía un hálito del alma de Luis Martínez de Saq, y confiaron que su recuperación no se alargase en el tiempo mucho más allá de la tregua que, si todo fallaba, esa noche intentarían conseguir de los peligrosos secuaces de La Hermandad Pitagórica.

De alguna forma parecieron comprender que la vida de Lucía dependía de la del propio librero de la calle Imprenta, de su recuperación, y sobre todo de que aquel maldito shock que había sufrido no hubiese mermado sus facultades y pudiese al fin volver a la vida para ayudarles a identificar el bien guardado enclave de las riquezas del almirante Colón.

Al cabo de unos minutos en los que la gente de alrededor parecía haber desaparecido, comprendieron que poco más, aparte de seguir acumulando una gran dosis de tristeza, tenían que hacer allí.

Anna posó su mano en el cristal para, de alguna forma, despedirse de aquel buen hombre al que desgraciadamente apenas había tenido tiempo de tratar. Julián la tomó de la mano y tras dirigirle una última mirada al cuerpo inerte de Luis intentando retener la emoción, abandonaron la planta.

* * *

Salieron al exterior, decididos a adelantar el almuerzo de aquel día para que pudiesen utilizar toda la tarde para trazar el mejor plan a seguir dadas las circunstancias.

—Creo que, desgraciadamente, ya no tenemos por qué ocultarnos —dijo Julián subiéndose el cuello de la cazadora para evitar la fría brisa.

Anna no contestó de inmediato. Pensó en pedir ayuda a sus pocos amigos de la universidad, recordó a Óscar Saldaña que tanto le había ayudado a integrarse... pero no, La Hermandad Pitagórica había dado ya demasiadas muestras de brutalidad como para ir por ahí comprometiendo a nadie en una aventura tan extrema.

Siguiendo las instrucciones de los malhechores decidieron no poner el asunto del secuestro en conocimiento de la policía, así pues se supieron solos ante aquellos malvados a los que únicamente movía el hacerse con aquellas riquezas colombinas que debían aportarles el dinero necesario para llevar a cabo su terrible plan de reactivar los poderes fácticos adormecidos desde el final de la segunda gran guerra.

—¿Quieres que vayamos a almorzar al lugar donde comimos por primera vez? —propuso Anna con un deje de nostalgia que encerraba un profundo significado en aquellas circunstancias.

Julián detuvo el paso un momento, y tras valorar la oferta ofreció su visión de las cosas.

—Anna, para serte sincero tengo que decirte que apenas tengo hambre. Es más, si volviésemos allí con todo lo que tenemos encima, pienso que contaminaríamos el hermoso recuerdo que guardo de aquel día. La verdad —continuó Julián tras hacer un breve receso—, no sé si existe un mañana para nosotros, pero quiero que sepas que haber compartido contigo estos meses bien vale una vida entera.

Anna se tensó al escuchar esas palabras, se puso frente a su amante, le tomó de las solapas de su cazadora y le miró a los ojos.

—No vuelvas a decir eso nunca más, ¿de acuerdo?

Julián, abochornado quizá por haber expuesto de forma tan cruda lo que pensaba, bajó su mirada como única respuesta.

—Te confieso que yo tampoco tengo hambre —continuó Anna intentando reconducir la situación—, así que creo que lo mejor que podemos hacer es enfrentarnos a esto con la mayor serenidad de la que seamos capaces. Si te parece volvemos ya a la librería, intentamos analizar las pistas una por una... incluso he pensado que podríamos confeccionar un dossier con todo lo que sabemos de esta historia para intentar usarlo como moneda de cambio por la vida de Lucía. No nos queda otra opción que hacer lo que ellos quieren.

Julián, tras una breve reflexión, le dio la razón a Anna.

En la parada más cercana tomaron un taxi a cuyo conductor dieron una dirección cercana a la calle Imprenta.

Durante el camino, inesperadamente, pequeñas gotas de agua motearon el parabrisas del taxi.

* * *

Conforme las horas fueron pasando en el frío sótano de la librería, y los datos comenzaron a engrosar un apreciable dossier, los ánimos de ambos se rehicieron un tanto.

—¿Cuántas páginas has escrito? —preguntó Julián a Anna mientras intentaba trazar una tabula recta parecida a la del tratado del Abad Trithemius.

—Pues... dieciocho —contestó—. Creo que si esos tipos no son demasiado exigentes sabrán conformarse con las fotos que hice del Códice junto con el relato fiel de los acontecimientos y la explicación de cómo se realizó la encriptación de los textos.

Julián, moderadamente satisfecho, sonrió por primera vez desde hacía varios días, y se adelantó para besar a Anna en los labios.

—No te entretengas —le advirtió ella después de agradecerle el gesto con una sonrisa—, no sabemos cuándo nos van a llamar esos tipos para que nos pongamos en marcha. En ese momento Julián volvió a interrogar la pantalla de su teléfono: no había rastro de llamadas perdidas ni de mensajes... mostraba buen nivel de batería: no había por qué preocuparse.

Después de intercambiar impresiones, llegaron a la conclusión de que pedirían una prueba de que Lucía se encontraba sana y salva antes de entregarles el dossier. Quizás con que pudiesen escucharla por teléfono podría bastar, aún así sabían que una vez entregasen todos los datos todavía existía el peligro de que los hiciesen desaparecer a ellos mismos, por lo que Julián decidió no revelarles la locución latina que Rebeca de Rivera había consignado en la *Messe de Notre Dame* hasta que estuviesen todos lejos de allí y a salvo.

—¿Tienes hora? —preguntó Julián a Anna al comprobar que su reloj de pulsera estaba parado y el de su móvil sin ajustar—, te confieso que estoy empezando a ponerme muy nervioso; deberían haber llamado ya, ¿no te parece?

A Anna no le dio tiempo a contestar. Un ruido seco en la planta alta, como de maderas al quebrarse, les hizo abandonar su improvisado escritorio y subir las escaleras a la carrera con la idea de llegar con tiempo suficiente para ocultar la existencia de aquel sótano.

—No, no corran, no se tomen la molestia —escucharon al enigmático hombre del abrigo negro que, flanqueado por sus dos esbirros, acababa de acceder al interior después de forzar la puerta—. Aunque les cueste creerlo conozco sobradamente la guarida de los *Buchhändler*.

Anna miró a Julián confundida.

—*Ja*, ¿no conocen el nombre pitagórico de los Martínez de Saq? —preguntó irónico el recién llegado—. Creo adivinar por sus expresiones que incluso nuestro valioso hermano Luis Martínez de Saq, como buen heredero del juramento de su familia, ha sabido guardar ante ustedes el secreto de su militancia.

Los dos profesores quedaron paralizados. No podía ser cierto lo que estaban escuchando. Sin embargo, no hacía falta remover muchos recuerdos recientes para comenzar a sospechar que habían sido manipulados por el astuto Luis de la forma más inesperada y vil que cabía imaginar.

—Sé lo que está pensando, *frau*. No entiende nada, ¿verdad? Creo que ha llegado el momento de aclarar las cosas. Comenzaré por presentarme: mi nombre es *SS Sturmscharführer* Einrich Heim von Kahn, pero pueden llamarme *el asesino de la cicatriz*, les confieso que no me molesta en absoluto que me llamen «asesino», incluso, he de reconocer que me agrada, y supongo que ya han adivinado que soy el actual Gran Maestro de La Hermandad Pitagórica reconstituida, ¿cierto?

Al escuchar aquel nombre y por una simple concatenación de ideas, Anna recordó que el dossier se había quedado abajo, junto a la tétrica lámpara que según las impresiones de Julián podía estar hecha con huesos de judíos asesinados en los campos de concentración nazis, y sintió una fuerte punzada en el estómago.

Heim von Kahn comenzó a pasear entre los estantes de la librería con evidente soltura, indicando con su bastón los lomos de ciertos libros y haciendo comentarios sobre ellos.

—Hacía tiempo, demasiado tiempo que no tenía el placer de pisar el nido de los librereros. Recuerdo que yo era miembro de las *Hitlerjugend* entonces y aún vivía el viejo Álvaro, el padre de Luis; les aseguro que era toda una personalidad...

—¡Ah! —exclamó Heim von Kahn señalando un libro determinado—: *The spanish civil war*, un tratado interesante sobre la Guerra Civil Española del hispanista Hugh Thomas. ¿Saben que la aportación de Álvaro Martínez de Saq fue decisiva para la victoria de las tropas de Franco? ¿Cómo?, se preguntarán. Bien, ¿conocen la máquina de cifrados *Enigma*?

Julián miró a Anna sin atreverse a contestar.

—¡Ah, Entschuldigen Sie! —exclamó Heim—, olvidaba que son profesores de matemáticas y saben criptología. ¡Claro que conocen la existencia del mayor ingenio militar del siglo Veinte! Como les decía, gracias a la intervención de nuestro miembro, el bien recordado y a la postre *kompanieführer* Álvaro Martínez de Saq, el victorioso Ejército Nacional del Caudillo Franco pudo adquirir diez de esas valiosísimas máquinas de cifrado, pero su aportación no se limitó solo a la mera intermediación, porque después trabajó en el adiestramiento de los operadores codo con codo junto al comandante Antonio Sarmiento, Jefe de la Oficina de escuchas y descifrado del Cuartel General del Generalísimo. Una vez terminada la Guerra Española fueron requeridos sus conocimientos desde Berlín donde demostró su valía ampliamente y fue recompensado con el cargo honorífico de Comandante de las fuerzas paramilitares, *Las Volkssturm*.

»Pero... ya está bien de lecciones de historia ¿Tienen lo nuestro? —preguntó Heim girándose sorpresivamente hacia Julián haciendo como que le apuntaba con su bastón.

—Mm, sí. Sí que lo tenemos, pero antes debemos negociar la libertad de nuestra amiga Lucía.

—¿Negociar? —preguntó sorprendido el alemán—. Miren a su alrededor creo que no están en disposición alguna para la negociación. Pero seré benévolo con ustedes, les confieso que me caen bien, me recuerdan a un par de gorrioncillos atrapados en una fina red invisible. Acepto la negociación, pero antes de nada quiero ver las pistas que indican el emplazamiento del tesoro.

—No hay problema en eso. Ahora debo bajar a por los documentos —dijo Julián volviéndose sobre sí mismo.

—¡Un momento! —le detuvo Heim von Kahn con su bastón—, no bajará ahí solo.

Uno de los esbirros se adelantó en la dirección de Julián a una mínima señal de Heim, y con un fuerte empujón le obligó a ponerse en marcha.

Julián se demoró algo más de la cuenta al bajar las escaleras para darse el tiempo oportuno de analizar la situación. Recordó que en el arcón del fondo había un puñal igual al que usaba el sicario de La Hermandad, y se dirigió hacia allí sin una idea clara de lo que haría si lograba hacerse con él.

—¡Eh, tú! —le detuvo rudamente su captor apenas avanzaron unos pasos por la cámara subterránea— ¿Es esto lo que buscas?

Julián se volvió hacia él y descubrió que el sicario ya tenía en la mano la carpeta con los documentos.

—¡Ah! Vaya, ya veo que no eres tan imbécil como parece... engendro.

El malhechor, zaherido, dio un fuerte golpe en la boca a Julián con la empuñadura de su machete que hizo que se tambalease. Cuando recuperó la verticalidad se encontró con una afilada

hoja presionándole el cuello, y el hedor del aliento de aquel tipo escupiéndole palabras roncadas, casi guturales, en el oído.

—Te escapaste una vez de mi cuchillo, *arschloch*, pero te juro por el diablo que eso no volverá a pasar.

En ese momento se escuchó la voz de Heim ordenar que se dieran prisa.

El sicario empujó a Julián escaleras arriba y una vez se vio frente a su amo le entregó la carpeta.

—Bien, veamos qué tenemos aquí —se felicitó el viejo nazi insinuando una ácida sonrisa tras comprobar cómo le sangraba la nariz a Julián y esbozar un mínimo gesto de desaprobación.

Anna intentó socorrer a su compañero, pero el mismo que le había golpeado se interpuso en su camino.

A partir de ese momento los minutos pasaron lentos en la librería. Julián y Anna no quitaban la vista de encima a aquel peligroso personaje producto de pasadas épocas, que, por suerte, parecía satisfacerse con los documentos que le habían preparado, y algo más calmados quisieron creer que existía una posibilidad para que todo aquello terminase pronto y de buena manera.

—Bien, muy bien —dijo Einrich Heim von Kahn cerrando la carpeta de un golpe—, esto... como decimos en mi país *es ist zum kotzen*.

Julián miró a Anna intentando saber lo que acababa de decir el alemán, pero no necesitó esperar mucho para descubrirlo.

—O, como dicen ustedes: ¡esto es una puta mierda! —gritó Heim lanzando la carpeta contra el panel que ocultaba la puerta del sótano— ¿qué es lo que pretenden?, ¿insultarme? Pues bien, lo han conseguido —dijo llevándose su mano derecha al interior de su abrigo.

—¡Espere!, ¡espere un momento! —pidió Anna levantando la mano hacia él—. Le aseguro que esas son las pistas traducidas que se encontraban en los tres libros...

—No lo dudo, Frau Anna, pero yo solamente quiero una equis en un mapa. ¿Es eso tan difícil de entender?

—Pero esas pistas son las que indican dónde hay que trazar la cruz...

—¿Sí?, ¿y usted está dispuesta a mostrarme dónde está esa cruz?

—Por supuesto —aseguró Anna sin que le temblase la voz.

Heim von Kahn clavó su vista en la de ella, y desde allí, después de unos segundos, recorrió su cuerpo lentamente hasta experimentar un pálpito de ominosa sensualidad.

—Bien, *mon cherí*, ya lo he anunciado antes: hoy me siento magnánimo. Vosotros dos —dijo volviéndose hacia sus secuaces—: vigilad bien al profesor. La americana y yo bajaremos al sótano con todos los datos necesarios para realizar nuestro trabajo. Si todo resulta como es debido, volverán a salir dos personas por esa puerta; si no, solo lo hará una.

Julián, impulsado por las palabras del nazi, dio un paso decidido hacia Heim, pero sus dos fornidos guardianes no tardaron en inmovilizarlo contra la pared.

Anna se despidió de él con la mirada. Le lanzó desde la distancia una frase silenciosa que contenía un cúmulo de sensaciones encontradas que Julián no quiso decodificar.

La cámara secreta de los Martínez de Saq le pareció a Anna más fría que nunca. No tenía plan alguno por el que guiarse y decidió dirigirse hacia la mesa sobre la que había intentado encontrar respuestas durante toda la larga tarde.

Anna fue extrayendo uno a uno todos los documentos que conformaban el dossier, a la vez que

explicaba a Einrich Heim las particularidades de cada uno de ellos.

Así, en poco más de media hora Heim ya conocía la existencia de Martín de Loxa, de Mateo Martínez de Saq y de su nieto Gonzalo, de la familia Méndez de Naharro, del asesinato perpetrado por José Vera al intentar robar a su tío Alberto el *Almagesto* de Ptolomeo, incluso del viaje a Niza y su acelerada vuelta a la ciudad...

—Sí, hermosa Anna, ya tenía conocimiento por Schlafend de todo eso...

—¿Schlafend? —preguntó confundida.

Heim von Kahn no atendió a la pregunta y la interrogó acerca de sus descubrimientos en la biblioteca Florentina.

Anna, circunspecta, extrajo con cuidado las fotografías que había hecho con su cámara digital de los tres mapas que componían el Códice Zorzi.

—¡Hum, mapas! —exclamó Heim—. Estas fotografías las he pasado por alto, ¿estaré perdiendo facultades con la edad? ¿Usted qué piensa, señorita? —preguntó a Anna insinuándose descaradamente.

El alemán se acercó a la lámpara y pasó sus dedos con delectación por las pieles reseca con las que se había fabricado su pantalla, quizás recordando viejas infamias; luego, volviendo a su presente, alzó los planos hacia la luz y los observó por transparencia.

—Si son realmente imágenes de los mapas trazados por Bartolomé Colón debo considerar que era un cartógrafo poco riguroso; las tres rosas de los vientos están levemente desplazadas unas de otras...

Anna, como en un chispazo de su mente, recordó las tres palabras que cerraban el secreto: *aequidistantes tres rosas*.

—En el punto equidistante a las tres rosas —murmuró para intentar discernir si tras aquella peculiaridad se encontraba la respuesta definitiva al enigma.

—¿Cómo decís, cherí? —preguntó Heim volviendo su mirada hacia ella con los mapas aún alzados ante la luz.

Anna reaccionó rápido, por suerte —recordó— Julián no había incluido la locución latina en el dossier, por lo que el secreto y aún más: ellos y Lucía, aún tenían una última esperanza de supervivencia.

—¿Y bien, querida profesora? —volvió a preguntar Heim.

—Acabo de recordar que todos los datos se complementan con un instrumento de medición astronómica que se nos entregó junto al *Almagesto* de Ptolomeo —se le ocurrió decir.

—Hum... ¿un instrumento de medida astronómica? No tenía noticia de ello. Bien, ¿dónde está ese instrumento?

Anna miró a los fríos ojos, inexpresivos como una roca, del viejo nazi y sus esperanzas se volatizaron de golpe. ¿Qué valor tendrían sus vidas después de que aquel diablo exterminador hubiese conseguido lo que andaba buscando? Anna no lo dudó más.

—En el arcón. Está en el arcón donde los Martínez de Saq guardan sus reliquias...

Heim von Kahn miró en dirección al defenestrado baúl y volvió a mirar a Anna leyendo en su gesto el sentido de sus pensamientos. En ese momento introdujo su mano dentro de su abrigo y extrajo una anticuada Luger P08 y la montó apuntando al techo.

—Bien, vamos hacia allá, tengo todo el tiempo del mundo.

—Sí, está bien —reaccionó Anna intentando un último ardid—, os voy a dar el enclave del

tesoro, pero quiero que antes suelten a Lucía, ella no tiene que ver nada en esto.

—¿Lucía? ¡Ah, sí! La directora del instituto. No, Frau Anna, Lucía no corre peligro alguno. Desgraciadamente estoy rodeado de incompetentes, los hombres que debían haberse encargado de eso se dieron a la fuga en cuanto un inspector de paisano que la vigilaba abortó nuestro plan disparando un par de veces al aire. Lo siento, tengo que reconocer que ha sido... ¿cómo dicen ustedes?, un farol por mi parte.

Anna, sorprendida, fue incapaz de valorar la situación en la que acababan de quedar Julián y ella misma, y como una autómatas a la que solo movía el instinto de supervivencia se dirigió hacia el arcón con una idea fija en la cabeza.

El antiguo *Sturmscharführer* Einrich Heim von Kahn, dejó su abrigo sobre una silla, se acercó por detrás hasta rozar el cuerpo de la obnubilada Anna, colocó el frío cañón de la Luger en su sien, y le susurró algunas palabras en alemán antes de arrastrar su áspera lengua por el frágil cuello de la americana.

Anna, superada por lo que estaba pasando, tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para abrir el baúl.

Sobre la vieja clámide tornasolada, bordada con los símbolos pitagóricos, descubrió el gran estoque ritual desenvainado.

En ese momento Heim, aprovechando que la mujer se había inclinado sobre el arcón dejó caer el peso de su lascivo cuerpo sobre el de ella. Anna apretó los dientes, sabía que cualquier movimiento que hiciera podía motivar que aquel criminal despiadado apretase el gatillo sin ningún tipo de escrúpulo.

Quizás en sueños, quizás en otra vida o puede que en otra dimensión paralela a ésta, Anna tuvo la certeza de que aquella violación, no tanto de su cuerpo como de su dignidad, se había llevado a cabo antes, y no, no le importó tanto mantener a salvo su integridad física como el hecho de estar a punto de ser sometida por el más ruin de los mortales. Con toda la rapidez de la que fue capaz, alargó su brazo hacia el puñal y, una vez lo tuvo en su mano, realizó un violento movimiento de retroceso con su codo que impactó en la cara del nazi.

El asesino de la cara cortada se tambaleó unos segundos, pero no tardó en recobrase del inesperado golpe, y antes de que la americana se lanzase sobre él para clavarle el puñal en el lugar que debía haber albergado su corazón de haberlo tenido, ya estaba apuntándole con el arma a la cabeza.

—¡Es una lástima! —dijo von Kahn—, ahora que estaba empezando a sentirme como en mis mejores tiempos llega el final. ¿Cómo dicen ustedes los americanos antes del tiro de gracia? ¡Ah, sí! *Sayonara baby*.

Anna nunca imaginó morir de aquella manera, pero no se sometería en sus instantes finales: no cerraría los ojos, en todo caso transformaría su impulsivo gesto de terror ante la inminencia de la muerte, en una mirada de evidente desprecio hacia su asesino.

El estruendo del disparo había estado seguido de un estallido cegador de sangre, de un estertor último que le había cortado la respiración hasta hacerla escupir trozos de vísceras, y en un arranque de última locura aún se imaginó de pie, erguida ante aquel indigno engendro de la raza humana que se retorció ante ella como el más abyecto de los gusanos.

Capítulo 37

—¿Estás bien, querida? —escuchó Anna una voz familiar de mujer que la indujo a volver a su realidad, quizás —se dijo—, a una nueva y definitiva realidad.

Levantó sus ojos hacia el final de la escalera, y descubrió, aupada sobre las sombras que pululaban a sus pies, el inconfundible porte de gran dama de Margarita de Rivera.

—Pero, ¿cómo?... ¿qué ha pasado? —se preguntó Anna llevándose la mano a la frente, acto que fue interpretado como un síntoma de que estaba a punto de derrumbarse.

Margarita se hizo a un lado para que Julián corriese al encuentro de su compañera.

—Perfecto —se felicitó Margarita—. Esto demuestra mi teoría de que los actos luctuosos cometidos en el pasado siguen un patrón circular, y se repiten y repiten hasta que alguien interviene y modifica el resultado.

—Y que lo digas, Margarita —dijo Claudio Hierbabuena mientras servía de apoyo a la diva en la compleja tarea de bajada por las estrechas escaleras.

—Pero... ¿qué ocurre? Que alguien me diga qué está pasando, por favor —suplicó Anna, completamente desorientada, comenzando a tiritar en brazos de Julián—. ¿Pero eres tú, Margarita? Y Claudio, ¿qué hace aquí Hierbabuena, contigo? ¿Os conocéis?

—Sí, cariño, conozco a Claude desde... ¿cuánto hace ya, viejo bribón?

—Pues tanto como el tiempo que llevas pagándome para que vigile este nido de ratas nazis. Al final tengo que darte la razón, la espera ha valido con mucho la pena...

Anna no asimiló de inmediato el sentido de las palabras de don Claudio.

Julián se separó unos centímetros de ella y comprobó que bajo las salpicaduras de la sangre de Einrich Heim von Kahn, por suerte no había herida alguna que afectase a su compañera. En ese instante, un leve lamento salió de la boca del abatido asesino de la cicatriz haciendo que la atención de todos se centrara sobre él.

—Ah, pero aún no estás muerto, *putain bâtarde!* —dijo Hierbabuena sacando de algún lado un antiquísimo fusil ametrallador usado por la resistencia francesa durante la ocupación alemana.

—¡¡Quieto!! —gritó alguien desde lo alto de la escalera—. Caramba, suegro, ¿de dónde ha sacado ese chisme? —preguntó Pepe Sarmiento mientras desenfundaba su arma reglamentaria.

Margarita de Rivera se situó junto al agonizante nazi, y clavó la punta de su bastón entre sus costillas, apretando hasta que consiguió arrancar un nuevo gemido de su garganta.

—*So wollte ich Dich auf dem Boden liegen sehen!* (¡Así quería verte, tirado por los suelos!)

—Margarita escupió las palabras a la cara, satisfaciéndose en ellas tal como solía hacerlo en sus mejores actuaciones.

De alguna manera Heim von Kahn consiguió las fuerzas suficientes como para intentar alcanzar su Luger, dispuesta para ser disparada.

—*Jüdische Hure, Du sollst in der Hölle brennen!* (¡Puta judía, arderás en el infierno!) — exclamó en el momento en el que alguien le dio una patada a la pistola y la apartó de él.

Einrich Heim von Kahn, antes de ser tragado definitivamente por las fauces de la muerte, forzó una mirada lateral hacia el tipo que le había impedido alcanzar el arma, y exhaló una palabra que nadie, excepto el aludido, llegaron a identificar: «Verräterisch» (traidor).

* * *

Anna y Julián recibieron aliviados la noticia de que, gracias a la vigilancia que el inspector Sarmiento estaba llevando a cabo por orden del comisario Esparza, se pudo evitar en el último momento el secuestro de Lucía, a quien se había recomendado que abandonase la ciudad hasta que todo hubiera pasado.

No cabía duda de que aquel caso presentaba cada vez más cabos sin atar, pero el inspector Sarmiento, intuitivo como siempre, sabía de cual tirar para desenmarañar la madeja.

No resultó fácil a Sarmiento convencer a su suegro para que le confesara de una vez por todas lo que estaba pasando alrededor de la vieja librería de la calle Imprenta, y hubo de amenazarle de mil y una formas para que accediese a contar todo lo que sabía.

Por fin, gracias a un acuerdo alcanzado con el Comisario Jefe de Granada, el ex partisano Jean Claude Bonnerbé, también conocido como Claudio Hierbabuena, cazador de nazis a sueldo de la familia De Rivera, pudo participar junto a las fuerzas de seguridad del Estado en el apresamiento del sanguinario ex oficial de las SS Einrich Heim von Kahn.

* * *

—Sabes que no te voy a pagar ni un euro más, ¿verdad? —dijo Margarita de Rivera a Claudio mientras, sentada en el diván de su suite del Hotel Palacio de Santa Paula, apuraba una deliciosa taza de té de melocotón.

Claudio Hierbabuena, a quien la satisfacción le estallaba por los poros de su rejuvenecida piel, se arrebujó en uno de los sofás sin poder evitar una sonora carcajada, antes de llevarse un menta poleo a los labios.

En ese momento Margarita pidió a Julián y a Anna que aceptasen alojarse en la suite contigua hasta que tomasen entre todos la decisión de lo que deberían hacer a continuación.

—Pero, Margarita —intervino Julián—, Heim ha muerto, por lo tanto La Hermandad Pitagórica, al carecer de su cabeza, lo más probable es que desaparezca...

—No, querido Julián, siento contradecirte —objetó la diva—. Esa gente ahora es más peligrosa que nunca. Antes temían a Heim y éste los mantenía en un difícil equilibrio de intereses, pero al desaparecer de escena y una vez descubierto el paradero de las riquezas de los hermanos Colón, estoy segura de que se van a embarcar en una lucha intestina hasta hacerse con él —don Claudio asintió con la cabeza sin dejar de mirar el fondo de su taza—. Debemos recuperar ese tesoro lo antes posible y entregarlo a las autoridades competentes, es la única forma de terminar

con toda esta locura.

—Ahora soy yo el que lamenta contradecirte, Margarita —dijo Julián—. Nadie ha podido descubrir el enclave aún... Tenemos las pistas, pero desconocemos la forma en la que encajan unas con otras. Albergábamos la esperanza de que Luis pudiese ayudarnos en esto pero ya ves cómo están las cosas.

—Sí, ya veo —dijo Margarita—. ¿Todavía se dice aquello de que a cada cerdo le llega su San Martín?

Nadie contestó.

En ese momento, Anna, envuelta en un albornoz blanco con el escudo dorado del hotel, se incorporó a la reunión mientras secaba su larga melena roja con una toalla.

—Perdonadme, pero creo intuir cómo hallar el punto que marca el lugar donde se encuentra el tesoro...

Los sorprendidos contertulios, enmudecidos ante las palabras de Anna, se miraron entre sí, y luego, por simple inercia, redirigieron su mirada buscando la de la profesora.

—Heim se percató de algo antes de... —Anna detuvo su locución y quedó pensativa un par de segundos—. Margarita, ¿recuerdas las tres palabras que descifró Rebeca de Rivera para ofrecérselas a Fray Falaris como moneda de cambio por la libertad de su abuelo?

—¡Oh, *mon Dieu!* —exclamó Margarita—. Ya veo que has hecho bien tus deberes, querida. Por supuesto que las recuerdo. Ese tratado ha sido mi libro de cabecera desde que alcancé la pubertad. Sin duda es lo más valioso que pudo sacar mi familia de Granada cuando nos marchamos. Me consta que a Federico le apasionaba la historia de Rebeca de Rivera, y en más de una ocasión le pidió a mi madre que le permitiese adaptarla al teatro...

—¿Federico? —preguntó Anna, extrañada.

—Sí, García Lorca. Aquello sucedió antes de que se marchase a Nueva York, a finales de los años veinte. Yo aún no había nacido, no soy tan vieja aunque os cueste creerlo —bromeó coqueta, apretando con su mano la rodilla de Julián—. Según me contó mi madre —continuó la diva recuperando la compostura—, cuando Federico estaba en la ciudad gustaba de aparecer a deshoras por casa para charlar con ella y tomarse sus buenas copitas de mistela. Pero esa, querida, esa es otra larga historia.

Anna sonrió queriendo ver en el brillo de los rejuvenecidos ojos de Margarita los genes evolucionados de la propia Rebeca de Rivera.

—Margarita, quisiera preguntarte una cosa acerca de tu antepasada.

—¿Mi antepasada? ¿De Rebeca quieres decir?, pues tú dirás, querida.

—¿Qué le ocurrió después de que Hernando de Soto abusase de ella en el calabozo?

Margarita hizo un gesto de contrariedad, dejó su taza sobre la mesa de té y se secó los labios con una servilleta antes de contestar.

—Cariño, cuando Rebeca de Rivera fue violada por Hernando de Soto en las celdas de la Inquisición, ya llevaba dos meses embarazada de Gonzalo Martínez de Saq.

—Pero... ¿cómo puedes saber eso, Margarita? —preguntó Anna sorprendida por la revelación, mientras se llevaba disimuladamente una mano a su vientre.

—Por los documentos que hallé en el archivo histórico de la ciudad, procedentes de la iglesia de Santa Ana. Hace mucho tiempo hice mis investigaciones y descubrí entre los legajos que sobrevivieron a tres incendios, al desbordamiento del río en 1835, a varias guerras, y a algún que

otro terremoto, que a los siete meses de aquel terrible suceso, Rebeca dio a luz un varón al que puso por nombre Pedro, muy posiblemente en recuerdo del nombre cristiano de su abuelo, por lo que no sería de extrañar que en la intimidad le llamase también Isaac.

—Pero, entonces, si Gonzalo fue el padre de ese niño, el apellido De Rivera...

—Sé lo que estás pensando, querida Anna, pero has de saber que Gonzalo nunca reconoció a ese niño, así que los descendientes de su hijo Isaac, entre los que me cuento, llevamos en nuestras venas sangre de los Martínez de Saq.

Tras la inesperada confesión se hizo un profundo silencio.

—Bien, después de esta aclaración, volvamos a lo nuestro —dijo Margarita al cabo de un par de minutos para salir del trance—: ¿Qué necesitas para determinar el enclave del tesoro, Anna?

—Pues... las fotos de los tres mapas que componen el Códice Zorzi —contestó.

—Es imposible acceder a ellos —advirtió Julián—, la policía los ha confiscado como prueba...

—¿El Códice Zorzi? —preguntó Margarita—. ¿Qué contiene exactamente ese Códice?

—Tres mapas trazados por Bartolomé Colón a principios del s. XVI —respondió Julián solícito.

—Hum... ¿siglo dieciséis? —dijo Margarita intentando ordenar sus pensamientos—. Bien, si se trata de eso creo que no hay problema, dadme unos minutos. Por favor, Jean Claude, ¿me acercas el teléfono?

* * *

—¡Baltazar, mi buen amigo! ¿Cómo estás? Sí, claro que soy Margherita, tu Margherita. Yo también a ti, pero, escúchame, necesito algo muy importante y urgente. ¿Que dónde estoy? Pues, sorpréndete, estoy en mi ciudad. No, no estoy en París, en Granada, en la bella tierra de mis ancestros. No, no he venido a morirme aquí ni a desovar como los salmones, no es eso, se trata de una simple reunión con unos amigos que me han pedido algo muy especial. Necesito que me consigas copias del Códice Zorzi de Bartolomé Colón, ¿lo conoces? Los originales están en... no; perdóname pero creo que te confundes, están en una biblioteca de Florencia...

Margarita guardó silencio durante un par de minutos durante los cuales su interlocutor se explayó ampliamente en densas explicaciones históricas. Tras anotar unos nombres en papel de carta con el membrete del hotel, se despidió efusivamente de su amigo Baltazar, emplazándole a que la visitase en su villa de Niza.

—Chicos, malas noticias. Los mapas que se custodian en la Biblioteca Central de Florencia son una simple copia hecha de memoria por Alessandro Zorzi —dijo Margarita nada más colgar el auricular del artístico teléfono *vintage*.

Anna y Julián se miraron.

Claudio Hierbabuena, acomodado en el sofá y aparentemente ajeno, se encogió de hombros mientras daba otro sorbo lento a su menta poleo.

—Parece ser... —dijo Margarita tras apurar su taza de té—, que los mapas custodiados en la biblioteca florentina son una burda copia que hizo el tal Zorzi siguiendo las indicaciones de Bartolomé Colón de los croquis trazados originalmente por Cristóbal, para ilustrar una carta destinada al Rey Fernando el Católico sobre sus viajes.

—Bien, entonces, como ya sospechábamos, si esos mapas que fotografiamos en Florencia son copias, no nos podemos fiar de ellos —dijo Julián comprendiendo que aquella circunstancia complicaba enormemente las cosas—. Se me ocurre una pregunta... ¿dónde irían a parar los mapas originales trazados por el Almirante?

—Pues según mi querido amigo Baltazar Grossetet —dijo Margarita sin perder tiempo—, que para que lo sepáis es Catedrático de Historia Medieval en La Sorbona, y un entusiasta admirador del trabajo de la reconocida historiadora colombina Marisa Azuara, esos mapas nunca llegaron a manos del Rey Fernando. Están perdidos; solo se sabe que existieron realmente por una confesión que en 1513 hizo Bartolomé a... perdón, un segundo que consulte mis notas; sí, a Pietro Martire d'Anghiera, un humanista italiano que con el tiempo se convertiría en capellán de la Reina Isabel la Católica.

—Pues entonces solo nos queda confiar en que las copias guarden la máxima exactitud con los originales, a no ser que... —titubeó Anna, que terminó por tomar asiento junto a Claudio obligándole a incorporarse un poco.

—A no ser... ¿qué?, Anna —preguntó Julián impaciente.

—Pienso que si el encuentro de los dos hermanos Colón con los Reyes Católicos en Granada ocurrió en el 1500... y Bartolomé, después de abandonar la Alhambra enfurecido por el trato recibido por parte de los Reyes, visitó la librería de los Martínez de Saq con la idea de facilitar a Martín de Loxa las pistas para localizar el tesoro... ¿estáis pensando lo mismo que yo? —preguntó Anna excitada.

—¡Hay que buscar esos mapas en el sótano de la librería! —exclamó Margarita de Rivera levantándose de su sillón con tanto ímpetu que Claudio Hierbabuena derramó sobre sus pantalones los restos de la infusión que tan morosamente estaba libando.

—¡Vaya!, lo que me faltaba —se lamentó Bonnerbé—. Ahora van a pensar que tengo incontinencia.

* * *

—Que no, suegro, que no. Que eso no se puede hacer así —protestó el inspector Sarmiento, con las manos alzadas, intentando dar esquinazo a su suegro entre las mesas de la comisaría de la calle Campos—. Ese local está precintado, está macizo de pruebas que costará Dios y ayuda procesar, y si no es con la orden de un juez allí no puede entrar ni el Espíritu Santo. ¿Me entiende?

En ese momento el comisario jefe, atento a las evoluciones de los dos personajes, se decidió a salir de su despacho para terminar con el bochornoso espectáculo.

—¡Hombre, don Claudio! —dijo acercándose afable al excitado Hierbabuena mientras le alargaba cordialmente su mano—, me alegra verle por aquí. No sé si le ha dicho su yerno que estamos trabajando para que pueda recuperar su ametralladora lo antes posible, ya sabe, papeleos con la Guardia Civil y esas cosas. Es una «Chauchat» de 1920, ¿no? Espero que algún día nos cuente cómo ha conseguido mantenerla en tan buen estado todo este tiempo.

Claudio no contestó; se limitó a mirar de soslayo al estirado comisario mostrando total desinterés por su persona.

—Pero, por favor, don Claudio —insistió el comisario—, acompáñeme a mi despacho, me gustaría hablar con usted.

El partisano antes conocido como Jean Claude Bonnerbé acompañó a Esparza, tal como éste le había pedido, hasta el otro lado de la amplia puerta de cristal.

—Bien, siéntese y dígame qué le ha traído por aquí.

—Pues, muy sencillo, señor comisario...

—De tú, don Claudio, de tú, se lo ruego. He de confesarle que estoy entusiasmado por tener frente a mí a un auténtico héroe de la Segunda Guerra Mundial.

Claudio arrugó su gesto.

—Necesitamos bajar al sótano de la librería cuanto antes —espetó al comisario sin rodeo alguno.

—¿Cómo? ¿Y eso por qué? —preguntó Esparza sorprendido.

Claudio estaba autorizado por el grupo incluso a decir la verdad con tal de conseguir bajar al sótano de la librería, por lo que se extendió en explicaciones cuanto pudo para convencer al incrédulo funcionario.

—Cuesta creer lo que me está contando, don Claudio —dijo éste después de conocer a grandes rasgos la historia del tesoro perdido de Colón—. Entonces, ¿todo esto no se trata en el fondo de una caza de nazis?

—No, no es una caza de nazis... aunque aquí el único que se ha dado el gusto de cazar a uno ha sido usted... —dijo Hierbabuena con cierto tono de reproche.

—No había más remedio, era la vida de la profesora o la del asesino, el tal Großmeister.

—¿Cómo? ¿Großmeister? —preguntó Claudio extrañado.

Esparza se levantó de su sillón giratorio intentando disimular un gesto de contrariedad. Asomado a la ventana, el comisario separó las estrechas lamas de la persiana, y mientras se complacía en la contemplación de su flamante descapotable, aparcado en el patio de la comisaría, comunicó a Claudio que los secuaces de Heim habían confesado su pertenencia a una antiquísima hermandad secreta, de la que el alemán era su Gran Maestre.

El viejo partisano, a pesar de mantener muchas reservas sobre la personalidad de aquel hombre, prefirió de momento admitir como buena la escueta explicación.

—Bien, tienen mi permiso —dijo Esparza acercándose a don Claudio—, pero hay una condición: si ustedes van en busca de ese tesoro tendrá que ser con el consentimiento de las administraciones de los países implicados. Todo tiene que ser completamente legal.

—Por supuesto, comisario —admitió Hierbabuena haciéndose el ofendido—, no hay otra intención en esto que la de recuperar algo que ha estado perdido quinientos años para ponerlo en manos de sus legítimos dueños.

El comisario sonrió aparentemente satisfecho. Volvió a erguirse y a dar unos pasos hacia el amplio ventanal con la intención, esta vez, de levantar la persiana hasta lo alto.

—Y otra cosa, Jean Claude, *mon ami* —dijo Esparza poniendo su mano sobre el cristal.

—¿*Oui, monsieur le commissaire?*

—A partir de este momento quiero ser uno de los integrantes de esa expedición.

Capítulo 38

—Volvemos a estar aquí abajo —dijo Claudio Hierbabuena exhalando fatigosamente nada más pisar la tarima de la cámara secreta de la librería De Saq, tras los pasos del comisario Esparza.

—Esto sigue hecho un asco, jefe —dijo Sarmiento tapándose la nariz con la manga de su gabardina—. ¿Cuándo van a terminar de hacer su trabajo los de la Científica?

—Eso nunca se sabe, Pepe —contestó el comisario taladrando la oscuridad con el haz de luz de su linterna—, pero lo que sí advierto a todos es que el juez se ha negado en redondo a concedernos permiso para lo que estamos haciendo, así que poned todo el cuidado que podáis para no contaminar el escenario del crimen.

—¿El juez Mendaña? —preguntó Sarmiento.

—El mismo.

—O sea, Quico, que estamos aquí de *estrangis*, ¿no es eso? Pero, joder, ¿a quién se le ocurre pedir permiso para esto sabiendo cómo es ese hombre? —murmuró Sarmiento.

—Sí, Pepe, de *estrangis*... así que nos tiene que bastar con la luz de las linternas; y ya sabes que no quiero hablar sobre eso.

—Y bien, señores detectives —intervino Julián ajeno al diálogo entre los dos policías—, ya saben ustedes lo que estamos buscando. ¿Tienen alguna idea de por dónde empezar?

Sarmiento, rascándose la cabeza, chasqueó la lengua varias veces iluminando con su linterna aleatoriamente por los alrededores.

—¿Y si empezamos por esa lámpara de ahí? —dijo señalando hacia un rincón con la mano en la que mantenía su Moods apagado.

Anna, sobreponiéndose a la repulsión que aquel lugar le provocaba por razones más que justificadas, decidió dejarse llevar por su intuición y encargarse de buscar en el baúl de las reliquias pitagóricas.

Así, Anna, Julián, los dos policías y el propio Claudio Hierbabuena, se repartieron el trabajo como mejor pudieron y comenzaron con la búsqueda, con pocas, o directamente, ninguna esperanza de conseguir encontrar los tres mapas de Bartolomé Colón. Margarita se había excusado aquella mañana de participar alegando que quería usar su tiempo para visitar a algunos familiares que llevaba demasiados años sin ver.

El tiempo comenzó a deslizarse lento, pesado, silencioso; cargado de humedad y fantasmas en aquella cámara oscura, tantos siglos Vedada a ojos que no perteneciesen a los miembros de la

familia de los Martínez de Saq.

Al cabo de un par de horas, la atmósfera del sótano, saturada con los efluvios de los cinco cuerpos y los ignominiosos ecos de la reciente escena allí cometida, comenzó a fatigar las respiraciones y los ánimos al no obtener ningún resultado concluyente entre todo lo inspeccionado.

Anna empezó a ponerse muy nerviosa; la aparente falta de resultados y la tensión emocional que estaba soportando la afectaron en exceso y anunció en voz alta su decisión de conceder un oportuno receso en la búsqueda.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Julián, buscándola entre la oscuridad con el haz de su linterna.

Antes de que lograra enfocarla, Anna siguió con la mirada el titubeante disco luminoso que vestía de colores y otorgaba formas a los objetos que habían permanecido hasta ese momento ocultos entre las tinieblas, cuando, inesperadamente, descubrió en un rincón el viejo bargueño donde Luis guardaba el *Corpus Hermeticum*.

—Julián, por favor, puedes acercarte un momento —pidió Anna, comenzando a experimentar la sensación de encontrarse viviendo un sueño premonitorio—. Creo que acabo de darme cuenta de algo —dijo a media voz cuando tuvo a Julián a su altura—. ¿Recuerdas el sistema en que se protegen los códigos cifrados entre sí?

—Claro, se protegen en círculo. ¿Qué tiene eso que ver ahora? Hemos conseguido cerrar el círculo con las tres palabras latinas y no nos han aportado ningún resultado...

—Te equivocas —repuso Anna—. Dime por orden el nombre de los tratados donde estaban ocultos los textos cifrados.

Julián dudó un momento ante una respuesta tan evidente, sin saber exactamente a dónde quería llegar; sin embargo, uno por uno fue pronunciando el título de los tres libros.

—El primero es el *Corpus Hermeticum*, el segundo el *Almagesto*, y el último la *Messe de Notre Dame*...

—¡No!, te confundes —exclamó como impulsada por algo ajeno a ella—, el último no es la *Messe de Notre Dame*.

—¿Cómo que me confundo? ¿Pero es que hay otro libro más que no conocemos? —protestó Julián mientras los demás se acercaban para averiguar lo que estaba sucediendo.

—Atiéndeme un momento, Julián —volvió a intervenir Anna mientras se dirigía hacia el bargueño—. Ahora mismo tenemos tres libros, que serían el equivalente a los puntos A, B y C, pero están ordenados en una progresión lineal: hay un principio y un fin...

—Sí, claro, pero... ¿a dónde quieres llegar?

—Piensa, Julián: para convertir una serie lineal en circular solo necesitamos que su inicio y su final sean coincidentes.

Julián no necesitó más luz para comprender el enigma que la que se encendió en su cerebro en ese instante, y se sorprendió de la increíble sencillez con la que había sido diseñada la particular hoja de ruta.

Nadie se atrevió a hablar mientras Anna extraía del único estante del bargueño el *Corpus Hermeticum* con evidente solemnidad.

—No hay un cuarto libro —advirtió Anna—, pero sí que hay una cuarta ubicación... Necesito un *cutter*.

La incisión fue precisa en la parte interna de la contraportada del tratado. En unos pocos segundos los tres mapas bosquejados por la propia mano del Almirante Colón, perdidos durante siglos, volvían a mostrarse bajo el peso ingravido de la luz artificial.

—Bien, tenemos los mapas —dijo Julián—, ¿ahora cómo haremos para determinar el lugar exacto donde se encuentra el tesoro?

Anna levantó ante sus ojos los tres mapas sobrepuestos y pidió a Julián que los iluminase desde atrás con su linterna. No había duda alguna: la imagen obtenida al someterlos al trasluz no solo dejaba ver el orden circular en que se habían dispuesto las tres pequeñas rosas de los vientos alrededor de un punto concreto, sino que bajo cada una de ellas estaba escrita una sílaba del nombre de un lugar concreto de la antigua Isla de la Española.

* * *

Margarita de Rivera se llevó sus estrechas lentes hacia los ojos sin dejarlas descansar sobre su nariz un segundo más de lo preciso:

—*Can-nem-may* —susurró—. ¿Dónde está Canemmay? Necesitamos un mapa de la actual Haití —pidió Margarita entusiasmada por el enorme paso que, esta vez sí, acababan de dar.

Obtuvieron el mapa inmediatamente, pero les costó un buen número de intentos hacer coincidir las imprecisas costas trazadas por Colón con las descritas por la moderna ciencia cartográfica. Sin duda se trataba de una escarpada zona marítima al norte de Billard, justo en la estrecha garganta de una península sin nombre situada a unos sesenta kilómetros del actual Puerto Príncipe.

Aquella noche hubo una pequeña fiesta en la «Suite del Obispo» del Hotel Santa Paula de la capital de la Alhambra, donde no faltó el champagne francés, el sevruga, ni el tinto de verano para el inspector Pepe Sarmiento.

No era para menos: los alegres oficiantes acababan de hacer encajar todas las piezas del increíble puzle con el que un preclaro personaje del siglo XVI había ocultado el paradero de una buena parte de las riquezas que la Corona de Castilla había expoliado a los primigenios indígenas haitianos, y ahora había que disponerse para enfrentar su recuperación con buenos ánimos. Con los mejores ánimos posibles.

* * *

—Fiebre amarilla, Tétanos, Difteria, Hepatitis «A», y ¡ah!, se me olvidaba la fiebre tifoidea.

—Julián, ¿estás seguro de que para viajar a Haití hay que ponerse todas esas vacunas —preguntó Anna sorprendida.

—Es lo que reza aquí —dijo Julián levantando en el aire un prospecto de recomendaciones para viajeros.

—La verdad —dijo Anna—, me parece bien que Margarita y Claudio se queden. Por lo que tengo entendido hay dos Haití, la que se muestra a los turistas y la verdadera, en la que según he leído la gente no nada en la abundancia precisamente. Nos esperan unas jornadas muy duras hasta que podamos llegar al lugar que buscamos y dudo que ellos fuesen capaces de soportarlas.

—Lo sé, Anna, y pienso igual que tú —dijo Julián—. Además, ya sabes que Margarita nos ha recomendado que entremos en el país por la frontera con la República Dominicana lo que alargará el tiempo de expedición en un par de días. Vamos a necesitar mucho material que no podremos

transportar desde España, y el único lugar para adquirirlo es Santo Domingo.

En ese momento unos golpes en la puerta de la habitación llamaron su atención.

El inspector Sarmiento, cargado aparatosamente con una gran bolsa de papel, deseó los buenos días antes de pedir permiso para entrar.

—¿Qué?, ¿cómo lleváis el asunto de las vacunas? —preguntó nada más descargarse de la bolsa, como si hubiese escuchado la conversación previa a través de la puerta.

Anna y Julián se miraron entre sí, y luego a la bolsa con evidente curiosidad.

—¡Ah! —exclamó Sarmiento—, son unos juguetillos y unas chucherías para Aitana, mi niña, ya sabéis. Si mi suegro me va a hacer de canguro los días que me corresponden, no quiero que le falte de nada a la chiquilla. Ya conocéis a Claudio, es un roñoso... bueno, la verdad es que después de lo sucedido ya no sé ni siquiera si yo mismo lo conozco... —musitó.

Sarmiento anunció a los profesores que su jefe, el comisario Esparza, había obtenido ya la autorización oportuna de los gobiernos de Haití y de España para intentar recuperar el tesoro en las condiciones previstas por la ley de ambos países.

—Los permisos entran en vigor el uno de enero de 2010, nos queda menos de un mes, así que si lo consideráis oportuno ya podemos ir determinando la fecha del vuelo.

—Pero antes deberíamos conocer la disponibilidad del comisario, ¿no? —dijo Anna.

—No, a él le viene bien cualquier fecha, me ha mandado para decíroslo, que cuanto antes mejor, está loco por salir de Granada; si yo tengo problemas con mi ex, él los tiene con toda la familia de su ex y con la mitad del poder judicial de Granada.

Anna y Julián se miraron sin terminar de comprender lo que Sarmiento quería decir.

—¡Ah!, perdonadme, es que no sabéis que al bueno de Quico se le ocurrió casarse con la hija de un juez. El temible juez Mendaña, y yo quejándome de la Mati, si mi suegro es un santo varón... ¡Ay!

No tardaron en decidirse: partirían de Barajas el primero de enero del nuevo año. Anna tecléo una dirección de compra de billetes de avión por Internet y reservó cuatro plazas.

Si todo salía bien, en tres semanas estarían volando hacia la República Dominicana.

Aquel fin de año fue especial, y su celebración, anticipada al día anterior, comedida, para que dejase tiempo suficiente para descansar antes del largo viaje a las Antillas.

* * *

El prolongado vuelo sobre el Atlántico transcurrió sin contratiempos en la cómoda aeronave. Resultaba, al menos curioso, contemplar desde aquella altura el terso tapiz azul que habían rasgado, inaugurando la Edad Moderna, las tres naves del insigne Almirante, y en algún momento de su meditación, Anna llegó a preguntarse si el desarrollo tecnológico e intelectual de la raza humana llegaría alguna vez a conocer sus límites.

* * *

Apenas descender del poderoso Airbus A340 de Iberia en el «Aeropuerto Internacional de las Américas» de Santo Domingo, y cruzar la aduana, el comisario Esparza abandonó momentáneamente el grupo para ponerse en contacto con los funcionarios del Gobierno de Haití, que le esperaban para entregarle los documentos necesarios para acceder al país vecino por

tierra. Según tenían programado estarían dos días en la capital dominicana para adquirir el equipo antes de partir hacia su destino.

—Pues no hace tanta calor aquí como me habían advertido —dijo Sarmiento atento a la recogida de equipajes de la cinta sinfin—. Os confieso que estoy deseando abrir la maleta y sacar mi gabardina.

—Bien, ya está todo en regla —anunció Esparza mientras guardaba un sobre en el bolsillo interior de su americana—. Tenemos un mes por delante para llevar a cabo nuestra misión. He conseguido del Gobierno de Haití que en cuanto crucemos la frontera nos proporcione un guía oficial. Creo, amigos, que debemos estar satisfechos de cómo están discurriendo las cosas.

Una vez alojados en un hotel del centro de la ciudad, las horas previas al inicio de la búsqueda sobre el terreno estuvieron ocupadas con continuadas visitas a las tiendas de la zona comercial para adquirir todo lo necesario, encabezado por un todoterreno de gran cilindrada que ya habían negociado con el concesionario días antes desde España, equipado completamente para su cometido. Agua, comida envasada, tiendas de campaña, herramientas de excavación, teléfonos vía satélite, un generador diésel de electricidad, abundante material de primeros auxilios...

No hizo falta esperar al lunes día 4 para que el entusiasmado equipo se pusiera en camino. Así, el domingo 3 de enero, con un espectacular clima que animaba aún más al inicio de la aventura, apenas terminaron de desayunar y de pasar revista al equipo, rugieron los ocho cilindros del poderoso Hummer H2 en dirección a la frontera con Haití.

Capítulo 39

—Gracias, querida —dijo Margarita de Rivera a Lucía cuando ésta dejó en sus manos la *Messe de Notre Dame*—. Este libro es una parte importante de mi vida y no me gustaría perderlo ahora.

Lucía sonrió sin saber qué decir a aquella mujer que ocupaba el pedestal más alto de su particular Parnaso.

—Señora de Rivera, madame... —dijo Lucía.

—No, no, ni mucho menos, querida Lucía; llámame Margarita, como lo hacen mis amigos —dijo la diva levantando suavemente con sus dedos la delicada barbilla de Lucía.

—Es que... perdone... pero me resulta tan increíble conocerla en persona... y más de esta manera. Cuando me llamó Julián y me dijo que usted era la dueña de este libro, tengo que confesarle que me emocioné; y cuando me pidió que se lo devolviese en persona he adelantado mi vuelta a la ciudad para hacerlo lo antes posible... Lo siento, estoy nerviosa.

—Tranquila, mujer, soy una persona normal, muy normal como puedes ver. Pero dime: ¿te gustan mucho mis interpretaciones? —preguntó directamente Margarita.

—Decir que me gustan es poco, señora —contestó Lucía con su voz a punto de quebrarse por la emoción—. Desde niña he seguido su trayectoria, he comprado todos sus discos... incluso obligué a mi padre a que me llevase a Barcelona para verla en el Liceo en el ochenta y ocho.

—¡Ah!, *Manon Lescaut*. ¿Qué te pareció?

—No tengo palabras... —confesó Lucía sin poder reprimir un segundo más sus lágrimas de emoción.

—Dame un abrazo —reaccionó Margarita incorporándose en su sillón.

Margarita se sintió enternecida por la devoción manifiesta de Lucía hacia su persona, y dejó que la mañana gris que había amanecido sobre Granada se vistiese con los matices azules de los bellos ojos de su invitada. Así, la otrora reina del bel canto, tras explayarse una vez más en los detalles más significativos de su biografía oficial y algunos de la oficiosa, pidió a Lucía que le hablase, con un té por delante, de ella, de su vida, de sus seres queridos...

De esa forma Margarita de Rivera fue conociendo de primera mano la pasada historia de su familia y el complicado presente que le había tocado vivir como única heredera de un ruinoso caserón, al verse abandonada por sus hermanos y acorralada por las numerosas deudas que la fidelidad para con sus antepasados le había hecho contraer.

Margarita, en el momento de despedirse de Lucía, le pidió que si alguna vez se veía obligada a deshacerse de su casa escuchara una propuesta que se le había ocurrido al escuchar su historia.

—¿Cuál es esa propuesta, Margarita? —preguntó extrañada.

—Todo a su debido tiempo, querida.

—Bien, así lo haré —contestó Lucía volviendo a bajar su rostro.

—Por cierto —dijo Margarita tomándola de nuevo de la barbilla dulcemente para satisfacerse una vez más en el color de sus ojos—, ¿no te ha dicho nadie nunca que con estas facciones deberías haberte dedicado a las artes escénicas?

Una, quizás la única condición que había impuesto Margarita de Rivera para financiar el viaje, había sido que debía ser informada diariamente de los progresos de la expedición.

—Hace un tiempo espléndido —le anunció Anna por el teléfono satelital mientras avanzaban a buen ritmo en dirección a San Juan de la Maguana—, creo que si las condiciones siguen así, en un par de horas estaremos cruzando la frontera.

—Pues aquí ha comenzado a nevar —le anunció Margarita encantada—, hacía tiempo que no tenía la oportunidad de ver a mi Alhambra convertida en una blanca Desdémona.

Margarita aún se extendió un par de minutos más relatando a Anna su visión de la ciudad que había reencontrado después de tantos años de ausencia. La joven sonrió al comprobar cómo su vínculo con aquella mujer no se veía atenuado en lo más mínimo por la lejanía.

—Anna, cariño, llámame en cuanto estéis al otro lado de la frontera que quiero que Claudio hable con su yerno de algo importante, pero no digas nada de momento.

—Muy bien, así lo haré. Disfruta de los copos de nieve de tu particular bola de cristal. Hazlo ahora que estás dentro de ella...

Esta vez fue Margarita de Rivera la que sonrió tenuemente al comprender que Anna se aproximaba mucho a la idea de hija que hubiese querido tener, y que las tumultuosas circunstancias de su vida le habían negado. Colgó el teléfono sin despedirse verbalmente. Sabía que no le hacía falta: acababa de mandar al satélite de comunicaciones un beso silencioso que en ese instante estaría ya reverberando en la cúpula celeste y en las lentes telescópicas de miles de astrónomos de medio mundo.

Claudio Hierbabuena, sentado frente a Margarita con un cigarrillo en los labios, la miraba con cierto recelo, incorporado en un difícil equilibrio sobre el excesivamente mullido sofá al que parecía haberse aficionado tanto.

—¿Estás convencida de lo que vamos a hacer? —le preguntó sin rodeos.

—¿Recibiste ya los pasajes?

—*Oui.*

—Entonces no hay más que decir.

—*Oui.*

—¿Sabes una cosa, Jean Claude? —preguntó Margarita, con cierto tono de retrainimiento—: nunca he fumado en mi vida, pero hoy no sé por qué, no hago nada más que mirar ese cigarrillo que tienes en la mano. Te rejuvenece, viejo.

—Son Gitanes —dijo Claudio tomando el cigarrillo de la boca y mirándolo sin ocultar su satisfacción—, los únicos que han mantenido su sabor desde antes de la Gran Guerra.

—Curioso. Como nosotros, ¿no te parece?

—*Veux une cigarette, mademoiselle?*

—Humm... *Oui. Merci beacoup, mon douce chevalier.*

* * *

La aduana de Elías Piña se encontraba desierta, a la espera de que la marea de haitianos que solían pasar por aquel lugar a la República Dominicana cada lunes para vender sus artesanías en los mercados de las ciudades cercanas, comenzaran a hacer acto de presencia. Apenas un par de familias muy humildes a bordo de camionetas de las que no suelen encontrarse ni en desguaces de países capitalistas, intentaban convencer a los guardias fronterizos de que les dejaran pasar antes de la apertura oficial de la aduana.

—*¡Salu! M rele Dominique* —dijo un joven negro al comisario Esparza al acercarse por un lateral del llamativo todoterreno.

—Hum, ¿hola? —contestó Esparza intentando averiguar en qué idioma le hablaba aquel lugareño sonriente, de dentadura luminosa, que vestía completamente de blanco.

—*Se mwen menm chasè nan trezò ou bezwen* (yo soy el cazatesoros que necesitan) —insistió el muchacho.

—A ver, probemos con el francés —dijo Julián atento a la escena—. *Bonjour, vous êtes celui envoyé par le gouvernement.*

—*M rele Dominique, mwen pale kreyòl* (me llamo Dominique y hablo en criollo).

—Bien, algo se entiende —dijo Julián volviéndose hacia dentro del vehículo—. Se llama Dominique, creo que viene de parte del gobierno y habla criollo...

—Pues estamos «aviaos» —dijo Sarmiento contrariado—. En tierra extraña y nuestro guía no habla español... A ver, Julián, pregúntale qué sabe hacer, porque tampoco tiene mucha pinta de explorador, y menos aún de funcionario de ningún gobierno.

El joven, atento desde el exterior de la ventanilla a la intervención de Sarmiento, volvió a la carga.

—Dominique también habla español —dijo sonriendo nuevamente, inclinando su cabeza de forma cortés cada vez que su mirada se cruzaba con la de alguno de los del grupo.

En ese momento reaccionó, y volviéndose, dio dos rápidas zancadas, se acercó a una de las anteceras del edificio de la aduana y recogió una gran maleta de madera algo destartada; luego la abrió, extrajo un documento y se lo entregó a Esparza, que acababa de bajar del vehículo.

—No entiendo muy bien lo escrito —admitió el comisario—, pero creo que este chico es el enviado del Gobierno de Haití y se llama Dominique Pyebwa. No sé qué diablos entienden en este país por «un guía», pero es lo que hay, compañeros, así que hacedle sitio ahí atrás para que deje sus cosas.

Mientras el joven Dominique se encargaba de los trámites para el ingreso en el país de los cuatro españoles, Anna, atendiendo la petición de Margarita, llamó aparte al inspector Sarmiento y, tras marcar el número del teléfono correspondiente, se lo puso en el oído sin anticiparle más.

—Sí, inspector Sarmiento al aparato, ¿quién es? —dijo—. Ah, suegro, que no me acostumbro a este chisme. Sí, ya estamos en la frontera... todo bien, muy bien, ¿y por ahí?, ¿cómo está mi Aitana?

Anna, en vista de la larga contestación que estaba recibiendo Sarmiento, decidió alejarse unos pasos hasta la cercana sombra de un árbol para otorgar al inspector un poco de intimidad.

Familias enteras de haitianos habían comenzado a llegar en tropel ocupando toda clase de vehículos imaginables. Sus gruesos petates y el anhelo que se reflejaba en sus facciones de ébano hacían que Anna se sintiese bien en su cercanía, al comprender que existían muchas formas de felicidad sobre la Tierra.

En ese momento, una madre que acababa de cruzar la frontera a pie cargada con un bebé y unos pesados fardos se detuvo junto a ella, se deshizo de su carga y, sentada sobre uno de los paquetes, liberó uno de sus pechos para alimentar a su hijo bajo la sombra del árbol.

La joven madre levantó su mirada hacia una enternecida Anna.

—*¿Vle tibebe mwèn an?* —preguntó la mujer a aquella extranjera de cabello como el fuego mientras le mostraba una hermosa sonrisa en cuarto creciente.

Anna creyó entender en aquellas palabras en criollo una pregunta de cortesía y contestó afirmativamente con un movimiento de cabeza.

—*Lè manje a se pou ou* —dijo la madre, que apenas sobrepasaría los dieciséis o diecisiete años.

Esta vez Anna se limitó a observar al lindo hijo de aquella mujer preguntándose si algún día ella sería capaz de tener el suyo propio. En ese instante, dos niños, también de muy corta edad, consiguieron pasar la aduana cargados con sus correspondientes bultos, desproporcionados en todo caso para sus menudas envergaduras.

—*Manman an la an reta pral* —dijeron casi al unísono tirando de ella, sin dejar que terminase de alimentar al pequeño.

La mujer apartó al bebé del pecho y se lo entregó a Anna para poder afianzar de nuevo la carga alrededor de su cuerpo.

—*Ti bebe a se pou ou kounye a* —dijo la mujer mientras se fijaba el bulto más voluminoso a la espalda.

—Es precioso... —murmuró Anna admirando las risas satisfechas y los alegres pataleos de aquel niño gordito de color canela.

Cuando Anna reaccionó, la mujer ya había caminado un buen trecho sin mirar atrás.

—¡Pero oye! —gritó Anna espantada por lo que empezaba a sospechar.

La mujer volvió su cara hacia ella sin dejar de caminar.

—*Ti bebe a se pou ou, ti bebe a se pou ou, non li se Jean.*

Anna, enmudecida por el horror, apenas pudo explicar nada a Julián cuando éste se acercó para ver qué sucedía.

—¡Dominique! ¡Dominique! —llamó Julián insistentemente al guía, y el muchacho no tardó en aparecer.

El avisado joven tampoco necesitó explicación alguna para comprender lo que había pasado, tomó al bebé de los brazos de Anna y corrió tras la madre, hasta que la alcanzó.

Anna, trastornada emocionalmente, necesitó abrazarse a Julián para intentar asimilar aquel sinsentido. Tras superar un primer momento de desorientación, pidió a su compañero que diese dinero a aquella mujer para disculparse con ella de algún modo por el malentendido que, quizás ella misma, había propiciado.

—No, Anna —dijo Julián mirándola a los ojos—, estamos en su país, en su medio. Debemos estar muy atentos a sus costumbres, no confundir sus actos y procurar que ellos no confundan los nuestros. Es mejor dejarlos marchar sin más.

—Sí, pero ese bebé... la madre no lo quiere...

Julián se irguió instando a Anna a que le acompañase al todoterreno. Dominique ya había resuelto el malentendido y la mujer había continuado su camino tras sus otros hijos. Sarmiento se unió al grupo de vuelta con un gesto de contrariedad.

—¿Qué ocurre, Pepe? —preguntó Julián intentando olvidar cuanto antes lo sucedido—. ¿Algún contratiempo?

—No, no, la verdad es que no. Margarita y mi suegro, que me han formado el expolio por no haber llevado nunca a Aitana a Eurodisney, ya ves... Dicen que se van a encargar ellos. Que van a estar ausentes toda esta semana, que no nos preocupemos y que nos mandan muchos ánimos para completar la misión.

—Pero eso es bueno, ¿no? —dijo Julián sin estar demasiado seguro de lo que decía.

El todoterreno se puso en marcha. Esta vez fue la propia Anna la que pidió encargarse de la conducción. Por los espejos retrovisores fue perdiendo de vista, poco a poco, a los que aún intentaban cruzar la frontera. Unos iban en bicicleta, otros en carros tirados por animales o en ruidosos autos desvencijados... la mayoría a pie.

Algunos en brazos de sus madres.

Capítulo 40

A Dominique Pyebwa le costó un gran esfuerzo hacer comprender a los cuatro españoles que el acto que acababa de realizar aquella madre estaba motivado por un profundo amor a su bebé. No había desprecio, ni desapego, ni siquiera estaba propiciado por el posible egoísmo de intentar verse liberada de la pesada carga que suponía criar a un bebé en un país con una precaria perspectiva de vida.

Anna, una vez repuesto su ánimo, fue la que se mostró más interesada en las explicaciones del joven haitiano, y a pesar de seguir al volante por la peligrosa vía se volvió varias veces, con la consiguiente reprobación de Sarmiento, para interrogarle en un español muy básico sobre los sistemas de salud y educación de su país.

Dominique Pyebwa, intentando no dejarse llevar por un súbito orgullo patrio, se limitó a alabar al gobierno de René Préval y se mostró en total acuerdo con la intervención de las Naciones Unidas tras el golpe del 2004; pero no supo o no quiso contestar a las preguntas directas de la profesora americana.

—Vale, todo eso está muy bien —intervino Sarmiento en un momento dado—, pero lo que yo quisiera saber es si vamos a nuestro objetivo de un tirón o tenemos previsto hacer una parada antes para estirar las piernas.

—¿Cuánto marca el cuenta kilómetros parcial? —preguntó Esparza a Anna inclinándose sobre su asiento.

—Trescientos quince —contestó ella mirando de reojo los números ambarinos.

—Pues si mis cálculos no fallan en menos de una hora estaremos en Puerto Príncipe; hacemos noche en algún hotel de allí y mañana nos volvemos a poner en marcha bien temprano hacia nuestro destino.

La perspectiva podía ser la correcta: darse un baño, comer bien, descansar, recuperar fuerzas... Sí, todo eso parecía ser lo que los demás estaban deseando pero Anna, aún influenciada por la certeza de encontrarse en uno de los lugares más imprevisibles de la Tierra, y por lo tanto más atractivos, decidió dar una vuelta de tuerca más a los planes preestablecidos.

No sabía lo que podía depararles el día siguiente: trabajo, sin duda; desilusiones, muy posiblemente, pero si alguna cosa había aprendido la profesora en los últimos meses era que las mejores experiencias se escondían en los intersticios de la aventura, y ahora se sentía dispuesta a dibujar en los márgenes de los mapas una historia paralela a todo lo que estaban viviendo.

—Dominique, quiero hacerte una pregunta... —dijo al joven haitiano.

—Sí... Anna —contestó éste titubeante, temiendo no saber contestarla.

—¿Cerca de Puerto Príncipe hay algún lugar en el que se pueda entrar en contacto con las raíces de tu pueblo?, donde se realice algún rito tribal... o cosas así —dijo convencida, sabiendo de antemano las reacciones encontradas que la pregunta podría provocar entre sus compañeros de viaje.

Sarmiento se revolvió en su lugar, gruñó, pero no llegó a decir nada inteligible.

—¿Raíces? ¿Folclore quiere decir, señorita Anna? —preguntó el muchacho.

—Ya me extrañaba que te conformases solo con descansar esta noche —dijo Julián sonriendo irónicamente—. Venga, no nos engañemos, todos estamos deseando asistir a una ceremonia vudú. ¿Me equivoco, compañeros?

—¡Vudú! —exclamó Sarmiento mirando a los demás—. Pero eso es lo del muñequito, el diablo, los zombis... pues por mi parte sí que te equivocas, muchacho, y mucho...

—¿Vodou? —dijo Dominique, y todos centraron sus miradas en él.

—Sí, Vodou —insistió Anna—, yo al menos estoy muy interesada en asistir a una ceremonia vodou pero no de las que se preparan para turistas, sino una auténtica.

—A ver, señores —interrumpió de nuevo Sarmiento incorporándose—, todo eso del folclore y los bailes y la gente echando espumarajos por la boca está muy bien para quien le guste, pero creo que no hemos venido aquí de vacaciones.

—Yo me apunto —intervino Esparza sin dejar que terminase de hablar su subordinado—, siempre me han gustado esas cosas, y a usted, detective Sarmiento, le ordeno que esta noche, en cumplimiento de su deber, proteja a los dos civiles que integran esta misión de cualquier peligro que se les pueda presentar.

—¡No me jodas, Quico! —protestó Sarmiento ante las risas contenidas del personal.

—Señorita Anna —intervino Dominique en ese instante—. Gire... volante... izquierda. No vamos... Port au Prince.

—Entendido, Dominique —contestó Anna justo antes de tomar la curva que abría su frondosa boca a la izquierda de la estrecha y mal asfaltada carretera.

—Vamos a Dumomay, junto al Trou del Caimán, mi familia vive allí —dijo Dominique quizás contento por el imprevisto cambio de planes—. No hay hoteles, pero tenemos buenas casas. No es problema.

El todoterreno se detuvo en el lugar que el guía indicó, cerca de unas cabañas muy humildes. El chico pidió que le esperasen allí, y al cabo de unos instantes un colorista grupo de no menos de diez o quince personas salió al encuentro de los cuatro viajeros dándoles la bienvenida al lugar entonando cantos que acompañaban con bailes cadentes que manifestaban una evidente alegría natural.

Todas las dudas que los recién llegados aún albergaban acerca de la conveniencia de lo que estaban haciendo, terminaron por despejarse ante tal demostración de simpatía, y ya algo más relajados bajaron del todoterreno por sus cuatro puertas. Apenas pusieron el pie en el polvoriento suelo, un sinfín de voces, luces, colores, manos, ojos, risas... crearon para ellos una inesperada cámara despresurizadora que les ofrecía la oportunidad de reconvenirse a sí mismos para ingresar, quizás por derechos aún por adquirir, en aquel mágico lugar.

—Esta noche haremos *manyelúa* en casa de Mae Rubiela y después bailarán los *Zangbetos*

para ustedes —dijo Dominique ilusionado con los planes que él mismo estaba trazando sobre la marcha.

Mae Rubiela resultó ser una anciana gruesa con su piel negra curtida por la genética y la intemperie, que por alguna razón no explicada compartía con el joven Dominique el respeto de todos los habitantes de Dumomay.

Mae se reunió con los recién llegados en calidad de ciudadana de más edad del poblado y de sacerdotisa vudú en la gran cabaña comunal, donde explicó en un más que aceptable español aprendido —según dijo— en las plantaciones de azúcar dominicanas, las reglas básicas para asistir a la ceremonia que se oficiaría esa misma noche.

—Dominique es un elegido —dijo la anciana con su voz rasgada por el ron, el tabaco y los años—, tiene poder para invocar a *Bondye* y para encontrar los tesoros de los muertos, los siente con sus manos y su cuerpo, pero nunca pide nada para él, a veces solo una gallina, es pobre y rico a la vez. Le enseñé los ritos iniciáticos cuando aún no sabía andar derecho como los hombres, y ha sabido preservarlos incluso cuando Papa «Doc» se lo llevó para convertirlo en mal espíritu *Egungun*.

Julián se inclinó sobre Anna para explicarle en voz baja que con el apelativo de Papa Doc, Mae se estaba refiriendo al dictador haitiano François Duvalier.

—Hoy hay luna grande —continuó Mae Rubiela— y el Barón Samedi estará intranquilo en el fondo del bosque cuando escuche la fiesta, así que la mujer hermosa debe ser precavida. Samedi es malo, siempre quiere buenas hembras para sus placeres...

En ese momento fue Anna, sintiéndose aludida por las miradas directas de Mae, la que se inclinó del lado de Julián.

—¿Qué crees que quiere decir con eso? ¿Quién es ese Barón Samedi?

—Un espíritu —contestó Julián—. Creo que para los que practican vudú es la representación de la muerte y del mal. Recuerdo que precisamente el dictador Duvalier se vestía de barón Samedi para dominar a su pueblo mediante el miedo y la superstición...

—¡Silencio! —pidió la anciana levantando su mano—, ahora fumaremos hasta que la cena nos sea servida.

* * *

Los atabaques africanos comenzaron a sonar en cuanto la luz del día desapareció por detrás de las copas de los árboles del Trou del Caimán, fue entonces cuando Mae Rubiela pidió a los invitados que le acompañasen a su *caye mystère*, que resultó ser un pequeño santuario en la parte de atrás de la casa hecho con paredes de tablas de palma y techo de güano seco.

Cuando salieron del pequeño santuario tras su breve iniciación a la Santería, el fuego ya se había convertido en el único foco luminiscente que bañaba la escena con todos los matices del rojo.

De pronto Dominique apareció en escena con unas grandes maracas y ataviado de forma tal que a Anna le costó identificarlo entre la gente que comenzaba a preparar grandes conos hechos de paja.

—¡Abobó! —gritó el muchacho y el nivel de la música redobló sus decibelios hasta alcanzar un punto realmente doloroso para los tímpanos de los europeos.

En ese momento se inició un diálogo de frases rituales cantadas, en las que el coro de participantes en la ceremonia contestaban a las palabras que lanzaba Dominique al cada vez más sofocante aire de la noche.

—*¡La peurillé, pourlá'e' est bien je demandéz pardó...!* —dijo el muchacho.

—*¡La peurillé, pour les Masá...!* —contestó el excitado coro.

De pronto Mae Rubiela, entretenida en una danza giratoria que cada vez alcanzaba más velocidad, dejó alrededor de un poste que marcaba el centro de *La Enramada* que unía la casa comunitaria con el santuario de los santos vudús, tres muñecos que apenas alcanzarían tres cuartas de altura, confeccionados con telas de colores y algunos ornamentos vegetales.

*«Ye dilá c'est Jamué
Ye dilá c'est Jamué
c'est demain u tata
je dit u pad prend.»*

En un momento determinado varios de los jóvenes coristas tomaron uno de los conos, lo alzaron en el aire, lo situaron sobre el muñeco más cercano a los visitantes y lo movieron durante unos segundos hasta que, para absoluta sorpresa de Anna, Julián, Sarmiento y Esparza, aquel cono inerte, sin ningún tipo de ayuda exterior comenzó a girar, e incluso podría decirse que a danzar con cierto ritmo alrededor de todos ellos.

Sarmiento, espantado, pegó su espalda a la del comisario y en un acto reflejo palpó la zona de su costado donde solía llevar su arma reglamentaria.

—*¡Coño, Quico! ¿Qué demonios es eso?*

—Tranquilo, Pepe —dijo el también intranquilo comisario Esparza—, estos deben ser los zangbetos que decía el chico, no te asustes que aquí seguro que hay truco.

—Pero si ahí dentro solo hay un muñeco, ¿cómo diablos se mueve eso que parece que le han dado cuerda?

—Un truco. Es un truco —insistió el comisario—. Seguro que han metido a alguien dentro sin que nos demos cuenta, un enano, un niño o qué se yo.

En ese instante Mae Rubiela, con un grueso cigarro puro en una mano y una botella de ron en la otra, sin dejar de bailar, escupió una sobrecogedora llamarada de fuego sobre el zangbeto que en ese momento acababa de detenerse, incendiándolo aparatosamente ante la impresionada mirada de los visitantes.

—Tenemos suerte, amigos —escucharon la chirriante voz de Dominique a sus espaldas mientras sonaba insistentemente sus maracas—. Yodón os da sus bendiciones.

* * *

El subsiguiente manyé ceremonial en honor al santo Yodón duró hasta altas horas de la madrugada.

Sarmiento y Esparza decidieron pasar el resto de la madrugada descansando dentro del Hammer por si acaso; por su parte, Anna y Julián, tras finalizar la ceremonia, departieron

largamente con el joven Dominique Pyebwa a propósito de sus pretendidos poderes para localizar tesoros en lugares recónditos.

El muchacho les explicó que poseía una especie de corriente interior que vibraba ante la cercanía de grandes masas de metales preciosos, don que consideraba una especie de regalo del Loa Cemiché, el guardián de los cementerios, que se ponía en contacto con él para comunicarle donde estaban escondidas las riquezas ocultadas en vida por las almas que habían partido al más allá.

Anna y Julián no mostraron duda alguna sobre la veracidad de lo que el joven médium les estaba relatando, y por un momento dejaron al paio sus racionalistas mentes encorsetadas por la ciencia y agradecieron a Dominique Pyebwa el honor que les había hecho, tanto él como su nutrida familia, al aceptarlos en uno de los ritos más íntimos y ancestrales de su pueblo.

* * *

Aquella mañana todavía resonaban los brutales estampidos de los atabaques africanos en los oídos de los dos profesores cuando el primer rayo de sol comenzó a hacer retroceder a las sombras.

Religión, magia, superstición... realmente no sabían qué era lo que habían podido contemplar aquella madrugada, pero les reconfortaba saber que, a partir de ahora, contaban con las valiosas bendiciones del Santo Yodón.

Capítulo 41

Decidieron pasar de largo por Puerto Príncipe y costear hasta Grand Saline, para continuar hasta Leogane y de allí hasta Grand Goâbe, atentos siempre a la circunstancia de que la carretera se cortaba definitivamente en Petit Trou de Nippes, donde, una vez alcanzado el lejano enclave, aún tendrían que buscar un camino alternativo campo a través hasta su destino.

La otra posibilidad discurría tierra adentro, hacia el sur, desde Anse a Les Cayes, pasando por Brassard, la Boga, y Cavaillon. Desde allí debían continuar en dirección noroeste ascendiendo por Mercy, Marceline y Jean Beurry, hasta desembocar definitivamente en Nan Dane, donde aún les quedarían varios kilómetros por La Salle, hasta Billard. El total del trayecto alternativo que el GPS del vehículo consideró como único posible, acumulaba la nada despreciable suma de 237 kilómetros.

Según Dominique, las pistas forestales carecían en aquella zona de la seguridad mínima para el tráfico rodado, pero también fueron informados de que una vez en Petit Trou de Nippes solo les separaría de su objetivo una veintena de kilómetros, y contaban con medios y ánimos de aventura suficientes para intentarlo.

El vehículo se detuvo en un pequeño istmo que se adentraba en el mar un puñado de metros.

«No se pueden calcular rutas entre: carretera 206 y 18.558716 — 73.588829», parpadeó la pantalla del sofisticado equipo de navegación terrestre en cuanto el comisario Esparza tecleó las ordenes oportunas en la pantalla táctil.

Si bien la tecnología y el raciocinio determinaban que no se podía seguir adelante, la observación directa del terreno sedujo sus instintos. La península de Grand Boucan, donde se encontraba su destino, se extendía ante los cinco viajeros apuntada por las crestas intermitentes que festoneaban la bahía des Baraderes, separándola de ellos no mucho más de cuatro o cinco kilómetros.

—¿Y si buscamos un ferry que nos pase al otro lado? —preguntó Sarmiento, desolado por la idea de tener que adentrarse irremediamente por los riscos costeros.

—No hay ferry aquí —comunicó Dominique—, solo barcas de pesca...

—Pues una barca grande... —interrumpió Sarmiento airado—. Seguro que debe haber otra posibilidad de llegar allí sin tener que meternos por pantanos y precipicios.

—No hay otra forma —aseguró el joven haitiano—, hay que seguir por la costa hasta Picoule, y desde allí por los pantanos hasta Baraderes.

—¿Y los bichos? —preguntó el inspector comenzando a desesperarse—, porque seguro que los pantanos esos están plagados de un montón de bichos.

Todos dirigieron sus miradas expectantes hacia Dominique.

—¿Bichos? —preguntó éste.

—Sí, animales quiere decir el inspector —explicó Anna.

—Comprendo. Sí, encontraremos *igwan... zwazo, kwokodil...*

—¡Vale! ¿Y serpientes, encontraremos serpientes venenosas? —insistió Sarmiento.

—¿Serpientes?, *¿koulèv?* —preguntó el muchacho haciendo con su brazo el gesto de reptar.

Sarmiento asintió con la cabeza.

—Sí, hay Boa pero no es venenosa —anunció el muchacho sonriendo como si aquello fuese un juego de niños.

Sarmiento no dijo nada más, se limitó a acercarse al comisario Esparza lo suficiente como para que solo él escuchase lo que tenía que decir.

—Que no es venenosa, dice... una boa que de un mordisco te traga entero no necesita serlo. Este niño me desespera, tanta sonrisa, tanta sonrisa. ¡Coño! ¡Que parece que estuviese todos los días contándose chistes él solo...! Por cierto, qué significará... ¿cómo ha dicho? ¿Kuocodil?

—Tranquilo, Pepe, se ve que por aquí todos son así —intentó calmarlo el comisario—. Y eso del kuoco... yo creo que mejor ni le preguntamos.

Julián y Anna, mientras tanto, invirtieron su tiempo en consultar un amplio mapa de la zona para intentar asegurarse de que era posible realizar el trayecto que indicaba el guía.

—¿Has hecho alguna vez este recorrido, Dominique? —preguntó Anna.

—No, nunca, pero sé que se puede conseguir —aseguró sin dar más explicaciones y, cómo no, vistiendo su cara con una enorme sonrisa.

Anna y Julián se miraron sin tenerlo demasiado claro. En vista de las pocas opciones que se les presentaban recogieron el mapa, consultaron con sus miradas a los demás expedicionarios y muy a pesar del inspector Sarmiento, estuvieron de acuerdo a la hora de aceptar la opción propuesta por el joven haitiano.

* * *

A partir de ese instante al poderoso Hammer no le faltaron pruebas que superar, y en muchos tramos del tortuoso trayecto tuvo que emplear todo su potencial para vadear pantanos, subir empinadas pendientes rocosas, o —como ocurrió en varias ocasiones—, utilizar su potente cabrestante para apartar del inexistente camino troncos de árboles caídos o incluso grandes rocas desprendidas de las gargantas de los desfiladeros.

Aquellos veinte kilómetros escasos que separaban a los aventureros de su destino se tornaron casi interminables, con la dificultad añadida de que el GPS perdió la señal del satélite durante la mayor parte del trayecto. Por suerte, tanto Julián como el comisario Esparza se revelaron como dos avezados pilotos todoterreno, haciendo gala de unos nervios realmente templados y una valiosa intuición a la hora de prever posibles problemas añadidos a la ya de por sí complicada travesía; pero, precisamente, cuando ya parecía que nada podía detenerlos, llegaron a un lugar en que las condiciones del terreno se volvieron completamente insalvables: una muralla de roca de al menos quince metros de altura les impidió seguir adelante.

—¿Y ahora qué? —preguntó Sarmiento preocupado—, solo con pensar que tenemos que volvernos por donde hemos venido me entran ganas de vomitar.

—Pues lo primero es consultar el mapa —dijo Anna bajando del vehículo con decisión.

Julián la acompañó, y Esparza se quedó en el interior tecleando el GPS.

Antes de que Julián y Anna fuesen capaces de localizar su posición correcta en el mapa, el navegador recuperó la información del satélite y anunció que acababan de llegar a su destino.

—Según esto —dijo el comisario señalando la pantalla—, estamos a tan solo cinco o seis metros de nuestro objetivo, así que podemos decir que ya hemos llegado.

Todos se felicitaron sorprendidos y animados por la buena noticia, pero al cabo de unos instantes, cuando ya había amainado el primer alborozo, sus miradas se dirigieron a la alta pared rocosa que se elevaba entre ellos y el mar.

—Cinco metros dice el GPS —musitó Julián poniendo su mano sobre el muro natural—, pero hay que tener en cuenta que nuestros cálculos están hechos sobre unos mapas trazados al vuelo hace cinco siglos. Así que, vete tú a saber cuantos metros son en realidad. Nuestro destino bien podría estar sobre esta roca, así que vamos a acampar aquí mismo y en cuanto contemos con las condiciones mínimas de seguridad escalaremos esta pared.

Dominique, mientras los demás se repartían el trabajo de asentamiento, miraba absorto a la gran roca. Anna, conocedora de sus capacidades para la detección de tesoros confesadas por Mae Rubiela y admitidas por él mismo, lo observaba con atención mientras descargaba una parte del equipo.

El joven haitiano dio un corto paseo por los alrededores haciendo como que tomaba puñados de aire con sus manos y se los llevaba a la nariz, luego se acercó a una zona concreta de la pared, la rozó con su cara durante unos segundos, y volvió a separarse con las manos entrelazadas sobre su estómago como si un fuerte dolor interno lo obligase a ello. Anna se acercó a la carrera intuyendo que se encontraba mal. Julián, al percatarse de la acción de Anna, dejó sueltos los vientos de la tienda que se disponía a afianzar y también corrió hacia el muchacho.

—Hay algo enterrado aquí. Algo muy... poderoso. Lo siento en mi interior. —dijo Dominique con su respiración entrecortada.

Mientras tanto el impresionable inspector Sarmiento y el comisario Esparza ya se habían unido al grupo y contemplaban la escena en silencio.

—Necesito mi maleta cuanto antes —pidió el joven levantando su trémula mirada buscando la de la joven profesora.

En unos minutos Dominique había preparado, no muy lejos de la base de la gran roca, cuatro formaciones triangulares con velas, y después de encenderlas tomó una pequeña piqueta de excavación y comenzó a cavar en el centro del cuadrilátero.

—Todos los tesoros están protegidos por las almas de los muertos —dijo el muchacho—. Antes debemos contar con su aprobación para desenterrarlos, si no resultaría fatal para todos nosotros.

Sarmiento, al escuchar aquellas palabras, miró a los demás pensando que parecía no haberles afectado conocer la profecía que acababa de anunciarles aquel aprendiz de brujo moreno.

No pasó mucho tiempo antes de que apareciera una osamenta humana junto a varios objetos que ayudaron a identificarla como perteneciente a un militar, posiblemente español de los alrededores del s. XV, con un claro orificio como el que provoca un disparo de arma de fuego en

la parte frontal del cráneo.

Dominique extrajo los restos humanos de la fosa de humus que para aquel desgraciado habían improvisado los siglos, mientras pronunciaba en su lengua unas palabras ininteligibles, luego abrió un pequeño recipiente de metal que contenía una especie de ceniza blancuzca y roció con ella aquel lugar.

—Este hombre murió inesperadamente —dijo el muchacho cerrando los ojos—. Siento que algo le preocupaba cuando se apagó su vida. Otros hombres... otras almas le retienen aquí desde entonces.

—Sí, seguro que no vio venir la bala —bromeó sarcásticamente Sarmiento intentando no elevar demasiado la voz por si acaso.

En ese momento, para espanto del inspector, Dominique Pyebwa abrió los ojos hasta lo inverosímil, y como si un resorte se hubiese disparado en su cuello, volteó la cabeza en dirección a lo alto de la peña.

—¡Hay que subir a la gran roca sin perder tiempo! —elevó su voz inesperadamente—. Escucho gritos, maldiciones, dolor... puedo oler a *lanmó* (muerte).

Se postergaron por unanimidad los trabajos de acampada y rápidamente se prepararon los equipos de escalada. Sarmiento decidió quedarse en el todoterreno con la excusa de esperar una posible llamada que le diese noticias de su hija que a esas horas debería estar llegando a Eurodisney.

El comisario Esparza, alardeando de su preparación en las fuerzas especiales de la policía, pidió ser él quien abriese la ascensión. No hubo oposición alguna por parte de Anna o de Julián, que se sintió liberado de tener que admitir su nula preparación en tales cuestiones.

Al cabo de no más de quince minutos, Esparza, Julián y Anna, ya estaban perfectamente pertrechados con sus arneses, protecciones y cordajes para iniciar el asalto a la peña.

—Bien, ¿vamos allá?

* * *

La pared, a pesar de la falta de experiencia de Anna y de Julián, no ofreció grandes dificultades para ascender, y en un puñado de minutos más, ya se encontraban los tres exploradores sobre la cima intentando recuperar el aliento mientras contemplaban la espectacular perspectiva de la bahía.

Aún se encontraban inspeccionando visualmente la amplia plataforma en la que se encontraban cuando, Dominique, siempre atento a sus instintos, hizo acto de presencia después de haber localizado y seguido un camino alternativo.

Una vez se incorporó al grupo, pidió a sus tres compañeros que se alejasen unos metros para que pudiese «oler los vientos», ya que según él eran sus mejores aliados a la hora de determinar las tensiones telúricas que le ayudarían a localizar lo que estaban buscando.

Esparza miró a los demás con recelo, quizás buscando una reprobación que no encontró. Que un adolescente con aspecto de heladero de feria se hiciese con las riendas de la expedición era más de lo que su inflamado ego estaba dispuesto a permitir, pero se convenció de que debía mostrarse extremadamente cauto sin quería conseguir su propósito.

El muchacho buscó un lugar determinado en el centro de la meseta, una vez se supo en él se arrodilló, tocó el suelo con su frente, volvió a incorporarse y cerró los ojos mientras volvía hacia

arriba las blancas palmas de sus manos.

—*Nò-sid van, palè ak. Es wes, palè ankò* —repitió un extraño ensalmo cuatro veces seguidas, cambiando de orientación cada vez, quizás buscando los puntos cardinales.

Luego, poniéndose en pie, tomó un poco de la misma ceniza con la que había rociado la sepultura hallada y lanzó pequeñas dosis en diferentes direcciones.

—¿Cuánto tiempo le vamos a dar al niño para sus juegucitos? —intervino sarcásticamente el comisario Esparza sin poder reprimirse, mientras intentaba encender un cigarrillo a pesar del creciente viento.

Julián no contestó y se limitó a reprobar su actitud con una seca mirada. Íntimamente él tampoco creía en poderes sobrenaturales, pero era consciente de que negarle a Dominique la oportunidad de realizar sus ceremonias, constituiría una falta de respeto a sus creencias, además de a Anna, que parecía estar en plena sintonía con el impecable gurú caribeño.

De pronto el chico quedó inmóvil en el centro de la escena; derecho, tensamente erguido pero con su cabeza caída sobre el pecho. Cualquier tipo de sonido pareció abandonar la escena para extrañeza y desconcierto de los tres observadores. Y fue en ese preciso instante cuando sucedió algo completamente inesperado.

Ninguno de los asistentes sería nunca capaz de determinar si solo fue una casualidad, o realmente vientos procedentes de las cuatro latitudes primordiales, atendiendo a la conjura del enigmático Pyebwa, comenzaron a recalar desordenadamente en la desolada meseta que culminaba el desprotegido acantilado.

Anna, Julián y Esparza, tuvieron que protegerse, agazapados contra el suelo encharcado, de los torbellinos que en un momento se habían creado a su alrededor. Las olas dejaron de azotar la pared orientada al mar con la virulencia que habían venido haciéndolo hasta ese momento, sin embargo la marea continuaba embravecida, como si estuviese siendo agitada desde arriba por un caprichoso dedo colosal e invisible.

—*Kounye a se tan a, lapawòl ak retounen na lanmè a* —entonó Dominique dos veces seguidas.

De pronto cuatro pequeños remolinos, después de girar alrededor del muchacho no menos de una decena de veces, fueron a fusionarse en uno solo que se dirigió directamente a un lugar concreto a la izquierda de donde se encontraban.

En ese instante, por sorpresa, una gran ola superó la altura de la roca y la barrió con inusitada fiereza.

Por suerte, los cuatro buscadores de tesoros pudieron mantenerse agazapados sobre el risco con más o menos fortuna, y en cuanto el empuje del mar pareció apaciguarse lo suficiente siguieron a Dominique hasta la zona marcada por el torbellino sobrealimentado.

Incluso al propio Esparza le costó no admitir la esencia sobrenatural de lo acontecido mientras se acercaba, con el aliento contenido por la expectación, a un cúmulo de piedras de diferente tamaño no mucho más alto que una persona en el momento en que el sorprendente haitiano apartaba con sus manos las situadas en la parte más alta; y así continuó, una tras otra, hasta que sus dilatadas pupilas pudieron ver una mucho más grande y lisa oculta por las demás.

Tras limpiarla con las manos y leer lo que estaba escrito en ella, el propio Dominique, sonriente como era habitual en él, se volvió hacia los tres expedicionarios.

—¿Quiénes son los hijos de la tierra roja? —preguntó.

Todos se miraron sorprendidos. Nadie conocía la respuesta a esa extraña pregunta.

Capítulo 42

Un pensamiento común se abrió paso entre las ya casi inexistentes dudas de los aventureros. No había tiempo que perder porque ahora, más que nunca, estaban seguros de encontrarse a punto de alcanzar su objetivo en el fondo de aquella gruta, cuya entrada había permanecido cinco siglos sellada por la vieja lápida torpemente esgrafiada.

Julián y el comisario Esparza, una vez afianzadas unas nuevas líneas de vida al borde del respiradero, se deslizaron por la estrecha abertura con decisión ante la mirada de Anna y Dominique, que, según lo acordado, se mantendrían en su posición elevada encargados de iluminar el interior con unas potentes linternas.

Durante el descenso, Julián experimentó la crudeza de respirar un aire enrarecido por el estancamiento y la humedad, y puede que incluso potenciado por la cerrada negrura, antes de recibir con gran alivio la catarata de potente luz blanca que, dirigida por los dos asistentes, inundó la parte central de la gruta, disolviendo el temor a los posibles peligros que se mantuviesen al acecho.

Una vez los dos exploradores pusieron sus botas de campaña sobre el duro suelo de piedra, se aprestaron a liberarse de las cuerdas y a encender sendas linternas de mano.

Las exclamaciones de sorpresa siguieron al tenso silencio en cuanto los nuevos haces de luz les ayudaron a identificar en la composición de aquel conjunto informe de restos acumulado en uno de los rincones, un indeterminado número de antiquísimos cajones de madera que habían soportado dignamente al corrosivo paso del tiempo.

Varios vestigios humanos en diferentes posturas, daban fe —según pensó Julián—, de la idea expuesta por Dominique acerca de la posibilidad de haber acontecido graves hechos luctuosos en aquel recóndito lugar de la Tierra.

Esparza no pudo evitar acercarse a una de las cajas haciendo que se quebrasen a su paso, aplastados sobre la piedra, algunos de los cráneos, mientras liberaba su piolet de escalada de las cinchas que lo sujetaban a la mochila.

—Comisario, no creo que debamos hacer eso aún —le advirtió Julián, sorprendido con su inesperada e irracional actitud.

—¿Ah, no? Entonces qué estamos haciendo aquí abajo: ¿un picnic? —alegó Esparza girándose hacia Julián, empleando un incómodo tono de sorna.

El profesor de matemáticas guardó silencio para testimoniar su desagrado y dejó que el fino

haz de su linterna se detuviese unos segundos en los oscuros ojos del comisario.

El imprevisible Esparza, tras un momento de reflexión con su mano apantallando la cegadora luz, decidió no forzar las circunstancias. Depuso su actitud, visiblemente contrariado, y volvió a colocar el piolet en su lugar.

—De acuerdo, lo haremos como tú digas —contestó el comisario—. ¿Por dónde empezamos?

—De momento por poner en conocimiento de los demás lo que hemos descubierto antes de tocar nada —contestó Julián revistiendo sus palabras de un tono incuestionable.

No había problema con postergar unos minutos más sus intenciones, pensó Esparza; una vez hallado el tesoro ya solo le quedaba anular a los demás integrantes de la expedición para hacerse con el paradigmático botín, y el mejor momento sería, sin lugar a dudas, cuando estuviesen todos reunidos.

El comisario lo tenía todo bien calculado, no en vano sus capacidades para la estrategia se habían potenciado con sus años de servicio policial, se dijo convencido.

Observó durante unos segundos la torpe ascensión de Julián por la cuerda de escalada, y sonrió recordando lo extremadamente fácil que le había resultado engañar a todos con la idea de que él sería el encargado de solucionar todos los aspectos burocráticos de la misión ante los gobiernos de los países afectados; no obstante, aún se preguntaba por la inesperada aparición, oportuna en todo caso, del joven Dominique, a quien todos habían confundido con un empleado gubernamental, confusión que él no se había molestado en desmentir potenciando así la idea de estar obrando según el protocolo internacional.

El matemático ya estaba casi al final de la cuerda, ahora le tocaba a él subir a la superficie, pero antes de hacerlo aún se giró una vez más y volvió a iluminar con su linterna el rincón donde se apilaban aquellas frías cajas que suponían la única justificación para lo que le tocaba hacer ahora.

El comisario sonrió, sin duda esto era lo que él llevaba tiempo necesitando: un golpe de suerte que le permitiese dejar atrás los aspectos más insoportables de su vida; pero, sobre todo, quería huir de las constantes ofensas que recibía por parte de su ex mujer, a pesar de la exagerada pensión que debía pasarle todos los meses por arte y gracia de su ex suegro: el maldito juez «martillo Mendaña», como a él le gustaba llamarlo. Odiaba a la hija y odiaba al padre hasta la saturación de su bilis, hasta más allá de lo concebible en un ser humano; tanto los odiaba que se sintió con ánimos suficientes para perpetrar aquel robo si con ello conseguía perderlos de vista para siempre.

En ese instante el desquiciado comisario Esparza se sintió como un sabueso bien entrenado que podía oler, casi masticar, detrás de aquellas gruesas maderas ennegrecidas, cientos, quizás miles de joyas; ídolos de oro y plata, puñales ceremoniales incrustados de esmeraldas, máscaras, tiaras regias... que una vez hechas dinero en el mercado negro, le ofrecerían la oportunidad de poder disfrutar al fin de un futuro que destilase la clase que él se merecía.

—Anna, ya no hay duda, hemos encontrado algo muy importante —alzó Julián la voz antes de alcanzar la boca del respiradero.

La joven norteamericana sintió como si estallase dentro de su estómago una inusual carga de alegría y se abrazó a Dominique en un evidente gesto de agradecimiento.

El muchacho, sin embargo, no contestó en la misma medida al abrazo de aquella mujer que había comenzado a considerar como una buena amiga, y le pidió calma para confesarle la

preocupación que le había asaltado al descubrir, hacía ya un buen rato, las inesperadas evoluciones de una embarcación de buen tamaño por la cercana bahía.

Anna, sobresaltada por la noticia, depuso su actitud y dirigió la mirada en la dirección que le indicó el muchacho.

—¿A qué distancia puede estar el lugar de desembarco más cercano? —preguntó mientras comprobaba cómo aquel barco no cejaba en su empeño de alcanzar la costa.

—Hay una playa a no más de doscientos metros de aquí... —contestó el muchacho en el momento en que Julián volvía a la superficie.

—¡Lo hemos conseguido, Anna! —exclamó Julián ajeno a la nueva circunstancia, mientras liberaba su arnés de la cuerda de escalada—. Ahí abajo hay una buena cantidad de cajones de madera con la heráldica de Castilla marcada a fuego, y restos humanos con evidencias de pertenecer a antiguos conquistadores españoles. Ahora debe bajar Dominique en calidad de representante del Gobierno de Haití para que actúe como notario del hallazgo. Es muy grande lo que hemos descubierto y debemos obrar según el riguroso protocolo previsto para estos casos.

—Así es... —interrumpió Esparza, apareciendo en escena antes de que Anna y Dominique pudiesen decir nada—, y así debería hacerse; pero siento comunicaros que hay un pequeño cambio de planes.

—¿Cambio de planes? ¿A qué te refieres? —preguntó Julián poniéndose de nuevo en guardia.

El comisario sacó una pistola que había ocultado en el interior de su chaleco de campaña, y la montó con un rápido movimiento ante los atónitos ojos de los que hasta ese momento habían sido sus compañeros de expedición.

—Lo siento pero creo que no va a hacer falta tanta burocracia porque este tesoro ya tiene dueño —dijo Esparza mientras con un gesto de la mano con la que sostenía el arma indicaba a sus prisioneros que se aproximasen al precipicio.

—¿Qué ocurre, ha pasado algo ahí abajo? —preguntó Anna a Julián completamente desconcertada.

Éste, sin decir nada, la atrajo hacia sí sin quitar los ojos de encima al policía.

—Nunca debí haberle dado la espalda, y mucho menos desde el momento en que ha mostrado tanta impaciencia ante el tesoro. ¡Debí suponerlo! —se lamentó Julián en voz alta recordando que Sarmiento había quedado abajo, creyendo que con algo de suerte el inspector podría escucharlo.

—¿Suponerlo? —preguntó el comisario a Julián antes de comprobar con un rápido vistazo la altura del precipicio—. ¿Qué debiste suponer... imbécil?

—Que no nos íbamos a librar de los pitagóricos tan fácilmente.

—Ya entiendo todo —murmuró Anna para que solo Julián pudiese escucharla—, el barco que acabamos de ver aproximándose por la bahía seguro que viene avisado por Esparza para recoger el tesoro. Estamos acabados...

—¿Qué barco? —preguntó Julián.

—¡Silencio! —ordenó el comisario comenzando a mostrarse histérico—, ese tesoro es para mí y me da igual despeñaros por el acantilado o pegaros un tiro ahora mismo, cuando empiecen a echaros en falta yo ya estaré al otro lado del mundo rodeado de riquezas, así que vosotros elegís...

A Dominique parecía no afectarle la actitud del comisario, no así a Anna que agarrada fuertemente al antebrazo de Julián sospechaba, aterrada, la inexistencia de una salida para aquella fatídica situación.

—Entonces ya lo entiendo —dijo Julián volviendo a alzar la voz todo lo que pudo para ganar tiempo—, el policía corrupto del que nos previno Luis eras tú. ¡Maldito Esparza...!

—¡Venga, basta de chácharas y andando! —insistió el comisario a punto de perder los nervios completamente.

—Y yo que llegué a pensar que el traidor era... ¡Sarmiento! —insistió Julián con la ya casi extinta esperanza de ver aparecer en cualquier momento al destartado inspector.

Anna, Julián y Dominique se situaron de espaldas al acantilado. La joven norteamericana sintió como las piernas comenzaron a no poder soportar su peso y Julián tuvo que hacer un esfuerzo añadido para evitar que cayese al suelo.

—¿Estás bien... amor? —se atrevió Julián a preguntarle quizás temiendo que aquella fuera la última vez que tuviese a Anna en sus brazos.

Ella levantó su mirada trémula hasta cruzarla con la de él, y sin decir nada se aferró a su cuerpo con todas sus fuerzas y comenzó a sollozar.

En ese momento Dominique, después de comprobar con una mirada el estado de abatimiento de su joven amiga de pelo rojo, se separó lentamente de la pareja de profesores mirando fijamente al comisario.

—¡Eh, ¿dónde crees que vas?! —elevó Esparza su voz en dirección al muchacho.

Dominique, cuando ya se había separado cuatro o cinco metros de sus amigos, sin decir nada se agachó y tomó en su mano una piedra de mediano tamaño.

—Suelta esa piedra, negro... —dijo el comisario colérico—, o te lleno la cabeza de plomo.

En ese instante, lo que parecía que ya no iba a ocurrir nunca, por suerte, ocurrió.

—¿Pero qué diablos haces, Quico? —se escuchó la voz del fatigado inspector Sarmiento sacando fuerzas de donde no había, después de haber escalado a la alta cima por el mismo sitio que horas antes lo había hecho el joven y ágil Dominique Pyebwa.

El comisario Esparza, sin esperarlo, se encontró en ese momento entre tres objetivos móviles, y dudó durante unos instantes hacia el lugar que debía apuntar su arma.

—Maldita sea, Pepe, todavía no es tu turno, ¿cómo demonios has subido hasta aquí? De todas formas qué más da eso ahora. Vamos, ponte junto a los demás. ¡Rápido!

—No, no me voy a poner junto a nadie... señor comisario —dijo Sarmiento recuperando con esfuerzo su verticalidad—, más bien todo lo contrario. Le informo que tiene derecho a permanecer en silencio... uff.

—¡Basta de juegos! —gritó Esparza exasperado.

—... a solicitar asistencia jurídica, en caso contrario se le asignará un abogado de oficio...

En ese instante el comisario levantó su arma apuntando claramente a la cabeza de Sarmiento.

Julián supo que era el momento de reaccionar y no lo dudó, dejó a Anna en el suelo, dio dos pasos y tomó tal impulso que logró caer sobre el comisario en el momento en el que éste apretaba el gatillo.

Sonó un disparo en el aire que hizo que una bandada de aves acuáticas levantase un frenético vuelo. El violento forcejeo que se sucedió a continuación se hubiese decantado por la victoria del comisario si no hubiesen intervenido con contundencia los demás miembros del grupo.

—Debí hacerle caso a mi suegro, maldita sea —se lamentó Sarmiento una vez maniataron al comisario de la mejor forma que pudieron—, me avisó que no se fiaba del comisario y me aconsejó que trajese un arma por si acaso. Y lo peor es que no le hice caso y me burlé de él... ¡Ay

cuando se entere!

Julián, feliz por haber resuelto la difícil situación, se acercó a Anna, la miró a los ojos y los encontró apagados, tristes, y por un momento se sintió el único culpable de haberla arrastrado a aquella aventura que había puesto en riesgo su vida en varias ocasiones.

La sangre le hirvió de pronto al racionalista profesor, y no pudo evitar aproximarse al cuerpo inmovilizado del comisario y levantarlo, tanto como le fue posible, agarrándolo de las solapas.

—Malditos cabrones pitagóricos, fascistas, genocidas, escoria de la Humanidad, juro que os voy a perseguir allá donde os encontréis...

—Pero... pero —tartamudeó el comisario intentando zafarse—, ¿qué diablos estás haciendo?

—A mí no me engañas más, maldito, tú eres el contacto de los pitagóricos. ¿Cómo te llamaban? ¿Schlafend? Si Luis estuviese aquí seguro que él sí que te haría volar por ese acantilado para que pagases todas las fechorías de tu abominable secta.

El comisario intentó mover sus brazos lo suficiente como para darse cuenta de que le iba a resultar imposible soltarse. Aún así miró a Julián con sorna, pero no se atrevió a enfrentarse a él en una trifulca verbal que no le iba a llevar a ningún lado.

Capítulo 43

Los ánimos de los cuatro exploradores estaban lo suficientemente excitados como para que ninguno de ellos se pudiese percatar a tiempo de que ya no eran los únicos personajes que pisaban la amplia explanada sobre el acantilado.

—¡Bravo, bravo!, amigo Julián, buena actuación —irrumpió sonoramente en escena una voz sobradamente conocida por todos—. Aunque, la verdad sea dicha, más te convendría repasar el libreto...

Julián y Anna dirigieron sus miradas hacia la figura de la que había partido aquella frase y, simultáneamente, palidieron.

Aquello que estaban contemplando era completamente imposible, sin embargo todo parecía indicar que Luis Martínez de Saq, después de transitar por el túnel de la muerte, había decidido dar marcha atrás para aparecer ante ellos completamente restablecido.

—Pero, Luis, ¿cómo es posible...? —preguntó Julián desconcertado por la presencia del librero y, sobre todo, la agresiva actitud del séquito de mercenarios que le acompañaba.

—¡Ah!, el inteligente Julián y la hermosa Anna —dijo Luis en un tono indolente desconocido en él hasta ese momento—. No os engaño si os digo que tenía verdaderas ganas de volver a veros. Sé, sé lo que estáis pensando: que me he levantado de mi tumba, ¿verdad? Pues bien, tengo que confesaros que la mejor manera de resucitar con garantía es la de no llegar a morir del todo. Casi me avergüenza reconocer que resultó extremadamente sencillo preparar la escena del hospital con aquel avaricioso médico de urgencias que me facilitó el Demerol...

—Pero entonces... ¿tu cáncer es ficticio? —preguntó Julián sin poder imaginar qué juego se traía entre manos el que había sido hasta ese momento su buen amigo Luis.

—¿Mi cáncer? —dijo el librero—. ¡Ah, sí!, mi cáncer. No, no es ficticio pero a estas alturas no sé si os alegrará o disgustará saber que es poco probable que a mi edad sea el cáncer el que me lleve definitivamente al otro lado.

En ese momento dos de los rudos mercenarios terminaron de inmovilizar al inspector Sarmiento, mientras otros comprobaban la solidez de las ataduras del comisario Esparza. Cuando les tocó el turno de maniatar a Julián y a Anna, Luis les detuvo con un gesto de negación.

Curiosamente nadie entre los captores pareció advertir la presencia del joven Dominique, que permanecía sentado a escasos metros, atento a la escena con rostro circunspecto y sin rastro alguno de su perenne y luminosa sonrisa.

—Luis, por favor —volvió a intervenir Julián comenzando a exasperarse—, ¿puedes explicarnos de qué va todo esto?

El enigmático librero de la calle imprenta se volvió y a una señal suya, uno de sus asistentes le acercó una silla de campaña.

—Me caéis bien, Julián y Anna —admitió Luis una vez se acomodó en el mínimo asiento—, por lo que me resulta doloroso haber tenido que usaros para conseguir mis fines. Sois inteligentes, buenas personas, amigos comprometidos, y estoy seguro de que no merecéis que os esté tratando así, pero ésta es una de esas situaciones en la vida en la que se puede aplicar aquel manido dicho de que el fin justifica plenamente los medios.

Luis guardó silencio un momento, cerró sus ojos y tomó aire profundamente.

—¡Oh, vaya!, se está muy bien aquí —admitió—, creo que es el escenario perfecto para poner el colofón a un conflicto que ya ha durado demasiado tiempo.

En ese momento, Anna, movida por un impulso irreprimible, se levantó del lugar en que la mantenían retenida e insinuó unos pasos en dirección a Luis Martínez de Saq.

—Pero, Luis, ¿qué te ha ocurrido? —le dijo Anna verdaderamente ofuscada antes de que uno de los paramilitares le impidiese seguir adelante—, somos nosotros, tus amigos. Nos hemos jugado la vida por tu sueño... no es justo que nos trates ahora así, sin ninguna explicación.

Mientras la obligaban a retroceder miró a los ojos de Luis y no pudo reconocer en ellos el destello de bondad que había creído ver en ocasiones anteriores.

—Lo siento, Anna, pero la vida nunca es justa, te lo puedo asegurar. Mírame, hoy me ha tocado convertirme en un malvado que viene a reclamar su...

Luis interrumpió su charla inesperadamente, levantó su mano para pedirle a la profesora que volviese junto a Julián y miró al cielo en dirección tierra adentro. Acto seguido ordenó a cuatro de los mercenarios que le acompañaban que dejasen sus armas y comenzaran con las tareas de extracción del tesoro, tras lo cual se levantó de su silla ayudado por su bastón, y adoptando una postura totalmente antagónica a la personalidad que hasta entonces había mostrado ante los dos profesores, les aseguró que pasase lo que pasase a partir de ese instante, siempre guardaría en su interior un lugar especial para ellos dos.

—Maldita sea, De Saq —protestó Sarmiento con sus manos atadas a la espalda—, si piensa que se va a salir con la suya está muy equivocado. Puede que haya engañado a todos, pero no a mi suegro. Él sabía desde el principio que usted y el comisario estaban detrás de todo ese timo de los pitagóricos, así que si intenta hacernos daño él sabrá perseguirle hasta darle caza, se lo aseguro.

Luis sonrió como si no hubiese reparado hasta ese preciso instante en el inspector.

—¡Ah!, su suegro, el infame Hierbabuena —dijo señalando a Sarmiento con el bastón—, el perro fiel de la familia de Rivera. Nunca logré engañarme con su aspecto bonachón y distraído, buscando siempre en mi basura alguna prueba de mis filiaciones... Quizás si hubiese sabido hacer bien su trabajo en vez de haberse aficionado tan pronto a la buena vida, esto no estaría sucediendo en este momento. Pero no entiendo qué me quiere decir acerca del comisario... —dudó mirando a su alrededor para localizar a Esparza—. Creo que se confunde, detective, ese señor no tiene nada que ver conmigo.

En ese momento todos miraron a Esparza para intentar comprender qué motivos le habían llevado a obrar del modo en que lo había hecho.

El comisario giró su cara para no tener que leer en las miradas de los que habían sido sus

compañeros, su absoluta reprobación. No hizo falta mucho más para que Anna, Julián y el detective Sarmiento intuyeran que sus motivaciones eran puramente económicas, ajenas en todo caso a las megalómanas ideas de la incombustible hermandad pitagórica.

A partir de ese momento el tiempo comenzó a transcurrir deprisa. Todo indicaba que las cajas estaban siendo desguazadas por los secuaces de Luis Martínez de Saq a golpe de mazo, para extraer las riquezas y depositarlas en grandes bolsas herméticas que eran izadas hasta el exterior con la ayuda de una polea portátil.

Luis, como si dispusiese de todo el tiempo del mundo, ordenó que cada bolsa fuese abierta ante su presencia para admirar, una a una, las piezas que componían aquel sobrecogedor Eldorado.

* * *

Dominique Pyebwa miró al cielo. Hacía algo de frío, circunstancia nada común en aquellas latitudes en ninguna estación del año.

Anna, atenta a sus movimientos, se dio cuenta de que por alguna razón el muchacho había comenzado a perder la sorprendente tranquilidad de la que había hecho gala hasta ese momento. Lo observó mientras daba unos pasos en paralelo al acantilado como si intentase perseguir con su vista a algo demasiado gigantesco como para abarcarlo desde una sola perspectiva. De pronto se volvió. Sus ojos, para espanto de Anna, se habían vuelto completamente blancos, y después de repetir una palabra varias veces rompió a temblar de forma antinatural.

—*Tranbleman tè... tranbleman tè...*

—¿Qué ocurre, Dominique?, ¿te encuentras bien? —preguntó Anna desde la distancia, intentando levantarse del lugar donde permanecía retenida.

El muchacho no contestó.

El mercenario que vigilaba a los prisioneros se giró alertado por la acción de Anna y tomó en ese momento conciencia de la presencia de Dominique.

El hombre armado empujó a la profesora con la culata de su subfusil, haciendo que perdiese el equilibrio, y se acercó a la carrera gritando al chico para que se tirase al suelo.

—*¡Chita tè, chita tè!*

Luis, extasiado en la contemplación de las bellas piezas precolombinas, consiguió separar su mirada, no sin tener que realizar un gran esfuerzo, de un curioso objeto circular que representaba a un sol tallado en una piedra negra que recordó a Julián un antiguo icono egipcio.

El peligroso mercenario se llevó su arma al hombro y apuntó al pecho de Dominique dispuesto a vaciar su cargador sin ninguna contemplación.

—No, ¡quieto!, no le dispaes, no puede escucharte... —gritó Anna al desquiciado asesino a sueldo.

La mujer, aterrada, saltó desde su lugar y se interpuso en la trayectoria entre el muchacho y el cañón de la ametralladora.

Julián se levantó de un salto dispuesto a enfrentarse al hombre armado, cuando, de pronto, la caverna vomitó un terrible rugido al exterior que hizo encogerse de pánico a todos los que estaban sobre aquella desprotegida plataforma natural a más de cuarenta metros sobre el nivel del mar.

* * *

La isla, el archipiélago, la Tierra toda comenzó a moverse de una forma agónica, terminal. El suelo se elevaba una y otra vez, se desplazaba lateralmente, se agitaba y retorció; parecía que, víctima de una orgía telúrica, hubiese empezado la danza ritual del final de los días.

Pasaron los segundos, los minutos, y lejos de amainar el terremoto se fue intensificando hasta alcanzar unos valores que hicieron imposible que nadie de los que ocupaban aquella terraza natural sobre el turbulento Caribe pudiese mantenerse en pie con un mínimo de estabilidad.

Llegó un momento en el que todos, sin excepción alguna, se tiraron al suelo bocabajo con sus manos protegiéndose la nuca para intentar sobrevivir a aquella ira de los elementos.

No tardaron en escucharse pavorosos gritos demandando auxilio, encadenándose al rumor creciente hasta el estrépito del descomunal sismo; fuertes rachas de viento barrieron una y otra vez la cima del acantilado, las brechas se abrieron sobre la roca amenazando con una implosión que podría llevar a todos al centro del mismo infierno, fagocitados por los surcos abiertos sobre la epidermis granítica de aquel peñón maldito.

Nadie hubiese sido capaz de determinar el tiempo que duró aquello, si segundos u horas. Solo cuando, después de un par de minutos en aparente estabilidad y silencio, fueron capaces de levantar sus temerosas miradas, comprobaron que algo inesperado había cambiado en el paisaje y en las, ya de por sí, comprometidas circunstancias.

Capítulo 44

—Te lo advertí, Pepe —dijo Claudio Hierbabuena mientras ayudaba a su yerno a incorporarse —, te dije que no te fiases, que trajeses tu arma reglamentaria, ¿recuerdas? Pero, claro, tú nunca me haces caso...

El sorprendido Pepe Sarmiento no podía creer lo que escuchaba ni lo que veían sus ojos.

Un helicóptero, amparado en el total desconcierto provocado por el terremoto, acababa de aterrizar a una decena de metros de donde se encontraban, y un grupo de efectivos policiales haitianos estaban procediendo a la detención de los malhechores y del propio Luis Martínez de Saq.

Anna y Julián, tras abrazarse fuertemente al comprobar que se encontraban bien, buscaron a Dominique Pyebwa entre el nutrido grupo de personas que acababan de tomar la roca, pero les resultó imposible hallarlo. Hubo un momento en que llegaron a temer lo peor y se asomaron con precaución al acantilado, pero nada les indicó que hubiese podido caer al mar desde aquella altura mortal.

—*Èske ou se pwofesè?* —les preguntó uno de los policías elevando su voz por encima del tumulto.

Los dos profesores se giraron extrañados, se miraron mutuamente y asintieron con un gesto; el agente les pidió que le acompañasen hasta el helicóptero.

—¡Ah, queridos!, gracias a Dios que no os ha ocurrido nada —dijo Margarita de Rivera, cómodamente instalada en el interior de la aeronave—. Espero que vuestro esfuerzo haya valido la pena porque ni os podéis imaginar la de hilos que he tenido que tocar para poder venir en vuestro rescate.

Anna y Julián se miraron sin poder creer lo que estaban viendo. Las preguntas se agolparon en sus cerebros hasta hacer casi imposible escoger la primera a formular. Anna no se entretuvo y se dejó llevar por su corazón, saltó dentro de la aeronave y se abrazó a Margarita.

En ese instante tres de los policías, con Luis Martínez de Saq detenido, se acercaron al helicóptero.

—*Madame, ¿est-ce l'homme que nous voulons?* —preguntó el que parecía de más alto rango.

—*Oui, il est* —se limitó a contestar la diva con manifiesto desprecio.

Luis, exhibiendo una fría y retadora mirada, permaneció en silencio durante la identificación, no así cuando los efectivos policiales le obligaron a dar la vuelta para conducirlo hacia un nuevo

helicóptero que en ese instante tomaba tierra al otro lado de la plataforma.

—¡Margarita! —elevó Luis su voz por encima del ensordecedor ruido—, ¡te juro por Dios que si dejas que esto termine así, no encontrarás la paz en lo que te queda de vida!

Los policías que escoltaban a Luis, confusos por la alterada intervención del anciano, se detuvieron un instante y se giraron para observar la reacción de la mujer.

La diva, tras unos segundos de duda, pidió a Julián que le ayudase a descender de la aeronave, tras lo cual se dirigió del brazo de sus dos jóvenes amigos hacia el resentido Luis Martínez de Saq.

—Te prohíbo que vuelvas a pronunciar mi nombre —le advirtió impostando su voz con una sobrecargada dosis de soberbia—, para ti dejé de existir hace muchos años, justo desde el instante en que tomaste fiel partido por los asesinos.

—¿Eso es lo que crees? —dijo Luis después de lo que pareció a los dos profesores una breve reflexión—, ¿realmente piensas que me quedé atrás para militar en La Hermandad Pitagórica?

Margarita de Rivera, tras un breve silencio, amagó con volver al helicóptero sin contestar a sus preguntas.

—¿Dónde vas? ¿A esconderte de la realidad como has hecho durante toda tu vida? —le preguntó éste con toda la intencionalidad, elevando gradualmente su voz—. Cuándo aprenderás que esto no es un escenario, ni tú Lucía de Lammermmor, ni Aída, ni siquiera Madame Butterfly...

—Marchémonos —dijo Margarita mirando tensa a los ojos de Julián—, no tengo por qué escuchar esto.

Las excitadas palabras de Luis Martínez de Saq sonaron inexplicablemente sobrecogedoras en los oídos de Anna. Algo se le escapaba de aquella historia —se dijo—, algo que iba mucho más allá de lo evidente.

Anna, en ese instante, retuvo su paso obligando a Margarita a que detuviese el suyo.

—¿Qué ocurre, querida? —preguntó ésta, intuyendo y, quizás, temiendo las dudas de la joven—. No pierdas el tiempo prestando oídos a las palabras de semejante psicópata.

A Anna le asaltó en ese instante una perspectiva transversal de todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Pensó en Luis, en sus primeros encuentros junto a Julián, con él en su casa; en la aparente sinceridad con la que les había narrado el oscuro pasado de su familia, en su constante preocupación por la integridad de sus amigos una vez se decidieron a resolver el enigma de los secretos cifrados, y miró a los incendiados ojos de Margarita de Rivera buscando la respuesta que le hacía falta para hacer encajar todas las piezas de aquel complejo puzzle.

—Hoy todo ha de terminar —continuó hablando a sus espaldas el anciano librero—. Reconozco que toda mi vida he sido un maldito cobarde manipulado por todo el mundo, incluso por ti —añadió, dejando que se dilatase la frase—, cuando intentaste que lo dejase todo engañándome con un falso embarazo.

En ese momento Margarita de Rivera palideció, soltó el brazo de Anna y apretó fuertemente su mano alrededor del antebrazo de Julián.

—¡No puedo seguir escuchando esto! —dijo mientras instaba a Julián a que le ayudase a salir de allí cuanto antes.

—¡Sí, márchate! —la instigó Luis envalentonado por la atención que Anna, una vez desgajada del grupo, le estaba prestando—. Huir es lo que mejor se te ha dado siempre. ¿A dónde irás después de esto? ¿A Roma?, ¿a Londres?, ¿a Nueva York...? Muy bien, márchate, pero esta vez,

antes de hacerlo, vas a escuchar de mis labios la verdad: nosotros nunca fuimos Rebeca de Rivera ni Gonzalo Martínez de Saq, ni el hijo que me dijiste que íbamos a tener era fruto de un amor tan grande que superó al tiempo para reencarnarse en tu vientre. Me mentiste, sí, me usaste para vivir tu propia historia, tu venganza por lo que, según tú, le hizo mi familia a la tuya quinientos años atrás.

Margarita se detuvo en seco, se giró sobre sí misma con decisión y, apuntando con su dedo acusador a Luis, se juró pronunciar las últimas palabras que dedicaría al que había sido su primer amor de juventud y posiblemente el único de toda su vida.

—Me dejaste partir sola y desamparada hacia un destino incierto a pesar de confesarte que estaba embarazada de ti; toda nuestra historia se reduce a eso, así que Rebeca no tiene que ver en esto. No, no estaba embarazada, es cierto, fui una ilusa pensando que me creerías, pero podíamos haber formado una familia con la que vivir alejados de los abusos de las dictaduras. Yo te maldigo, Luis Martínez de Saq, el día que mueras sin descendencia el mundo entero lo agradecerá, porque tú eres el último villano de tu estirpe que ha venido a robar el tesoro de Colón para financiar una nueva infamia contra la Humanidad...

Luis miró a Margarita tan detenidamente como las circunstancias se lo permitieron y no pudo evitar, pese a sus apocalípticas palabras, que su corazón mandase a su cerebro señales tanto tiempo aletargadas.

Sonrió, o quizás quiso sonreír. Luis tuvo que admitir que aquella mujer continuaba ejerciendo sobre él la misma poderosa atracción que cuando eran apenas dos niños. Una atracción —él siempre se había resistido a llamar a ese sentimiento de otra forma—, que le había costado empeñar toda una vida a la que, prisionera de la intransigente actitud de ella para con él, no le había quedado más remedio que encomendar por entero al diálogo con los fantasmas del pasado.

—¿Realmente sigues pensando eso de mí? ¿Que te cambié por los pitagóricos? —respondió Luis moderando mucho el tono que había mantenido hasta entonces—. No, Margarita de Rivera, bien sabes que nunca comulgué con los postulados de La Hermandad, nunca me dejé seducir por sus promesas de gloria y de poder, incluso cuando me propusieron que sucediese a mi padre tras su muerte.

—Entonces, si no perteneces a La Hermandad —le interrumpió Margarita con sorna—, ¿qué demonios estás haciendo aquí?, ¿turismo?

Luis sonrió.

—Sí, tú lo has dicho, Margarita... pero ¡oh!, perdona, olvidaba que me has prohibido pronunciar tu nombre —ironizó—. Estoy de turismo, pescando más concretamente, porque al fin y al cabo eso es lo que ha sido todo esto desde que la hermosa Anna descubrió cómo resolver los códigos de Mateo Martínez de Saq, y, como ves, no se me ha dado mal la pesca porque he conseguido sacar al gran pez del agua para decirle lo que debía escuchar antes de que todo esto acabe para siempre.

Anna, sorprendida por las palabras de Luis, no pudo evitar que una pregunta escapase de sus labios.

—¿Qué es lo que tiene que acabar para siempre, Luis?

El ajado Luis Martínez de Saq dedicó a la joven, hermosa e inteligente profesora un gesto que quedó en un esbozo triste de sonrisa.

—Perdonadme. Tú y el bueno de Julián —pidió Luis humildemente—. El día que

conseguisteis descifrar el primer criptograma, supe que las pistas finalmente os llevarían hasta Margarita y os dejé hacer. Era la estrategia perfecta para llegar a este momento, pero desgraciadamente, y no sé cómo pudo pasar, la noticia llegó a oídos de los pitagóricos. Ya era tarde para dar marcha atrás, así que decidí usar mis antiguas influencias para acercarme a ellos y protegeros desde dentro de la organización.

—Entonces, Luis —intervino Julián sorprendido—: ¿tú eres realmente Schlafend?

Luis ocultó la respuesta tras un duro gesto imposible de descifrar. Acto seguido miró a sus captores y éstos comprendieron que ya estaba todo dicho.

* * *

La tarde comenzó a extender su manto tornasolado sobre las aguas del mar. Era una bella imagen para llevarse consigo después de tantos y tantos días grises, sin azul, pasados tras la vieja celosía de la librería de la calle Imprenta.

Luis Martínez de Saq esperó el momento oportuno, que no tardó en llegar. Le bastó dar un par de ligeros pasos en dirección al acantilado y dejarse caer.

Nadie pudo hacer nada para evitarlo.

Capítulo 45

El vuelo del helicóptero sobre Puerto Príncipe reveló a Margarita de Rivera, a Anna Elisabeth O'Sullivan, a Julián Pérez Fox, a Claudio Hierbabuena y al inspector José Sarmiento Molina, el estado de destrucción y caos en que había quedado sumida toda la ciudad y sus alrededores. No cabía mayor desolación que la de contemplar desde el aire semejante catástrofe sin haber tenido aún tiempo suficiente para asumir los recientes acontecimientos, incluida la desaparición de Dominique Pyebwa, y, por encima de todo, el triste e inesperado suicidio de Luis Martínez de Saq.

El piloto, después de varios intentos, no pudo contactar con la torre de control del aeropuerto internacional Toussaint Louverture, ni con la del cercano de Jacmel, al sudeste del país, y decidió, tras comprobar si contaban con combustible suficiente, dirigirse hacia el aeropuerto La Isabela, ya en la República Dominicana, para desembarcar allí a sus pasajeros con suficiente garantía de conexión con las líneas aéreas intercontinentales.

* * *

Al día siguiente, tras intentar infructuosamente dormir algunas horas en un hotel cercano al aeropuerto internacional Las Américas, en Santo Domingo, los viajeros ya estaban dispuestos a tomar el primer vuelo destino Granada, con escala en Madrid, que partía de la isla.

Mientras se dirigían a la terminal por donde debían embarcar, observaron que el ajetreo ocasionado por la llegada de los primeros equipos de ayuda para Haití comenzaba a hacerse patente en muchas dependencias aeroportuarias.

Una vez a bordo del avión, cuando apenas habían comenzado a transitar con sus equipajes de mano por el pasillo central, Margarita pidió a Anna que ocupase el asiento junto al suyo. A la joven norteamericana, dispuesta hasta ese instante a viajar junto a Julián, le bastó una mirada para que éste admitiera de mala gana el, quizá esperado, cambio de ubicación.

La pesada estructura volante aceleró por la pista como preparándose para demostrar, una vez más, el completo dominio de la ingeniería humana sobre las estrictas leyes de la física, hasta que, anunciado por un soberbio rugido de motores sobrealimentados, levantó su proa hacia el cielo y buscó la altura precisa del pasillo aéreo que le conectaba con el continente europeo.

* * *

—¿Sabes, querida? Hubo un tiempo en que Luis y yo éramos inmortales —confesó Margarita a Anna a la media hora del despegue, con una copa de *Calvados* en su mano—... se podría decir que soñábamos despiertos con ser las sendas reencarnaciones de Rebeca de Rivera y de Gonzalo Martínez de Saq, unidos por un destino que había violentado a la propia muerte para que rescribiésemos un necesario final feliz a la vieja historia interrumpida.

—Pero... Margarita —intervino Anna, fijando su mirada en la copa de licor.

La diva también miró a la copa y sonrió de forma triste.

—Lo necesito —admitió—, llevo toda mi vida sufriendo el miedo que me provoca el encontrarme con mis recuerdos, y si este destilado no me ayuda a hacerlo hoy, sé que me moriré con ellos enquistados en mi alma.

»Espero que no sea tarde —añadió tras una pausa, mostrando el brillo de sus ojos violeta a Anna, antes de tomar un nuevo sorbo de su copa.

Anna movió su cabeza levemente en un claro gesto de condescendencia. Era la señal, y así fue interpretada, para que Margarita abriese de par en par todas sus ventanas interiores con vistas a un pasado que le había resultado imposible olvidar.

—Nunca le obligué a nada, a él le apasionaba tanto como a mí la historia que descubrí en los márgenes de la *Messe de Notre Dame* y de la que no tardé en hacerle partícipe. Éramos dos niños entonces, con la vida supurando por los poros de la piel... te aseguro que éramos como el retrato de dos artistas preadolescentes escapados de una novela de Joyce. Todo lo nuevo nos sorprendía hasta tal punto que lo convertíamos en mágico inmediatamente, y por tanto en atrayente, en sugestivo. Siempre obrábamos de la misma forma: al salir del colegio nos encontrábamos en Santa Ana, conveníamos la ruta que seguiríamos esa tarde, y después de los deberes diarios buscábamos por las calles de Granada los rincones que Rebeca de Rivera describía en su relato con tanta precisión. Había momentos, cuando nos parecía que habíamos logrado descubrir alguno de aquellos enclaves, en los que jugábamos a reinventar allí mismo la vieja historia de los dos amantes niños.

»Te confieso, querida —continuó Margarita sin poder retener una sonrisa—, que comimos muchos frutos de los árboles que flanquean la Cuesta de los Chinos como ellos hicieron en alguna ocasión, incluso aprendí de memoria la vieja romanza de Zoraya para cantársela a Luis, como Rebeca se la cantaba a su abuelo para que afinase sus instrumentos. Sin duda en aquellos momentos primeros de mi vida fue cuando se despertó en mí la profunda pasión por la música que al final me ha abierto las puertas de medio mundo.

Margarita de Rivera, presa de sus emociones, carraspeó su garganta delicadamente y comenzó a cantar de forma hermosa las notas de la canción que contaba la leyenda de los amores de Zoraya, la favorita de Muley Abul Hasán.

—*Las... trémulas... perlas de su... cara* —entonó Margarita—, *pálidas notas... de... terrible amor... son puñales de la luna...son las flores del dolor...*

Tras unos instantes que a Anna le parecieron deliciosos, la anciana diva, con todos sus sentidos entregados a la narración, continuó hablando largamente con su mirada clavada en un punto demasiado lejano como para que un observador ajeno pudiese identificarlo.

—En las tardes de verano, cuando ya no había colegio, paseábamos por la Cuesta de Gómez

cuando cantaban las cigarras; intentábamos identificar el lugar que ocupó la vieja casa de mis antepasados para hacer como que me sentaba a su puerta y recibía a aquel joven desconocido y a su distinguido abuelo. Luego dirigiámos desde allí nuestras miradas hasta la Plaza Nueva... y si en el transcurso de nuestra epifanía compartida descubríamos alguna paloma por los alrededores, imaginábamos que era la misma que partió de las manos de aquella niña de piel de nácar y pelo negro como el carbón, que había sido capaz de sobrevolar el ancho océano del tiempo para traernos noticias de antiguos amores, anilladas fuertemente a una de sus patas.

—¿Cuántos años teníais por aquel entonces Luis y tú, Margarita? —no pudo Anna reprimir la pregunta.

—Doce, quizás trece; pero nos conocíamos desde que tuvimos uso de razón. Nacimos puerta con puerta, incluso se podría decir que nuestras madres compartieron dolores y matrona aquella madrugada de marzo en la que vinimos al mundo los dos a la vez —contestó Margarita sonriendo, y añadió tras una breve reflexión—: ¿Sabías que con trece años Luis ya era un consumado poeta?

Anna, algo sorprendida, movió su cabeza negativamente mientras de forma sutil enarcaba sus cejas.

En ese momento Margarita inclinó su cabeza hacia atrás, cerró los ojos, y extasiada en sus palabras, que en otro tiempo habían sido las de él, declamó en *sotto voce* dos sentidos versos.

—Si te dijera que estos vientos están hechos para volar: ¿me darías la mano?

Si acaso te insinuase la existencia de nubes nuevas donde nunca rozó el ala del ángel: ¿me seguirías?...

Anna posó su mano sobre la de Margarita en el momento en que ésta abría los ojos de forma inesperada.

—No, no merezco tu bondad, ni tu cariño —exclamó Margarita alterada mientras retiraba su mano con un movimiento brusco—. Soy un ser monstruoso, la mujer más vil que existe sobre la Tierra. ¿Sabes lo que hice?: destruí en pedacitos todos sus poemas y se los lancé desde la ventanilla del tren que debía llevarnos a la frontera a mi familia y a mí. Siempre he recordado su expresión de dolor bajo aquellos trocitos blancos de papel que, después de revolotear sobre su cabeza, cayeron pesadamente al suelo sucio de la estación para ser pisoteados por gente anónima que huía de la represión.

Anna, tras una breve reflexión, supuso que cualquier muestra de afecto en ese momento podría repercutir negativamente en el alterado ánimo de su compañera de viaje, y se limitó a mantenerse a la expectativa.

Hicieron falta algo más de diez minutos y un par de sorbos más a la copa de Calvados para que una relativa calma devolviese a Margarita el ánimo suficiente para continuar con la historia.

—¿Sabes?, después de nuestra partida Luis intentó ponerse en contacto conmigo en varias ocasiones, pero mi padre no solo me prohibió tajantemente que atendiese a sus cartas sino que me aleccionó en su contra y en la de toda su familia.

—Pero... ¡si erais vecinos de toda la vida! —exclamó Anna—, ¿qué mal os habían hecho los De Saq? No logro entenderlo.

Margarita, esta vez, dio un largo sorbo a su copa para que la azafata pudiese retirarla antes de servir un ligero almuerzo.

—Querida Anna, ¿has escuchado hablar alguna vez del Archivo Judaico?

—¿El Archivo Judaico? Pues no, no lo he escuchado nunca.

—Con ese nombre se conoce a la lista que realizaron los Gobiernos Civiles de la Dictadura de Franco atendiendo a una petición de La Gestapo, con los nombres de los seis mil judíos españoles...

—Perdona mi ignorancia, Margarita, pero ¿acaso en España también hubo un Holocausto Judío?

—No, querida; por suerte, la victoria aliada en el 45 evitó que aquellos miles de familias españolas terminasen en Auschwitz. Luego, para lavar su imagen colaboracionista, el Gobierno de la Dictadura se encargó de hacer desaparecer esa lista.

—Perdóname, pero sigo sin entender qué tiene que ver esto en la relación entre las dos familias.

—Es sencillo, querida. El padre de Luis era en aquel tiempo la mano derecha del gobernador de Granada, y por lo tanto el encargado de confeccionar las listas para mandar al exterminio a sus... ¿cómo has dicho? —preguntó con patente ironía—, ah, sí, a sus «vecinos de toda la vida».

* * *

Habían pasado más de cuatro horas a bordo de la aeronave, y Anna aprovechó el sueño de sobremesa que había asaltado a su compañera de viaje para ir a sentarse junto a Julián.

—¿Cómo está Margarita? —preguntó su compañero después de recibirla con un beso en los labios.

—No sabría decirte si bien o mal —admitió Anna—. El suicidio de Luis le ha alterado mucho el ánimo y está abatida por los recuerdos.

Guardó silencio unos segundos, tras los cuales no pudo dejar de pensar en la desgraciada historia de Margarita y Luis, y atrajo a Julián hacia sí.

«Bésame de nuevo», le pidió, y tras la tenue cortina rojiza de sus párpados cerrados se quedó dormida con sus labios humedecidos soñando con Montescos y Capuletos, después de prometerse darlo todo para que el amor que sentía por el profesor de matemáticas no conociera nunca los reveses de la intransigencia.

* * *

Anna abrió los ojos en el momento en que la voz de la azafata pedía a los pasajeros que se abrochasen los cinturones para aterrizar en el aeropuerto de Barajas.

—Ya casi estamos en casa —le anunció Julián con una sonrisa.

—¡Oh! Me he dormido, lo siento —se disculpó, algo atribulada.

Tomaron tierra sin incidentes y se dirigieron a la sala de espera de la terminal asignada para hacer tiempo hasta embarcar finalmente hasta su destino.

Durante la espera, cómodamente instalados en la sala VIP del aeropuerto, Margarita admitió su cansancio al ser interrogada por Anna antes de pedir unos cafés que les ayudaran a enfrentar el último tramo del largo viaje, no obstante aún tuvo ánimos suficientes para hacer varias llamadas desde el teléfono público de la sala.

* * *

Anna se sentó junto a Julián en el nuevo avión, y Claudio ocupó el lugar junto a Margarita. Esta vez le tocó al comisario Sarmiento viajar junto a un asiento desierto en la, ya de por sí, casi desierta aeronave. No obstante, las repetidas miradas de Anna intentando descifrar la evolución del estado emocional de Margarita no dejaban de sucederse.

La etapa final del vuelo transcurrió silenciosa. Solo el constante ruido de los motores inyectaba a la escena una sensación de monotonía que acunaba a los pasajeros hasta suscitar un irreprimible sopor.

—Perdóname, Julián —la voz de Margarita sacó a Julián de su somnolencia—, me gustaría terminar de hablar con Anna.

Julián no tardó en levantarse, y tras una mirada a su alrededor se decidió por ir a ocupar el lugar vacío junto a Sarmiento.

—¿Cómo te encuentras, Margarita? —preguntó Anna apenas la diva se dejó caer en el asiento recalentado por el cuerpo de Julián.

—Te confieso que no puedo dejar de pensar en Luis —dijo Margarita—. Si analizo su vida y la mía, creo que él ha sido el que se ha llevado la peor parte, y, quizás, y esto es lo que más me duele, posiblemente sin merecerlo. Claudio nunca pudo hallar pruebas de que fuese su padre el que nos señaló para que apareciésemos los primeros en aquel Archivo Judaico, ni de que él llegase a ingresar en La Hermandad Pitagórica en ningún momento de su vida, aún así yo...

—Creo que no deberías martirizarte con eso —intervino Anna temiendo una nueva recaída emocional de Margarita—. Pienso que todas las personas estamos capacitadas para enfrentarnos con nuestros destinos para modificarlos y...

—Sí, pero lo que más me duele es que él nunca se marchó de Granada —la interrumpió Margarita—, cumplió su última promesa de esperarme allí para retomar nuestra historia a partir del momento en el que la habíamos dejado.

—Creo que puedo comprender cómo te sientes —dijo Anna con un nudo en el corazón.

—Sí, querida, pero me voy a sentir mucho mejor cuando haga lo que tengo y que debo hacer. Te lo aseguro.

Epílogo

Los campos de la vega granadina mostraban sus contornos delineados con una pureza de trazo digna del propio Euclides, fueron expandiéndose elásticamente hasta acaparar todo el campo visual de los viajeros conforme la aeronave fue realizando las maniobras de aproximación a la pista de aterrizaje.

La ciudad, allá al fondo, acariciada por los dedos del disco solar, les esperaba luminosa y virginal, gris y sobria por momentos, pero siempre plantada ante su puerta como una vecina más; una vecina vestida de azahares y frutos carmesí, inflamada por los olores del hinojo, del arrayán y del romero, mientras tejía y destejía con sus infatigables manos, en penelopénica actitud, la tupida urdimbre del mapa textil de sus días y de sus noches, de sus victorias y de sus derrotas, alimento, al fin, de los disipados versos del poeta.

Lucía, la directora del instituto, y la hija de Sarmiento, la pequeña Aitana, se encontraban entre las personas que les fueron a recibir de su largo y accidentado viaje. Rápidamente se destacaron del nutrido grupo anónimo que colonizaba la sala de llegada de viajeros del aeropuerto Federico García Lorca.

Los flashes, las preguntas a distancia grabadora en mano, y los intentos del personal de seguridad para evitar que aquello se les fuera de las manos, se intensificaron en cuanto la prima donna del bel canto fue reconocida entre el escaso pasaje del CRJ-200.

—¡Gracias, muchas gracias a todos por su interés! —alzó la voz Margarita de Rivera antes de recoger el ramo de rosas rojas que le entregó la pequeña Aitana Sarmiento Hierbabuena.

Anna, sorprendida por el inesperado recibimiento, buscó la cercanía de Margarita para que le explicase qué estaba ocurriendo.

—Querida, «luz y taquígrafos», es lo que siempre decía mi padre —le contestó mientras saludaba cortésmente al personal—. Te aseguro que obrar por derecho es la mejor forma de hacer las cosas.

La pequeña Aitana, indecisa tras entregar el ramo y dar dos besos en las mejillas a aquella señora tan alta, en cuanto descubrió a su padre entre la gente corrió hacia él.

—¡Papá, papá!, ¿sabes que el abuelo Claudio ha prometido llevarme a Eurodisney? —dijo sin más, abrazándose ilusionada a su cuello.

—Sí, preciosa mía —contestó Sarmiento emocionado mientras la apretaba contra su pecho—, pero ya sabes que para eso debemos contar con el permiso de mamá.

En ese momento una mano femenina se posó en el hombro del conmovido inspector de policía.

—¿Cómo estás, Pepe? —se limitó a preguntarle su ex esposa.

—¡Mati!, ¿qué haces tú aquí? —preguntó levantando los ojos sorprendido.

—He venido a acompañar a la niña —contestó la mujer—. Sabía por mi padre lo del viaje a Haití. Luego me enteré por la televisión de lo del terremoto y, la verdad, he estado muy preocupada. Menos mal que me volvió a llamar desde Madrid esta mañana para tranquilizarme, y me ha contado a grandes rasgos por lo que habéis pasado. Perdóname, quizás no debía haber venido.

—No, no digas eso —dijo el inspector incorporándose rápidamente para evitar malos entendidos.

Tras un minuto de silencio en el que la ex mujer del inspector no supo a dónde dirigir su mirada para ocultar las lágrimas que amenazaban con hacer acto de presencia de un momento a otro, las palabras volvieron a aflorar.

—Lo siento, pero no es fácil encontrarse de pronto con la noticia de que tu padre es un antiguo héroe de la resistencia francesa, y tu ex marido algo parecido a un superpolicía de esos que salen en las películas de acción...

—Venga, no exageres... —dijo Sarmiento divertido, recordando haber escuchado de esos mismos labios calificativos como «madero mediocre y sin futuro...».

—No exagero —dijo la mujer volviéndose hacia la densa masa de periodistas y fotógrafos—. Toda esa gente está aquí por algo, ¿no te parece?

Margarita de Rivera estaba en ese momento improvisando una rueda de prensa: la sorprendente noticia del hallazgo de un tesoro completamente intacto, ocultado presuntamente por el Adelantado de Castilla y Gobernador de la Española, Bartolomé Colón, durante el verano de 1500, se había solapado con la del terrible terremoto que acababa de asolar Haití.

Las rotativas no conocían descanso porque la opinión pública, ávida de noticias de lo sucedido en el país caribeño, demandaba hasta el más nimio detalle que los medios pudieran ofrecer.

—Tengo que anunciar que, según lo pactado previamente con los gobiernos de Haití y España —declaró Margarita ante una nube de fotógrafos—, todos los objetos hallados pasarán a formar parte de los fondos de una fundación museística con sede en Granada, para lo cual comenzarán en breve las obras de restauración y acondicionamiento de una casa palacio elegida ex profeso para tal fin.

—¡Señora de Rivera...! —alzó la voz uno de los periodistas sobreponiéndose a la de los demás—. ¿Cómo puede afectar el caos suscitado por el terremoto al traslado del tesoro de Colón a España?

—«El tesoro de Colón», como usted lo llama, ya está de camino a España por vía marítima. Una vez sea convenientemente documentado y clasificado será expuesto en la sede de la fundación, y todos los beneficios que se generen de forma directa o indirecta serán repercutidos íntegramente en la reconstrucción de Haití durante un plazo a determinar con el gobierno de aquel país, nunca inferior a diez años.

»Cuanto hagamos será poco —continuó tras una breve pausa—. Hemos dejado atrás un verdadero infierno, las víctimas se cuentan por miles y es ahora cuando no debemos escatimar ni el más mínimo esfuerzo en ayudar a aquel entrañable país. Les aseguro que ese y no otro será el

principal objetivo de nuestra fundación.

—¿Se sabe qué nombre tendrá esa fundación?

Margarita de Rivera sonrió y tomó disimuladamente la mano de Anna, que no se había apartado de su lado en ningún momento.

—La Fundación llevará el nombre de una persona muy importante para esta ciudad, y que ha pasado completamente desapercibida al dedicar su vida por entero a la vocación centenaria de su familia, los librereros Martínez de Saq —anunció para sorpresa de Anna y de Julián, que se mantenía un paso tras las dos mujeres.

»Luis Martínez de Saq —continuó Margarita elevando su voz sobre el murmullo desatado tras sus palabras—, es descendiente en línea directa de Martín de Loxa y de Mateo Martínez de Saq, insignes personajes sin cuya actuación en el pasado este tesoro no habría llegado intacto hasta nuestros días. El señor De Saq, siempre atento a las premisas de su cometido, se convirtió durante años en el custodio de las pistas que finalmente nos han llevado a localizar el lugar preciso donde Bartolomé Colón ocultó a la Corona Castellana una gran cantidad de objetos de mucho valor confiscados a las tribus indígenas. Sin él, sin el celo demostrado por Luis Martínez de Saq, sin la intervención de los profesores Julián Pérez Fox y Anna Elisabeth O’Sullivan, y sin la inestimable ayuda del inspector del Cuerpo Nacional de Policía, José Sarmiento Molina, esta empresa habría resultado completamente imposible.

—¿Y su papel? ¿Cuál ha sido su papel en esta empresa, señora? —inquirió otro de los periodistas.

—¿Mi papel? —exclamó Margarita sorprendida por la descortesía de la pregunta—. He subvencionado de mi propio bolsillo esta costosa expedición. ¿Le parece suficiente papel el papel moneda, caballero?

—¿Señora! —se elevó una voz anónima entre los murmullos divertidos del gentío—. ¿Dónde está el señor De Saq? ¿No les acompaña?

Margarita, por mor de un desconocido instinto, sabía de antemano que alguien, en un determinado momento de la entrevista, le iba a formular aquella, quizás temida pregunta y cerró sus ojos consciente de que sería la última a la que contestaría.

Tras un breve silencio en el que todas las escenas, sin excepción, de su infancia y primera adolescencia, desfilaron por su mente protagonizando el luminoso *flash-back* que tantas veces había necesitado para sentirse definitivamente viva, abrió los ojos, y su voz, la aclamada voz de la triunfadora de todos los grandes escenarios operísticos del mundo, tembló por una emoción que tantas veces había tenido que fingir a lo largo de su carrera, y que ahora le resultaba imposible contener.

—Tengo que anunciarles que... por culpa de un accidente... un desafortunado y terrible accidente, Luis Martínez de Saq, nuestro querido y ahora añorado Luis Martínez de Saq, ya no se encuentra entre nosotros. Se acercó demasiado al acantilado, perdió pie... Nadie pudo hacer nada. El mar y el viento se lo han llevado para siempre.

»Descanse en paz, Luis... Martínez... de Saq.

* * *

Los trabajos se realizaron en un tiempo récord, y para finales de aquel año de 2010, la que

hasta ese momento había sido la ruinoso casa familiar de Lucía pasó a ser la esplendorosa sede de la «Fundación Luis Martínez de Saq para la recuperación y difusión del Tesoro Colombino».

El día de la inauguración, su impulsora y presidenta emérita, la internacionalmente famosa diva del *bel canto* Margarita de Rivera, tuvo unas palabras de agradecimiento para todas las personas que habían prestado su ayuda para llevar a buen término la épica empresa, especialmente para los grandes ausentes de la noche: los profesores Anna Elisabeth O'Sullivan y Julián Pérez Fox, que se encontraban en el país caribeño organizando los equipos de ayuda humanitaria patrocinados por la propia Fundación.

Margarita no pudo evitar que sus labios volviesen a pronunciar, justo antes de concluir aquel emotivo discurso, el nombre, ahora recuperado para la historia, de un librero gris de la calle Imprenta, refiriéndose a él como el último gran guardián del secreto, tras lo cual, y después de unos segundos de desconcierto de los asistentes provocados por el prolongado silencio de la anfitriona, unas delicadas notas de una antiquísima romanza nazarí se abrieron paso desde su corazón hasta florecer en su garganta.

Por suerte, la rápida intervención de Lucía y del nuevo Comisario Jefe de Granada, José Sarmiento Molina, que la flanqueaban a ambos lados, evitaron que cayese al suelo víctima de una momentánea privación de sus sentidos.

* * *

—¿Dominique Pyebwa?

Nadie entre los escasos supervivientes de Trou del Caimán parecía haber escuchado nunca nada sobre un chico de raza negra y mediana estatura que atendiese a ese nombre. Sin embargo Anna y Julián, después de varios días recorriendo las zonas más azotadas por el terremoto, sí pudieron reconocer la robusta figura de Mae Rubiela entre los cientos de refugiados de un campo cercano a Puerto Príncipe.

Pero la insistencia con que la anciana fue interrogada por los dos profesores no parecía surtir efecto.

—Mae, debe acordarse de algo —insistió Anna una vez más—. Hace apenas unos meses que sucedió, el día anterior al primer terremoto.

La mujer guardaba silencio. Había muerto demasiada gente a su alrededor y se sentía desolada, abrumada al no poder recordar el nombre de todos ellos.

—Lo siento, no recuerdo a ningún Dominique —repitió por enésima vez.

—Debe recordarlo. Era negro, joven, delgado, de mediana estatura; siempre vestía de blanco y sonreía a todo el mundo —reiteró Julián antes de darse por vencido—. ¡Ah!, y aquella noche de la ceremonia tocó unas maracas gigantescas.

Mae Rubiela, tras realizar un intenso esfuerzo mental, varió su gesto enarcando una de sus cejas. Luego, de repente, pareció recordar algo y buscó en el gran bolsillo delantero de su immaculado delantal, blanco como la espuma.

La mujer se quedó mirando una especie de estampa pequeña a la que parecía guardar gran consideración.

—Esas maracas, ¿eran como éstas? —dijo girando la cartulina hacia sus visitantes.

Anna y Julián reconocieron rápidamente a Dominique Pyebwa en aquel dibujo coloreado con

profusión.

—¡¡Sí, es él!! —exclamó Anna—. ¡Es Dominique! ¿Dónde está? Díganos dónde está, necesitamos saber si se encuentra bien... si necesita algo.

Mae Rubiela agrió su gesto, guardó la estampa en su delantal y pidió que la ayudasen a levantarse.

—Los *Loas* se marcharon el mismo día del primer terremoto —dijo la mujer con dificultad—. Nos han dejado solos para que los hombres lloren a los hombres.

Anna y Julián se miraron el uno al otro sin comprender el sentido de esas palabras.

La mujer, tras conseguir dar un par de pasos en dirección al saturado comedor de campaña, se giró en última instancia hacia los atónitos visitantes.

—Recuerdo aquella noche y aquella ceremonia —dijo finalmente, y los dos se acercaron a ella al unísono—. Pero allí no hubo ningún Dominique. Bailaron los Zangbetos invocando a los Loas, lo recuerdo ahora. Y recuerdo que ellos se comprometieron a ayudarnos.

Y acto seguido, la defenestrada sacerdotisa vudú volvió a extraer del bolsillo de su delantal la vieja estampa coloreada y se la entregó a Anna. Después, siguió caminando hasta que consiguió hacerse un sitio en la larga cola de menesterosos.

Anna giró la cartulina que representaba, sin lugar a dudas, al enigmático Dominique Pyebwa, y apenas le costó esfuerzo traducir unas letras, medio borradas, escritas en francés:

«Santo Yodón

Es el Loa del Trabajo

Ayuda a los amantes a superar los peligros

Siempre se presenta vestido de blanco

Suele portar una gran maleta

Sonríe continuamente.»

© Alfonso Cost y Juan Bautista Roldán, 2012

© Editorial Almuzara, S.l., 2012

Colección Narrativa

Editorial Almuzara

Director editorial: Antonio E. Cuesta López

Editor: Javier Ortega

Conversión: Óscar Córdoba

www.editorialalmuzara.com

pedidos@editorialalmuzara.com — info@editorialalmuzara.com

ISBN: 978-84-15828-74-7

Hecho e impreso en España — *Made and printed in Spain*

Generado con: QualityEbook v0.74, XML Copy Editor

Generado por: 261200, 24/05/2014

